VALLEJO

obras completas tomo tercero

OBRA POETICA COMPLETA

EDICIONES BUSQUEDA BUENOS AIRES
MOSCA AZUL EDITORES LIMA MCMLXXIV

PROHIBIDA TODA REPRODUCCION TOTAL O PARCIAL
PRIMERA EDICION, LIMA, 1974
TAPAS: LUIS ENRIQUE HERAUD

©
MOSCA AZUL EDITORES SRL
MANUEL BONILLA 187, MIRAFLORES, LIMA, PERU
TELEFONO 453989

CESAR VALLEJO

OBRA POETICA COMPLETA

mosca azul editores lima mcmlxxiv

ADVERTENCIA

El texto de la obra poética póstuma de César Vallejo se ha establecido teniendo a la vista los originales dejados por el autor. Las variaciones ortográficas que en ellos aparecen han sido siempre respetadas, salvo en los casos de errores mecanográficos evidentes.

En lo que se refiere a las obras publicadas en vida del poeta, se ha consultado las ediciones que él manejó. Así, Trilce *se reproduce con estricto respeto a la ortografía que en los poemas que conforman ese libro quiso emplear el autor.*

En todos los casos, la acentuación se ha ajustado a las normas actuales, excepto allí donde Vallejo, con clara intención, transgredió las vigentes en su tiempo.

los heraldos negros

1918

qui pótest cápere capiat
EL EVANGELIO

los heraldos negros

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán talvez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

plafones ágiles

d e s h o j a c i ó n s a g r a d a

Luna! Corona de una testa inmensa,
que te vas deshojando en sombras gualdas!
Roja corona de un Jesús que piensa
trágicamente dulce de esmeraldas!

Luna! Alocado corazón celeste
¿por qué bogas así, dentro la copa
llena de vino azul, hacia el oeste,
cual derrotada y dolorida popa?

Luna! Y a fuerza de volar en vano,
te holocaustas en ópalos dispersos:
tú eres talvez mi corazón gitano
que vaga en el azul llorando versos! . . .

c o m u n i ó n

Linda Regia! Tus venas son fermentos
de mi noser antiguo y del champaña
negro de mi vivir!

Tu cabello es la ignota raicilla
del árbol de mi vid.
Tu cabello es la hilacha de una mitra
de ensueño que perdí!

Tu cuerpo es la espumante escaramuza
de un rosado Jordán;
y ondea, como un látigo beatífico
que humillara a la víbora del mal!

Tus brazos dan la sed de lo infinito,
con sus castas hespérides de luz,
cual dos blancos caminos redentores
dos arranques murientes de una cruz.
Y están plasmados en la sangre invicta
de mi imposible azul!

Tus pies son dos heráldicas alondras
que eternamente llegan de mi ayer!
Linda Regia! Tus pies son las dos lágrimas
que al bajar del Espíritu ahogué,
un Domingo de Ramos que entré al Mundo,
ya lejos para siempre de Belén!

n e r v a z ó n d e a n g u s t i a

Dulce hebrea, desclava mi tránsito de arcilla;
desclava mi tensión nerviosa y mi dolor. . .
Desclava, amada eterna, mi largo afán y los
dos clavos de mis alas y el clavo de mi amor!

Regreso del desierto donde he caído mucho;
retira la cicuta y obséquiame tus vinos:
espanta con un llanto de amor a mis sicarios,
cuyos gestos son férreas cegueras de Longinos!

Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre mía!
¡Sinfonía de olivos, escancia tu llorar!
Y has de esperar, sentada junto a mi carne muerta,
cuál cede la amenaza, y la alondra se va!

Pasas. . vuelves. . . Tus lutos trenzan mi gran cilicio
con gotas de curare, filos de humanidad,
la dignidad roquera que hay en tu castidad,
y el judithesco azogue de tu miel interior.

Son las ocho de una mañana en crema brujo. . .
Hay frío. . . Un perro pasa royendo el hueso de otro
perro que fue. . . Y empieza a llorar en mis nervios
un fósforo que en cápsulas de silencio apagué!

Y en mi alma hereje canta su dulce fiesta asiática
un dionisíaco hastío de café. . . !

b o r d a s d e h i e l o

Vengo a verte pasar todos los días,
vaporcito encantado siempre lejos. . .
Tus ojos son dos rubios capitanes;
tu labio es un brevísimo pañuelo
rojo que ondea en un adiós de sangre!

Vengo a verte pasar; hasta que un día,
embriagada de tiempo y de crueldad,
vaporcito encantado siempre lejos,
la estrella de la tarde partirá!

Las jarcias; vientos que traicionan; vientos
de mujer que pasó!
Tus fríos capitanes darán orden;
y quien habrá partido seré yo. . .

n o c h e b u e n a

Al callar la orquesta, pasean veladas
sombras femeninas bajo los ramajes,
por cuya hojarasca se filtran heladas
quimeras de luna, pálidos celajes.

Hay labios que lloran arias olvidadas,
grandes lirios fingen los ebúrneos trajes.
Charlas y sonrisas en locas bandadas
perfuman de seda los rudos boscajes.

Espero que ría la luz de tu vuelta;
y en la epifanía de tu forma esbelta,
cantará la fiesta en oro mayor.

Balarán mis versos en tu predio entonces,
canturreando en todos sus místicos bronces
que ha nacido el niño-jesús de tu amor.

a s c u a s

Para Domingo Parra del Riego

Luciré para Tilia, en la tragedia
mis estrofas en ópimos racimos;
sangrará cada fruta melodiosa,
como un sol funeral, lúgubres vinos.
Tilia tendrá la cruz
que en la hora final será de luz!

Prenderé para Tilia, en la tragedia,
la gota de fragor que hay en mis labios;
y el labio, al encresparse para el beso,
se partirá en cien pétalos sagrados.
Tilia tendrá el puñal,
el puñal floricida y auroral!

Ya en la sombra, heroína, intacta y mártir,
tendrás bajo tus plantas a la Vida;
mientras veles, rezando mis estrofas,
mi testa, como una hostia en sangre tinta!
Y en un lirio, voraz,
mi sangre, como un virus, beberás!

m e d i a l u z

He soñado una fuga. Y he soñado
tus encajes dispersos en la alcoba.
A lo largo de un muelle, alguna madre;
y sus quince años dando el seno a una hora.

He soñado una fuga. Un "para siempre"
suspirado en la escala de una proa;
he soñado una madre;
unas frescas matitas de verdura,
y el ajuar constelado de una aurora.

A lo largo de un muelle. . .
Y a lo largo de un cuello que se ahoga!

s a u c e

Lirismo de invierno, rumor de crespones,
cuando ya se acerca la pronta partida;
agoreras voces de tristes canciones
que en la tarde rezan una despedida.

Visión del entierro de mis ilusiones
en la propia tumba de mortal herida.
Caridad verónica de ignotas regiones,
donde a precio de éter se pierda la vida.

Cerca de la aurora partiré llorando;
y mientras mis años se vayan curvando,
curvará guadañas mi ruta veloz.

Y ante fríos óleos de luna muriente,
con timbres de aceros en tierra indolente,
cavarán los perros, aullando, un adiós!

a u s e n t e

Ausente! La mañana en que me vaya
más lejos de lo lejos, al Misterio,
como siguiendo inevitable raya,
tus pies resbalarán al cementerio.

Ausente! La mañana en que a la playa
del mar de sombra y del callado imperio,
como un pájaro lúgubre me vaya,
será el blanco panteón tu cautiverio.

Se habrá hecho de noche en tus miradas;
y sufrirás, y tomarás entonces
penitentes blancuras laceradas.

Ausente! Y en tus propios sufrimientos
ha de cruzar entre un llorar de bronces
una jauría de remordimientos!

a v e s t r u z

Melancolía, saca tu dulce pico ya;
no cebes tus ayunos en mis trigos de luz.
Melancolía, basta! Cuál beben tus puñales
la sangre que extrajera mi sanguijuela azul!

No acabes el maná de mujer que ha bajado;
yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,
mañana que no tenga yo a quién volver los ojos,
cuando abra su gran O de burla el ataúd.

Mi corazón es tiesto regado de amargura;
hay otros viejos pájaros que pastan dentro de él. . .
Melancolía, deja de secarme la vida,
y desnuda tu labio de mujer. . . !

b a j o l o s á l a m o s

Para José Garrido

Cual hieráticos bardos prisioneros,
los álamos de sangre se han dormido.
Rumian arias de yerba al sol caído,
las greyes de Belén en los oteros.

El anciano pastor, a los postreros
martirios de la luz, estremecido,
en sus pascuales ojos ha cogido
una casta manada de luceros.

Labrado en orfandad baja el instante
con rumores de entierro, al campo orante
y se otoñan de sombra las esquilas.

Supervive el azul urdido en hierro,
y en él, amortajadas las pupilas,
traza su aullido pastoral un perro.

b u z o s

l a a r a ñ a

Es una araña enorme que ya no anda;
una araña incolora, cuyo cuerpo,
una cabeza y un abdomen, sangra.

Hoy la he visto de cerca. Y con qué esfuerzo
hacia todos los flancos
sus pies innumerables alargaba.
Y he pensado en sus ojos invisibles,
los pilotos fatales de la araña.

Es una araña que temblaba fija
en un filo de piedra;
el abdomen a un lado,
y al otro la cabeza.

Con tantos pies la pobre, y aún no puede
resolverse. Y, al verla
atónita en tal trance,
hoy me ha dado qué pena esa viajera.

Es una araña enorme, a quien impide
el abdomen seguir a la cabeza.
Y he pensado en sus ojos
y en sus pies numerosos. . .
¡Y me ha dado qué pena esa viajera!

b a b e l

Dulce hogar sin estilo, fabricado
de un solo golpe y de una sola pieza
de cera tornasol. Y en el hogar
ella daña y arregla; a veces dice:
"El hospicio es bonito; aquí no más! "
¡Y otras veces se pone a llorar!

Pasamos juntos. El sueño
lame nuestros pies qué dulce;
y todo se desplaza en pálidas
renunciaciones sin dulce.

Pasamos juntos. Las muertas
almas, las que, cual nosotros,
cruzaron por el amor,
con enfermos pasos ópalos,
salen en sus lutos rígidos
y se ondulan en nosotros.

Amada, vamos al borde
frágil de un montón de tierra.
Va en aceite ungida el ala,
y en pureza. Pero un golpe,
al caer yo no sé dónde,
afila de cada lágrima
un diente hostil.

Y un soldado, un gran soldado,
heridas por charreteras,
se anima en la tarde heroica,
y a sus pies muestra entre risas,
como una gualdrapa horrenda,
el cerebro de la Vida.

Pasamos juntos, muy juntos,
invicta Luz, paso enfermo;
pasamos juntos las lilas
mostazas de un cementerio.

el palco estrecho

Más acá, más acá. Yo estoy muy bien.
Llueve; y hace una cruel limitación.
Avanza, avanza el pie.

Hasta qué hora no suben las cortinas
esas manos que fingen un zarzal?
Ves? Los otros, qué cómodos, qué efigies.
Más acá, más acá!

Llueve. Y hoy tarde pasará otra nave
cargada de crespón;
será como un pezón negro y deforme
arrancado a la esfíngica Ilusión.

Más acá, más acá. Tú estás al borde
y la nave arrastrarte puede al mar.
Ah, cortinas inmóviles, simbólicas...
Mi aplauso es un festín de rosas negras:
cederte mi lugar!
Y en el fragor de mi renuncia,
un hilo de infinito sangrará.

Yo no debo estar tan bien;
avanza, avanza el pie!

d e l a t i e r r a

¿ . . . . . .

—Si te amara. . . qué sería?
—Una orgía!
—Y si él te amara?
Sería
todo rituario, pero menos dulce.

Y si tú me quisieras?
La sombra sufriría
justos fracasos en tus niñas monjas.

Culebrean latigazos,
cuando el can ama a su dueño?
—No; pero la luz es nuestra.
Estás enfermo. . . Vete. . . Tengo sueño!

(Bajo la alameda vesperal
se quiebra un fragor de rosa).
—Idos, pupilas, pronto. . .
Ya retoña la selva en mi cristal!

e l p o e t a a s u a m a d a

Amada, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

v e r a n o

Verano, ya me voy. Y me dan pena
las manitas sumisas de tus tardes.
Llegas devotamente; llegas viejo;
y ya no encontrarás en mi alma a nadie.

Verano! Y pasarás por mis balcones
con gran rosario de amatistas y oros,
como un obispo triste que llegara
de lejos a buscar y bendecir
los rotos aros de unos muertos novios.

Verano, ya me voy. Allá, en setiembre
tengo una rosa que te encargo mucho;
la regarás de agua bendita todos
los días de pecado y de sepulcro.

Si a fuerza de llorar el mausoleo,
con luz de fe su mármol aletea,
levanta en alto tu responso, y pide
a Dios que siga para siempre muerta.
Todo ha de ser ya tarde;
y tú no encontrarás en mi alma a nadie.

Ya no llores, Verano! En aquel surco
muere una rosa que renace mucho. . .

s e t i e m b r e

Aquella noche de setiembre, fuiste
tan buena para mí... . hasta dolerme!
Yo no sé lo demás; y para eso,
no debiste ser buena, no debiste.

Aquella noche sollozaste al verme
hermético y tirano, enfermo y triste.
Yo no se lo demás. . . y para eso,
yo no sé por qué fui triste. . . tan triste. . . !

Sólo esa noche de setiembre dulce,
tuve a tus ojos de Magdala, toda
la distancia de Dios. . . y te fui dulce!

Y también fue una tarde de setiembre
cuando sembré en tus brasas, desde un auto,
los charcos de esta noche de diciembre.

h e c e s

Esta tarde llueve, como nunca; y no
tengo ganas de vivir, corazón.

Esta tarde es dulce. Por qué no ha de ser?
Viste gracia y pena; viste de mujer.

Esta tarde en Lima llueve. Y yo recuerdo
las cavernas crueles de mi ingratitud;
mi bloque de hielo sobre su amapola,
más fuerte que su "No seas así! "

Mis violentas flores negras; y la bárbara
y enorme pedrada; y el trecho glacial.
Y pondrá el silencio de su dignidad
con óleos quemantes el punto final.

Por eso esta tarde, como nunca, voy
con este búho, con este corazón.

Y otras pasan; y viéndome tan triste,
toman un poquito de ti
en la abrupta arruga de mi hondo dolor.

Esta tarde llueve, llueve mucho. ¡Y no
tengo ganas de vivir, corazón!

i m p í a

Señor! Estabas tras los cristales
humano y triste de atardecer;
y cuál lloraba tus funerales
esa mujer!

Sus ojos eran el jueves santo,
dos negros granos de amarga luz!
Con duras gotas de sangre y llanto
clavó tu cruz!

Impía! Desde que tú partiste
Señor, no ha ido nunca al Jordán,
en rojas aguas su piel desviste,
y al vil judío le vende pan!

l a c o p a n e g r a

La noche es una copa de mal. Un silbo agudo
del guardia la atraviesa, cual vibrante alfiler.
Oye, tú, mujerzuela, ¿cómo, si ya te fuiste,
la onda aún es negra y me hace aún arder?

La Tierra tiene bordes de féretro en la sombra.
Oye, tú, mujerzuela, no vayas a volver.

Mi carne nada, nada
en la copa de sombra que me hace aún doler;
mi carne nada en ella,
como en un pantanoso corazón de mujer.

Ascua astral. . . He sentido
secos roces de arcilla
sobre mi loto diáfano caer.
Ah, mujer! Por ti existe
la carne hecha de instinto. Ah, mujer!

Por eso ¡oh, negro cáliz! aun cuando ya te fuiste,
me ahogo con el polvo,
y piafan en mis carnes más ganas de beber!

d e s h o r a

Pureza amada, que mis ojos nunca
llegaron a gozar. Pureza absurda!

Yo sé que estabas en la carne un día,
cuando yo hilaba aún mi embrión de vida.

Pureza en falda neutra de colegio;
y leche azul dentro del trigo tierno

a la tarde de lluvia, cuando el alma
ha roto su puñal en retirada,

cuando ha cuajado en no sé qué probeta
sin contenido una insolente piedra,

cuando hay gente contenta; y cuando lloran
párpados ciegos en purpúreas bordas.

Oh, pureza que nunca ni un recado
me dejaste, al partir del triste barro

ni una migaja de tu voz; ni un nervio
de tu convite heroico de luceros.

Alejaos de mí, buenas maldades,
dulces bocas picantes. . .

Yo la recuerdo al veros ¡oh, mujeres!
Pues de la vida en la perenne tarde,
nació muy poco ¡pero mucho muere!

f r e s c o

Llegué a confundirme con ella,
tanto. . .! Por sus recodos
espirituales, yo me iba
jugando entre tiernos fresales,
entre sus griegas manos matinales.

Ella me acomodaba después los lazos negros
y bohemios de la corbata. Y yo
volvía a ver la piedra
absorta, desairados los bancos, y el reloj
que nos iba envolviendo en su carrete,
al dar su inacabable molinete.

Buenas noches aquellas,
que hoy la dan por reír
de mi extraño morir,
de mi modo de andar meditabundo.
Alfeñiques de oro,
joyas de azúcar
que al fin se quiebran en
el mortero de losa de este mundo.

Pero para las lágrimas de amor,
los luceros son lindos pañuelitos
lilas,
naranjos,
verdes,
que empapa el corazón.
Y si hay ya mucha hiel en esas sedas,
hay un cariño que no nace nunca,
que nunca muere,
vuela otro gran pañuelo apocalíptico,
la mano azul, inédita de Dios!

y e s o

Silencio. Aquí se ha hecho ya de noche,
ya tras del cementerio se fue el sol;
aquí se está llorando a mil pupilas:
no vuelvas; ya murió mi corazón.
Silencio. Aquí ya todo está vestido
de dolor riguroso; y arde apenas,
como un mal kerosene, esta pasión.

Primavera vendrá. Cantarás "Eva"
desde un minuto horizontal, desde un
hornillo en que arderán los nardos de Eros.
¡Forja allí tu perdón para el poeta,
que ha de dolerme aún,
como clavo que cierra un ataúd!

Mas. . . una noche de lirismo, tu
buen seno, tu mar rojo
se azotará con olas de quince años,
al ver lejos, aviado con recuerdos
mi corsario bajel, mi ingratitud.

Después, tu manzanar, tu labio dándose,
y que se aja por mí por la vez última,
y que muere sangriento de amar mucho,
como un croquis pagano de Jesús.

Amada! Y cantarás;
y ha de vibrar el femenino en mi alma,
como en una enlutada catedral.

nostalgias imperiales

nostalgias imperiales

I

En los paisajes de Mansiche labra
imperiales nostalgias el crepúsculo;
y lábrase la raza en mi palabra,
como estrella de sangre a flor de músculo.

El campanario dobla. . . No hay quien abra
la capilla. . . Diríase un opúsculo
bíblico que muriera en la palabra
de asiática emoción de este crepúsculo.

Un poyo con tres potos, es retablo
en que acaban de alzar labios en coro
la eucaristía de una chicha de oro.

Más allá, de los ranchos surge el viento
el humo oliendo a sueño y a establo,
como si se exhumara un firmamento.

II

La anciana pensativa, cual relieve
de un bloque pre-incaico, hila que hila;
en sus dedos de Mama el huso leve
la lana gris de su vejez trasquila.

Sus ojos de esclerótica de nieve
un ciego sol sin luz guarda y mutila. . .!
Su boca está en desdén, y en calma aleve
su cansancio imperial talvez vigila.

Hay ficus que meditan, melenudos
trovadores incaicos en derrota,
la rancia pena de esta cruz idiota,

en la hora en rubor que ya se escapa,
y que es lago que suelda espejos rudos
donde náufrago llora Manco-Cápac.

III

Como viejos curacas van los bueyes
camino de Trujillo, meditando. . .
Y al hierro de la tarde, fingen reyes
que por muertos dominios van llorando.

En el muro de pie, pienso en las leyes
que la dicha y la angustia van trocando:
ya en las viudas pupilas de los bueyes
se pudren sueños que no tienen cuándo.

La aldea, ante su paso, se reviste
de un rudo gris, en que un mugir de vaca
se aceite en sueño y emoción de huaca.

Y en el festín del cielo azul yodado
gime en el cáliz de la esquila triste
un viejo coraquenque desterrado.

IV

La Grama mustia, recogida, escueta
ahoga no sé qué protesta ignota:
parece el alma exhausta de un poeta,
arredrada en un gesto de derrota.

La Ramada ha tallado su silueta,
cadavérica jaula, sola y rota,
donde mi enfermo corazón se aquieta
en un tedio estatual de terracota.

Llega el canto sin sal del mar labrado
en su máscara bufa de canalla
que babea y da tumbos de ahorcado!

La niebla hila una venda al cerro lila
que en ensueños miliarios se enmuralla,
como un huaco gigante que vigila.

h o j a s d e é b a n o

Fulge mi cigarrillo;
su luz se limpia en pólvoras de alerta.
Y a su guiño amarillo
entona un pastorcillo
el tamarindo de su sombra muerta.

Ahoga en una enérgica negrura
el caserón entero
la mustia distinción de su blancura.
Pena un frágil aroma de aguacero.

Están todas las puertas muy ancianas,
y se hastía en su habano carcomido
una insomne piedad de mil ojeras.
Yo las dejé lozanas;
y hoy ya las telarañas han zurcido
hasta en el corazón de sus maderas,
coágulos de sombra oliendo a olvido.
La del camino, el día
que me miró llegar, trémula y triste,
mientras que sus dos brazos entreabría
chilló como en un llanto de alegría.
Que en toda fibra existe,
para el ojo que ama, una dormida
novia perla, una lágrima escondida.

Con no sé qué memoria secretea
mi corazón ansioso.
—¿Señora? . . . —Sí, señor; murió en la aldea;
aún la veo envueltita en su rebozo. . .

Y la abuela amargura
de un cantar neurasténico de paria
¡oh, derrotada musa legendaria!
afila sus melódicos raudales
bajo la noche oscura;
como si abajo, abajo,
en la turbia pupila de cascajo
de abierta sepultura,
celebrando perpetuos funerales,
se quebrasen fantásticos puñales.

Llueve. . . llueve. . . Sustancia el aguacero,
reduciéndolo a fúnebres olores,
el humor de los viejos alcanfores
que velan *tahuashando* en el sendero
con sus ponchos de hielo y sin sombrero.

terceto autóctono

I

El puño labrador se aterciopela,
y en cruz en cada labio se aperfila.
Es fiesta! El ritmo del arado vuela;
y es un chantre de bronce cada esquila.

Afílase lo rudo. Habla escarcela. . .
En las venas indígenas rutila
un yaraví de sangre que se cuela
en nostalgias de sol por la pupila.

Las pallas, aquenando hondos suspiros,
como en raras estampas seculares,
enrosarian un símbolo en sus giros.

Luce el Apóstol en su trono, luego;
y es, entre inciensos, cirios y cantares,
el moderno dios-sol para el labriego.

II

Echa una cana al aire el indio triste.
Hacia el altar fulgente va el gentío.
El ojo del crepúsculo desiste
de ver quemado vivo el caserío.

La pastora de lana y llanque viste,
con pliegues de candor en su atavío;
y en su humildad de lana heroica y triste,
copo es su blanco corazón bravío.

Entre músicas, fuegos de bengala,
solfea un acordeón! Algún tendero
da su reclame al viento: "Nadie iguala! "

Las chispas al flotar lindas, graciosas,
son trigos de oro audaz que el chacarero
siembra en los cielos y en las nebulosas.

III

Madrugada. La chicha al fin revienta
en sollozos, lujurias, pugilatos;
entre olores de úrea y de pimienta
traza un ebrio al andar mil garabatos.

"Mañana que me vaya. . ." se lamenta
un Romeo rural cantando a ratos.
Caldo madrugador hay ya de venta;
y brinca un ruido aperital de platos.

Van tres mujeres. . . silba un golfo. . . Lejos
el río anda borracho y canta y llora
prehistorias de agua, tiempos viejos.

Y al sonar una *caja* de Tayanga,
como iniciando un *huaino* azul, remanga
sus pantorrillas de azafrán la Aurora.

oración del camino

Ni sé para quién es esta amargura!
Oh, Sol, llévala tú que estás muriendo,
y cuelga, como un Cristo ensangrentado,
mi bohemio dolor sobre su pecho.
El valle es de oro amargo;
y el viaje es triste, es largo.

Oyes? Regaña una guitarra. Calla!
Es tu raza, la pobre viejecita
que al saber que eres huésped y que te odian,
se hinca la faz con una roncha lila.
El valle es de oro amargo,
y el trago es] ;o... largo...

Azulea el camino; ladra ei río...
Baja esa frente sudorosa y fría,
fiera y deforme. Cae el pomo roto
de una espada humanicida!

Y en el mómico valle de oro santo,
la brasa de sudor se apaga en llanto!

Queda un olor de tiempo abonado de versos,
para brotes de mármoles consagrados que hereden
la aurífera canción
de la alondra que se pudre en mi corazón!

h u a c o

Yo soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga,
y que atado está al Globo,
como a un huaco estupendo que girara.

Yo soy el llama, a quien tan sólo alcanza
la necedad hostil a trasquilar
volutas de clarín,
volutas de clarín brillantes de asco
y bronceadas de un viejo yaraví.

Soy el pichón de cóndor desplumado
por latino arcabuz;
y a flor de humanidad floto en los Andes
como un perenne Lázaro de luz.

Yo soy la gracia incaica que se roe
en áureos coricanchas bautizados
de fosfatos de error y de cicuta.
A veces en mis piedras se encabritan
los nervios rotos de un extinto puma.

Un fermento de Sol;
¡levadura de sombra y corazón!

m a y o

Vierte el humo doméstico en la aurora
su sabor a rastrojo;
y canta, haciendo leña, la pastora
un salvaje aleluya!
Sepia y rojo.
Humo de la cocina, aperitivo
de gesta en este bravo amanecer.
El último lucero fugitivo
lo bebe, y, ebrio ya de su dulzor,
¡oh celeste zagal trasnochador!
se duerme entre un jirón de rosicler.

Hay ciertas ganas lindas de almorzar,
y beber del arroyo, y chivatear!
Aletear con el humo allá, en la altura;
o entregarse a los vientos otoñales
en pos de alguna Ruth sagrada, pura,
que nos brinde una espiga de ternura
bajo la hebraica unción de los trigales!

Hoz al hombro calmoso,
acre el gesto brioso,
va un joven labrador a Irichugo.
Y en cada brazo que parece yugo
se encrespa el férreo jugo palpitante
que en creador esfuerzo cuotidiano
chispea, como trágico diamante,
a través de los poros de la mano
que no ha bizantinado aún el guante.

Bajo un arco que forma verde aliso,
¡oh cruzada fecunda del andrajo!
pasa el perfil macizo
de *este Aquiles incaico del trabajo.*

La zagala que llora
su yaraví a la aurora,
recoge ¡oh Venus pobre!
frescos leños fragantes
en sus desnudos brazos arrogantes
esculpidos en cobre.
En tanto que un becerro,
perseguido del perro,
por la cuesta bravía
corre, ofrendando al floreciente día
un himno de Virgilio en su cencerro!

Delante de la choza
el indio abuelo fuma;
y el serrano crepúsculo de rosa,
el ara primitiva se sahúma
en el gas del tabaco.
Tal surge de la entraña fabulosa
de epopéyico huaco,
mítico aroma de broncíneos lotos,
el hilo azul de los alientos rotos!

a l d e a n a

Lejana vibración de esquilas mustias
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias.
En el patio silente
sangra su despedida el sol poniente.
El ámbar otoñal del panorama
toma un frío matiz de gris doliente!

Al portón de la casa
que el tiempo con sus garras torna ojosa,
asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa,
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
que añora con sus bíblicas pupilas,
oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

Lánguido se desgarra
en la vetusta aldea
el duce yaraví de una guitarra,
en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondonea,
como un viejo esquilón de camposanto.

De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
y el viento reza en los ramajes yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos,
suspiro una congoja,
al ver que en la penumbra gualda y roja
llora un trágico azul de idilios muertos!

i d i l i o m u e r t o

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando: "Qué frío hay... Jesús! ".
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

t r u e n o s

en las tiendas griegas

Y el Alma se asustó
a las cinco de aquella tarde azul desteñida.
El labio entre los linos la imploró
con pucheros de novio para su prometida.

El Pensamiento, el gran General se ciñó
de una lanza deicida.
El Corazón danzaba; mas, luego sollozó:
¿la bayadera esclava estaba herida?

Nada! Fueron los tigres que la dan por correr
a apostarse en aquel rincón, y tristes ver
los ocasos que llegan desde Atenas.

No habrá remedio para este hospital de nervios,
para el gran campamento irritado de este atardecer!
Y el General escruta volar siniestras penas
allá. . . . . .
en el desfiladero de mis nervios!

á g a p e

Hoy no ha venido nadie a preguntar;
ni me han pedido en esta tarde nada.

No he visto ni una flor de cementerio
en tan alegre procesión de luces.
Perdóname, Señor: qué poco he muerto!

En esta tarde todos, todos pasan
sin preguntarme ni pedirme nada..

Y no sé qué se olvidan y se queda
mal en mis manos, como cosa ajena.

He salido a la puerta,
y me dan ganas de gritar a todos:
Si echan de menos algo, aquí se queda!

Porque en todas las tardes de esta vida,
yo no sé con qué puertas dan a un rostro,
y algo ajeno se toma el alma mía.

Hoy no ha venido nadie;
y hoy he muerto qué poco en esta tarde!

la voz del espejo

Así pasa la vida, como raro espejismo.
¡La rosa azul que alumbra y da el ser al cardo!
Junto al dogma del fardo
matador, el sofisma del Bien y la Razón!

Se ha cogido, al acaso, lo que rozó la mano;
los perfumes volaron, y entre ellos se ha sentido
el moho que a mitad de la ruta ha crecido
en el manzano seco de la muerta Ilusión.

Así pasa la vida,
con cánticos aleves de agostada bacante.
Yo voy todo azorado, adelante. . . adelante,
rezongando mi marcha funeral.

Van al pie de brahacmánicos elefantes reales,
y al sórdido abejeo de un hervor mercurial,
parejas que alzan brindis esculpidos en roca,
y olvidados crepúsculos una cruz en la boca.

Así pasa la vida, vasta orquesta de Esfinges
que arrojaron al Vacío su marcha funeral.

r o s a b l a n c a

Me siento bien. Ahora
brilla un estoico hielo
en mí.
Me da risa esta soga
rubí
que rechina en mi cuerpo.

Soga sin fin,
como una
voluta
descendente
de
mal. . .
soga sanguínea y zurda
formada de
mil dagas en puntal.

Que vaya así, trenzando
sus rollos de crespón;
y que ate el gato trémulo
del Miedo al nido helado,
al último fogón.

Yo ahora estoy sereno,
con luz.
Y maya en mi Pacífico
un náufrago ataúd.

l a d e a m i l

El suertero que grita "La de a mil",
contiene no sé qué fondo de Dios.

Pasan todos los labios. El hastío
despunta en una arruga su yanó.
Pasa el suertero que atesora, acaso
nominal, como Dios,
entre panes tantálicos, humana
impotencia de amor.

Yo le miro al andrajo. Y él pudiera
darnos el corazón;
pero la suerte aquella que en sus manos
aporta, pregonando en alta voz,
como un pájaro cruel, irá a parar
adonde no lo sabe ni lo quiere
este bohemio dios.

Y digo en este viernes tibio que anda
a cuestas bajo el sol:
¡por qué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios!

e l p a n n u e s t r o

Se bebe el desayuno. . . Húmeda tierra
de cementerio huele a sangre amada.
Ciudad de invierno. . . La mordaz cruzada
de una carreta que arrastrar parece
una emoción de ayuno encadenada!

Se quisiera tocar todas las puertas,
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!

Pestaña matinal, no os levantéis!
¡El pan nuestro de cada día dánoslo,
Señor. . .!

Todos mis huesos son ajenos;
yo talvez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón. . . A dónde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón. . . !

a b s o l u t a

Color de ropa antigua. Un julio a sombra,
y un agosto recién segado. Y una
mano de agua que injertó en el pino
resinoso de un tedio malas frutas.

Ahora que has anclado, oscura ropa,
tornas rociada de un suntuoso olor
a tiempo, a abreviación. . . Y he cantado
el proclive festín que se volcó.

Mas ¿no puedes, Señor, contra la muerte,
contra el límite, contra lo que acaba?
Ay! la llaga en color de ropa antigua,
cómo se entreabre y huele a miel quemada!

Oh unidad excelsa! Oh lo que es uno
por todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo!
Un latido único de corazón;
un solo ritmo: Dios!

Y al encogerse de hombros los linderos
en un bronco desdén irreductible,
hay un riego de sierpes
en la doncella plenitud del 1.
¡Una arruga, una sombra!

c a p i t u l a c i ó n

Anoche, unos abriles granas capitularon
ante mis mayos desarmados de juventud;
los marfiles histéricos de su beso me hallaron
muerto; y en un suspiro de amor los enjaulé.

Espiga extraña, dócil. Sus ojos me asediaron
una tarde amaranto que dije un canto a sus
cantos; y anoche, en medio de los brindis, me hablaron
las dos lenguas de sus senos abrasadas de sed.

Pobre trigueña aquella; pobres sus armas; pobres
sus velas cremas que iban al tope en las salobres
espumas de un marmuerto. Vencedora y vencida,

se quedó pensativa y ojerosa y granate.
Yo me partí de aurora. Y desde aquel combate,
de noche entran dos sierpes esclavas a mi vida.

d e s n u d o e n b a r r o

Como horribles batracios a la atmósfera,
suben visajes lúgubres al labio.
Por el Sahara azul de la Substancia
camina un verso gris, un dromedario.

Fosforece un mohín de sueños crueles.
Y el ciego que murió lleno de voces
de nieve. Y madrugar, poeta, nómada,
al crudísimo día de ser hombre.

Las Horas van febriles, y en los ángulos
abortan rubios siglos de ventura.
¡Quién tira tanto el hilo; quién descuelga
sin piedad nuestros nervios,
cordeles ya gastados, a la tumba!

Amor! Y tú también. Pedradas negras
se engrendran en tu máscara y la rompen.
¡La tumba es todavía
un sexo de mujer que atrae al hombre!

l í n e a s

Cada cinta de fuego
que, en busca del Amor,
arrojo y vibra en rosas lamentables,
me da a luz el sepelio de una víspera.
Yo no sé si el redoble en que lo busco,
será jadear de roca,
o perenne nacer de corazón.

Hay tendida hacia el fondo de los seres,
un eje ultranervioso, honda plomada.
¡La hebra del destino!
Amor desviará tal ley de vida,
hacia la voz del Hombre;
y nos dará la libertad suprema
en transubstanciación azul, virtuosa,
contra lo ciego y lo fatal.

¡Que en cada cifra lata,
recluso en albas frágiles,
el Jesús aún mejor de otra gran Yema!

Y después... La otra línea...
Un Bautista que aguaita, aguaita, aguaita...
Y, cabalgando en intangible curva,
un pie bañado en púrpura.

a m o r p r o h i b i d o

Subes centelleante de labios y ojeras!
Por tus venas subo, como un can herido
que busca el refugio de blandas aceras.

Amor, en el mundo tú eres un pecado!
Mi beso es la punta chispeante del cuerno
del diablo; mi beso que es credo sagrado!

Espíritu es el horópter que pasa
¡puro en su blasfemia!
¡el corazón que engendra al cerebro!
que pasa hacia el tuyo, por mi barro triste.
Platónico estambre
que existe en el cáliz donde tu alma existe!

¿Algún penitente silencio siniestro?
¿Tú acaso lo escuchas? Inocente flor!
. . . Y saber que donde no hay un Padrenuestro,
el Amor es un Cristo pecador!

la cena miserable

Hasta cuándo estaremos esperando lo que
no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos
nuestra pobre rodilla para siempre! Hasta cuándo
la cruz que nos alienta no detendrá sus remos.

Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones
por haber padecido...
Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de un niño
que a media noche, llora de hambre, desvelado...

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde
de una mañana eterna, desayunados todos.
Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde
yo nunca dije que me trajeran.
De codos
todo bañado en llanto, repito cabizbajo
y vencido: hasta cuándo la cena durará.

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla,
y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara
de amarga esencia humana, la tumba...
Y menos sabe
ese oscuro hasta cuándo la cena durará!

para el alma imposible de mi amada

Amada: no has querido plasmarte jamás
como lo ha pensado mi divino amor.
Quédate en la hostia,
ciega e impalpable,
como existe Dios.

Si he cantado mucho, he llorado más
por ti ¡oh mi parábola excelsa de amor!
Quédate en el seso,
y en el mito inmenso
de mi corazón!

Es la fe, la fragua donde yo quemé
el terroso hierro de tanta mujer;
y en un yunque impío te quise pulir.
Quédate en la eterna
nebulosa, ahí,
en la multicencia de un dulce noser.

Y si no has querido plasmarte jamás
en mi metafísica emoción de amor,
deja que me azote,
como un pecador.

e l t á l a m o e t e r n o

Sólo al dejar de ser, Amor es fuerte!
Y la tumba será una gran pupila,
en cuyo fondo supervive y llora
la angustia del amor, como en un cáliz
de dulce eternidad y negra aurora.

Y los labios se encrespan para el beso,
como algo lleno que desborda y muere;
y, en conjunción crispante,
cada boca renuncia para la otra
una vida de vida agonizante.

Y cuando pienso así, dulce es la tumba
donde todos al fin se compenetran
en un mismo fragor;
dulce es la sombra, donde todos se unen
en una cita universal de amor.

l a s p i e d r a s

Esta mañana bajé
a las piedras ¡oh las piedras!
Y motivé y troquelé
un pugilato de piedras.

Madre nuestra, si mis pasos
en el mundo hacen doler,
es que son los fogonazos
de un absurdo amanecer.

Las piedras no ofenden; nada
codician. Tan sólo piden
amor a todos, y piden
amor aun a la Nada.

Y si algunas de ellas se
van cabizbajas, o van
avergonzadas, es que
algo de humano harán. . .

Mas, no falta quien a alguna
por puro gusto golpee.
Tal, blanca piedra es la luna
que voló de un puntapié. . .

Madre nuestra, esta mañana
me he corrido con las hiedras,
al ver la azul caravana
de las piedras,
de las piedras,
de las piedras. . .

r e t a b l o

Yo digo para mí: por fin escapo al ruido;
nadie me ve que voy a la nave sagrada.
Altas sombras acuden,
y Darío que pasa con su lira enlutada.

Con paso innumerable sale la dulce Musa,
y a ella van mis ojos, cual polluelos al grano.
La acosan tules de éter y azabaches dormidos,
en tanto sueña el mirlo de la vida en su mano.

Dios mío, eres piadoso, porque diste esta nave,
donde hacen estos brujos azules sus oficios.
Darío de las Américas celestes! Tal ellos se parecen
a ti! Y de tus trenzas fabrican sus cilicios.

Como ánimas que buscan entierros de oro absurdo,
aquellos arciprestes vagos del corazón,
se internan, y aparecen. . . y, hablándonos de lejos,
nos lloran el suicidio monótono de Dios!

p a g a n a

Ir muriendo y cantando. Y bautizar la sombra
con sangre babilónica de noble gladiador.
Y rubricar los cuneiformes de la áurea alfombra
con la pluma del ruiseñor y la tinta azul del dolor.

¿La vida? Hembra proteica. Contemplarla asustada
escaparse en sus velos, infiel, falsa Judith;
verla desde la herida, y asirla en la mirada,
incrustando un capricho de cera en un rubí.

Mosto de Babilonia, Holofernes sin tropas,
en el árbol cristiano yo colgué mi nidal;
la viña redentora negó amor a mis copas;
Judith, la vida aleve, sesgó su cuerpo hostial.

Tal un festín pagano. Y amarla hasta en la muerte,
mientras las venas siembran rojas perlas de mal;
y así volverse al polvo, conquistador sin suerte,
dejando miles de ojos de sangre en el puñal.

los dados eternos

Para Manuel González Prada esta emoción bravía y selecta, una de las que, con más entusiasmo, me ha aplaudido el gran maestro.

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado. . .
Talvez ¡oh jugador! al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

los anillos fatigados

Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de istmarse.

Hay ganas de un gran beso que amortaje a la Vida,
que acaba en el África de una agonía ardiente,
suicida!

Hay ganas de... no tener ganas, Señor;
a ti yo te señalo con el dedo deicida:
hay ganas de no haber tenido corazón.

La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios,
curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa
a cuestas con la espina dorsal del Universo.

Cuando las sienes tocan su lúgubre tambor,
cuando me duele el sueño grabado en un puñal,
¡hay ganas de quedarse plantado en este verso!

s a n t o r a l

(Parágrafos)

Viejo Osiris! Llegué hasta la pared
de enfrente de la vida.

Y me parece que he tenido siempre
a la mano esta pared.

Soy la sombra, el reverso: todo va
bajos mis pasos de columna eterna.

Nada he traído por las trenzas; todo
fácil se vino a mí, como una herencia.

Sardanápalo. Tal, botón eléctrico
de máquinas de sueño fue mi boca.

Así he llegado a la pared de enfrente;
y siempre esta pared tuve a la mano.

Viejo Osiris! Perdónote! Que nada
alcanzó a requerirme, nada, nada...

l l u v i a

En Lima. . . En Lima está lloviendo
el agua sucia de un dolor
qué mortífero. Está lloviendo
de la gotera de tu amor.

No te hagas la que está durmiendo,
recuerda de tu trovador;
que yo ya comprendo. .. comprendo
la humana ecuación de tu amor.

Truena en la mística dulzaina
la gema tempestuosa y zaina,
la brujería de tu "sí".

Mas, cae, cae el aguacero
al atáud de mi sendero,
donde me ahueso para ti. . .

a m o r

Amor, ya no vuelves a mis ojos muertos;
y cuál mi idealista corazón te llora.
Mis cálices todos aguardan abiertos
tus hostias de otoño y vinos de aurora.

Amor, cruz divina, riega mis desiertos
con tu sangre de astros que sueña y que llora.
¡Amor, ya no vuelves a mis ojos muertos
que temen y ansían tu llanto de aurora!

Amor, no te quiero cuando estás distante
rifado en afeites de alegre bacante,
o en frágil y chata facción de mujer.

Amor, ven sin carne, de un icor que asombre;
y que yo, a manera de Dios, sea el hombre
que ama y engendra sin sensual placer!

d i o s

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad. . .

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llego,
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
que en la falsa balanza de unos senos,
mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás. . . tú, enamorado
de tanto enorme seno girador. . .
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonríes; porque siempre
debe dolerte mucho el corazón.

u n i d a d

En esta noche mi reloj jadea
junto a la sien oscurecida, como
manzana de revólver que voltea
bajo el gatillo sin hallar el plomo.

La luna blanca, inmóvil, lagrimea,
y es un ojo que apunta. . . Y siento cómo
se acuña el gran Misterio en una idea
hostil y ovóidea, en un bermejo plomo.

¡Ah, mano que limita, que amenaza
tras de todas las puertas, y que alienta
en todos los relojes, cede y pasa!

Sobre la araña gris de tu armazón,
otra gran Mano hecha de luz sustenta
un plomo en forma azul de corazón.

l o s a r r i e r o s

Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor.
La hacienda Menocucho
cobra mil sinsabores diarios por la vida.
Las doce. Vamos a la cintura del día.
El sol que duele mucho.

Arriero, con tu poncho colorado te alejas,
saboreando el romance peruano de tu coca.
Y yo desde una hamaca,
desde un siglo de duda,
cavilo tu horizonte, y atisbo, lamentado
por zancudos y por el estribillo gentil
y enfermo de una "paca-paca".
Al fin tú llegarás donde debes llegar,
arriero, que, detrás de tu burro santurrón,
te vas. . .
te vas. . .

Feliz de ti, en este calor en que se encabritan
todas las ansias y todos los motivos;
cuando el espíritu que anima al cuerpo apenas,
va sin coca, y no atina a cabestrar
su bruto hacia los Andes
oxidentales de la Eternidad.

canciones de hogar

e n c a j e d e f i e b r e

Por los cuadros de santos en el muro colgados
mis pupilas arrastran un ¡ay! de anochecer;
y en un temblor de fiebre, con los brazos cruzados,
mi ser recibe vaga visita del Noser.

Una mosca llorona en los muebles cansados
yo no sé qué leyenda fatal quiere verter:
una ilusión de Orientes que fugan asaltados;
un nido azul de alondras que mueren al nacer.

En un sillón antiguo sentado está mi padre.
Como una Dolorosa, entra y sale mi madre.
Y al verlos siento un algo que no quiere partir.

Porque antes de la oblea que es hostia hecha de Ciencia,
está la hostia, oblea hecha de Providencia.
Y la visita nace, me ayuda a bien vivir...

los pasos lejanos

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce. . .
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y no hay noticias de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, ausculta
la huida a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

a mi hermano miguel

In memoriam

Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa,
donde nos haces una falta sin fondo!
Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá
nos acariciaba: "Pero, hijos. . ."

Ahora yo me escondo;
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
Por la sala, el zaguán, los corredores.
Después, te ocultas tú, y yo no doy contigo.
Me acuerdo que nos hacíamos llorar,
hermano, en aquel juego.

Miguel, tú te escondiste
una noche de agosto, al alborear;
pero, en vez de ocultarte riendo, estabas triste.
Y tu gemelo corazón de esas tardes
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya
cae sombra en el alma.

Oye, hermano, no tardes
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá.

e n e r e i d a

Mi padre, apenas,
en la mañana pajarina, pone
sus setentiocho años, sus setentiocho
ramos de invierno a solear.
El cementerio de Santiago, untado
en alegre año nuevo, está a la vista.
Cuántas veces sus pasos cortaron hacia él,
y tornaron de algún entierro humilde.

Hoy hace mucho tiempo que mi padre no sale!
Una broma de niños se desbanda.

Otras veces le hablaba a mi madre
de impresiones urbanas, de política;
y hoy, apoyado en su bastón ilustre
que sonara mejor en los años de la Gobernación,
mi padre está desconocido, frágil,
mi padre es una víspera.
Lleva, trae, abstraído, reliquias, cosas,
recuerdos, sugerencias.
La mañana apacible le acompaña
con sus alas blancas de hermana de caridad.

Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
coral, oracional;
se corona el tiempo de palomas,
y el futuro se puebla
de caravanas de inmortales rosas.
Padre, aún sigue todo despertando;
es enero que canta, es tu amor
que resonando va en la Eternidad.
Aún reirás de tus pequeñuelos,
y habrá bulla triunfal en los Vacíos.

Aún será año nuevo. Habrá empanadas;
y yo tendré hambre, cuando toque a misa
en el beato campanario
el buen ciego mélico con quien
departieron mis sílabas escolares y frescas,
mi inocencia rotunda.
Y cuando la mañana llena de gracia,
desde sus senos de tiempo
que son dos renuncias, dos avances de amor
que se tienden y ruegan infinito, eterna vida,
cante, y eche a volar Verbos plurales,
jirones de tu ser,
a la borda de sus alas blancas
de hermana de caridad ¡oh, padre mío!

e s p e r g e s i a

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.
Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha. . .
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que mastico. . . Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben. . . Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda. . .
Y no saben que el Misterio sintetiza. . .
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

t r i l c e

1922

I

Quién hace tánta bulla, y ni deja
testar las islas que van quedando.

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea
grupada.

Un poco más de consideración,
y el mantillo líquido, seis de la tarde
DE LOS MAS SOBERBIOS BEMOLES

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal del equilibrio.

II

Tiempo Tiempo.

Mediodía estancado entre relentes.
Bomba aburrida del cuartel achica
tiempo tiempo tiempo tiempo.

Era Era.

Gallos cancionan escarbando en vano.
Boca del claro día que conjuga
era era era era.

Mañana Mañana.

El reposo c ente aún de ser.
Piensa el presente guárdame para
mañana mañana mañana mañana

Nombre Nombre.

¿Qué se llama cuanto heriza nos?
Se llama Lomismo que padece
nombre nombre nombre nombrE.

III

Las personas mayores
¿a qué hora volverán?
Da las seis el ciego Santiago,
y ya está muy oscuro.

Madre dijo que no demoraría.

Aguedita, Nativa, Miguel,
cuidado con ir por ahí, por donde
acaban de pasar gangueando sus memorias
dobladoras penas,
hacia el silencioso corral, y por donde
las gallinas que se están acostando todavía,
se han espantado tanto.
Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría.

Ya no tengamos pena. Vamos viendo
los barcos ¡el mío es más bonito de todos!
con los cuales jugamos todo el santo día,
sin pelearnos, como debe ser:
han quedado en el pozo de agua, listos,
fletados de dulces para mañana.

Aguardemos así, obedientes y sin más
remedio, la vuelta, el desagravio
de los mayores siempre delanteros
dejándonos en casa a los pequeños,
como si también nosotros
no pudiésemos partir.

Aguedita, Nativa, Miguel?
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.
No me vayan a haber dejado solo,
y el único recluso sea yo.

IV

Rechinan dos carretas contra los martillos
hasta los lagrimales trifurcas,
cuando nunca las hicimos nada.
A aquella otra sí, desamada,
amargurada bajo túnel campero
por lo uno, y sobre duras áljidas
pruebas espiritivas.

Tendime en són de tercera parte,
mas la tarde —qué la bamos a hhazer—
se anilla en mi cabeza, furiosamente
a no querer dosificarse en madre. Son
los anillos.
Son los nupciales trópicos ya tascados.
El alejarse, mejor que todo,
rompe a Crisol.

Aquel no haber descolorado
por nada. Lado al lado al destino y llora
y llora. Toda la canción
cuadrada en tres silencios.

Calor. Ovario. Casi transparencia.
Hase llorado todo. Hase entero velado
en plena izquierda.

V

Grupo dicotiledón. Oberturan
desde él petreles, propensiones de trinidad,
finales que comienzan, ohs de ayes
creyérase avaloriados de heterogeneidad.
¡Grupo de los dos cotiledones!

A ver. Aquello sea sin ser más.
A ver. No trascienda hacia afuera,
y piense en són de no ser escuchado,
y crome y no sea visto.
Y no glise en el gran colapso.

La creada voz rebélase y no quiere
ser malla, ni amor.
Los novios sean novios en eternidad.
Pues no deis 1, que resonará al infinito.
Y no deis O, que callará tánto,
hasta despertar y poner de pie al 1.

Ah grupo bicardiaco.

VI

El traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera:
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

A hora que no hay quien vaya a las aguas,
en mis falsillas encañona
el lienzo para emplumar, y todas las cosas
del velador de tánto qué será de mí,
todas no están mías
a mi lado.
Quedaron de su propiedad,
fratesadas, selladas con su trigueña bondad.

Y si supiera si ha de volver;
y si supiera qué mañana entrará
a entregarme las ropas lavadas, mi aquella
lavandera del alma. Qué mañana entrará
satisfecha, capulí de obrería, dichosa
de probar que sí sabe, que sí puede
¡COMO NO VA A PODER!
Azular y planchar todos los caos.

VII

Rumbé sin novedad por la veteada calle
que yo me sé. Todo sin novedad,
de veras. Y fondeé hacia cosas así,
y fui pasado.

Doblé la calle por la que raras
veces se pasa con bien, salida
heroica por la herida de aquella
esquina viva, nada a medias.

Son los grandores,
el grito aquel, la claridad de careo,
la barreta sumersa en su función de
¡ya!

Cuando la calle está ojerosa de puertas,
y pregona desde descalzos atriles
trasmañanar las salvas en los dobles.

Ahora hormigas minuteras
se adentran dulzoradas, dormitadas, apenas
dispuestas, y se baldan,
quemadas pólvoras, altos de a 1921.

VIII

Mañana esotro día, alguna
vez hallaría para el hifalto poder,
entrada eternal.

Mañana algún día,
sería la tienda chapada
con un par de pericardios, pareja
de carnívoros en celo.

Bien puede afincar todo eso.
Pero un mañana sin mañana,
entre los aros de que enviudemos,
margen de espejo habrá
donde traspasaré mi propio frente
hasta perder el eco
y quedar con el frente hacia la espalda.

IX

Vusco volvvver de golpe el golpe.
Sus dos hojas anchas, su válvula
que se abre en suculenta recepción
de multiplicando a multiplicador,
su condición excelente para el placer,
todo avía verdad.

Busco vol ver de golpe el golpe.
A su halago, enveto bolivarianas fragosidades
a treintidós cables y sus múltiples,
se arrequintan pelo por pelo
soberanos belfos, los dos tomos de la Obra,
y no vivo entonces ausencia,
ni al tacto.

Fallo bolver de golpe el golpe.
No ensillaremos jamás el toroso Vaveo
de egoísmo y de aquel ludir mortal
de sábana,
desque la mujer esta
¡cuánto pesa de general!

Y hembra es el alma de la ausente.
Y hembra es el alma mía.

X

Prístina y última de infundada
ventura, acaba de morir
con alma y todo, octubre habitación y encinta.
De tres meses de ausente y diez de dulce.
Cómo el destino,
mitrado monodáctilo, ríe.

Cómo detrás desahucian juntas
de contrarios. Cómo siempre asoma el guarismo
bajo la línea de todo avatar.

Cómo escotan las ballenas a palomas.
Cómo a su vez éstas dejan el pico
cubicado en tercera ala.
Cómo arzonamos, cara a monótonas ancas.

Se remolca diez meses hacia la decena,
hacia otro más allá.
Dos quedan por lo menos todavía en pañales.
Y los tres meses de ausencia.
Y los nueve de gestación.

No hay ni una violencia.
El paciente incorpórase,
y sentado empavona tranquilas misturas.

XI

He encontrado a una niña
en la calle, y me ha abrazado.
Equis, disertada, quien la halló y la halle,
no la va a recordar.

Esta niña es mi prima. Hoy, al tocarle
el talle, mis manos han entrado en su edad
como en par de mal rebocados sepulcros.
Y por la misma desolación marchóse,
delta al sol tenebloso,
trina entre los dos.

"Me he casado",
me dice. Cuando lo que hicimos de niños
en casa de la tía difunta.
Se ha casado.
Se ha casado.

Tardes años latitudinales,
qué verdaderas ganas nos ha dado
de jugar a los toros, a las yuntas,
pero todo de engaños, de candor, como fue.

XII

Escapo de una finta, peluza a peluza.
Un proyectil que no sé dónde irá a caer.
Incertidumbre. Tramonto. Cervical coyuntura.

Chasquido de moscón que muere
a mitad de su vuelo y cae a tierra.
¿Qué dice ahora Newton?
Pero, naturalmente, vosotros sois hijos.

Incertidumbre. Talones que no giran.
Carilla en nudo, fabrida
cinco espinas por un lado
y cinco por el otro: Chit! Ya sale.

XIII

Pienso en tu sexo.
Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
ante el hijar maduro del día.
Palpo el botón de dicha, está en sazón.
Y muere un sentimiento antiguo
degenerado en seso.

Pienso en tu sexo, surco más prolífico
y armonioso que el vientre de la Sombra,
aunque la Muerte concibe y pare
de Dios mismo.
Oh Conciencia,
pienso, sí, en el bruto libre
que goza donde quiere, donde puede.

Oh, escándalo de miel de los crepúsculos.
Oh estruendo mudo.

¡Odumodneurtse!

XIV

Cual mi explicación.
Esto me lacera de tempranía.
Esa manera de caminar por los trapecios.
Esos corajosos brutos como postizos.
Esa goma que pega el azogue al adentro.
Esas posaderas sentadas para arriba.
Ese no puede ser, sido.
Absurdo.
Demencia.
Pero he venido de Trujillo a Lima.
Pero gano un sueldo de cinco soles.

XV

En el rincón aquel, donde dormimos juntos
tantas noches, ahora me he sentado
a caminar. La cuja de los novios difuntos
fue sacada, o talvez qué habrá pasado.

Has venido temprano a otros asuntos
y ya no estás. Es el rincón
donde a tu lado, leí una noche,
entre tus tiernos puntos
un cuento de Daudet. Es el rincón
amado. No lo equivoques.

Me he puesto a recordar los días
de verano idos, tu entrar y salir,
poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,
ya lejos de ambos dos, salto de pronto...
Son dos puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra

XVI

Tengo fe en ser fuerte.
Dame, aire manco, dame ir
galoneándome de ceros a la izquierda.
Y tú, sueño, dame tu diamante implacable,
tu tiempo de deshora.

Tengo fe en ser fuerte.
Por allí avanza cóncava mujer,
cantidad incolora, cuya
gracia se cierra donde me abro.

Al aire, fray pasado. Cangrejos, zote!
Avístate la verde bandera presidencial,
arriando las seis banderas restantes,
todas las colgaduras de la vuelta.

Tengo fe en que soy,
y en que he sido menos.

Ea! Buen primero!

XVII

Destílase este 2 en una sola tanda,
y entrambos lo apuramos.
Nadie me hubo oído. Estría urente
abracadabra civil.
La mañana no palpa cual la primera,
cual la última piedra ovulandas
a fuerza de secreto. La mañana descalza.
El barro a medias
entre sustancias gris, más y menos.

Caras no saben de la cara, ni de la
marcha a los encuentros.
Y sin hacia cabecee el exergo.
Yerra la punta del afán.

Junio, eres nuestro. Junio, y en tus hombros
me paro a carcajear, secando
mi metro y mis bolsillos
en tus 21 uñas de estación.

Buena! Buena!

XVIII

Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha,
por sus cuatro rincones cómo arranca
las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves,
si estuvieras aquí, si vieras hasta
qué hora son cuatro estas paredes.
Contra ellas seríamos contigo, los dos,
más dos que nunca. Y ni lloraras,
di, libertadora!

Ah las paredes de la [illegible]da.
De ellas me duelen entretanto más
las dos largas que tienen esta noche
algo de madres que ya muertas
llevan por bromurados declives,
a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,
con la diestra, que hace por ambas manos,
en alto, en busca de terciario brazo
que ha de pupilar, entre mi dónde y mi cuándo,
esta mayoría inválida de hombre.

XIX

A trastear, Hélpide dulce, escampas,
cómo quedamos de tan quedarnos.

Hoy vienes apenas me he levantado.
El establo está divinamente meado
y excrementido por la vaca inocente
y el inocente asno y el gallo inocente.

Penetra en la maría ecuménica.
Oh sangabriel, haz que conciba el alma,
el sin luz amor, el sin cielo,
lo más piedra, lo más nada,
hasta la ilusión monarca.

Quemaremos todas las naves!
Quemaremos la última esencia!

Mas si se ha de sufrir de mito a mito,
y a hablarme llegas masticando hielo,
mastiquemos brasas,
ya no hay dónde bajar,
ya no hay dónde subir.

Se ha puesto el gallo incierto, hombre.

XX

Al ras de batiente nata blindada
de piedra ideal. Pues apenas
acerco el 1 al 1 para no caer.

Ese hombre mostachoso. Sol,
herrada su única rueda, quinta y perfecta,
y desde ella para arriba.
Bulla de botones de bragueta,
libres,
bulla que reprende A vertical subordinada.
El desagüe jurídico. La chirota grata.

Mas sufro. Allende sufro. Aquende sufro.

Y he aquí se me cae la baba, soy
una bella persona, cuando
el hombre guillermosecundario
puja y suda felicidad
a chorros, al dar lustre al calzado
de su pequeña de tres años.

Engállase el barbado y frota un lado.
La niña en tanto pónese el índice
en la lengua que empieza a deletrear
los enredos de enredos de los enredos,
y unta el otro zapato, a escondidas,
con un poquito de saliba y tierra,
pero con un poquito,
no má-
.s.

XXI

En un auto arteriado de círculos viciosos,
torna diciembre qué cambiado,
con su oro en desgracia. Quién le viera:
diciembre con su 31 pieles rotas,
el pobre diablo.

Yo le recuerdo. Hubimos de esplendor,
bocas ensortijadas de mal engreimiento,
todas arrastrando recelos infinitos.
Cómo no voy a recordarle
al magro señor Doce.

Yo le recuerdo. Y hoy diciembre torna
qué cambiado, el aliento a infortunio,
helado, moqueando humillación.

Y a la ternurosa avestruz
como que la ha querido, como que la ha adorado.
Por ella se ha calzado todas sus diferencias.

XXII

Es posible me persigan hasta cuatro
magistrados vuelto. Es posible me juzguen pedro.
¡Cuatro humanidades justas juntas!
Don Juan Jacobo está en hacerio,
y las burlas le tiran de su soledad,
como a un tonto. Bien hecho.

Farol rotoso, el día induce a darle algo,
y pende
a modo de asterisco que se mendiga
a sí propio quizás qué enmendaturas.

Ahora que chirapa tan bonito
en esta paz de una sola línea,
aquí me tienes,
aquí me tienes, de quien yo penda,
para que sacies mis esquinas.
Y si, éstas colmadas,
te derramases de mayor bondad,
sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos,
insaciables ganas
de nivel y amor.

Si pues siempre salimos al encuentro
de cuanto entra por otro lado,
ahora, chirapado eterno y todo,
heme, de quien yo penda,
estoy de filo todavía. Heme!

XXIII

Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos
pura yema infantil innumerable, madre.

Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
mal plañidas, madre: tus mendigos.
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto
y yo arrastrando todavía
una trenza por cada letra del abecedario.

En la sala de arriba nos repartías
de mañana, de tarde, de dual estiba,
aquellas ricas hostias de tiempo, para
que ahora nos sobrasen
cáscaras de relojes en flexión de las 24
en punto parados.

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
quedaría, en qué retoño capilar,
cierta migaja que hoy se me ata al cuello
y no quiere pasar. Hoy que hasta
tus puros huesos estarán harina
que no habrá en qué amasar
¡tierna dulcera de amor,
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tánto!
en las cerradas manos recién nacidas.

Tal la tierra oirá en tu silenciar,
cómo nos van cobrando todos
el alquiler del mundo donde nos dejas
y el valor de aquel pan inacabable.
Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tú verías,
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie; cuando tú nos lo diste,
¿di, mamá?

XXIV

Al borde de un sepulcro florecido
transcurren dos marías llorando,
llorando a mares.

El ñandú desplumado del recuerdo
alarga su postrera pluma,
y con ella la mano negativa de Pedro
graba en un domingo de ramos
resonancias de exequias y de piedras.

Del borde de un sepulcro removido
se alejan dos marías cantando.

Lunes.

XXV

Alfan alfiles a adherirse
a las junturas, al fondo, a los testuces,
al sobrelecho de los numeradores a pie.
Alfiles y cadillos de lupinas parvas.

Al rebufar el socaire de cada caravela
deshilada sin americanizar,
ceden las estevas en espasmo de infortunio,
con pulso párvulo mal habituado
a sonarse en el dorso de la muñeca.
Y la más aguda tiplisonancia
se tonsura y apeálase, y largamente
se ennazala hacia carámbanos
de lástima infinita.

Soberbios lomos resoplan
al portar, pendientes de mustios petrales
las escarapelas con sus siete colores
bajo cero, desde las islas guaneras
hasta las islas guaneras.
Tal los escarzos a la intemperie de pobre
fe.
Tal el tiempo de las rondas. Tal el del rodeo
para los planos futuros,
cuando innánima grifalda relata sólo
fallidas callandas cruzadas.

Vienen entonces alfiles a adherirse
hasta en las puertas falsas y en los borradores.

XXVI

El verano echa nudo a tres años
que, encintados de cárdenas cintas, a todo
sollozo,
aurigan orinientos índices
de moribundas alejandrías
de cuzcos moribundos.

Nudo alvino deshecho, una pierna por allí,
más allá todavía la otra,
desgajadas,
péndulas.
Deshecho nudo de lácteas glándulas
de la sinamayera,
bueno para alpacas brillantes,
para abrigo de pluma inservible
¡más piernas los brazos que brazos!

Así envérase el fin, como todo,
como polluelo adormido saltón
de la hendida cáscara,
a luz eternamente polla.
Y así, desde el óvalo, con cuatros al hombro,
ya para qué tristura.

Las uñas aquellas dolían
retesando los propios dedos *hospicios*.
De entonces crecen ellas para adentro.
mueren para afuera,
y al medio ni van ni vienen,
ni van ni vienen.

Las uñas. Apeona ardiente avestruz coja,
desde perdidos sures,
flecha hasta el estrecho ciego
de senos aunados.

Al calor de una punta
de pobre sesgo ESFORZADO,
la griega sota de oros tórnase
morena sota de islas,
cobriza sota de lagos
en frente a moribunda alejandría,
a cuzco moribundo.

XXVII

Me da miedo ese chorro,
buen recuerdo, señor fuerte, implacable
cruel dulzor. Me da miedo.
Esta casa me da entero bien, entero
lugar para este no saber dónde estar.

No entremos. Me da miedo este favor
de tornar por minutos, por puentes volados.
Yo no avanzo, señor dulce,
recuerdo valeroso, triste
esqueleto cantor.

Qué contenido, el de esta casa encantada,
me da muertes de azoque, y obtura
con plomo mis tomas
a la seca actualidad.

El chorro que no sabe a cómo vamos,
dame miedo, pavor.
Recuerdo valeroso, yo no avanzo.
Rubio y triste esqueleto, silba, silba.

XXVIII

He almorzado solo ahora, y no he tenido
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,
ni padre que, en el facundo ofertorio
de los choclos, pregunte para su tardanza
de imagen, por los broches mayores del sonido.

Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir
de tales platos distantes esas cosas,
cuando habráse quebrado el propio hogar,
cuando no asoma ni madre a los labios.
Cómo iba yo a almorzar nonada.

A la mesa de un buen amigo he almorzado
con su padre recién llegado del mundo,
con sus canas tías que hablan
en tordillo retinte de porcelana,
bisbiseando por todos sus viudos alvéolos;
y con cubiertos francos de alegres tiroriros,
porque estánse en su casa. Así, qué gracia!
Y me han dolido los cuchillos
de esta mesa en todo el paladar.

El yantar de estas mesas así, en que se prueba
amor ajeno en vez del propio amor,
torna tierra el bocado que no brinda la
MADRE,
hace golpe la dura deglución; el dulce,
hiel; aceite funéreo, el café.

Cuando ya se ha quebrado el propio hogar,
y el sírvete materno no sale de la
tumba,
la cocina a oscuras, la miseria de amor.

XXIX

Zumba el tedio enfrascado
bajo el momento improducido y caña.

Pasa una paralela a
ingrata línea quebrada de felicidad.
Me extraña cada firmeza, junto a esa agua
que se aleja, que *ríe* acero, caña.

Hilo retemplado, hilo, hilo binómico
¿por dónde romperás, nudo de guerra?

Acoraza este ecuador, Luna.

XXX

Quemadura del segundo
en toda la tierna carnecilla del deseo,
picadura de ají vagoroso,
a las dos de la tarde inmoral.

Guante de los bordes borde a borde.
Olorosa verdad tocada en vivo, al conectar
la antena del sexo
con lo que estamos siendo sin saberlo.

Lavaza de máxima ablución.
Calderas viajeras
que se chocan y salpican de fresca sombra
unánime, el color, la fracción, la dura vida,
la dura vida eterna.
No temamos. La muerte es así.

El sexo sangre de la amada que se queja
dulzorada, de portar tánto
por tan punto ridículo.
Y el circuito
entre nuestro pobre día y la noche grande,
a las dos de la tarde inmoral.

XXXI

Esperanza plañe entre algodones.

Aristas roncas uniformadas
de amenazas tejidas de esporas magníficas
y con porteros botones innatos.
¿Se luden seis de sol?
Natividad. Cállate, miedo.

Cristiano espero, espero siempre
de hinojos en la piedra circular que está
en las cien esquinas de esta suerte
tan vaga a donde asomo.

Y Dios sobresaltado nos oprime
el pulso, grave, mudo,
y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma a la esperanza.

Señor, lo quiero yo...
Y basta!

999 calorías
Rumbbb. . . Trrraprrr rrach. . . chaz
Serpentínica *u* del bizcochero
engirafada al tímpano.

Quién como los hielos. Pero no.
Quién como lo que va ni más ni menos.
Quién como el justo medio.

1,000 calorías.
Azulea y ríe su gran cachaza
el firmamento gringo. Baja
el sol empavado y le alborota los cascos
al más frío.

Remeda al cuco; Roooooooeeeis. . .
tierno autocarril, móvil de sed,
que corre hasta la playa.

Aire, aire! Hielo!
Si al menos el calor (———— Mejor
no digo nada.

Y hasta la *misma* pluma
con que escribo por último se troncha.

Treinta y tres trillones trescientos treinta
y tres calorías.

XXXII

XXXIII

Si lloviera esta noche, retiraríame
de aquí a mil años.
Mejor a cien no más.
Como si nada hubiese ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.

O sin madre, sin amada, sin porfía
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro
pulso,
esta noche así, estaría escarmenando
la fibra védica,
la lana védica de mi fin final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes de tiempo
en una misma campana.

Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido
no alcanzaré a librarme.

No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ha llegado y ya se ha ido,
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

XXXIV

Se acabó el extraño, con quien, tarde
la noche, regresabas parla y parla.
Ya no habrá quien me aguarde,
dispuesto mi lugar, bueno lo malo.

Se acabó la calurosa tarde;
tu gran bahía y tu clamor; la charla
con tu madre acabada
que nos brindaba un té lleno de tarde.

Se acabó todo al fin: las vacaciones,
tu obediencia de pechos, tu manera
de pedirme que no me vaya fuera.

Y se acabó el diminutivo, para
mi mayoría en el dolor sin fin
y nuestro haber nacido así sin causa.

XXXV

El encuentro con la amada
tanto alguna vez, es un simple detalle,
casi un programa hípico en violado,
que de tan largo no se puede doblar bien.

El almuerzo con ella que estaría
poniendo el plato que nos gustara ayer
y se repite ahora,
pero con algo más de mostaza;
el tenedor absorto, su doneo radiante
de pistilo en mayo, y su verecundia
de a centavito, por quítame allá esa paja.
Y la cerveza lírica y nerviosa
a la que celan sus dos pezones sin lúpulo,
y que no se debe tomar mucho!

Y los demás encantos de la mesa
que aquella núbil campaña borda
con sus propias baterías germinales
que han operado toda la mañana,
según me consta, a mí,
amoroso notario de sus intimidades,
y con las diez varillas mágicas
de sus dedos pancreáticos.

Mujer que, sin pensar en nada más allá,
suelta el mirlo y se pone a conversarnos
sus palabras tiernas
como lancinantes lechugas recién cortadas.

Otro vaso y me voy. Y nos marchamos,
ahora sí, a trabajar.

Entre tanto, ella se interna
entre los cortinajes y ¡oh aguja de mis días
desgarrados! se sienta a la orilla
de una costura, a coserme el costado
a su costado,
a pegar el botón de esa camisa,
que se ha vuelto a caer. Pero hase visto!

XXXVI

Pugnamos ensartarnos por un ojo de aguja,
enfrentados a las ganadas.
Amoniácase casi el cuarto ángulo del círculo.
¡Hembra se continúa el macho, a raíz
de probables senos, y precisamente
a raíz de cuanto no florece!

¿Por ahí estás, Venus de Milo?
Tú manqueas apenas pululando
entrañada en los brazos plenarios
de la existencia,
de esta existencia que todaviiza
perenne imperfección.
Venus de Milo, cuyo cercenado, increado
brazo revuélvese y trata de encodarse
a través de verdeantes guijarros gagos,
ortivos nautilos, aunes que gatean
recién, vísperas inmortales,
Laceadora de inminencias, laceadora
del paréntesis.

Rehusad, y vosotros, a posar las plantas
en la seguridad dupla de la Armonía.
Rehusad la simetría a buen seguro.
Intervenid en el conflicto
de puntas que se disputan
en la más torionda de las justas
el salto por el ojo de la aguja!

Tal siento ahora el meñique
demás en la siniestra. Lo veo y creo
no debe serme, o por lo menos que está
en sitio donde no debe.
Y me inspira rabia y me azarea
y no hay cómo salir de él, sino haciendo
la cuenta de que hoy es jueves.

¡Ceded al nuevo impar
potente de orfandad!

XXXVII

He conocido a una pobre muchacha
a quien conduje hasta la escena.
La madre, sus hermanas qué amables y también
aquel su infortunado "tú no vas a volver".

Como en cierto negocio me iba admirablemente
me rodeaban de un aire de dinasta florido.
La novia se volvía agua,
y cuán bien me solía llorar
su amor mal aprendido.

Me gustaba su tímida marinera
de humildes aderezos al dar las vueltas,
y cómo su pañuelo trazaba puntos,
tildes, a la melografía de su bailar de juncia.

Y cuando ambos burlamos al párroco,
quebróse mi negocio y el suyo
y la esfera barrida.

XXXVIII

Este cristal aguarda ser sorbido
en bruto por boca venidera
sin dientes. No desdentada.
Este cristal es pan no venido todavía.

Hiere cuando lo fuerzan
y ya no tiene cariños animales.
Mas si se le apasiona, se melaría
y tomaría la horma de los sustantivos
que se adjetivan de brindarse.

Quienes lo ven allí triste individuo
incoloro, lo enviarían por amor,
por pasado y a lo más por futuro:
si él no dase por ninguno de sus costados;
si él espera ser sorbido de golpe
y en cuanto transparencia, por boca venidera que ya no tendrá dientes.

Este cristal ha pasado de animal,
y márchase ahora a formar las izquierdas,
los nuevos Menos.
Déjenlo solo no más.

Quién ha encendido fósforo!
Mésome. Sonrío
a columpio por motivo.
Sonrío aún más, si llegan todos
a ver las guías sin color
y a mí siempre en punto. Qué me importa.

Ni ese bueno del Sol que, al morirse de gusto,
lo desposta todo para distribuirlo
entre las sombras, el pródigo,
ni él me esperaría a la otra banda.
Ni los demás que paran sólo
entrando y saliendo.

Llama con toque de retina
el gran panadero. Y pagamos en señas
curiosísimas el tibio valor innegable
horneado, trascendiente.
Y tomamos el café, ya tarde,
con deficiente azúcar que ha faltado,
y pan sin mantequilla. Qué se va a hacer.

Pero, eso sí, los aros receñidos, barreados.
La salud va en un pie. De frente: marchen!

XXIX

XL

Quién nos hubiera dicho que en domingo
así, sobre arácnidas cuestas
se encabritaría la sombra de puro frontal.
(Un molusco ataca yermos ojos encallados,
a razón de dos o más posibilidades tantálicas
contra medio estertor de sangre remordida).

Entonces, ni el propio revés de la pantalla
deshabitada enjugaría las arterias
trasdoseadas de dobles todavías.
Como si nos hubiesen dejado salir! Como
si no estuviésemos embrazados siempre
a los dos flancos diarios de la fatalidad!

Y cuánto nos habríamos ofendido.
Y aún lo que nos habríamos enojado y peleado
y amistado otra vez
y otra vez.

Quién hubiera pensado en tal domingo.
cuando, a rastras, seis codos lamen
de esta manera, hueras yemas lunesentes.

Habríamos sacado contra él, de bajo
de las dos alas del Amor,
lustrales plumas terceras, puñales,
nuevos pasajes de papel de oriente.
Para hoy que probamos si aún vivimos,
casi un frente no más.

XLI

La Muerte de rodillas mana
su sangre blanca que no es sangre.
Se huele a garantía.
Pero ya me quiero reír.

Murmúrase algo por allí. Callan.
Alguien silba valor de lado,
y hasta se contaría en par
veintitrés costillas que se echan de menos
entre sí, a ambos costados; se contaría
en par también, toda la fila
de trapecios escoltas.

En tanto, el redoblante policial
(otra vez me quiero reír)
se desquita y nos tunde a palos.
dale y dale
de membrana a membrana
tas
con
tas.

XLII

Esperaos. Ya os voy a narrar
todo. Esperaos sossiegue
este dolor de cabeza. Esperaos.

¿Dónde os habéis dejado vosotros
que no hacéis falta jamás?

Nadie hace falta! Muy bien.

Rosa, entra del último piso.
Estoy niño. Y otra vez rosa:
ni sabes a dónde voy.

¿Aspa la estrella de la muerte?
O son extrañas máquinas cosedoras
dentro del costado izquierdo.
Esperaos otro momento.

No nos ha visto nadie. Pura
búscate el talle.
¡A dónde se han saltado tus ojos!

Penetra reencarnada en los salones
de ponentino cristal. Suena
música exacta casi lástima.

Me siento mejor. Sin fiebre, y ferviente.
Primavera. Perú. Abro los ojos.
Ave! No salgas. Dios, como si sospechase
algún flujo sin reflujo ay.

Paletada facial, resbala el telón
cabe las conchas.

Acrisis. Tilia, acuéstate.

Quién sabe se va a ti. No le ocultes.
Quién sabe madrugada.
Acaríciale. No le digas nada. Está
duro de lo que se ahuyenta.
Acaríciale. Anda! Cómo le tendrías pena.

Narra que no es posible
todos digan que bueno,
cuando ves que se vuelve y revuelve,
animal que ha aprendido a irse. . . No?
Sí! Acaríciale. No le arguyas.

Quién sabe se va a ti madrugada.
¿Has contado qué poros dan salida solamente,
y cuáles dan entrada?
Acaríciale. Anda! Pero no vaya a saber
que lo haces porque yo te lo ruego.
Anda!

XLIII

XLIV

Este piano viaja para adentro,
viaja a saltos alegres.
Luego medita en ferrado reposo,
clavado con diez horizontes.

Adelanta. Arrástrase bajo túneles,
más allá, bajo túneles de dolor,
bajo vértebras que fugan naturalmente.

Otras veces van sus trompas,
lentas asias amarillas de vivir,
van de eclipse,
y se espulgan pesadillas insectiles,
ya muertas para el trueno, heraldo de los génesis.

Piano oscuro ¿a quién atisbas
con tu sordera que me oye.
con tu mudez que me asorda?

Oh pulso misterioso.

Me desvinculo del mar
cuando vienen las aguas a mí.

Salgamos siempre. Saboreemos
la canción estupenda, la canción dicha
por los labios inferiores del deseo.
Oh prodigiosa doncellez.
Pasa la brisa sin sal.

A lo lejos husmeo los tuétanos
oyendo el tanteo profundo, a la caza
de teclas de resaca.

Y si así diéramos las narices
en el absurdo,
nos cubriremos con el oro de no tener nada,
y empollaremos el ala aún no nacida
de la noche, hermana
de esta ala huérfana del día,
que a fuerza de ser una ya no es ala.

XLV

XLVI

La tarde cocinera se detiene
ante la mesa donde tú comiste;
y muerta de hambre tu memoria viene
sin probar ni agua, de lo puro triste.

Mas, como siempre, tu humildad se aviene
a que le brinden la bondad más triste.
Y no quieres gustar, que ves quien viene
filialmente a la mesa en que comiste.

La tarde cocinera te suplica
y te llora en su delantal que aún sórdido
nos empieza a querer de oírnos tanto.

Yo hago esfuerzos también; porque no hay
valor para servirse de estas aves.
Ah! qué nos vamos a servir ya nada.

Ciliado *arrecife donde nací,*
según refieren cronicones y pliegos
de labios familiares historiados
en segunda gracia.

Ciliado archipiélago, te desislas a fondo,
a fondo, archipiélago mío!
Duras todavía las articulaciones
al *camino, como cuando nos instan,*
y nosotros no cedemos por nada.

Al ver los párpados cerrados,
implumes mayorcitos, devorando azules bombones,
se carcajean pericotes viejos.
Los párpados cerrados, como si, cuando nacemos,
siempre no fuese tiempo todavía.

Se va el altar, el cirio para
que no le pasase nada a mi madre,
y por mí que sería con los años, si Dios
quería, Obispo, Papa, Santo, o talvez
sólo un columnario dolor de cabeza.

Y las manitas que se abarquillan
asiéndose de algo flotante,
a no querer quedarse.
Y siendo ya la 1.

XLVII

Tengo ahora 70 soles peruanos.
Cojo la penúltima moneda, la que suena
69 veces púnicas.
Y he aquí, al finalizar su rol,
quémase toda y arde llameante,
llameante,
redonda entre mis tímpanos alucinados.

Ella, siendo 69, dase contra 70;
luego escala 71, rebota en 72.
Y así se multiplica y espejea impertérrita
en todos los demás piñones.

Ella, vibrando y forcejeando,
pegando gritttos,
soltando arduos, chisporroteantes silencios,
orinándose de natural grandor,
en unánimes postes surgentes,
acaba por ser todos los guarismos,
la vida entera.

XLVIII

XLIX

Murmurando en inquietud, cruzo,
el traje largo de sentir, los lunes
de la verdad.
Nadie me busca ni me reconoce,
y hasta yo he olvidado
de quién seré.

Cierta guardarropía, sólo ella, nos sabrá
a todos en las blancas hojas
de las partidas.
Esa guardarropía, ella sola,
al volver de cada facción,
de cada candelabro
ciego de nacimiento.

Tampoco yo descubro a nadie, bajo
este mantillo que iridice los lunes
de la razón;
y no hago más que sonreír a cada púa
de las verjas, en la loca búsqueda
del conocido.

Buena guardarropía, ábreme
tus blancas hojas;
quiero reconocer siquiera al 1,
quiero el punto de apoyo, quiero
saber de estar siquiera.

En los bastidores donde nos vestimos,
no hay, no Hay nadie: hojas tan sólo
de par en par.
Y siempre los trajes descolgándose
por sí propios, de perchas
como ductores índices grotescos,
y partiendo sin cuerpos, vacantes,
hasta el matiz prudente
de un gran caldo de alas con causas
y lindes fritas.
Y hasta el hueso!

L

El cancerbero cuatro veces
al día maneja su candado, abriéndonos
cerrándonos los esternones, en guiños
que entendemos perfectamente.

Con los fundillos lelos melancólicos,
amuchachado de trascendental desaliño,
parado, es adorable el pobre viejo.
Chancea con los presos, hasta el tope
los puños en las ingles. Y hasta mojarrilla
les roe algún mendrugo; pero siempre
cumpliendo su deber.

Por entre los barrotes pone el punto
fiscal, inadvertido, izándose en la falangita
del meñique,
a la pista de lo que hablo,
lo que como,
lo que sueño.
Quiere el corvino ya no hayan adentros,
y cómo nos duele esto que quiere el cancerbero.

Por un sistema de relojería, juega
el viejo inminente, pitagórico!
a lo ancho de las aortas. Y sólo
de tarde en noche, con noche
soslaya alguna su excepción de metal.
Pero, naturalmente,
siempre cumpliendo su deber.

Mentira. Si lo hacía de engaños,
y nada más. Ya está. De otro modo,
también tú vas a ver
cuánto va a dolerme el haber sido así.

Mentira. Calla.
Ya está bien.
Como otras veces tú me haces esto mismo,
por eso yo también he sido así.

A mí, que había tanto atisbado si de veras
llorabas,
ya que otras veces sólo te quedaste
en tus dulces pucheros,
a mí, que ni soñé que los creyeses,
me ganaron tus lágrimas.
Ya está.

Mas ya lo sabes: todo fue mentira.
Y si sigues llorando, bueno, pues!
Otra vez ni he de verte cuando juegues.

LI

LII

Y nos levantaremos cuando se nos dé
la gana, aunque mamá toda claror
nos despierte con cantora
y linda cólera materna.
Nosotros reiremos a hurtadillas de esto,
mordiendo el canto de las tibias colchas
de vicuña ¡y nò me vayas a hacer cosas!

Los humos de los bohíos ¡ah golfillos
en rama! madrugarían a jugar
a las cometas azulinas, azulantes,
y, apañuscando alfarjes y piedras, nos darían
su estímulo fragante de boñiga,
para sacarnos
al aire nene que no conoce aún las letras,
a pelearles los hilos.

Otro día querrás pastorear
entre tus huecos onfalóideos
ávidas cavernas,
meses nonos,
mis telones.
O querrás acompañar a la ancianía
a destapar la toma de un crepúsculo,
para que de día surja
toda el agua que pasa de noche.

Y llegas muriéndote de risa,
y en el almuerzo musical,
cancha reventada, harina con manteca,
con manteca,
le tomas el pelo al peón decúbito
que hoy otra vez olvida dar los buenos días,
esos sus días, buenos con b de baldío,
que insisten en salirle al pobre
por la culata de la v
dentilabial que vela en él.

LIII

Quién clama las once no son doce!
Como si las hubiesen pujado, se afrontan
de dos en dos las once veces.

Cabezazo brutal. Asoman
las coronas a oír,
pero sin traspasar los eternos
trescientos sesenta grados, asoman
y exploran en balde, dónde ambas manos
ocultan el otro puente que les nace
entre veras y litúrgicas bromas.

Vuelve la frontera a probar
las dos piedras que no alcanzan a ocupar
una misma posada a un mismo tiempo.
La frontera, la ambulante batuta, que sigue
inmutable, igual, sólo
más ella a cada esguince en alto.

Veis lo que es sin poder ser negado,
veis lo que tenemos que aguantar,
mal que nos pese.
¡Cuánto se aceita en codos
que llegan hasta la boca!

LIV

Forajido tormento, entra, sal
por un mismo forado cuadrangular.
Duda. El balance punza y punza
hasta las cachas.

A veces doyme contra todas las contras,
y por ratos soy el alto más negro de las ápices
en la fatalidad de la Armonía.
Entonces las ojeras se irritan divinamente,
y solloza la sierra del alma,
se violentan oxígenos de buena voluntad,
arde cuanto no arde y hasta
el dolor dobla el pico en risa.

Pero un día no podrás entrar
ni salir, con el puñado de tierra
que te echaré a los ojos forajido!

Samain diría el aire es quieto y de una contenida tristeza.

Vallejo dice hoy la Muerte está soldando cada lindero a cada hebra de cabello perdido, desde la cubeta de un frontal, donde hay algas, toronjiles que cantan divinos almácigos en guardia, y versos antisépticos sin dueño.

El miércoles, con uñas destronadas se abre las propias uñas
de alcanfor, e instila por polvorientos
harneros, ecos, páginas vueltas, sarros,
zumbidos de moscas
cuando hay muerto, y pena clara esponjosa y cierta esperanza.

Un enfermo lee La Prensa, como en facistol.
Otro está tendido palpitante, longirrostro,
cerca a estarlo sepulto.
Y yo advierto un hombre está en su sitio
todavía y casi queda listo tras de este, el otro lado.

Ya la tarde pasó diez y seis veces por el subsuelo empatrullado,
y se está casi ausente
en el número de madera amarilla
de la cama que está desocupada tanto tiempo
allá .....
enfrente.

LV

LVI

Todos los días amanezco a ciegas
a trabajar para vivir; y tomo el desayuno,
sin probar ni gota de él, todas las mañanas.
Sin saber si he logrado, o más nunca,
algo que brinca del sabor
o es sólo corazón y que ya vuelto, lamentará
hasta dónde esto es lo menos.

El niño crecería ahíto de felicidad
oh albas,
ante el pesar de los padres de no poder dejarnos
de arrancar de sus sueños de amor a este mundo;
ante ellos que, como Dios, de tanto amor
se comprendieron hasta creadores
y nos quisieron hasta hacernos daño.

Flecos de invisible trama,
dientes que huronean desde la neutra emoción,
pilares
libres de base y coronación,
en la gran boca que ha perdido el habla.

Fósforo y fósforo en la oscuridad,
lágrima y lágrima en la polvareda.

Craterizados los puntos más altos, los puntos
del amor de ser mayúsculo, bebo, ayuno, ab-
sorbo heroína para la pena, para el latido
lacio y contra toda corrección.

¿Puedo decir que nos han traicionado? No.
¿Que todos fueron buenos? Tampoco. Pero
allí está una buena voluntad, sin duda,
y sobre todo, el ser así.

Y qué quien se ame mucho! Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.

Y sin embargo, quién me empuja.
A que no me atrevo a cerrar la quinta ventana.
Y el papel de amarse y persistir, junto a las
horas y a lo indebido.

Y el éste y el aquél.

LVII

LVIII

En la celda, en lo sólido, también
se acurrucan los rincones.

Arreglo los desnudos que se ajan,
se doblan, se harapan.

Apéome del caballo jadeante, bufando
líneas de bofetadas y de horizontes;
espumoso pie contra tres cascos.
Y le ayudo: Anda, animal!

Se tomaría menos, siempre menos, de lo
que me tocase erogar,
en la celda, en lo líquido.

El compañero de prisión comía el trigo
de las lomas, con mi propia cuchara,
cuando, a la mesa de mis padres, niño,
me quedaba dormido masticando.

Le soplo al otro:
Vuelve, sal por la otra esquina;

apura... aprisa... apronta!

E inadvertido aduzco, planeo,
cabe camastro desvencijado, piadoso:
No creas. Aquel médico era un hombre sano.

Ya no reiré cuando mi madre rece
en infancia y en domingo, a las cuatro
de la madrugada, por los caminantes,
encarcelados,
enfermos
y pobres.

En el redil de niños, ya no le asestaré
puñetazos a ninguno de ellos, quien, después,
todavía sangrando, lloraría: El otro sábado
te daré de mi fiambre, pero
no me pegues!
Ya no le diré que bueno.

En la celda, en el gas ilimitado
hasta redondearse en la condensación,
¿quién tropieza por afuera?

LIX

La esfera terrestre del amor
que rezagóse abajo, da vuelta
y vuelta sin parar segundo,
y nosotros estamos condenados a sufrir
como un centro su girar.

Pacífico inmóvil, vidrio, preñado
de todos los posibles.
Andes frío, inhumanable, puro.
Acaso. Acaso.

Gira la esfera en el pedernal del tiempo,
y se afila,
y se afila hasta querer perderse;
gira forjando, ante los desertados flancos,
aquel punto tan espantablemente conocido,
porque él ha gestado, vuelta
y vuelta,
el corralito consabido.

Centrífuga que sí, que sí,
que Sí,
que sí, que sí, que sí, que sí: NO!
Y me retiro hasta azular, y retrayéndome
endurezco, hasta apretarme el alma!

LX

Es de madera mi paciencia,
sorda, vegetal.

Día que has sido puro, niño, inútil,
que naciste desnudo, las leguas
de tu marcha, van corriendo sobre
tus doce extremidades, ese doblez ceñudo
que después deshiláchase
en no se sabe qué últimos pañales.

Constelado de hemisferios de grumo,
bajo eternas américas inéditas, tu gran plumaje,
te partes y me dejas, sin tu emoción ambigua,
sin tu nudo de sueños, domingo.

Y se apolilla mi paciencia,
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos, esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRA!

Esta noche desciendo del caballo,
ante la puerta de la casa, donde
me despedí con el cantar del gallo.
Está cerrada y nadie responde.

El poyo en que mamá alumbró
al hermano mayor, para que ensille
lomos que había yo montado en pelo,
por rúas y por cercas, niño aldeano;
el poyo en que dejé que se amarille al sol
mi adolorida infancia... ¿Y este duelo
que enmarca la portada?

Dios en la paz foránea,
estornuda, cual llamando también, el bruto;
husmea, golpeando el empedrado. Luego duda
relincha,
orejea a viva oreja.

Ha de velar papá rezando, y quizás
pensará se me hizo tarde.
Las hermanas, canturreando sus ilusiones

LXI

sencillas, bullosas,
en la labor para la fiesta que se acerca,
y ya no falta casi nada.
Espero, espero, el corazón
un huevo en su momento, que se obstruye.

Numerosa familia que dejamos
no ha mucho, hoy nadie en vela, y ni una cera
puso en el ara para que volviéramos.

Llamo de nuevo, y nada.
Callamos y nos ponemos a sollozar, y el animal
relincha, relincha más todavía.

Todos están durmiendo para siempre,
y tan de lo más bien, que por fin
mi caballo acaba fatigado por cabecear
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice
que está bien, que todo está muy bien.

LXII

Alfombra
Cuando vayas al cuarto que tú sabes,
entra en él, pero entorna con tiento la mampara
que tánto se entreabre,
casa bien los cerrojos, para que ya no puedan
volverse otras espaldas.

Corteza
Y cuando salgas, di que no tardarás
a llamar al canal que nos separa:
fuertemente cogido de un canto de tu suerte,
te soy inseparable,
y me arrastras de borde de tu alma.

Almohada
Y sólo cuando hayamos muerto ¡quién sabe!
Oh nó. Quién sabe!
entonces nos habremos separado.
Mas si, al cambiar el ›so, me tocase a mí
la desconocida bande te he esperar allá,
en la confluencia del soplo y el hueso,
como antaño,
como antaño en la esquina de los novios
ponientes de la tierra.

Y desde allí te seguiré a lo largo
de otros mundos, y siquiera podrán
servirte mis nós musgosos y arrecidos,
para que en ellos poses las rodillas
en las siete caídas de esa cuesta infinita,
y así te duelan menos.

Amanece lloviendo. Bien peinada
la mañana chorrea el pelo fino.
Melancolía está amarrada;
y en mal asfaltado oxidente de muebles indúes,
vira, se asienta apenas el destino.

Cielos de puna descorazonada
por gran amor, los cielos de platino, torvos
de imposible.

Rumia la majada y se subraya
de un relincho andino.

Me acuerdo de mí mismo. Pero bastan
las astas del viento, los timones quietos hasta
hacerse uno,
y el grillo del tedio y el jiboso codo inquebrantable.

Basta la mañana de libres crinejas
de brea preciosa, serrana,
cuando salgo y busco las once
y no son más que las doce deshoras.

LXIII

LXIV

Hitos vagarosos enamoran, desde el minuto montuoso que obstetriza y fecha los amotinados nichos de la atmósfera.

Verde está el corazón de tanto esperar; y en el canal de Panamá ¡hablo con vosotros, mitades, bases, cúspides! retoñan los peldaños, pasos que suben,
pasos que baja-
n.
Y yo que pervivo,
y yo que sé plantarme.

Oh valle sin altura madre, donde todo duerme horrible mediatinta, sin ríos frescos, sin entradas de amor. Oh voces y ciudades que pasan cabalgando en un dedo tendido que señala a calva Unidad. Mientras pasan, de mucho en mucho, gañanes de gran costado sabio, detrás de las tres tardas dimensiones.

Hoy Mañana Ayer

(No, hombre!)

Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que pára no más rezongando a las nalgas
tataranietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy ejeando ¿no oyes jadear la sonda?
¿no oyes tascar dianas?
estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.
Oh si se dispusieran los tácitos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.

Así, muerta inmortal.
Así.

LXV

Dobla el dos de Noviembre.

Estas sillas son buenas acogidas.
La rama del presentimiento
va, viene, sube, ondea sudorosa,
fatigada en esta sala.
Dobla triste el dos de Noviembre.

Difuntos, qué bajo cortan vuestros dientes
abolidos, repasando ciegos nervios,
sin recordar la dura fibra
que cantores obreros redondos remiendan
con cáñamo inacabable, de innumerables nudos
latientes de encrucijada.

Vosotros, difuntos, de las nítidas rodillas
puras a fuerza de entregaros,
cómo aserráis el otro corazón
con vuestras blancas coronas, ralas
de cordialidad. Sí. Vosotros, difuntos.

Dobla triste el dos de Noviembre.
Y la rama del presentimiento
se la muerde un carro que simplemente
rueda por la calle.

LXVI

LXVII

Canta cerca el verano, y ambos
diversos erramos, al hombro
recodos, cedros, compases unípedos,
espatarrados en la sola recta inevitable.

Canta el verano y en aquellas paredes
endulzadas de marzo,
lloriquea, gusanea la arácnida acuarela
de la melancolía.

Cuadro enmarcado de trisado anélido, cuadro
que faltó en ese sitio para donde
pensamos que vendría el gran espejo ausente.
Amor, éste es el cuadro que faltó.

Mas, para qué me esforzaría
por dorar pajilla para tal encantada aurícula,
si, a espaldas de astros queridos,
se consiente el vacío, a pesar de todo.

Cuánta madre quedábase adentrada
siempre, en tenaz atavío de carbón, cuando
el cuadro faltaba, y para lo que crecería
al pie de ardua quebrada de mujer.

Así yo me decía: Si vendrá aquel espejo
que de tan esperado, ya pasa de cristal.
Me acababa la vida ¿para qué?
Me acababa la vida, para alzarnos

sólo de espejo a espejo.

Estamos a catorce de Julio.
Son las cinco de la tarde. Llueve en toda
una tercera esquina de papel secante.
Y llueve más de abajo ay para arriba.

Dos lagunas las manos avanzan
de diez en fondo,
desde un martes cenagoso que ha seis días
está en los lagrimales helado.

Se ha degollado una semana
con las más agudas caídas; hase hecho
todo lo que puede hacer miserable genial
en gran taberna sin rieles. Ahora estamos
bien, con esta lluvia que nos lava
y nos alegra y nos hace gracia suave.

Hemos a peso bruto caminado, y, de un solo
desafío,
blanqueó nuestra pureza de animales.
Y preguntamos por el eterno amor,
por el encuentro absoluto,
por cuanto pasa de aquí para allá.
Y respondimos desde dónde los míos no son los tuyos
desde qué hora el bordón, al ser portado,
sustenta y no es sustentado. (Neto.)

Y era negro, colgado en un rincón,
sin proferir ni jota, mi paletó,
a
t
o
d
a
s
t
A

LXVIII

LXIX

Qué nos buscas, oh mar, con tus volúmenes
docentes! Qué inconsolable, qué atroz
estás en la febril solana.

Con tus azadones saltas,
con tus hojas saltas,
hachando, hachando el loco sésamo,
mientras tornan llorando las olas, después
de descalcar los cuatro vientos
y todos los recuerdos, en labiados plateles
de tungsteno, contractos de colmillos
y estáticas eles quelonias.

Filosofía de alas negras que vibran
al medroso temblor de los hombros del día.

El mar, y una edición en pie,
en su única hoja el anverso
de cara al reverso.

LXX

Todos sonríen del desgaire con que voyme a fondo, celular de comer bien y bien beber.

Los soles andan sin yantar? O hay quien
les da granos como a pajarillos? Francamente,
yo no sé de esto casi nada.

Oh piedra, almohada bienfaciente al fin. Amémonos los vivos a los vivos, que a las buenas cosas muertas será después. Cuánto tenemos que quererlas
y estrecharlas, cuánto. Amemos las actualidades, que siempre no estaremos como estamos.
Que interinos Barrancos no hay en los esenciales cementerios.

El porteo va en el alfar, a pico. La jornada nos da en el cogollo, con su docena de escaleras, escaladas, en horizontizante frustración de pies, por pávidas sandalias vacantes.

Y temblamos avanzar el paso, que no sabemos si damos con el péndulo, o ya lo hemos cruzado.

LXXI

Serpea el sol en tu mano fresca,
y se derrama cauteloso en tu curiosidad.

Cállate. Nadie sabe que estás en mí,
toda entera. Cállate. No respires. Nadie
sabe mi merienda suculenta de unidad:
legión de oscuridades, amazonas de lloro.

Vanse los carros flagelados por la tarde,
y entre ellos los míos, cara atrás, a las riendas
fatales de tus dedos.
Tus manos y mis manos recíprocas se tienden
polos en guardia, practicando depresiones,
y sienes y costados.

Calla también, crepúsculo futuro,
y recógete a reír en lo íntimo, de este celo
de gallos ajisecos soberbiamente,
soberbiamente ennavajados
de cúpulas, de viudas mitades cerúleas.
Regocíjate, huérfano; bebe tu copa de agua
desde la pulpería de una esquina cualquiera.

LXXII

Lento salón en cono, te cerraron, te cerré.
aunque te quise, tú lo sabes,
y hoy de qué manos penderán tus llaves.

Desde estos muros derribamos los últimos
escasos pabellones que cantaban.
Los verdes han crecido.Veo labriegos trabajando,
los cerros llenos de triunfo.
Y el mes y medio transcurrido alcanza
para una mortaja, hasta demás.

Salón de cuatro entradas y sin una salida,
hoy que has honda murria, te hablo
por tus seis dialectos enteros.
Ya ni he de violentarme a que me seas,
de para nunca; ya no saltaremos
ningún otro portillo querido.

Julio estaba entonces de nueve. Amor
contó en sonido impar. Y la dulzura
dio para toda la mortaja, hasta demás.

LXXIII

Ha triunfado otro ay. La verdad está allí.
Y quien tal actúa ¿no va a saber
amaestrar excelentes digitígrados
para el ratón. ¿Sí... No...?

Ha triunfado otro ay y contra nadie.
Oh exósmosis de agua químicamente pura.
Ah míos australes. Oh nuestros divinos.
Tengo pues derecho
a estar verde y contento y peligroso, y a ser
el cincel, miedo del bloque basto y vasto;
a meter la pata y a la risa.

Absurdo, sólo tú eres puro.
Absurdo, este exceso sólo ante ti se
suda de dorado placer.

LXXIV

Hubo un día tan rico el año pasado. . . !
que ya ni sé qué hacer con él.

Severas madres guías al colegio,
asedian las reflexiones, y nosotros enflechamos
la cara apenas. Para ya tarde saber
que en aquello gozna la travesura
y se rompe la sien.
Qué día el del año pasado,
que ya ni sé qué hacer con él,
rota la sien y todo.

Por esto nos separarán,
por eso y para ya no hagamos mal.
Y las reflexiones técnicas aún dicen
¿no las vas a oír?
que dentro de dos gráfilas oscuras y aparte,
por haber sido niños y también
por habernos juntado mucho en la vida,
reclusos para siempre nos irán a encerrar.

Para que te compongas.

LXXV

Estáis muertos.

Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

Flotáis nadamente detrás de aquesa membrana que, péndula del zenit al nadir, viene y va de crepúsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja de una herida que a vosotros no os duele. Os digo, pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original, la muerte.

Mientras la onda va, mientras la onda viene, cuán impunemente se está uno muerto. Sólo cuando las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados y se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra.

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero, en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino. El no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja seca sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.

Y sinembargo, los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre de vida.

Estáis muertos.

LXXVI

De la noche a la mañana voy
sacando lengua a las más mudas equis.

En nombre de esa pura
que sabía mirar hasta ser 2.

En nombre de que la fui extraño,
llave y chapa muy diferentes.

En nombre della que no tuvo voz
ni voto, cuando se dispuso
esta su suerte de hacer.

Ebullición de cuerpos, sinembargo,
aptos; ebullición que siempre
tan sólo estuvo a 99 burbujas.

¡Remates, esposados en naturaleza,
de dos días que no se juntan,
que no se alcanzan jamás!

LXXVII

Graniza tánto, como para que yo recuerde
y acreciente las perlas
que he recogido del hocico mismo
de cada tempestad.

No se vaya a secar esta lluvia.
A menos que me fuese dado
caer ahora para ella, o que me enterrasen
mojado en el agua
que surtiera de todos los fuegos.

¿Hasta dónde me alcanzará esta lluvia?
Temo me quede con algún flanco seco;
temo que ella se vaya, sin haberme probado
en las sequías de increíbles cuerdas vocales,
por las que,
para dar armonía,
hay siempre que subir ¡nunca bajar!
¿No subimos acaso para abajo?

Canta, lluvia, en la costa aún sin mar!

poemas en prosa

el buen sentido

Hay, madre, un sitio en el mundo, que se llama París. Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande.

Mi madre me ajusta el cuello del abrigo, no porque empieza a nevar, sino para que empiece a nevar.

La mujer de mi padre está enamorada de mí, viniendo y avanzando de espaldas a mi nacimiento y de pecho a mi muerte. Que soy dos veces suyo: por el adiós y por el regreso. La cierro, al retornar. Por eso me dieran tánto sus ojos, justa de mí, in fraganti de mí, aconteciéndose por obras terminadas, por pactos consumados.

Mi madre está confesa de mí, nombrada de mí. ¿Cómo no da otro tanto a mis otros hermanos? A Víctor, por ejemplo, el mayor, que es tan viejo ya, que las gentes dicen: ¡Parece hermano menor de su madre! ¡Fuere porque yo he viajado mucho! ¡Fuere porque yo he vivido más!

Mi madre acuerda carta de principio colorante a mis relatos de regreso. Ante mi vida de regreso, recordando que viajé durante dos corazones por su vientre, se ruboriza y se queda mortalmente lívida, cuando digo, en el tratado del alma: Aquella noche fui dichoso. Pero, más se pone triste; más se pusiera triste.

–Hijo, ¡cómo estás viejo!

Y desfila por el color amarillo a llorar, porque me halla envejecido, en la hoja de espada, en la desembocadura de mi rostro. Llora de mí, se entristece de mí. ¿Qué falta hará mi mocedad, si siempre seré su hijo? ¿Por qué las madres se duelen de hallar envejecidos a sus hijos, si jamás la edad de ellos alcanzará a la de ellas? ¿Y por qué, si los hijos, cuanto más se acaban, más se aproximan a los padres? ¡Mi madre llora por que estoy viejo de mi tiempo y porque nunca llegaré a envejecer del suyo!

Mi adiós partió de un punto de su ser, más externo que el punto de su ser al que retorno. Soy, a causa del excesivo plazo de mi vuelta, más el hombre ante mi madre que el hijo ante mi madre. Allí reside el candor que hoy nos alumbra con tres llamas. Le digo entonces hasta que me callo:

–Hay, madre, en el mundo un sitio que se llama París. Un sitio muy grande y muy lejano y otra vez grande.

La mujer de mi padre, al oírme, almuerza y sus ojos mortales descienden suavemente por mis brazos.

la violencia de las horas

Todos han muerto.

Murió doña Antonia, la ronca, que hacía pan barato en el burgo.

Murió el cura Santiago, a quien placía le saludasen los jóvenes y las mozas, respondiéndoles a todos, indistintamente: "Buenos días, José! Buenos días, María! "

Murió aquella joven rubia, Carlota, dejando un hijito de meses, que luego también murió a los ocho días de la madre.

Murió mi tía Albina, que solía cantar tiempos y modos de heredad, en tanto cosía en los corredores, para Isidora, la criada de oficio, la honrosísima mujer.

Murió un viejo tuerto, su nombre no recuerdo, pero dormía al sol de la mañana, sentado ante la puerta del hojalatero de la esquina.

Murió Rayo, el perro de mi altura, herido de un balazo de no se sabe quién.

Murió Lucas, mi cuñado en la paz de las cinturas, de quien me acuerdo cuando llueve y no hay nadie en mi experiencia.

Murió en mi revólver mi madre, en mi puño mi hermana y mi hermano en mi víscera sangrienta, los tres ligados por un género triste de tristeza, en el mes de agosto de años sucesivos.

Murió el músico Méndez, alto y muy borracho, que solfeaba en su clarinete tocatas melancólicas, a cuyo articulado se dormían las gallinas de mi barrio, mucho antes de que el sol se fuese.

Murió mi eternidad y estoy velándola.

lánguidamente su licor

Tendríamos ya una edad misericordiosa, cuando mi padre ordenó nuestro ingreso a la escuela. Cura de amor, una tarde lluviosa de febrero, mamá servía en la cocina el yantar de oración. En el corredor de abajo, estaban sentados a la mesa mi padre y mis hermanos mayores. Y mi madre iba sentada al pie del mismo fuego del hogar. Tocaron a la puerta.

– Tocan a la puerta! –mi madre.

– Tocan a la puerta! –mi propia madre.

– Tocan a la puerta! –dijo toda mi madre, tocándose las entrañas a trastes infinitos, sobre toda la altura de quien viene.

–Anda, Nativa, la hija, a ver quién viene.

Y, sin esperar la venia maternal, fuera Miguel, el hijo, quien salió a ver quién venía así, oponiéndose a lo ancho de nosotros.

Un tiempo de rúa contuvo a mi familia. Mamá salió, avanzando inversamente y como si hubiera dicho: *las partes.* Se hizo p[illegible] afuera. Nativa lloraba de una tal visita, de un tal patio y de la mano de mi madre. Entonces y cuando, dolor y paladar techaron nuestras frentes.

—Porque no le dejé que saliese a la puerta, —Nativa, la hija,— me ha echado Miguel al pavo. A su pavo.

¡ Qué diestra de subprefecto, la diestra del padrE, revelando, el hombre, las falanjas filiales del niño! Podía así otorgarle la ventura que el hombre deseara más tarde. Sin embargo:

—Y mañana, a la escuela, —disertó magistralmente el padre, ante el público semanal de sus hijos.

—Y tal, la ley, la causa de la ley. Y tal también la vida.

Mamá debió llorar, gimiendo apenas la madre. Ya nadie quiso comer. En los labios del padre cupo, para salir rompiéndose, una fina cuchara que conozco. En las fraternas bocas, la absorta amargura del hijo, quedó atravesada.

Más, luego, de improviso, salió de un albañal de aguas llovedizas y de aquel mismo patio de la visita mala, una gallina, no ajena ni ponedora, sino brutal y negra. Cloqueaba en mi garganta. Fue una gallina vieja, maternalmente viuda de unos pollos que no llegaron a incubarse. Origen olvidado de ese instante, la gallina era viuda de sus hijos. Fueran hallados vacíos todos los huevos. La clueca después tuvo el verbo.

Nadie la espantó. Y de espantarla, nadie dejó arrullarse por su gran calofrío maternal.

—¿Dónde están los hijos de la gallina vieja?

—¿Dónde están los pollos de la gallina vieja?

¡Pobrecitos! ¡Dónde estarían!

el momento más grave de la vida

Un hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida estuvo en la batalla del Marne, cuando fui herido en el pecho.

Otro hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida, ocurrió en un maremoto de Yokohama, del cual salvé milagrosamente, refugiado bajo el alero de una tienda de lacas.

Y otro hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida acontece cuando duermo de día.

Y otro dijo:

—El momento más grave de mi vida ha estado en mi mayor soledad.

Y otro dijo:

—El momento más grave de mi vida fue mi prisión en una cárcel del Perú.

Y otro dijo:

—El momento más grave de mi vida es el haber sorprendido de perfil a mi padre.

Y el último hombre dijo:

—El momento más grave de mi vida no ha llegado todavía.

las ventanas se han estremecido...

Las ventanas se han estremecido, elaborando una metafísica del universo. Vidrios han caído. Un enfermo lanza su queja: la mitad por su boca lenguada y sobrante, y toda entera, por el ano de su espalda.

Es el huracán. Un castaño del jardín de las Tullerías habráse abatido, al soplo del viento, que mide ochenta metros por segundo. Capiteles de los barrios antiguos, habrán caído, hendiendo, matando.

¿De qué punto interrogo, oyendo a ambas riberas de los océanos, de qué punto viene este huracán, tan digno de crédito, tan honrado de deuda, derecho a las ventanas del hospital? Ay las direcciones inmutables, que oscilan entre el huracán y esta pena directa de toser o defecar! Ay! las direcciones inmutables, que así prenden muerte en las entrañas del hospital y despiertan células clandestinas a deshora, en los cadáveres.

¿Qué pensaría de sí el enfermo de enfrente, ése que está durmiendo, si hubiera percibido el huracán? El pobre duerme, boca arriba, a la cabeza de su morfina, a los pies de toda su cordura. Un adarme más o menos en la dosis y le llevarán a enterrar, el vientre roto, la boca arriba, sordo el huracán,

sordo a su vientre roto, ante el cual suelen los médicos dialogar y cavilar largamente, para, al fin, pronunciar sus llanas palabras de hombres.

La familia rodea al enfermo agrupándose ante sus sienes regresivas, indefensas, sudorosas. Ya no existe hogar sino en torno al velador del pariente enfermo, donde montan guardia impaciente, sus zapatos vacantes, sus cruces de repuesto, sus píldoras de opio. La familia rodea la mesita por espacio de un alto dividendo. Una mujer acomoda en el borde de la mesa, la taza, que casi se ha caído.

Ignoro lo que será del enfermo esta mujer, que le besa y no puede sanarle con el beso, le mira y no puede sanarle con los ojos, le habla y no puede sanarle con el verbo. ¿Es su madre? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle? ¿Es su amada? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle? ¿Es su hermana? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle? ¿Es, simplemente, una mujer? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle? Porque esta mujer le ha besado, le ha mirado, le ha hablado y hasta le ha cubierto mejor el cuello al enfermo y ¡cosa verdaderamente asombrosa! no le ha sanado.

El paciente contempla su calzado vacante. Traen queso. Llevan tierra. La muerte se acuesta al pie del lecho, a dormir en sus tranquilas aguas y se duerme. Entonces, los libres pies del hombre enfermo, sin menudencias ni pormenores innecesarios, se estiran en acento circunflejo, y se alejan, en una extensión de los cuerpos de novios, del corazón.

El cirujano ausculta a los enfermos horas enteras. Hasta donde sus manos cesan de trabajar y empiezan a jugar, las lleva a tientas, rozando la piel de los pacientes, en tanto sus párpados científicos vibran, tocados por la indocta, por la humana flaqueza del amor. Y he visto a esos enfermos morir precisamente del amor desdoblado del cirujano, de los largos diagnósticos, de las dosis exactas, del riguroso análisis de orinas y excrementos. Se rodeaba de improviso un lecho con un

biombo. Médicos y enfermeros cruzaban delante del ausente, pizarra triste y próxima, que un niño llenara de números, en un gran monismo de pálidos miles. Cruzaban así, mirando a los otros, como si más irreparable fuese morir de apendicitis o neumonía, y no morir al sesgo del paso de los hombres.

Sirviendo a la causa de la religión, vuela con éxito esta mosca, a lo largo de la sala. A la hora de la visita de los cirujanos, sus zumbidos nos perdonan el pecho, ciertamente, pero desarrollándose luego, se adueñan del aire, para saludar con genio de mudanza, a los que van a morir. Unos enfermos oyen a esa mosca hasta durante el dolor y de ellos depende, por eso, el linaje del disparo, en las noches tremebundas.

¿Cuánto tiempo ha durado la anestesia, que llaman los hombres? ¡Ciencia de Dios, Teodicea! si se me echa a vivir en tales condiciones, anestesiado totalmente, volteada mi sensibilidad para adentro! ¡Ah doctores de las sales, hombres de las esencias, prójimos de las bases! Pido se me deje con mi tumor de conciencia, con mi irritada lepra sensitiva, ocurra lo que ocurra aunque me muera! Dejadme dolerme, si lo queréis, mas dejadme despierto de sueño, con todo el universo metido, aunque fuese a las malas, en mi temperatura polvorosa.

En el mundo de la salud perfecta, se reirá por esta perspectiva en que padezco; pero, en el mismo plano y cortando la baraja del juego, percute aquí otra risa de contrapunto.

En la casa del dolor, la queja asalta síncopes de gran compositor, golletes de carácter, que nos hacen cosquillas de verdad, atroces, arduas, y, cumpliendo lo prometido, nos hielan de espantosa incertidumbre.

En la casa del dolor, la queja arranca frontera excesiva. No se reconoce en esta queja de dolor, a la propia queja de la dicha en éxtasis, cuando el amor y la carne se eximen de azor y cuando, al regresar, hay discordia bastante para el diálogo.

¿Dónde está, pues, el otro flanco de esta queja de dolor, si, a estimarla en conjunto, parte ahora del lecho de un hombre? De la casa del dolor parten quejas tan sordas e inefables y tan colmadas de tanta plenitud que llorar por ellas sería poco, y sería ya mucho sonreír.

Se atumulta la sangre en el termómetro.

¡No es grato morir, señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible, sino sobre lo que se deja en la vida! ¡No es grato morir, señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible, sino sobre lo que se deja en la vida! ¡No es grato morir, señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible, sino sobre lo que pudo dejarse en la vida!

voy a hablar de la esperanza

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. ¿Qué sería su causa? ¿Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? Nada es su causa; nada ha podido dejar de ser su causa. ¿A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado. ¡Qué sangre la suya más engendrada, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.

hallazgo de la vida

¡Señores! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. ¡Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento, para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasía y me hace dichoso hasta las lágrimas.

Mi gozo viene de lo inédito de mi emoción. Mi exultación viene de que antes no sentí la presencia de la vida. No la he sentido nunca. Miente quien diga que la he sentido. Miente y su mentira me hiere a tal punto que me haría desgraciado. Mi gozo viene de mi fe en este hallazgo personal de la vida, y nadie puede ir contra esta fe. Al que fuera, se le caería la lengua, se le caerían los huesos y correría el peligro de recoger otros, ajenos, para mantenerse de pie ante mis ojos.

Nunca, sino ahora, ha habido vida. Nunca, sino ahora, han pasado gentes. Nunca, sino ahora, ha habido casas y avenidas, aire y horizonte. Si viniese ahora mi amigo Peyriet, le diría que yo no le conozco y que debemos empezar de nuevo. ¿Cuándo, en efecto, le he conocido a mi amigo Peyriet? Hoy sería la primera vez que nos conocemos. Le diría que se vaya y regrese y entre a verme, como si no me conociera, es decir, por la primera vez.

Ahora yo no conozco a nadie ni nada. Me advierto en un país extraño, en el que todo cobra relieve de nacimiento, luz de epifanía inmarcesible. No, señor. No hable usted a ese

caballero. Usted no lo conoce y le sorprendería tan inopinada parla. No ponga usted el pie sobre esa piedrecilla: quién sabe no es piedra y vaya usted a dar en el vacío. Sea usted precavido, puesto que estamos en un mundo absolutamente inconocido.

¡Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. ¡Si acabo de nacer! ¡Si aún no he vivido todavía! Señores: soy tan pequeñito, que el día apenas cabe en mí.

Nunca, sino ahora, oí el estruendo de los carros, que cargan piedras para una gran construcción del boulevard Haussmann. Nunca, sino ahora, avancé paralelamente a la primavera, diciéndola: "Si la muerte hubiera sido otra. . ." Nunca, sino ahora, vi la luz áurea del sol sobre las cúpulas del Sacré-Coeur. Nunca, sino ahora, se me acercó un niño y me miró hondamente con su boca. Nunca, sino ahora, supe que existía una puerta, otra puerta y el canto cordial de las distancias.

¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte.

nómina de huesos

Se pedía a grandes voces:

—Que muestre las dos manos a la vez.
Y esto no fue posible.

—Que, mientras llora, le tomen la medida de sus pasos.
Y esto no fue posible.

—Que piense un pensamiento idéntico, en el tiempo en que un cero permanece inútil.
Y esto no fue posible.

—Que haga una locura.
Y esto no fue posible.

—Que entre él y otro hombre semejante a él, se interponga una muchedumbre de hombres como él.
Y esto no fue posible.

—Que le comparen consigo mismo.
Y esto no fue posible.

—Que le llamen, en fin, por su nombre.
Y esto no fue posible.

una mujer...

Una mujer de senos apacibles, ante los que la lengua de la vaca resulta una glándula violenta. Un hombre de templanza, mandibular de genio, apto para marchar de dos a dos con los goznes de los cofres. Un niño está al lado del hombre, llevando por el revés, el derecho animal de la pareja.

¡Oh la palabra del hombre, libre de adjetivos y de adverbios, que la mujer declina en su único caso de mujer, aun entre las mil voces de la Capilla Sixtina! ¡Oh la falda de ella, en el punto maternal donde pone el pequeño las manos y juega a los pliegues, haciendo a veces agrandar las pupilas de la madre, como en las sanciones de los confesionarios!

Yo tengo mucho gusto de ver así al Padre, al Hijo y al Espiritusanto, con todos los emblemas e insignias de sus cargos.

no vive ya nadie...

—No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Unicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, por que sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos. Y no es tampoco que ellos queden en la casa, sino que continúan por la casa. Las funciones y los actos se van de la casa en tren o en avión o a caballo, a pie o arrastrándose. Lo que continúa en la casa es el órgano, el agente en gerundio y en círculo. Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto.

existe un mutilado...

Existe un mutilado, no de un combate sino de un abrazo, no de la guerra sino de la paz. Perdió el rostro en el amor y no en el odio. Lo perdió en el curso normal de la vida y no en un accidente. Lo perdió en el orden de la naturaleza y no en el desorden de los hombres. El coronel Piccot, Presidente de "Les Gueules Cassées", lleva la boca comida por la pólvora de 1914. Este mutilado que conozco, lleva el rostro comido por el aire inmortal e inmemorial.

Rostro muerto sobre el tronco vivo. Rostro yerto y pegado con clavos a la cabeza viva. Este rostro resulta ser el dorso del cráneo, el cráneo del cráneo. Vi una una vez un árbol darme la espalda y vi otra vez un camino que me daba la espalda. Un árbol de espaldas sólo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas sólo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento. El mutilado de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia trascurre a lo largo de un camino de espaldas.

Como el rostro está yerto y difunto, toda la vida psíquica, toda la expresión animal de este hombre, se refugia, para traducirse al exterior, en el peludo cráneo, en el tórax y en las extremidades. Los impulsos de su ser profundo, al salir, retroceden del rostro y la respiración, el olfato, la vista, el oído, la palabra, el resplandor humano de su ser, funcionan y

se expresan por el pecho, por los hombros, por el cabello, por las costillas, por los brazos y las piernas y los pies.

Mutilado del rostro, tapado del rostro, cerrado del rostro, este hombre, no obstante, está entero y nada le hace falta. No tiene ojos y ve y llora. No tiene narices y huele y respira. No tiene oídos y escucha. No tiene boca y habla y sonríe. No tiene frente y piensa y se sume en sí mismo. No tiene mentón y quiere y subsiste. Jesús conocía al mutilado de la función, que tenía ojos y no veía y tenía orejas y no oía. Yo conozco al mutilado del órgano, que ve sin ojos y oye sin orejas.

algo te identifica...

Algo te identifica con el que se aleja de ti, y es la facultad común de volver: de ahí tu más grande pesadumbre.

Algo te separa del que se queda contigo, y es la esclavitud común de partir: de ahí tus más nimios regocijos.

Me dirijo, en esta forma, a las individualidades colectivas, tanto como a las colectividades individuales y a los que, entre unas y otras, yacen marchando al son de las fronteras o, simplemente, marcan el paso inmóvil en el borde del mundo.

Algo típicamente neutro, de inexorablemente neutro, interpónese entre el ladrón y su víctima. Esto, así mismo, puede discernirse tratándose del cirujano y del paciente. Horrible medialuna, convexa y solar, cobija a unos y otros. Porque el objeto hurtado tiene también su peso indiferente, y el órgano intervenido, también su grasa triste.

¿Qué hay de más desesperante en la tierra, que la imposibilidad en que se halla el hombre feliz de ser infortunado y el hombre bueno, de ser malvado?

¡Alejarse! ¡Quedarse! ¡Volver! ¡Partir! Toda la mecánica social cabe en estas palabras.

c e s a e l a n h e l o . . .

Cesa el anhelo, rabo al aire. De súbito, la vida amputa, en seco. Mi propia sangre me salpica en líneas femeninas, y hasta la misma urbe sale a ver esto que se pára de improviso.

—Qué ocurre aquí, en este hijo del hombre? —clama la urbe, y en una sala del Louvre, un niño llora de terror a la vista del retrato de otro niño.

—Qué ocurre aquí, en este hijo de mujer? —clama la urbe, y a una estatua del siglo de los Ludovico, le nace una brizna de yerba en plena palma de la mano.

Cesa el anhelo, a la altura de la mano enarbolada. Y yo me escondo detrás de mí mismo, a aguaitarme si paso por lo bajo o merodeo en alto.

¡ cuatro conciencias...

¡Cuatro conciencias
simultáneas enrédanse en la mía!
¡Si vierais cómo ese movimiento
apenas cabe ahora en mi conciencia!
¡Es aplastante! Dentro de una bóveda
pueden muy bien
adosarse, ya internas o ya externas,
segundas bóvedas, mas nunca cuartas;
mejor dicho, sí,
mas siempre y, a lo sumo, cual segundas.
No puedo concebirlo; es aplastante.
Vosotros mismos a quienes inicio en la noción
de estas cuatro conciencias simultáneas,
enredadas en una sola, apenas os tenéis
de pie ante mi cuadrúpedo intensivo.
¡Y yo que le entrevisto (Estoy seguro)!

entre el dolor y el placer...

Entre el dolor y el placer median tres criaturas,
de las cuales la una mira a un muro,
la segunda usa de ánimo triste
y la tercera avanza de puntillas;
pero, entre tú y yo,
sólo existen segundas criaturas.

Apoyándose en mi frente, el día
conviene en que, de veras,
hay mucho de exacto en el espacio;
pero, si la dicha, que, al fin, tiene un tamaño,
principia ¡ay! por mi boca,
¿quién me preguntará por mi palabra?

Al sentido instantáneo de la eternidad
corresponde
este encuentro investido de hilo negro,
pero a tu despedida temporal,
tan sólo corresponde lo inmutable,
tu criatura, el alma, mi palabra.

en el momento en que el tenista...

En el momento en que el tenista lanza magistralmente
su bala, le posee una inocencia totalmente animal;
en el momento
en que el filósofo sorprende una nueva verdad,
es una bestia completa.
Anatole France afirmaba
que el sentimiento religioso
es la función de un órgano especial del cuerpo humano,
hasta ahora ignorado y se podría
decir también, entonces,
que, en el momento exacto en que un tal órgano
funciona plenamente,
tan puro de malicia está el creyente,
que se diría casi un vegetal.
¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡Oh Feüerbach!

m e e s t o y r i e n d o

Un guijarro, uno solo, el más bajo de todos,
controla
a todo el médano aciago y faraónico.

El aire adquiere tensión de recuerdo y de anhelo,
y bajo el sol se calla
hasta exigir el cuello a las pirámides.

Sed. Hidratada melancolía de la tribu errabunda,
gota
a
gota
del siglo al minuto.

Son tres Treses paralelos,
barbados de barba inmemorial,
en marcha 3 3 3

Es el tiempo este anuncio de gran zapatería,
es el tiempo, que marcha descalzo
de la muerte hacia la muerte.

h e a q u í q u e h o y s a l u d o . . .

He aquí que hoy saludo, me pongo el cuello y vivo,
superficial de pasos insondables de plantas.
Tal me recibo de hombre, tal más bien me despido
y de cada hora mía retoña una distanciA.

¿Queréis más? encantado.
Políticamente, mi palabra
emite cargos contra mi labio inferior
y económicamente,
cuando doy la espalda a Oriente,
distingo en dignidad de muerte a mis visitas.

Desde ttttales códigos regulares saludo
al soldado desconocido
al verso perseguido por la tinta fatal
y al saurio que Equidista diariamente
de su vida y su muerte,
como quien no hace la cosa.

El tiempo tiene hun miedo ciempiés a los relojes.

(Los lectores pueden poner el título que quieran a este poema)

lomo de las sagradas escrituras

Sin haberlo advertido jamás exceso por turismo
y sin agencias
de pecho en pecho hacia la madre unánime.

Hasta París ahora vengo a ser hijo. Escucha
Hombre, en verdad te digo que eres el Hijo Eterno,
pues para ser hermano tus brazos son escasamente iguales
y tu malicia para ser padre, es mucha.

La talla de mi madre moviéndome por índole de movimiento
y poniéndome serio, me llega exactamente al corazón:
pensando cuanto cayera de vuelo con mis tristes abuelos,
mi madre me oye en diámetro callándose en altura.

Mi metro está midiendo ya dos metros,
mis huesos concuerdan en género y en número
y el verbo encarnado habita entre nosotros
y el verbo encarnado habita al hundirse en el baño,
un alto grado de perfección.

poemas humanos

a l t u r a y p e l o s

¿Quién no tiene su vestido azul?
¿Quién no almuerza y no toma el tranvía,
con su cigarrillo contratado y su dolor de bolsillo?
¡Yo que tan sólo he nacido!
¡Yo que tan sólo he nacido!

¿Quién no escribe una carta?
¿Quién no habla de un asunto muy importante,
muriendo de costumbre y llorando de oído?
¡Yo que solamente he nacido!
¡Yo que solamente he nacido!

¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?
¿Quién al gato no dice gato gato?
¡Ay, yo que sólo he nacido solamente!
¡Ay! yo que sólo he nacido solamente!

y u n t a s

Completamente. Además, ¡vida!
Completamente. Además, ¡muerte!

Completamente. Además, ¡todo!
Completamente. Además, ¡nada!

Completamente. Además, ¡mundo!
Completamente. Además, ¡polvo!

Completamente. Además, ¡Dios!
Completamente. Además, ¡nadie!

Completamente. Además, ¡nunca!
Completamente. Además, ¡siempre!

Completamente. Además, ¡oro!
Completamente. Además, ¡humo!

Completamente. Además, ¡lágrimas!
Completamente. Además, ¡risas! . . .

¡Completamente!

un hombre está mirando a una mujer...

Un hombre está mirando a una mujer,
está mirándola inmediatamente,
con su mal de tierra suntuosa
y la mira a dos manos
y la tumba a dos pechos
y la mueve a dos hombres.

Pregúntome entonces, oprimiéndome
la enorme, blanca, acérrima costilla:
Y este hombre
¿no tuvo a un niño por creciente padre?
¿Y esta mujer, a un niño
por constructor de su evidente sexo?

Puesto que un niño veo ahora,
niño ciempiés, apasionado, enérgico;
veo que no le ven
sonarse entre los dos, colear, vestirse;
puesto que los acepto,
a ella en condición aumentativa,
a él en la flexión del heno rubio.

Y exclamo entonces, sin cesar ni uno
de vivir, sin volver ni uno
a temblar en la justa que venero:
¡Felicidad seguida
tardíamente del Padre,
del Hijo y de la Madre!
¡Instante redondo,
familiar, que ya nadie siente ni ama!
¡De qué deslumbramiento áfono, tinto,
se ejecuta el cantar de los cantares!
¡De qué tronco, el florido carpintero!
¡De qué perfecta axila, el frágil remo!
¡De qué casco, ambos cascos delanteros!

p r i m a v e r a t u b e r o s a

Esta vez, arrastrando briosa sus pobrezas
al sesgo de mi pompa delantera,
coteja su coturno con mi traspié sin taco,
la primavera exacta de picotón de buitre.

La perdí en cuanto tela de mis despilfarros,
juguéla en cuanto pomo de mi aplauso;
el termómetro puesto, puesto el fin, puesto el gusano,
contusa mi doblez del otro día,
aguardéla al arrullo de un grillo fugitivo
y despedíla uñoso, somático, sufrido.

Veces latentes de astro,
ocasiones de ser gallina negra,
entabló la bandida primavera
con mi chusma de aprietos,
con mis apocamientos en camisa,
mi derecho soviético y mi gorra.

Veces las del bocado lauríneo,
con símbolos, tabaco, mundo y carne,
deglución translaticia bajo palio,
al són de los testículos cantores;
talentoso torrente el de mi suave suavidad,
rebatible a pedradas, ganable con tan sólo suspirar...
Flora de estilo, plena,
citada en fangos de honor por rosas auditivas...
Respingo, coz, patada sencilla,
triquiñuela adorada... Cantan... Sudan...

t e r r e m o t o

¿Hablando de la leña, callo el fuego?
¿Barriendo el suelo, olvidó el fósil?
Razonando,
¿mi trenza, mi corona de carne?
(Contesta, amado Hermeregildo, el brusco;
pregunta, Luis, el lento!)

¡Encima, abajo, con tamaña altura!
¡Madera, tras el reino de las fibras!
¡Isabel, con horizonte de entrada!
¡Lejos, al lado, astutos Atanacios!

¡Todo, la parte!
Unto a ciegas en luz mis calcetines,
en riesgo, la gran paz de este peligro,
y mis cometas, en la miel pensada,
el cuerpo, en miel llorada.

¡Pregunta, Luis; responde, Hermeregildo!
¡Abajo, arriba, al lado, lejos!
¡Isabel, fuego, diplomas de los muertos!
¡Horizonte, Atanacio, parte, todo!
¡Miel de miel, llanto de frente!
¡Reino de la madera,
corte oblicuo a la línea del camello,
fibra de mi corona de carne!

sombrero, abrigo, guantes

Enfrente a la Comedia Francesa, está el Café
de la Regencia; en él hay una pieza
recóndita, con una butaca y una mesa.
Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie.

Entre mis labios hechos de jebe, la pavesa
de un cigarrillo humea, y en el humo se ve
dos humos intensivos, el tórax del Café,
y en el tórax, un óxido profundo de tristeza.

Importa que el otoño se injerte en los otoños,
importa que el otoño se integre de retoños,
la nube, de semestres; de pómulos, la arruga.

Importa oler a loco postulando
¡qué cálida es la nieve, qué fugaz la tortuga,
el cómo qué sencillo, qué fulminante el cuándo!

hasta el día en que vuelva de esta piedra...

Hasta el día en que vuelva, de esta piedra
nacerá mi talón definitivo,
con su juego de crímenes, su yedra,
su obstinación dramática, su olivo.

Hasta el día en que vuelva, prosiguiendo,
con franca rectitud de cojo amargo,
de pozo en pozo, mi periplo, entiendo
que el hombre ha de ser bueno, sin embargo.

Hasta el día en que vuelva y hasta que ande
el animal que soy, entre sus jueces,
nuestro bravo meñique será grande,
digno, infinito dedo entre los dedos.

s a l u t a c i ó n a n g é l i c a

Eslavo con respecto a la palmera,
alemán de perfil al sol, inglés sin fin,
francés en cita con los caracoles,
italiano ex profeso, escandinavo de aire,
español de pura bestia, tal el cielo
ensartado en la tierra por los vientos,
tal el beso del límite en los hombros.

Mas sólo tú demuestras, descendiendo
o subiendo del pecho, bolchevique,
tus trazos confundibles,
tu gesto marital,
tu cara de padre,
tus piernas de amado,
tu cutis por teléfono,
tu alma perpendicular
a la mía,
tus codos de justo
y un pasaporte en blanco en tu sonrisa.

Obrando por el hombre, en nuestras pausas,
matando, tú, a lo largo de tu muerte
y a lo ancho de un abrazo salubérrimo,
vi que cuando comías después, tenías gusto,
vi que en tus sustantivos creció yerba.

Yo quisiera, por eso,
tu calor doctrinal, frío y en barras,
tu añadida manera de mirarnos
y aquesos tuyos pasos metalúrgicos,
aquesos tuyos pasos de otra vida.

Y digo, bolchevique, tomando esta flaqueza
en su feroz linaje de exhalación terrestre:
hijo natural del bien y del mal
y viviendo talvez por vanidad, para que digan,
me dan tus simultáneas estaturas mucha pena,
puesto que tú no ignoras en quién se me hace tarde diariamente
en quién estoy callado y medio tuerto.

epístola a los transeúntes

Reanudo mi día de conejo,
mi noche de elefante en descanso.

Y, entre mí, digo:
ésta es mi inmensidad en bruto, a cántaros,
éste mi gráto peso, que me buscara abajo para pájaro;
éste es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala,
éstas son mis sagradas escrituras,
éstos mis alarmados compañones.

Lúgubre isla me alumbrará continental,
mientras el capitolio se apoye en mi íntimo derrumbe
y la asamblea en lanzas clausure mi desfile.

Pero cuando yo muera
de vida y no de tiempo,

cuando lleguen a dos mis dos maletas,
éste ha de ser mi estómago en que cupo mi lámpara en pedazos,
ésta aquella cabeza que expió los tormentos del círculo en
mis pasos,
éstos esos gusanos que el corazón contó por unidades,
éste ha de ser mi cuerpo solidario
por el que vela el alma individual; éste ha de ser
mi hombligo en que maté mis piojos natos,
ésta mi cosa cosa, mi cosa tremebunda.

En tanto, convulsiva, ásperamente
convalece mi freno,
sufriendo como sufro del lenguaje directo del león;
y, puesto que he existido entre dos potestades de ladrillo,
convalezco yo mismo, sonriendo de mis labios.

los mineros salieron de la mina...

Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras,
fajaron su salud con estampidos
y, elaborando su función mental,
cerraron con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo.

¡Era de ver sus polvos corrosivos!
¡Era de oír sus óxidos de altura!
Cuñas de boca, yunques de boca, aparatos de boca
(¡Es formidable!)

El orden de sus túmulos,
sus inducciones plásticas, sus respuestas corales,
agolpáronse al pie de ígneos percances
y airente amarillura conocieron los trístidos y tristes,
imbuidos
del metal que se acaba, del metaloide pálido y pequeño.

Craneados de labor,
y calzados de cuero de vizcacha
calzados de senderos infinitos,
y los ojos de físico llorar,
creadores de la profundidad,
saben, a cielo intermitente de escalera,
bajar mirando para arriba,
saben subir mirando para abajo.

¡Loor al antiguo juego de su naturaleza,
a sus insomnes órganos, a su saliva rústica!
¡Temple, filo y punta, a sus pestañas!
¡Crezcan la yerba, el liquen y la rana en sus adverbios!
¡Felpa de hierro a sus nupciales sábanas!
¡Mujeres hasta abajo, sus mujeres!
¡Mucha felicidad para los suyos!
¡Son algo portentoso, los mineros
remontando sus ruinas venideras,
elaborando su función mental
y abriendo con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo!
¡Loor a su naturaleza amarillenta,
a su linterna mágica,
a sus cubos y rombos, a sus percances plásticos,
a sus ojazos de seis nervios ópticos
y a sus hijos que juegan en la iglesia
y a sus tácitos padres infantiles!
¡Salud, oh creadores de la profundidad! . . . (Es formidable.)

fue domingo en las claras orejas de mi burro...

Fue domingo en las claras orejas de mi burro,
de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza)
Mas hoy ya son las once en mi experiencia personal,
experiencia de un solo ojo, clavado en pleno pecho,
de una sola burrada, clavada en pleno pecho,
de una sola hecatombe, clavada en pleno pecho.

Tal de mi tierra veo los cerros retratados,
ricos en burros, hijos de burros, padres hoy de vista,
que tornan ya pintados de creencias,
cerros horizontales de mis penas.

En su estatua, de espada,
Voltaire cruza su capa y mira el zócalo,
pero el sol me penetra y espanta de mis dientes incisivos
un número crecido de cuerpos inorgánicos.

Y entonces sueño en una piedra
verduzca, diecisiete,
peñasco numeral que he olvidado,
sonido de años en el rumor de aguja de mi brazo,
lluvia y sol en Europa, y ¡cómo toso! ¡cómo vivo!
¡cómo me duele el pelo al columbrar los siglos semanales!
y cómo, por recodo, mi ciclo microbiano,
quiero decir mi trémulo, patriótico peinado.

telúrica y magnética

¡Mecánica sincera y peruanísima
la del cerro colorado!
¡Suelo teórico y práctico!
¡Surcos inteligentes; ejemplo: el monolito y su cortejo!
¡Papales, cebadales, alfalfares, cosa buena!
¡Cultivos que integra una asombrosa jerarquía de útiles
y que integran con viento los mujidos,
las aguas con su sorda antigüedad!

¡Cuaternarios maíces, de opuestos natalicios,
los oigo por los pies cómo se alejan,
los huelo retornar cuando la tierra
tropieza con la técnica del cielo!
¡Molécula ex abrupto! ¡Atomo terso!

¡Oh campos humanos!
¡Solar y nutricia ausencia de la mar,
y sentimiento oceánico de todo!
¡Oh climas encontrados dentro del oro, listos!
¡Oh campo intelectual de cordillera,
con religión, con campo, con patitos!
¡Paquidermos en prosa cuando pasan
y en verso cuando páranse!
¡Roedores que miran con sentimiento judicial en torno!
¡Oh patrióticos asnos de mi vida!
¡Vicuña, descendiente nacional y graciosa de mi mono!
¡Oh luz que dista apenas un espejo de la sombra,
que es vida con el punto y, con la línea, polvo
y que por eso acato, subiendo por la idea a mi osamenta!

¡Siega en época del dilatado molle,
del farol que colgaron de la sien
y del que descolgaron de la barreta espléndida!
¡Angeles de corral,
aves por un descuido de la cresta!
¡Cuya o cuy para comerlos fritos
con el bravo rocoto de los templos!
(¿Cóndores? ¡Me friegan los cóndores!)
¡Leños cristianos en gracia
al tronco feliz y al tallo competente!
¡Familiar de los líquenes,
especies en formación basáltica que yo
respeto
desde este modestísimo papel!
¡Cuatro operaciones, os sustraigo
para salvar al roble y hundirlo en buena ley!
¡Cuestas en infraganti!
¡Auquénidos llorosos, almas mías!
¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,
y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!
¡Estrellas matutinas si os aromo
quemando hojas de coca en este cráneo,
y cenitales, si destapo,
de un solo sombrerazo, mis diez templos!
¡Brazo de siembra, bájate, y a pie!
¡Lluvia a base del mediodía,
bajo el techo de tejas donde muerde
la infatigable altura
y la tórtola corta en tres su trino!
¡Rotación de tardes modernas
y finas madrugadas arqueológicas!
¡Indio después del hombre y antes de él!
¡Lo entiendo todo en dos flautas
y me doy a entender en una quena!
¡Y lo demás, me las pelan! . . .

g l e b a

Con efecto mundial de vela que se enciende,
el prepucio directo, hombres a golpes,
funcionan los labriegos a tiro de neblina,
con alabadas barbas,
pie práctico y reginas sinceras de los valles.

Hablan como les vienen las palabras,
cambian ideas bebiendo
orden sacerdotal de una botella;
cambian también ideas tras de un árbol, parlando
de escrituras privadas, de la luna menguante
y de los ríos públicos! (Inmenso! Inmenso! Inmenso!)

Función de fuerza
sorda y de zarza ardiendo,
paso de palo,
gesto de palo,
acápites de palo,
la palabra colgando de otro palo.

De sus hombros arranca, carne a carne, la herramienta florecida,
de sus rodillas bajan ellos mismos por etapas hasta el cielo,
y, agitando
y
agitando sus faltas en forma de antiguas calaveras,
levantan sus defectos capitales con cintas,
su mansedumbre y sus
vasos sanguíneos, tristes, de jueces colorados.

Tienen su cabeza, su tronco, sus extremidades,
tienen su pantalón, sus dedos metacarpos y un palito;
para comer vistiéronse de altura
y se lavan la cara acariciándose con sólidas palomas.

Por cierto, aquestos hombres
cumplen años en los peligros,
echan toda la frente en sus salutaciones;
carecen de reloj, no se jactan jamás de respirar
y, en fin, suelen decirse: Allá, las putas, Luis Taboada,
los ingleses;
allá ellos, allá ellos, allá ellos!

pero antes que se acabe...

Pero antes que se acabe
toda esta dicha, piérdela atajándola,
tómale la medida, por si rebasa tu ademán; rebásala,
ve si cabe tendida en tu extensión.

Bien la sé por su llave,
aunque no sepa, a veces, si esta dicha
anda sola, apoyada en tu infortunio
o tañida, por sólo darte gusto, en tus falanjas.
Bien la sé única, sola,
de una sabiduría solitaria.

En tu oreja el cartílago está hermoso
y te escribo por eso, te medito:
No olvides en tu sueño de pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba,
pero al llegar, asume
un cáotico aroma de asta muerta.

Silbando a tu muerte,
sombrero a la pedrada,
blanco, ladeas a ganar tu batalla de escaleras,
soldado del tallo, filósofo del grano, mecánico del sueño.
(¿Me percibes, animal?
¿me dejo comparar como tamaño?
No respondes y callado me miras
a través de la edad de tu palabra).

Ladeando así tu dicha, volverá
a clamarla tu lengua, a despedirla,
dicha tan desgraciada de durar.
Antes, se acabará violentamente,
dentada, pedernalina estampa,
y entonces oirás cómo medito
y entonces tocarás cómo tu sombra es ésta mía desvestida
y entonces olerás cómo he sufrido.

piensan los viejos asnos

Ahora vestiríame
de músico por verle,
chocaría con su alma, sobándole el destino con mi manío,
le dejaría tranquilo, ya que es un alma a pausas,
en fin, le dejaría
posiblemente muerto sobre su cuerpo muerto.

Podría hoy dilatarse en este frío,
podría toser; le vi bostezar, duplicándose en mi oído
su aciago movimiento muscular.
Tal me refiero a un hombre, a su placa positiva
y, ¿por qué no? a su boldo ejecutante,
aquel horrible filamento lujoso;
a su bastón con puño de plata con perrito,
y a los niños
que él dijo eran sus fúnebres cuñados.

Por eso vestiríame hoy de músico,
chocaría con su alma que quedóse mirando a mi materia. ∴

¡Mas ya nunca veréle afeitándose al pie de su mañana;
ya nunca, ya jamás, ya para qué!

¡Hay que ver! ¡qué cosa cosa!
¡qué jamás de jamases su jamás!

hoy me gusta la vida mucho menos...

Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.
Casi toqué la parte de mi todo y me contuve
con un tiro en la lengua detrás de mi palabra.

Hoy me palpo el mentón en retirada
y en estos momentáneos pantalones yo me digo:
¡Tánta vida y jamás!
¡Tántos años y siempre mis semanas! . . .
Mis padres enterrados con su piedra
y su triste estirón que no ha acabado;
de cuerpo entero hermanos, mis hermanos,
y, en fin, mi sér parado y en chaleco.

Me gusta la vida enormemente
pero, desde luego,
con mi muerte querida y mi café
y viendo los castaños frondosos de París
y diciendo:
Es un ojo éste, aquél; una frente ésta, aquélla. . . Y repitiendo:
¡Tánta vida y jamás me falla la tonada!
¡Tántos años y siempre, siempre, siempre!

Dije chaleco, dije
todo, parte, ansia, dije casi, por no llorar.
Que es verdad que sufrí en aquel hospital que queda al lado
y está bien y está mal haber mirado
de abajo para arriba mi organismo.

Me gustará vivir siempre, así fuese de barriga,
porque, como iba diciendo y lo repito,
¡tánta vida y jamás! ¡Y tántos años,
y siempre, mucho siempre, siempre siempre!

confianza en el anteojo, nó en el ojo...

Confianza en el anteojo, nó en el ojo;
en la escalera, nunca en el peldaño;
en el ala, nó en el ave
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en la maldad, nó en el malvado;
en el vaso, mas nunca en el licor;
en el cadáver, no en el hombre
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en muchos, pero ya no en uno;
en el cauce, jamás en la corriente;
en los calzones, no en las piernas
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

Confianza en la ventana, no en la puerta;
en la madre, mas no en los nueve meses;
en el destino, no en el dado de oro,
y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo.

dos niños anhelantes

No. No tienen tamaño sus tobillos; no es su espuela
suavísima, que da en las dos mejillas.
Es la vida no más, de bata y yugo.

No. No tiene plural su carcajada,
ni por haber salido de un molusco perpetuo, aglutinante,
ni por haber entrado al mar descalza,
es la que piensa y marcha, es la finita.
Es la vida no más; sólo la vida.

Lo sé, lo intuyo cartesiano, autómata,
moribundo, cordial, en fin, espléndido.
Nada hay
sobre la ceja cruel del esqueleto;
nada, entre lo que dio y tomó con guante
la paloma, y con guante,
la eminente lombriz aristotélica;
nada delante ni detrás del yugo;
nada de mar en el océano
y nada
en el orgullo grave de la célula.
Sólo la vida; así: cosa bravísima.

Plenitud inextensa,
alcance abstracto, venturoso, de hecho,
glacial y arrebatado, de la llama;
freno del fondo, rabo de la forma.

Pero aquello
para lo cual nací ventilándome
y crecí con afecto y drama propios,
mi trabajo rehúsalo,
mi sensación y mi arma lo involucran.
Es la vida y no más, fundada, escénica.

Y por este rumbo,
su serie de órganos extingue mi alma
y por este indecible, endemoniado cielo,
mi maquinaria da silbidos técnicos,
paso la tarde en la mañana triste
y me esfuerzo, palpito, tengo frío.

otro poco de calma, camarada ...

Otro poco de calma, camarada;
un mucho inmenso, septentrional, completo,
feroz, de calma chica,
al servicio menor de cada triunfo
y en la audaz servidumbre del fracaso.

Embriaguez te sobra, y no hay
tanta locura en la razón, como este
tu raciocinio muscular, y no hay
más racional error que tu experiencia.

Pero, hablando más claro
y pensándolo en oro, eres de acero,
a condición que no seas
tonto y rehúses
entusiasmarte por la muerte tánto
y por la vida, con tu sola tumba.

Necesario es que sepas
contener tu volumen sin correr, sin afligirte,
tu realidad molecular entera
y más allá, la marcha de tus vivas
y más acá, tus mueras legendarios.

Eres de acero, como dicen,
con tal que no tiembles y no vayas
a reventar, compadre
de mi cálculo, enfático ahijado
de mis sales luminosas!

Anda, no más; resuelve,
considera tu crisis, suma, sigue,
tájala, bájala, ájala;
el destino, las energías íntimas, los catorce
versículos del pan: ¡cuántos diplomas
y poderes, al borde fehaciente de tu arranque!
¡Cuánto detalle en síntesis, contigo!
¡Cuánta presión idéntica, a tus pies!
¡Cuánto rigor y cuánto patrocinio!

Es idiota
ese método de padecimiento,
esa luz modulada y virulenta,
si con sólo la calma haces señales
serias, características, fatales.

Vamos a ver, hombre;
cuéntame lo que me pasa,
que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes.

e s t o . . .

Esto
sucedió entre dos párpados; temblé
en mi vaina, colérico, alcalino,
parado junto al lúbrico equinoccio,
al pie del frío incendio en que me acabo.

Resbalón alcalino, voy diciendo,
más acá de los ajos, sobre el sentido almíbar,
más adentro, muy más, de las herrumbres,
al ir el agua y al volver la ola.
Resbalón alcalino
también y grandemente, en el montaje colosal del cielo.

¡Qué venablos y harpones lanzaré, si muero
en mi vayna; daré en hojas de plátano sagrado
mis cinco huesecillos subalternos,
y en la mirada, la mirada misma!
(Dicen que en los suspiros se edifican
entonces acordeones óseos, táctiles;
dicen que cuando mueren así los que se acaban,
¡ay! mueren fuera del reloj, la mano
agarrada a un zapato solitario)

Comprendiéndolo y todo, coronel
y todo, en el sentido llorante de esta voz,
me hago doler yo mismo, extraigo tristemente,
por la noche, mis uñas;
luego no tengo nada y hablo solo,
reviso mis semestres
y para henchir mi vértebra, me toco.

al cavilar en la vida, al cavilar...

Al cavilar en la vida, al cavilar
despacio en el esfuerzo del torrente,
alivia, ofrece asiento el existir,
condena a muerte;
envuelto en trapos blancos cae,
cae planetariamente
el clavo hervido en pesadumbre; cae!
(Acritud oficial, la de mi izquierda;
viejo bolsillo, en sí considerada, esta derecha).

¡Todo está alegre, menos mi alegría
y todo, largo, menos mi candor,
mi incertidumbre!
A juzgar por la forma, no obstante, voy de frente,
cojeando antiguamente,
y olvido por mis lágrimas mis ojos (Muy interesante)
y subo hasta mis pies desde mi estrella.

Tejo; de haber hilado, héme tejiendo.
Busco lo que me sigue y se me esconde entre arzobispos,
por debajo de mi alma y tras del humo de mi aliento.
Tal era la sensual desolación
de la cabra doncella que ascendía,
exhalando petróleos fatídicos
ayer domingo en que perdí mi sábado.

Tal es la muerte, con su audaz marido.

quisiera hoy ser feliz de buena gana...

Quisiera hoy ser feliz de buena gana,
ser feliz y portarme frondoso de preguntas,
abrir por temperamento de par en par mi cuarto, como loco,
y reclamar, en fin,
en mi confianza física acostado,
sólo por ver si quieren,
sólo por ver si quieren probar de mi espontánea posición,
reclamar, voy diciendo,
por qué me dan así tánto en el alma.

Pues quisiera en sustancia ser dichoso,
obrar sin bastón, laica humildad, ni burro negro.
Así las sensaciones de este mundo,
los cantos subjuntivos,
el lápiz que perdí en mi cavidad
y mis amados órganos de llanto.

Hermano persuasible, camarada,
padre por la grandeza, hijo mortal,
amigo y contendor, inmenso documento de Darwin:
¿a qué hora, pues, vendrán con mi retrato?
¿A los goces? ¿Acaso sobre goce amortajado?
¿Más temprano? ¿Quién sabe, a las porfías?

A las misericordias, camarada,
hombre mío en rechazo y observación, vecino
en cuyo cuello enorme sube y baja,
al natural, sin hilo, mi esperanza. . .

los nueve monstruos

I, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de sér, dolernos doblemente.

Jamás, hombres humanos,
hubo tánto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tánto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal
y la migraña extrajo tánta frente de la frente!
Y el mueble tuvo en su cajón, dolor,
el corazón, en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón, dolor.

Crece la desdicha, hermanos hombres,
más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;
crece el mal por razones que ignoramos
y es una inundación con propios líquidos,
con propio barro y propia nube sólida!
Invierte el sufrimiento posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,
el ojo es visto y esta oreja oída,
y esta oreja da nueve campanadas a la hora
del rayo, y nueve carcajadas
a la hora del trigo, y nueve sones hembras
a la hora del llanto, y nueve cánticos
a la hora del hambre y nueve truenos
y nueve látigos, menos un grito.

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar. . .
Pues de resultas
del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren, otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren (son los más)

Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver al pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardio!
¡Cómo, hermanos humanos,
no deciros que ya no puedo y
ya no puedo con tánto cajón,
tánto minuto, tánta
lagartija y tánta
inversión, tánto lejos y tánta sed de sed!
Señor Ministro de Salud: ¿qué hacer?
¡Ah! desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

me viene, hay días, una gana ubérrima, política...

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,
de querer, de besar al cariño en sus dos rostros,
y me viene de lejos un querer
demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza,
al que me odia, al que rasga su papel, al muchachito,
a la que llora por el que lloraba,
al rey del vino, al esclavo del agua,
al que ocultóse en su ira,
al que suda, al que pasa, al que sacude su persona en mi alma.
Y quiero, por lo tanto, acomodarle
al que me habla, su trenza; sus cabellos, al soldado;
su luz, al grande; su grandeza, al chico.
Quiero planchar directamente
un pañuelo al que no puede llorar
y, cuando estoy triste o me duele la dicha,
remendar a los niños y a los genios.

Quiero ayudar al bueno a ser su poquillo de malo
y me urge estar sentado
a la diestra del zurdo, y responder al mudo,
tratando de serle útil en
lo que puedo y también quiero muchísimo
lavarle al cojo el pie,
y ayudarle a dormir al tuerto próximo.

¡Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial,
interhumano y parroquial, provecto!
Me viene a pelo,
desde el cimiento, desde la ingle pública,
y, viniendo de lejos, da ganas de besarle

la bufanda al cantor,
y al que sufre, besarle en su sartén,
al sordo, en su rumor craneano, impávido;
al que me da lo que olvidé en mi seno,
en su Dante, en su Chaplin, en sus hombros.

Quiero, para terminar,
cuando estoy al borde célebre de la violencia
o lleno de pecho el corazón, querría
ayudar a reír al que sonríe,
ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca,
cuidar a los enfermos enfadándolos,
comprarle al vendedor,
ayudarle a matar al matador —cosa terrible—
y quisiera yo ser bueno conmigo
en todo.

sermón sobre la muerte

Y, en fin, pasando luego al dominio de la muerte,
que actúa en escuadrón, previo corchete,
párrafo y llave, mano grande y diéresis,
¿a qué el pupitre asirio? ¿a qué el cristiano púlpito,
el intenso jalón del mueble vándalo
o, todavía menos, este esdrújulo retiro?

¿Es para terminar,
mañana, en prototipo del alarde fálico,
en diabetis y en blanca vacinica,
en rostro geométrico, en difunto,
que se hacen menester sermón y almendras,
que sobran literalmente patatas
y este espectro fluvial en que arde el oro
y en que se quema el precio de la nieve?
¿Es para eso, que morimos tánto?
¿Para sólo morir,
tenemos que morir a cada instante?
¿Y el párrafo que escribo?
¿Y el corchete deísta que enarbolo?
¿Y el escuadrón en que falló mi casco?
¿Y la llave que va a todas las puertas?
¿Y la forense diéresis, la mano,
mi patata y mi carne y mi contradicción bajo la sábana?

¡Loco de mí, lovo de mí, cordero
de mí, sensato, caballísimo de mí!
¡Pupitre, sí, toda la vida; púlpito,
también, toda la muerte!
Sermón de la barbarie: estos papeles;
esdrújulo retiro: este pellejo.

De esta suerte, cogitabundo, aurífero, brazudo,
defenderé mi presa en dos momentos,
con la voz y también con la laringe,
y del olfato físico con que oro
y del instinto de inmovilidad con que ando,
me honraré mientras viva —hay que decirlo;
se enorgullecerán mis moscardones,
porque, al centro, estoy yo, y a la derecha,
también, y, a la izquierda, de igual modo.

considerando en frío, imparcialmente...

Considerando en frío, imparcialmente,
que el hombre es triste, tose y, sin embargo,
se complace en su pecho colorado;
que lo único que hace es componerse
de días;
que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando
que el hombre procede suavemente del trabajo
y repercute jefe, suena subordinado;
que el diagrama del tiempo
es constante diorama en sus medallas
y, a medio abrir, sus ojos estudiaron,
desde lejanos tiempos,
su fórmula famélica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo
que el hombre se queda, a veces, pensando,
como queriendo llorar,
y, sujeto a tenderse como objeto,
se hace buen carpintero, suda, mata
y luego canta, almuerza, se abotona...

Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...

Examinando, en fin,
sus encontradas piezas, su retrete,
su desesperación, al terminar su día atroz, borrándolo...

Comprendiendo
que él sabe que le quiero,
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñito...

le hago una seña,
viene,
y le doy un abrazo, emocionado.
¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...

g u i t a r r a

El placer de sufrir, de odiar, me tiñe
la garganta con plásticos venenos,
mas la cerda que implanta su orden mágico,
su grandeza taurina, entre la prima
y la sexta
y la octava mendaz, las sufre todas.

El placer de sufrir... ¿Quién? ¿a quién?
¿quién, las muelas? ¿a quién la sociedad,
los carburos de rabia de la encía?
¿Cómo ser
y estar, sin darle cólera al vecino?

Vales más que mi número, hombre solo,
y valen más que todo el diccionario,
con su prosa en verso,
con su verso en prosa,
tu función águila,
tu mecanismo tigre, blando prójimo.

El placer de sufrir,
de esperar esperanzas en la mesa,
el domingo con todos los idiomas,
el sábado con horas chinas, belgas,
la semana, con dos escupitajos.

El placer de esperar en zapatillas,
de esperar encogido tras de un verso,
de esperar con pujanza y mala poña;
el placer de sufrir: zurdazo de hembra
muerta con una piedra en la cintura
y muerta entre la cuerda y la guitarra,
llorando días y cantando meses.

a n i v e r s a r i o

¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!
¡Qué créditos con bruma, en una esquina!
qué diamante sintético, el del casco!
¡Cuánta más dulcedumbre
a lo largo, más honda superficie:
¡cuánto catorce ha habido en tan poco uno!

¡Qué deber,
qué cortar y qué tajo,
de memoria a memoria, en la pestaña!
¡Cuanto más amarillo, más granate!
¡Cuánto catorce en un solo catorce!

Acordeón de la tarde, en esa esquina,
piano de la mañana, aquella tarde;
clarín de carne,
tambor de un solo palo,
guitarra sin cuarta ¡cuánta quinta,
y cuánta reunión de amigos tontos
y qué nido de tigres el tabaco!
¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!

¿Qué te diré ahora,
quince feliz, ajeno, quince de otros?
Nada más que no crece ya el cabello,
que han venido por las cartas,
que me brillan los seres que he parido,
que no hay nadie en mi tumba
y que me han confundido con mi llanto.

¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!

parado en una piedra...

Parado en una piedra,
desocupado,
astroso, espeluznante,
a la orilla del Sena, va y viene.
Del río brota entonces la conciencia,
con peciolo y rasguños de árbol ávido:
del río sube y baja la ciudad, hecha de lobos abrazados.

El parado la ve yendo y viniendo,
monumental, llevando sus ayunos en la cabeza cóncava,
en el pecho sus piojos purísimos
y abajo
su pequeño sonido, el de su pelvis,
callado entre dos grandes decisiones,
y abajo,
más abajo,
un papelito, un clavo. una cerilla. . .

¡Este es, trabajadores, aquēl
que en la labor sudaba para afuera,
que suda hoy para adentro su secreción de sangre rehusada!
Fundidor del cañón, que sabe cuántas zarpas son acero,
tejedor que conoce los hilos positivos de sus venas,
albañil de pirámides,
constructor de descensos por columnas
serenas, por fracasos triunfales,
parado individual entre treinta millones de parados,
andante en multitud,
¡qué salto el retratado en su talón
y qué humo el de su boca ayuna, y cómo
su talle incide, canto a canto, en su herramienta atroz, parada,
y qué idea de dolorosa válvula en su pómulo!

También parado el hierro frente al horno,
paradas las semillas con sus sumisas síntesis al aire,
parados los petróleos conexos,
parada en sus auténticos apóstrofes la luz,
parados de crecer los laureles,
paradas en un pie las aguas móviles
y hasta la tierra misma, parada de estupor ante este paro,
¡qué salto el retratado en sus tendones!
¡qué transmisión entablan sus cien pasos!
¡cómo chilla el motor en su tobillo!
¡cómo gruñe el reloj, paseándose impaciente a sus espaldas!
¡cómo oye deglutir a los patrones
el trago que le falta, camaradas,
y el pan que se equivoca de saliva,
y, oyéndolo, sintiéndolo, en plural, humanamente,
¡cómo clava el relámpago
su fuerza sin cabeza en su cabeza!
y lo que hacen, abajo, entonces, ¡ay!
más abajo, camaradas,
el papelucho, el clavo, la cerilla,
el pequeño sonido, el piojo padre!

va corriendo, andando, huyendo ...

Va corriendo, andando, huyendo
de sus pies. . .
Va con dos nubes en su nube,
sentado apócrifo, en la mano insertos
sus tristes paras, sus entonces fúnebres.

Corre de todo, andando
entre protestas incoloras; huye
subiendo, huye
bajando, huye
a paso de sotana, huye
alzando al mal en brazos,
huye
directamente a sollozar a solas.

Adonde vaya,
lejos de sus fragosos, cáusticos talones,
lejos del aire, lejos de su viaje,
a fin de huir, huir y huir y huir
de sus pies —hombre en dos pies, parado
de tánto huir— habrá sed de correr.

¡Y ni el árbol, si endosa hierro de oro!
¡Y ni el hierro, si cubre su hojarasca!
Nada, sino sus pies,
nada sino su breve calofrío,
sus paras vivos, sus entonces vivos. . .

por último, sin ese buen aroma sucesivo...

Por último, sin ese buen aroma sucesivo,
sin él,
sin su cuociente melancólico,
cierra su manto mi ventaja suave,
mis condiciones cierran sus cajitas.

¡Ay, cómo la sensación arruga tánto!
¡ay, cómo una idea fija me ha entrado en una uña!

Albino, áspero, abierto, con temblorosa hectárea,
mi deleite cae viernes,
mas mi triste tristumbre se compone de cólera y tristeza
y, a su borde arenoso e indoloro,
la sensación me arruga, me arrincona.

Ladrones de oro, víctimas de plata:
el oro que robara yo a mis víctimas,
¡rico de mí olvidándolo;
la plata que robara a mis ladrones,
¡pobre de mí olvidándolo!

Execrable sistema, clima en nombre del cielo, del bronquio y
la quebrada,
la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre. . .

piedra negra sobre una piedra blanca

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
talvez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos. . .

poema para ser leído y cantado

Sé que hay una persona
que me busca en su mano, día y noche,
encontrándome, a cada minuto, en su calzado.
¿Ignora que la noche está enterrada
con espuelas detrás de la cocina?

Sé que hay una persona compuesta de mis partes,
a la que integro cuando va mi talle
cabalgando en su exacta piedrecilla.
¿Ignora que a su cofre
no volverá moneda que salió con su retrato?

Sé el día,
pero el sol se me ha escapado;
sé el acto universal que hizo en su cama
con ajeno valor y esa agua tibia, cuya
superficial frecuencia es una mina.
¿Tan pequeña es, acaso, esa persona,
que hasta sus propios pies así la pisan?

Un gato es el lindero entre ella y yo,
al lado mismo de su tasa de agua.
La veo en las esquinas, se abre y cierra
su veste, antes palmera interrogante. . .
¿Qué podrá hacer sino cambiar de llanto?

Pero me busca y busca. ¡Es una historia!

de disturbio en disturbio...

De disturbio en disturbio
subes a acompañarme a estar solo;
yo lo comprendo andando de puntillas,
con un pan en la mano, un camino en el pie
y haciendo, negro hasta sacar espuma,
mi perfil su papel espeluznante.

Ya habías disparado para atrás tu violencia
neumática, otra época, mas luego
me sostienes ahora en brazo de honra fúnebre
y sostienes el rumbo de las cosas en brazo de honra fúnebre,
la muerte de las cosas resumida en brazo de honra fúnebre.

Pero, realmente y puesto
que tratamos de la vida,
cuando el hecho de entonces eche crin en tu mano,
al seguir tu rumor como regando,
cuando sufras en suma de kanguro,
olvídame, sosténme todavía, compañero de cantidad pequeña,
azotado de fechas con espinas,
olvídame y sosténme por el pecho,
jumento que te paras en dos para abrazarme;
duda de tu excremento unos segundos,
observa cómo el aire empieza a ser el cielo levantándose,
hombrecillo,
hombrezuelo,
hombre con taco, quiéreme, acompáñame...

Ten presente que un día
ha de cantar un mirlo de sotana
sobre mi tonelada ya desnuda.
(Cantó un mirlo llevando las cintas de mi gramo entre su pico)
Ha de cantar calzado de este sollozo innato,
hombre con taco,
y, simultánea, doloridamente,
ha de cantar calzado de mi paso,
y no oírlo, hombrezuelo, será malo,
será denuesto y hoja,
pesadumbre, trenza, humo quieto.

Perro parado al borde de una piedra
es el vuelo en su curva;
también tenlo presente, hombrón hasta arriba.
Te lo recordarán el peso bajo, de ribera adversa,
el peso temporal, de gran silencio,
más eso de los meses y aquello que regresa de los años.

intensidad y altura

Quiero escribir, pero me sale espuma,
quiero decir muchísimo y me atollo;
no hay cifra hablada que no sea suma,
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir, pero me siento puma;
quiero laurearme, pero me encebollo.
No hay toz hablada, que no llegue a bruma,
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

Vámonos, pues, por eso, a comer yerba,
carne de llanto, fruta de gemido,
nuestra alma melancólica en conserva.

Vámonos! Vámonos! Estoy herido;
Vámonos a beber lo ya bebido,
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva.

de puro calor tengo frío...

¡De puro calor tengo frío,
hermana Envidia!
Lamen mi sombra leones
y el ratón me muerde el nombre,
¡madre alma mía!

¡Al borde del fondo voy,
cuñado Vicio!
La oruga tañe su voz,
y la voz tañe su oruga,
¡padre cuerpo mío!

¡Está de frente mi amor,
nieta Paloma!
De rodillas, mi terror
y de cabeza, mi angustia,
¡madre alma mía!

Hasta que un día sin dos,
esposa Tumba,
mi último hierro dé el son
de una víbora que duerme,
¡padre cuerpo mío! . . .

un pilar soportando consuelos ...

Un pilar soportando consuelos,
pilar otro,
pilar en duplicado, pilaroso
y como nieto de una puerta oscura.
Ruido perdido, el uno, oyendo, al borde del cansancio;
bebiendo, el otro, dos a dos, con asas.

¿Ignoro acaso el año de este día,
el odio de este amor, las tablas de esta frente?
¿Ignoro que esta tarde cuesta días?
¿Ignoro que jamás se dice "nunca", de rodillas?

Los pilares que vi me están oyendo;
otros pilares son, doses y nietos tristes de mi pierna.
¡Lo digo en cobre americano,
que le debe a la plata tánto fuego!

Consolado en terceras nupcias,
pálido, nacido,
voy a cerrar mi pila bautismal, esta vidriera,
este susto con tetas,
este dedo en capilla,
corazónmente unido a mi esqueleto.

calor, cansado voy con mi oro, a donde...

Calor, cansado voy con mi oro, a donde
acaba mi enemigo de quererme.
¡C'est Septembre attiédi, por ti, Febrero!
Es como si me hubieran puesto aretes.

París, y 4, y 5, y la ansiedad
colgada, en el calor, de mi hecho muerto.
¡C'est Paris reine du monde!
Es como si se hubieran orinado.

Hojas amargas de mensual tamaño
y hojas del Luxemburgo polvorosas.
¡C'est l'été, por ti, invierno de alta pleura!
Es como si se hubieran dado vuelta.

Calor, París, Otoño, ¡cuánto estío
en medio del calor y de la urbe!
¡C'est la vie mort de la Mort!
Es como si contaran mis pisadas.

¡Es como si me hubieran puesto aretes!
¡Es como si se hubieran orinado!
¡Es como si te hubieras dado vuelta!
¡Es como si contaran mis pisadas!

He visto ayer sonidos generales,
mortuoriamente,
puntualmente alejarse,
cuando oí desprenderse del ocaso
tristemente
exactamente un arco, un arcoíris.

Vi el tiempo generoso del minuto,
infinitamente
atado locamente al tiempo grande,
pues que estaba la hora
suavemente,
premiosamente henchida de dos horas.

Dejóse comprender, llamar, la tierra
terrenalmente;
negóse brutalmente así a mi historia,
y si vi, que me escuchen, pues, en bloque,
si toqué esta mecánica, que vean
lentamente,
despacio, vorazmente, mis tinieblas.

Y si vi en la lesión de la respuesta,
claramente,
la lesión mentalmente de la incógnita,
si escuché, si pensé en mis ventanillas
nasales, funerales, temporales,
fraternalmente,
piadosamente echadme a los filósofos.

Mas no más inflexión precipitada
en canto llano, y no más
el hueso colorado, el son del alma
tristemente
erguida ecuestremente en mi espinazo,
ya que, en suma la vida es
implacablemente,
imparcialmente horrible, estoy seguro.

quedéme a calentar la tinta en que me ahogo...

Quedéme a calentar la tinta en que me ahogo
y a escuchar mi caverna alternativa,
noches de tacto, días de abstracción.

Se estremeció la incógnita en mi amígdala
y crují de una anual melancolía,
noches de sol, días de luna, ocasos de París.

Y todavía, hoy mismo, al atardecer,
digiero sacratísimas constancias,
noches de madre, días de biznieta
bicolor, voluptuosa, urgente, linda.

Y aun
alcanzo, llego hasta mí en avión de dos asientos,
bajo la mañana doméstica y la bruma
que emergió eternamente de un instante.

Y todavía,
aun ahora,
al cabo del cometa en que he ganado
mi bacilo feliz y doctoral,
he aquí que caliente, oyente, tierro, sol y luno,
incógnito atravieso el cementerio,
tomo a la izquierda, hiendo
la yerba con un par de endecasílabos,
años de tumba, litros de infinito,
tinta, pluma, ladrillos y perdones.

acaba de pasar el que vendrá ...

Acaba de pasar el que vendrá
proscrito, a sentarse en mi triple desarrollo;
acaba de pasar criminalmente.

Acaba de sentarse más acá,
a un cuerpo de distancia de mi alma,
el que vino en un asno a enflaquecerme;
acaba de sentarse de pie, lívido.

Acaba de darme lo que está acabado,
el calor del fuego y el pronombre inmenso
que el animal crió bajo su cola.

Acaba
de expresarme su duda sobre hipótesis lejanas
que él aleja, aún más, con la mirada.

Acaba de hacer al bien los honores que le tocan
en virtud del infame paquidermo,
por lo soñado en mí y en él matado.

Acaba de ponerme (no hay primera)
su segunda aflixión en plenos lomos
y su tercer sudor en plena lágrima.

Acaba de pasar sin haber venido.

la rueda del hambriento...

Por entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones. . .
Váca mi estómago, váca mi yeyuno,
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en que sentarme
¿no habrá ahora para mí?
Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a luz,
la madre del cordero, la causa, la raíz,
¿ésa no habrá ahora para mí?
¡Siquiera aquella otra,
que ha pasado agachándose por mi alma!
Siquiera
la calcárida o la mala (humilde océano)
o la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre,
¡ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto,
¡ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la torcida y coronada, en que resuena
solamente una vez el andar de las rectas conciencias,
o, al menos, esa otra, que arrojada en digna curva,
va a caer por sí misma,
en profesión de entraña verdadera,
¡ésa dádmela ahora para mí!

Un pedazo de pan, ¿tampoco habrá ahora para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme
una piedra en que sentarme,
pero dadme
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,
pero dadme
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré. . .
Hallo una extraña forma, está muy rota
y sucia mi camisa
y ya no tengo nada, esto es horrendo.

l a v i d a , e s t a v i d a . . .

La vida, esta vida
me placía, su instrumento, esas palomas. . .
Me placía escucharlas gobernarse en lontananza,
advenir naturales, *determinado el número,*
y ejecutar, según sus aflicciones, sus dianas de animales.

Encogido,
oí desde mis hombros
su sosegada producción,
cave los albañales sesgar sus trece huesos,
dentro viejo tornillo hincharse el plomo.
Sus paujiles picos,
pareadas palomitas,
las póbridas, hojeándose los hígados,
sobrinas de la nube. . . Vida! Vida! Esta es la vida!

Zurear su tradición rojo les era,
rojo moral, palomas vigilantes,
talvez rojo de herrumbre,
si caían entonces azulmente.

Su elemental cadena,
sus viajes de individuales pájaros viajeros,
echaron humo denso,
pena física, pórtico influyente.

Palomas saltando, indelebles
palomas olorosas,
manferidas venían, advenían
por azarosas vías digestivas
a contarme sus cosas fosforosas,
pájaros de contar,
pájaros transitivos y orejones...

No escucharé ya más desde mis hombros
huesudo, enfermo, en cama,
ejecutar sus dianas de animales... Me doy cuenta.

palmas y guitarra

Ahora, entre nosotros, aquí,
ven conmigo, trae por la mano a tu cuerpo
y cenemos juntos y pasemos un instante la vida
a dos vidas y dando una parte a nuestra muerte.
Ahora, ven contigo, hazme el favor
de quejarte en mi nombre y a la luz de la noche teneblosa
en que traes a tu alma de la mano
y huimos en puntillas de nosotros.

Ven a mí, sí, y a ti, sí,
con paso par, a vernos a los dos con paso impar,
marcar el paso de la despedida.
¡Hasta cuando volvamos! ¡Hasta la vuelta!
¡Hasta cuando leamos, ignorantes!
¡Hasta cuando volvamos, despidámonos!

¿Qué me importan los fusiles,
escúchame;
escúchame, ¿qué impórtanme,
si la bala circula ya en el rango de mi firma?
¿Qué te importan a ti las balas,
si el fusil está humeando ya en tu olor?
Hoy mismo pesaremos
en los brazos de un ciego nuestra estrella
y, una vez que me cantes, lloraremos.

Hoy mismo, hermosa, con tu paso par
y tu confianza a que llegó mi alarma,
saldremos de nosotros, dos a dos.
¡Hasta cuando seamos ciegos!
¡Hasta
que lloremos de tánto volver!

Ahora,
entre nosotros, trae
por la mano a tu dulce personaje
y cenemos juntos y pasemos un instante la vida
a dos vidas y dando una parte a nuestra muerte.
Ahora, ven contigo, hazme el favor
de cantar algo
y de tocar en tu alma, haciendo palmas.
¡Hasta cuando volvamos! ¡Hasta entonces!
¡Hasta cuando partamos, despidámonos!

¿qué me da, que me azoto con la línea...

¿Qué me da, que me azoto con la línea
y creo que me sigue, al trote, el punto?

¿Qué me da, que me he puesto
en los hombros un huevo en vez de un manto?

¿Qué me ha dado, que vivo?
¿Qué me ha dado, que muero?

¿Qué me da, que tengo ojos?
¿Qué me da, que tengo alma?

¿Qué me da, que se acaba en mí mi prójimo
y empieza en mi carrillo el rol del viento?

¿Qué me ha dado, que cuento mis dos lágrimas,
sollozo tierra y cuelgo el horizonte?

¿Qué me ha dado, que lloro de no poder llorar
y río de lo poco que he reído?

¿Qué me da, que ni vivo ni muero?

oye a tu masa, a tu cometa, escúchalos; no gimas...

Oye a tu masa, a tu cometa, escúchalos; no gimas
de memoria, gravísimo cetáceo;
oye a la túnica en que estás dormido,
oye a tu desnudez, dueña del sueño.

Relátate agarrándote
de la cola del fuego y a los cuernos
en que acaba la crin su atroz carrera;
rómpete, pero en círculos;
fórmate, pero en columnas combas;
descríbete atmosférico, sér de humo,
a paso redoblado de esqueleto.

¿La muerte? ¡Opónle todo tu vestido!
¿La vida? ¡Opónle parte de tu muerte!
Bestia dichosa, piensa;
dios desgraciado, quítate la frente.
Luego, hablaremos.

¡y si después de tantas palabras...

¡Y si después de tántas palabras,
no sobrevive la palabra!
¡Si después de las alas de los pájaros,
no sobrevive el pájaro parado!
¡Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo y acabemos!

¡Haber nacido para vivir de nuestra muerte!
¡Levantarse del cielo hacia la tierra
por sus propios desastres
y espiar el momento de apagar con su sombra su tiniebla!
¡Más valdría, francamente,
que se lo coman todo y qué más da! ...

¡Y si después de tánta historia, sucumbimos,
no ya de eternidad,
sino de esas cosas sencillas, como estar
en la casa o ponerse a cavilar!
¡Y si luego encontramos,
de buenas a primeras, que vivimos,
a juzgar por la altura de los astros,
por el peine y las manchas del pañuelo!
¡Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo, desde luego!

Se dirá que tenemos
en uno de los ojos mucha pena
y también en el otro, mucha pena
y en los dos, cuando miran, mucha pena...
Entonces... ¡Claro! ... Entonces... ¡ni palabra!

p a r í s, o c t u b r e 1 9 3 6

De todo esto yo soy el único que parte.
De este banco me voy, de mis calzones,
de mi gran situación, de mis acciones,
de mi número hendido parte a parte,
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos o al dar vuelta
la extraña callejuela de la Luna,
mi defunción se va, parte mi cuna,
y, rodeada de gente, sola, suelta,
mi semejanza humana dase vuelta
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo
se queda para hacer la coartada:
mi zapato, su ojal, también su lodo
y hasta el doblez del codo
de mi propia camisa abotonada.

despedida recordando un adiós

Al cabo, al fin, por último,
torno, volví y acábome y os gimo, dándoos
la llave, mi sombrero, esta cartita para todos.
Al cabo de la llave está el metal en que aprendiéramos
a desdorar el oro, y está, al fin
de mi sombrero, este pobre cerebro mal peinado,
y, último vaso de humo, en su papel dramático,
yace este sueño práctico del alma.

¡Adiós, hermanos san pedros,
heráclitos, erasmos, espinozas!
¡Adiós, tristes obispos bolcheviques!
¡Adiós, gobernadores en desorden!
¡Adiós, vino que está en el agua como vino!
¡Adiós, alcohol que está en la lluvia!

¡Adiós también, me digo a mí mismo,
adiós, vuelo formal de los milígramos!
¡*También adiós*, de modo idéntico,
frío del frío y frío del calor!
Al cabo, al fin, por último, la lógica,
los linderos del fuego,
la despedida recordando aquel adiós.

y no me digan nada...

Y no me digan nada,
que uno puede matar perfectamente,
ya que, sudando tinta,
uno hace cuanto puede, no me digan...

Volveremos, señores, a vernos con manzanas;
tarde la criatura pasará,
la expresión de Aristóteles armada
de grandes corazones de madera,
la de Heráclito injerta en la de Marx,
la del suave sonando rudamente...
Es lo que bien narraba mi garganta:
uno puede matar perfectamente.

Señores,
caballeros, volveremos a vernos sin paquetes;
hasta entonces exijo, exijiré de mi flaqueza
el acento del día, que,
según veo, estuvo ya esperándome en mi lecho.
Y exijo del sombrero la infausta analogía del recuerdo,
ya que, a veces, asumo con éxito mi inmensidad llorada,
ya que, a veces, me ahogo en la voz de mi vecino
y padezco
contando en maíces los años,
cepillando mi ropa al son de un muerto
o sentado borracho en mi ataúd...

en suma, no poseo para expresar mi vida...

En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte.

Y, después de todo, al cabo de la escalonada naturaleza y del gorrión en bloque, me duermo, mano a mano con mi sombra.

Y, al descender del acto venerable y del otro gemido, me reposo pensando en la marcha impertérrita del tiempo.

¿Por qué la cuerda, entonces, si el aire es tan sencillo? ¿Para qué la cadena, si existe el hierro por sí solo?

César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vientecillo con que oyes, sólo saben de ti por tu garganta.

César Vallejo, póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y exagonales ecos.

Restitúyete al corpóreo panal, a la beldad; aroma los florecidos corchos, cierra ambas grutas al sañudo antropoide; repara, en fin, tu antipático veñado; tente pena.

¡Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más mísera ubre que el amor!

¡Que ya no puedo andar, sino en dos harpas!

¡Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente!

¡Que ya no doy gusanos, sino breves!
¡Que ya te implico tánto, que medio que te afilas!
¡Que ya llevo unas tímidas legumbres y otras bravas!

Pues el afecto que quiébrase de noche en mis bronquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra; y, si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica, igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tíos. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres.

César Vallejo, parece
mentira que así tarden tus parientes,
sabiendo que ando cautivo,
sabiendo que yaces libre!
¡Vistosa y perra suerte!
¡César Vallejo, te odio con ternura!

.los desgraciados

Ya va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.
Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero, me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndate, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

Ya va a venir el día; pasan,
han abierto en el hotel un ojo,
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...
¿Tiemblas? Es el estado remoto de la frente
y la nación reciente del estómago.
Roncan aún... ¡Qué universo se lleva este ronquido!
¡Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!
¡Con cuántos doses ¡ay! estás tan solo!
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito
por el órgano oral de tu silencio
y urge tomar la izquierda con el hambre
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,
abstente de ser pobre con los ricos,
atiza
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día;
la mañana, la mar, el meteoro, van
en pos de tu cansancio, con banderas,
y, por tu orgullo clásico, las hienas
cuentan sus pasos al compás del asno,
la panadera piensa en ti,
el carnicero piensa en ti, palpando
el hacha en que están presos
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides
que durante la misa no hay amigos.
Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ya viene el día; dobla
el aliento, triplica
tu bondad rencorosa
y da codos al miedo, nexo y énfasis,
pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo
el malo ¡ay! inmortal,
has soñado esta noche que vivías
de nada y morías de todo...

el acento me pende del zapato...

El acento me pende del zapato;
le oigo perfectamente
sucumbir, lucir, doblarse en forma de ámbar
y colgar, colorante, mala sombra.
Me sobra así el tamaño,
me ven jueces desde un árbol,
me ven con sus espaldas ir de frente,
entrar a mi martillo,
pararme a ver a una niña
y, al pie de un urinario, alzar los hombros.

Seguramente nadie está a mi lado,
me importa poco, no lo necesito;
seguramente han dicho que me vaya:
lo siento claramente.

¡Cruelísimo tamaño el de rezar!
¡Humillación, fulgor, profunda selva!
Me sobra ya tamaño, bruma elástica,
rapidez por encima y desde y junto.
¡Imperturbable! ¡Imperturbable! Suenan
luego, después, fatídicos teléfonos.
Es el acento; es él.

la punta del hombre...

La punta del hombre,
el ludibrio pequeño de encogerse
tras de fumar su universal ceniza;
punta al darse en secretos caracoles,
punta donde se agarra uno con guantes,
punta en lunes sujeto por seis frenos,
punta saliendo de escuchar a su alma.

De otra manera,
fueran lluvia menuda los soldados
y ni cuadrada pólvora, al volver de los bravos desatinos,
y ni letales plátanos; tan sólo
un poco de patilla en la silueta.
De otra manera, caminantes suegros,
cuñados en misión sonora,
yernos por la vía ingratísima del jebe,
toda la gracia caballar andando
puede fulgir esplendorosamente!

¡Oh pensar geométrico al trasluz!
¡Oh no morir bajamente
de majestad tan rauda y tan fragante!
¡Oh no cantar; apenas
escribir y escribir con un palito
o con el filo de la oreja inquieta!

Acorde de lápiz, tímpano sordísimo,
dondoneo en mitades robustas
y comer de memoria buena carne,
jamón, si falta carne,
y, un pedazo de queso con gusanos hembras,
gusanos machos y gusanos muertos.

¡ oh botella sin vino ! ¡ oh vino ...

¡Oh botella sin vino! ¡Oh vino que enviudó de esta botella!
Tarde cuando la aurora de la tarde
flameó funestamente en cinco espíritus.
Viudez sin pan ni mugre, rematando en horrendos metaloides
y en células orales acabando.

¡Oh siempre, nunca dar con el jamás de tánto siempre!
¡oh mis buenos amigos, cruel falacia,
parcial, penetrativa en nuestro trunco,
volátil, jugarino desconsuelo!

¡*Sublime, baja perfección del cerdo,*
palpa mi general melancolía!
¡Zuela sonante en sueños,
zuela
zafia, inferior, vendida, lícita, ladrona,
baja y palpa lo que eran mis ideas!

Tú y él y ellos y todos,
sin embargo,
entraron a la vez en mi camisa,
en los hombros madera, entre los fémures, palillos;
tú particularmente,
habiéndome influido;
él, fútil, colorado, con dinero
y ellos, zánganos de ala de otro peso.

¡Oh botella sin vino! ¡oh vino que enviudó de esta botella!

al fin, un monte...

Al fin, un monte
detrás de la bajura; al fin, humeante nimbo
alrededor, durante un rostro fijo.

Monte en honor del pozo,
sobre filones de gratuita plata de oro.

Es la franja a que arrástranse,
seguras de sus tonos de verano,
las que eran largas válvulas difuntas;
el taciturno marco de este arranque
natural, de este augusto zapatazo,
de esta piel, de este intrínseco destello
digital, en que estoy entero, lúbrico.

Quehaceres en un pie, mecha de azufre,
oro de plata y plata hecha de plata
y mi muerte, mi hondura, mi colina.

¡Pasar
abrazado a mis brazos,
destaparme después o antes del corcho!
Monte que tántas veces manara
oración, prosa fluvial de llanas lágrimas;
monte bajo, compuesto de suplicantes gradas
y, más allá, de torrenciales torres;
niebla entre el día y el alcohol del día,
caro verdor de coles, tibios asnos
complementarios, palos y maderas;
filones de gratuita plata de oro.

quiere y no quiere su color mi pecho...

Quiere y no quiere su color mi pecho,
por cuyas bruscas vías voy, lloro con palo,
trato de ser feliz, lloro en mi mano,
recuerdo, escribo
y remacho una lágrima en mi pómulo.

Quiere su rojo el mal, el bien su rojo enrojecido
por el hacha suspensa,
por el trote del ala a pie volando,
y no quiere y sensiblemente
no quiere aquesto el hombre;
no quiere estar en su alma
acostado, en la sien latidos de asta,
el bimano, el muy bruto, el muy filósofo.

Así, casi no soy, me vengo abajo
desde el arado en que socorro a mi alma
y casi, en proporción, casi enaltézcome.
Que saber por qué tiene la vida este perrazo,
por qué lloro, por qué,
cejón, inhábil, veleidoso, hube nacido
gritando;
saberlo, comprenderlo
al son de un alfabeto competente,
sería padecer por un ingrato.

¡Y no! ¡No! ¡No! ¡Qué ardid, ni paramento!
Congoja, sí, con sí firme y frenético,
coriáceo, rapaz, quiere y no quiere, cielo y pájaro;
congoja, sí, con toda la bragueta.
Contienda entre dos llantos, robo de una sola ventura,
vía indolora en que padezco en chanclos
de la velocidad de andar a ciegas.

la paz, la abispa, el taco, las vertientes...

La paz, la abispa, el taco, las vertientes,
el muerto, los decílitros, el búho,
los lugares, la tiña, los sarcófagos, el vaso, las morenas,
el desconocimiento, la olla, el monaguillo,
las gotas, el olvido,
la potestad, los primos, los arcángeles, la aguja,
los párrocos, el ébano, el desaire,
la parte, el tipo, el estupor, el alma...

Dúctil, azafranado, externo, nítido,
portátil, viejo, trece, ensangrentado,
fotografiadas, listas, tumefactas,
conexas, largas, encintadas, pérfidas...

Ardiendo, comparando,
viviendo, enfureciéndose,
golpeando, analizando, oyendo, estremeciéndose,
muriendo, sosteniéndose, situándose, llorando...

Después, éstos, aquí,
después, encima,
quizá, mientras, detrás, tánto, tan nunca,
debajo, acaso, lejos,
siempre, aquello, mañana, cuánto,
cuánto! ...

Lo horrible, lo suntuario, lo lentísimo,
lo augusto, lo infructuoso,
lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal,
lo todo, lo purísimo, lo lóbrego,
lo acerbo, lo satánico, lo táctil, lo profundo...

transido, salomónico, decente...

Transido, salomónico, decente,
ululaba; compuesto, caviloso, cadavérico, perjuro,
iba, tornaba, respondía; osaba,
fatídico, escarlata, irresistible.

En sociedad, en vidrio, en polvo, en hulla,
marchóse; vaciló, en hablando en oro; fulguró,
volteó, en acatamiento;
en terciopelo, en llanto, replegóse.

¿Recordar? ¿Insistir? ¿Ir? ¿Perdonar?
Ceñudo, acabaría
recostado, áspero, atónito, mural;
meditaba estamparse, confundirse, fenecer.

Inatacablemente, impunemente,
negramente, husmeará, comprenderá;
vestiráse oralmente;
inciertamente irá, acobardaráse, olvidará.

¿y bien? ¿te sana el metaloide pálido?...

¿Y bien? ¿Te sana el metaloide pálido?
¿Los metaloides incendiarios, cívicos,
inclinados al río atroz del polvo?

Esclavo, es ya la hora circular
en que en las dos aurículas se forman
anillos guturales, corredizos, cuaternarios.

Señor esclavo, en la mañana mágica
se ve, por fin,
el busto de tu trémulo ronquido,
vense tus sufrimientos a caballo,
pasa el órgano bueno, el de tres asas,
hojeo, mes por mes, tu monocorde cabellera,
tu suegra llora
haciendo huesecillos de sus dedos,
se inclina tu alma con pasión a verte
y tu sien, un momento, marca el paso.

Y la gallina pone su infinito, uno por uno;
sale la tierra hermosa de las humeantes sílabas,
te retratas de pie junto a tu hermano,
truena el color oscuro bajo el lecho
y corren y entrechócanse los pulpos.

Señor esclavo ¿y bien?
¿Los metaloides obran en tu angustia?

escarnecido, aclimatado al bien, mórbido,...

Escarnecido, aclimatado al bien, mórbido, hurente,
doblo el cabo carnal y juego a copas,
donde acaban en moscas los destinos,
donde comí y bebí de lo que me hunde.

Monumental adarme,
féretro numeral, los de mi deuda,
los de mi deuda, cuando caigo altamente,
ruidosamente, amoratadamente.

Al fondo, es hora,
entonces, de gemir con toda el hacha
y es entonces el año del sollozo,
el día del tobillo,
la noche del costado, el siglo del resuello.
Cualidades estériles, monótonos satanes,
del flanco brincan,
del ijar de mi yegua suplente;
pero, donde comí, cuánto pensé!
pero cuánto bebí donde lloré!

Así es la vida, tal
como es la vida, allá, detrás
del infinito; así, espontáneamente,
delante de la sien legislativa.

Yace la cuerda así al pie del violín,
cuando hablaron del aire, a voces, cuando
hablaron muy despacio del relámpago.
Se dobla así la mala causa, vamos
de tres en tres a la unidad; así
se juega a copas
y salen a mi encuentro los que aléjanse,
acaban los destinos en bacterias
y se debe todo a todos.

alfonso: estás mirándome, lo veo ...

Alfonso: estás mirándome, lo veo,
desde el plano implacable donde moran
lineales los siempres, lineales los jamases.
(Esa noche, dormiste, entre tu sueño
y mi sueño, en la rue de Ribouté)
Palpablemente
tu inolvidable cholo te oye andar
en París, te siente en el teléfono callar
y toca en el alambre a tu último acto
tomar peso, brindar
por la profundidad, por mí, por ti.

Yo todavía
compro "du vin, du lait, comptant les sous"
bajo mi abrigo, para que no me vea mi alma,
bajo mi abrigo aquel, querido Alfonso,
y bajo el rayo simple de la sien compuesta;
yo todavía sufro, y tú, ya no, jamás, hermano!
(Me han dicho que en tus [illegible]os de dolor,
amado sér,
amado estar,
hacías ceros de madera. ¿Es cierto?)

En la "boite de nuit", donde tocabas tangos,
tocando tu indignada criatura su corazón,
escoltado de ti mismo, llorando
por ti mismo y por tu enorme parecido con tu sombra,
monsieur Fourgat, el patrón, ha envejecido.
¿Decírselo? ¿Contárselo? No más,
Alfonso; eso, ya nó!

El hotel des Ecoles funciona siempre
y todavía compran mandarinas;
pero yo sufro, como te digo,
dulcemente, recordando
lo que hubimos sufrido ambos, a la muerte de ambos,
en la apertura de la doble tumba,
de esa otra tumba con tu sér,
y de ésta de caoba con tu estar;
sufro, bebiendo un vaso de ti, Silva,
un vaso para ponerse bien, como decíamos,
y después, ya veremos lo que pasa. . .

Es éste el otro brindis, entre tres,
taciturno, diverso
en vino, en mundo, en vidrio, al que brindábamos
más de una vez al cuerpo,
y, menos de una vez, al pensamiento.
Hoy es más diferente todavía;
hoy sufro dulce, amargamente,
bebo tu sangre en cuanto a Cristo el duro,
como tu hueso en cuanto a Cristo el suave,
porque te quiero, dos a dos, Alfonso,
y casi lo podría decir, eternamente.

traspié entre dos estrellas

¡Hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;
el modo, arriba;
no me busques, la muela del olvido,
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír
claros azotes en sus paladares!

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.

¡Ay de tánto! ¡ay de tan poco! ¡ay de ellas!
¡Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes!
¡Ay en mi tórax, cuando compran trajes!
¡Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!

¡Amadas sean las orejas sánchez,
amadas las personas que se sientan,
amado el desconocido y su señora,
el prójimo con mangas, cuello y ojos!

¡Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!

¡Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todas sus hambres!

¡Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,
el que suda de pena o de vergüenza,
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,
el que paga con lo que le falta,
el que duerme de espaldas,
el que ya no recuerda su niñez; amado sea
el calvo sin sombrero,
el justo sin espinas,
el ladrón sin rosas,
el que lleva reloj y ha visto a Dios,
el que tiene un honor y no fallece!

¡Amado sea el niño, que cae y aún llora
y el hombre que ha caído y ya no llora!

¡Ay de tánto! ¡Ay de tan poco! ¡Ay de ellos!

a lo mejor, soy otro...

A lo mejor, soy otro; andando, al alba, otro que marcha
en torno a un disco largo, a un disco elástico:
mortal, figurativo, audaz diafragma.
A lo mejor, recuerdo al esperar, anoto mármoles
donde índice escarlata, y donde catre de bronce,
un zorro ausente, espúreo, enojadísimo.
A lo mejor, hombre al fin,
las espaldas ungidas de añil misericordia,
a lo mejor, me digo, más allá no hay nada.

Me da la mar el disco, refiriéndolo,
con cierto margen seco, a mi garganta;
¡nada en verdad, más ácido, más dulce, más kanteano!
Pero sudor ajeno, pero suero
o tempestad de mansedumbre,
decayendo o subiendo, ¡eso, jamás!

Echado, fino, exhúmome,
tumefacta la mezcla en que entro a golpes,
sin piernas, sin adulto barro, ni armas,
una aguja prendida en el gran átomo...
¡No! ¡Nunca! ¡Nunca ayer! ¡Nunca después!

Y de ahí este tubérculo satánico,
esta muela moral de plesiosaurio
y estas sospechas póstumas,
este índice, esta cama, estos boletos.

el libro de la naturaleza

Profesor de sollozo —he dicho a un árbol—
palo de azogue, tilo
rumoreante, a la orilla del Marne, un buen alumno
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,
entre el agua evidente y el sol falso,
su tres de copas, su caballo de oros.

Rector de los capítulos del cielo,
de la mosca ardiente, de la calma manual que hay en los asnos;
rector de honda ignorancia, un mal alumno
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,
el hambre de razón que le enloquece
y la sed de demencia que le aloca.

Técnico en gritos, árbol consciente, fuerte,
fluvial, doble, solar, doble, fanático,
conocedor de rosas cardinales, totalmente
metido, hasta hacer sangre, en aguijones, un alumno
leyendo va en tu naipe, en tu hojarasca,
su rey precoz, telúrico, volcánico, de espadas.

¡Oh profesor, de haber tánto ignorado!
¡oh rector, de temblar tánto en el aire!
¡oh técnico, de tánto que te inclinas!
¡Oh tilo! ¡oh palo rumoroso junto al Marne!

tengo un miedo terrible de ser un animal...

Tengo un miedo terrible de ser un animal
de blanca nieve, que sostuvo padre
y madre, con su sola circulación venosa,
y que, este día espléndido, solar y arzobispal,
día que representa así a la noche,
linealmente
elude este animal estar contento, respirar
y transformarse y tener plata.

Sería pena grande
que fuera yo tan hombre hasta ese punto.
Un disparate, una premisa ubérrima
a cuyo yugo ocasional sucumbe
el gonce espiritual de mi cintura.
Un disparate... En tanto,
es así, más acá de la cabeza de Dios,
en la tabla de Locke, de Bacon, en el lívido pescuezo
de la bestia, en el hocico del alma.

Y, en lógica aromática,
tengo ese miedo práctico, este día
espléndido, lunar, de ser aquél, éste talvez,
a cuyo olfato huele a muerto el suelo,
el disparate vivo y el disparate muerto.

¡Oh revolcarse, estar, toser, fajarse,
fajarse la doctrina, la sien, de un hombro al otro,
alejarse, llorar, darlo por ocho
o por siete o por seis, por cinco o darlo
por la vida que tiene tres potencias.

m a r c h a n u p c i a l

A la cabeza de mis propios actos,
corona en mano, batallón de dioses,
el signo negativo al cuello, atroces
el fósforo y la prisa, estupefactos
el alma y el valor, con dos impactos

al pie de la mirada; dando voces;
los límites, dinámicos, feroces;
tragándome los lloros inexactos,

me encenderé, se encenderá mi hormiga,
se encenderán mi llave, la querella
en que perdí la causa de mi huella.

Luego, haciendo del átomo una espiga,
encenderé mis hoces al pie de ella
y la espiga será por fin espiga.

la cólera que quiebra al hombre en niños...

La cólera que quiebra al hombre en niños,
que quiebra al niño en pájaros iguales,
y al pájaro, después, en huevecillos;
la cólera del pobre
tiene un aceite contra dos vinagres.

La cólera que al árbol quiebra en hojas,
a la hoja en botones desiguales
y al botón, en ranuras telescópicas;
la cólera del pobre
tiene dos ríos contra muchos mares.

La cólera que quiebra al bien en dudas,
a la duda, en tres arcos semejantes
y al arco, luego, en tumbas imprevistas;
la cólera del pobre
tiene un acero contra dos puñales.

La cólera que quiebra al alma en cuerpos,
al cuerpo en órganos desemejantes
y al órgano, en octavos pensamientos;
la cólera del pobre
tiene un fuego central contra dos cráteres.

un hombre pasa con un pan al hombro...

Un hombre pasa con un pan al hombro
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mátalo
¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?

Otro ha entrado a mi pecho con un palo en la mano
¿Hablar luego de Sócrates al médico?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño
¿Voy, después, a leer a André Bretón?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir, después, del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza
¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Un comerciante roba un gramo en el peso a un cliente
¿Hablar, después, de cuarta dimensión?

Un banquero falsea su balance
¿Con qué cara llorar en el teatro?

Un paria duerme con el pie a la espalda
¿Hablar, después, a nadie de Picasso?

Alguien va en un entierro sollozando
¿Cómo luego ingresar a la Academia?

Alguien limpia un fusil en su cocina
¿Con qué valor hablar del más allá?

Alguien pasa contando con sus dedos
¿Cómo hablar del no-yó sin dar un grito?

hoy le ha entrado una astilla ...

Hoy le ha entrado una astilla.
Hoy le ha entrado una astilla cerca, dándole
cerca, fuerte, en su modo
de ser y en su centavo ya famoso.
Le ha dolido la suerte mucho,
todo;
le ha dolido la puerta,
le ha dolido la faja, dándole
sed, aflixión
y sed del vaso pero no del vino.
Hoy le salió a la pobre vecina del aire,
a escondidas, humareda de su dogma;
hoy le ha entrado una astilla.

La inmensidad persíguela
a distancia superficial, a un vasto eslabonazo.
Hoy le salió a la pobre vecina del viento,
en la mejilla, norte, y en la mejilla, oriente;
hoy le ha entrado una astilla.

¿Quién comprará, en los días perecederos, ásperos,
un pedacito de *café con leche*,
y quién, sin ella, bajará a su rastro hasta dar luz?
¿Quién será, luego, sábado, a las siete?
¡Tristes son las astillas que le entran
a uno,
exactamente ahí precisamente!
Hoy le entró a la pobre vecina de viaje,
una llama apagada en el oráculo;
hoy le ha entrado una astilla.

Le ha dolido el dolor, el dolor joven,
el dolor niño, el dolorazo, dándole
en las manos
y dándole sed, aflixión
y sed del vaso, pero no del vino.
¡La pobre pobrecita!

el alma que sufrió de ser su cuerpo

Tú sufres de una glándula endocrínica, se ve,
o, quizá,
sufres de mí, de mi sagacidad escueta, tácita.
Tú padeces del diáfano antropoide, allá, cerca,
donde está la tiniebla tenebrosa.
Tú das vuelta al sol, agarrándote el alma,
extendiendo tus juanes corporales
y ajustándote el cuello; eso se ve.
Tú sabes lo que te duele,
lo que te salta al anca,
lo que baja por ti con soga al suelo.
Tú, pobre hombre, vives; no lo niegues,
si mueres; no lo niegues,
si mueres de tu edad ¡ay! y de tu época.
Y, aunque llores, bebes,
y, aunque sangres, alimentas a tu híbrido colmillo,
a tu vela tristona y a tus partes.
Tú sufres, tú padeces y tú vuelves a sufrir horriblemente,
desgraciado mono,
jovencito de Darwin,
alguacil que me atisbas, atrocísimo microbio.

Y tú lo sabes a tal punto,
que lo ignoras, soltándote a llorar.
Tú, luego, has nacido; eso
también se ve de lejos, infeliz y cállate,
y soportas la calle que te dio la suerte
y a tu ombligo interrogas: ¿dónde? ¿cómo?

Amigo mío, estás completamente,
hasta el pelo, en el año treinta y ocho,
nicolás o santiago, tal o cual,
estés contigo o con tu aborto o con-
migo
y cautivo en tu enorme libertad,
arrastrado por tu hércules autónomo...
Pero si tú calculas en tus dedos hasta dos,
es peor; no lo niegues, hermanito.

¿Que nó? ¿Que sí, pero que nó?
¡Pobre mono! ... ¡Dame la pata! ... No. La mano, he dicho.
¡Salud! ¡Y sufre!

¡ande desnudo, en pelo, el millonario!...

¡Ande desnudo, en pelo, el millonario!
¡Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de muerte!
¡Un mundo al que saluda;
un sillón al que siembra en el cielo;
llanto al que da término a lo que hace, guardando los
comienzos;
ande el de las espuelas;
poco dure muralla en que no crezca otra muralla;
dése al mísero toda su miseria,
pan, al que ríe;
hayan perder los triunfos y morir los médicos;
haya leche en la sangre;
añádase una vela al sol,
ochocientos al veinte;
pase la eternidad bajo los puentes!
¡Desdén al que viste,
corónense los pies de manos, quepan en su tamaño;
siéntese mi persona junto a mí!
¡Llorar al haber cabido en aquel vientre,
bendición al que mira aire en el aire,
muchos años de clavo al martillazo;
desnúdese el desnudo,
vístase de pantalón la capa,
fulja el cobre a expensas de sus láminas,
majestad al que cae de la arcilla al universo,
lloren las bocas, giman las miradas,

impídase al acero perdurar,
hilo a los horizontes portátiles,
doce ciudades al sendero de piedra,
una esfera al que juega con su sombra;
un día hecho de una hora, a los esposos;
una madre al arado en loor al suelo,
séllense con dos sellos a los líquidos,
pase lista el bocado,
sean los descendientes,
sea la codorniz,
sea la carrera del álamo y del árbol;
venzan, al contrario del círculo, el mar a su hijo
y a la cana el lloro;
dejad los áspides, señores hombres,
surcad la llama con los siete leños,
vivid,
elévese la altura,
baje el hondor más hondo,
conduzca la onda su impulsión andando,
tenga éxito la tregua de la bóveda!
¡Muramos;
lavad vuestro esqueleto cada día;
no me hagáis caso,
una ave coja al déspota y a su alma;
una mancha espantosa, al que va solo;
gorriones al astrónomo, al gorrión, al aviador!

¡Lloved, solead,
vigilad a Júpiter, al ladrón de ídolos de oro,
copiad vuestra letra en tres cuadernos,
aprended de los cónyuges cuando hablan, y
de los solitarios, cuando callan;
dad de comer a los novios,
dad de beber al diablo en vuestras manos,
luchad por la justicia con la nuca,
igualaos,
cúmplase el roble,
cúmplase el leopardo entre dos robles,
seamos,
estemos,
sentid cómo navega el agua en los océanos,
alimentaos,
concíbase el error, puesto que lloro,
acéptese, en tanto suban por el risco, las cabras y sus crías;
desacostumbrad a Dios a ser un hombre,
creced. . . !
Me llaman. Vuelvo.

viniere el malo, con un trono al hombro...

Viniere el malo, con un trono al hombro,
y el bueno, a acompañar al malo a andar;
dijeren "sí" el sermón, "no" la plegaria
y cortare el camino en dos la roca...

Comenzare por monte la montaña,
por remo el tallo, por timón el cedro
y esperaren doscientos a sesenta
y volviere la carne a sus tres títulos...

Sobrase nieve en la noción del fuego,
se acostare el cadáver a mirarnos,
la centella a ser trueno corpulento
y se arquearen los saurios a ser aves...

Faltare excavación junto al estiércol,
naufragio al río para resbalar,
cárcel al hombre libre, para serlo,
y una atmósfera al cielo, y hierro al oro...

Mostraren disciplina, olor, las fieras,
se pintare el enojo de soldado,
me dolieren el junco que aprendí,
la mentira que inféctame y socórreme...

Sucediere ello así y así poniéndolo,
¿con qué mano despertar?
¿con qué pie morir?
¿con qué ser pobre?
¿con qué voz callar?
¿con cuánto comprender, y, luego, a quién?

No olvidar ni recordar
que por mucho cerrarla, robáronse la puerta,
y de sufrir tan poco estoy muy resentido,
y de tánto pensar, no tengo boca.

al revés de las aves del monte...

Al revés de las aves del monte,
que viven del valle,
aquí, una tarde,
aquí, presa, metaloso, terminante,
vino el Sincero con sus nietos pérfidos,
y nosotros quedámonos, que no hay
más madera en la cruz de la derecha,
ni más hierro en el clavo de la izquierda,
que un apretón de manos entre zurdos.

Vino el Sincero, ciego, con sus lámparas.
Se vio al Pálido, aquí, bastar
al Encarnado;
nació de puro humilde el Grande;
la guerra,
esta tórtola mía, nunca nuestra,
diseñóse, borróse, ovó, matáronla.

Llevóse el Ebrio al labio un roble, porque
amaba, y una astilla
de roble, porque odiaba;
trenzáronse las trenzas de los potros
y la crin de las potencias;
cantaron los obreros; fui dichoso.

El Pálido abrazóse al Encarnado
y el Ebrio, saludónos, escondiéndose.
Como era aquí y al terminar el día,
¡qué más tiempo que aquella plazoleta!
¡qué año mejor que esa gente!
¡qué momento más fuerte que ese siglo!

Pues de lo que hablo no es
sino de lo que pasa en esta época, y
de lo que ocurre en China y en España, y en el mundo.
(Walt Whitman tenía un pecho suavísimo y respiraba
y nadie sabe lo que él hacía cuando lloraba en su comedor)

Pero, volviendo a lo nuestro,
y al verso que decía, fuera entonces
que vi que el hombre es malnacido,
mal vivo, mal muerto, mal moribundo,
y, naturalmente,
el tartufo sincero desespérase,
el pálido (es el pálido de siempre)
será pálido por algo,
y el ebrio, entre la sangre humana y la leche animal,
abátese, da, y opta por marcharse.

Todo esto
agítase, ahora mismo,
en mi vientre de macho extrañamente.

¡dulzura por dulzura corazona!...

¡Dulzura por dulzura corazona!
¡Dulzura a gajos, eras de vista,
esos abiertos días, cuando monté por árboles caídos!
Así por tu paloma palomita,
por tu oración pasiva,
andando entre tu sombra y el gran tesón corpóreo de tu sombra.

Debajo de ti y yo,
tú y yo, sinceramente,
tu candado ahogándose de llaves,
yo ascendiendo y sudando
y haciendo lo infinito entre tus muslos.
(El hotelero es una bestia,
sus dientes, admirables; yo controlo
el orden pálido de mi alma:
señor, allá distante... paso paso... adiós, señor...)

Mucho pienso en todo esto conmovido, perduroso
y pongo tu paloma a la altura de tu vuelo
y, cojeando de dicha, a veces,
repósome a la sombra de ese árbol arrastrado.

Costilla de mi cosa,
dulzura que tú tapas sonriendo con tu mano;
tu traje negro que se habrá acabado,
amada, amada en masa,
¡qué unido a tu rodilla enferma!

Simple ahora te veo, te comprendo avergonzado
en Letonia, Alemania, Rusia, Bélgica, tu ausente,
tu portátil ausente,
hombre convulso de la mujer temblando entre sus vínculos.

¡Amada en la figura de tu cola irreparable,
amada que yo amara con fósforos floridos,
quand on a la vie et la jeunesse,
c'est déja tellement!

Cuando ya no haya espacio
entre tu grandeza y mi postrer proyecto,
amada,
volveré a tu media, haz de besarme,
bajando por tu media repetida,
tu portátil ausente, dile así. . .

ello es que el lugar donde me pongo...

Ello es que el lugar donde me pongo
el pantalón, es una casa donde
me quito la camisa en alta voz
y donde tengo un suelo, un alma, un mapa de mi España.
Ahora mismo hablaba
de mí conmigo, y ponía
sobre un pequeño libro un pan tremendo
y he, luego, hecho el traslado, he trasladado,
queriendo canturrear un poco, el lado
derecho de la vida al lado izquierdo;
más tarde, me he lavado todo, el vientre,
briosa, dignamente;
he dado vuelta a ver lo que se ensucia,
he raspado lo que me lleva tan cerca
y he ordenado bien el mapa que
cabeceaba o lloraba, no lo sé.

Mi casa, por desgracia, es una casa,
un suelo por ventura, donde vive
con su inscripción mi cucharita amada,
mi querido esqueleto ya sin letras,
la navaja, un cigarro permanente.
De veras, cuando pienso
en lo que es la vida,
no puedo evitar de decírselo a Georgette,
a fin de comer algo agradable y salir,
por la tarde, comprar un buen periódico,
guardar un día para cuando no haya,
una noche también, para cuando haya
(así se dice en el Perú – me excuso);

del mismo modo, sufro con gran cuidado,
a fin de no gritar o de llorar, ya que los ojos
poseen, independientemente de uno, sus pobrezas,
quiero decir, su oficio, algo
que resbala del alma y cae al alma.

Habiendo atravesado
quince años; después, quince, y, antes, quince,
uno se siente, en realidad, tontillo,
es natural, por lo demás ¡qué hacer!
¿Y qué dejar de hacer, que es lo peor?
Sino vivir, sino llegar
a ser lo que es uno entre millones
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,
entre el sol y su rayo que es de luna
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma.

Hoy es domingo y, por eso,
me viene a la cabeza la idea, al pecho el llanto
y a la garganta, así como un gran bulto.
Hoy es domingo, y esto
tiene muchos siglos; de otra manera,
sería, quizá, lunes, y vendríame al corazón la idea,
al seso, el llanto
y a la garganta, una gana espantosa de ahogar
lo que ahora siento,
como un hombre que soy y que he sufrido.

españa, aparta de

mí este cáliz

I

himno a los voluntarios de la república

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra al animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,
cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no caber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro contra tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza!

Un día diurno, claro, atento, fértil
¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes,
por el que iba la pólvora mordiéndose los codos!
¡oh dura pena y más duros pedernales!
¡oh frenos los tascados por el pueblo!
Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los déspotas
y en el candado, sus bacterias muertas. . .

¿Batallas? ¡No! Pasiones! Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
de dolores de pueblo con esperanzas de hombres!
¡Muerte y pasión de paz, las populares!
¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámosnos!
Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos
y de llave las tumbas en tu pecho,
tu frontal elevándose a primera potencia de martirio.

El mundo exclama: " ¡Cosas de españoles! " Y es verdad.
Consideremos,
durante una balanza, a quema ropa,
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto
o a Cervantes, diciendo: "Mi reino es de este mundo, pero
también del otro": ¡punta y filo en dos papeles!
Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo,
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano
tuvo un sudor de nube el paso llano
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros
o a Cajal, devorado por su pequeño infinito, o todavía
a Teresa, mujer, que muere porque no muere
o a Lina Odena, en pugna en más de un punto con Teresa. . .
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o transmitido
por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna)

Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas. . .

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición,
a tu enemigo!
¡Liberador ceñido de grilletes,
sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin asas la extensión,
vagarían acéfalos los clavos,
antiguo, lento, colorado, el día,
nuestros amados cascos, insepultos!
¡Campesino caído con tu verde follaje por el hombre,
con la inflexión social de tu meñique,
con tu buey que se queda, con tu física,
también con tu palabra atada a un palo
y tu cielo arrendado
y con la arcilla inserta en tu cansancio
y la que estaba en tu uña, caminando!
¡Constructores
agrícolas, civiles y guerreros,
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz, entornando
con la muerte vuestros ojos;
que, a la caída cruel de vuestras bocas,
vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!

¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
Descansarán andando al pie de esta carrera,
sollozarán pensando en vuestra órbitas, venturosos
serán y al son
de vuestro atroz retorno, florecido, innato,
ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas
y cantadas!

¡Unos mismos zapatos irán bien al que asciende
sin vías a su cuerpo
y al que baja hasta la forma de su alma!
¡Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
¡Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
¡Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
¡Serán dados los besos que no pudisteis dar!
¡Sólo la muerte morirá! ¡La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

¡Obrero, salvador, redentor nuestro,
perdónanos, hermano, nuestras deudas!
Como dice un tambor al redoblar, en sus adagios:
qué jamás tan efímero, tu espalda!
qué siempre tan cambiante, tu perfil!

¡Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla
un león abisinio, va cojeando!

¡Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho
universal!
¡Voluntarios del sur, del norte, del oriente
y tú, el occidental, cerrando el canto fúnebre del alba!
¡Soldado conocido, cuyo nombre
desfila en el sonido de un abrazo!
¡Combatiente que la tierra criara, armándote
de polvo,
calzándote de imanes positivos,
vigentes tus creencias personales,
distinto de carácter, íntima tu férula,
el cutis inmediato,
andándote tu idioma por los hombros
y el alma coronada de guijarros!
¡Voluntario fajado de tu zona fría,
templada o tórrida,
héroes a la redonda,
víctima en columna de vencedores:
en España, en Madrid, están llamando
a matar, voluntarios de la vida!

¡Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en voz alta con su caballo
y al perro que dormía en la escalera.
Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,
pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote a cuestas con la altura tenaz de sus rodillas...

¡Voluntarios,
por la vida, por los buenos, matad
a la muerte, matad a los malos!
¡Hacedlo por la libertad de todos,
del explotado y del explotador,
por la paz indolora —la sospecho
cuando duermo al pie de mi frente
y más cuando circulo dando voces—
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!

Para que vosotros,
voluntarios de España y del mundo vinierais,
soñé que era yo bueno, y era para ver
vuestra sangre, voluntarios. . .
De esto hace mucho pecho, muchas ansias,
muchos camellos en edad de orar.
Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo,
os siguen con cariño los reptiles de pestaña inmanente
y, a dos pasos, a uno,
la dirección del agua que corre a ver su límite antes que arda.

II

b a t a l l a s

Hombre de Extremadura,
oigo bajo tu pie el humo del lobo,
el humo de la especie,
el humo del niño,
el humo solitario de los trigos,
el humo de Ginebra, el humo de Roma, el humo de Berlín
y el de París y el humo de tu apéndice penoso
y el humo que, al fin, sale del futuro.
¡Oh vida! ¡oh tierra! ¡oh España!
¡Onzas de sangre,
metros de sangre, líquidos de sangre,
sangre a caballo, a pie, mural, sin diámetro,
sangre de cuatro en cuatro, sangre de agua
y sangre muerta de la sangre viva!

Extremeño, ¡oh, no ser aún ese hombre
por el que te mató la vida y te parió la muerte
y quedarse tan solo a verte así, desde este lobo,
cómo sigues arando en nuestros pechos!
¡Extremeño, conoces
el secreto en dos voces, popular y táctil,
del cereal: ¡que nada vale tánto
como una gran raíz en trance de otra!
¡Extremeño acodado, representando al alma en su retiro,
acodado a mirar
el caber de una vida en una muerte!

Extremeño, y no haber tierra que hubiere
el peso de tu arado, ni más mundo
que el color de tu yugo entre dos épocas; no haber
el orden de tus póstumos ganados!
¡Extremeño, dejásteme
verte desde este lobo, padecer,
pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre, y para
que hasta los animales sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo, todo un hombrecito!

Luego, retrocediendo desde Talavera,
en grupos de a uno, armados de hambre, en masas de a uno,
armados de pecho hasta la frente,
sin aviones, sin guerra, sin rencor,
el perder a la espalda
y el ganar
más abajo del plomo, heridos mortalmente de honor,
locos de polvo, el brazo a pie,
amando por las malas,
ganando en español toda la tierra,
retroceder aún, y no saber
dónde poner su España,
dónde ocultar su beso de orbe,
dónde plantar su olivo de bolsillo!

Más desde aquí, más tarde,
desde el punto de vista de esta tierra,

desde el duelo al que fluye el bien satánico,
se ve la gran batalla de Guernica.
¡Lid a priori, fuera de la cuenta,
lid en paz, lid de las almas débiles
contra los cuerpos débiles, lid en que el niño pega,
sin que le diga nadie que pegara,
bajo su atroz diptongo
y bajo su habilísimo pañal,
y en que la madre pega con su grito, con el dorso de
una lágrima
y en que el enfermo pega con su mal, con su pastilla
y su hijo
y en que el anciano pega
con sus canas, sus siglos y su palo
y en que pega el presbítero con dios!
¡Tácitos defensores de Guernica!
¡oh débiles! ¡oh suaves ofendidos,
que os eleváis, crecéis,
y llenáis de poderosos débiles el mundo!

En Madrid, en Bilbao, en Santander,
los cementerios fueron bombardeados,
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno, de las tumbas,
los muertos inmortales, de sentir, de ver, de oír
tan bajo el mal, tan muertos a los viles agresores,
reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron
de esperar, acabaron
de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales!

¡Y la pólvora fue, de pronto, nada,
cruzándose los signos y los sellos,
y a la explosión saliole al paso un paso,
y al vuelo a cuatro patas, otro paso

y al cielo apocalíptico, otro paso
y a los siete metales, la unidad,
sencilla justa, colectiva, eterna.

¡Málaga sin padre ni madre,
ni piedrecilla, ni horno, ni perro blanco!
¡Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos
y murió de pasión mi nacimiento!
¡Málaga caminando tras de tus pies, en éxodo,
bajo el mal, bajo la cobardía, bajo la historia cóncava,
indecible,
con la yema en tu mano: tierra orgánica!
y la clara en la punta del cabello: todo el caos!
¡Málaga huyendo
de padre a padre, familiar, de tu hijo a tu hijo,
a lo largo del mar que huye del mar
a través del metal que huye del plomo,
al ras del suelo que huye de la tierra
y a las órdenes ¡ay!
de la profundidad que te quería!
¡Málaga a golpes, a fatídico coágulo, a bandidos,
a infiernazos,
a cielazos,
andando sobre duro vino, en multitud,
sobre la espuma lila, de uno en uno,
sobre huracán estático y más lila,
y al compás de las cuatro órbitas que aman
y de las dos costillas que se matan!
¡Málaga de mi sangre diminuta
y mi coloración a gran distancia,
la vida sigue con tambor a tus honores alazanes,
con cohetes, a tus niños eternos
y con silencio a tu último tambor,
con nada, a tu alma,
y con más nada, a tu esternón genial!

¡Málaga, no te vayas con tu nombre!
¡Que si te vas,
te vas
toda, hacia ti, infinitamente toda en son total,
concorde con tu tamaño fijo en que me aloco
con tu suela feraz y su agujero
y tu navaja antigua atada a tu hoz enferma
y tu madero atado a un martillo!
¡Málaga literal y malagueña,
huyendo a Egipto, puesto que estás clavada,
alargando en sufrimiento idéntico tu danza,
resolviéndose en ti el volumen de la esfera,
perdiendo tu botijo, tus cánticos, huyendo
con tu España exterior y tu orbe innato!
¡Málaga por derecho propio
y en el jardín biológico, más Málaga!
¡Málaga en virtud
del camino, en atención al lobo que te sigue
y en razón del lobezno que te espera!
¡Málaga, que estoy llorando!
¡Málaga, que lloro y lloro!

III

Solía escribir con su dedo grande en el aire:
"¡Viban los compañeros! Pedro Rojas",
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes.

Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!
Pluma de carne, lo han matado: ¡pasa!
¡Abisa a todos compañeros pronto!

Palo en el que han colgado su madero,
lo han matado;
¡lo han matado al pie de su dedo grande!
¡Han matado, a la vez, a Pedro, a Rojas!

¡Viban los compañeros
a la cabecera de su aire escrito!
¡Viban con esta b del buitre en las entrañas
de Pedro
y de Rojas, del héroe y del mártir!
Registrándole, muerto, sorprendiéronle
en su cuerpo un gran cuerpo, para
el alma del mundo,
y en la chaqueta una cuchara muerta.

Pedro también solía comer
entre las criaturas de su carne, asear, pintar

la mesa y vivir dulcemente
en representación de todo el mundo.
Y esta cuchara anduvo en su chaqueta,
despierto o bien cuando dormía, siempre,
cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.
¡Abisa a todos compañeros pronto!
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!

Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquel
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con sus células, sus nos, sus todavías, sus hambres,
sus pedazos.
Lo han matado suavemente
entre el cabello de su mujer, la Juana Vázquez,
a la hora del fuego, al año del balazo
y cuando andaba cerca ya de todo.

Pedro Rojas, así, después de muerto,
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,
lloró por España
y volvió a escribir con el dedo en el aire:
"¡Viban los compañeros! Pedro Rojas".
Su cadáver estaba lleno de mundo.

IV

Los mendigos pelean por España,
mendigando en París, en Roma, en Praga
y refrendando así, con mano gótica, rogante,
los pies de los Apóstoles, en Londres, en New York,
en Méjico.
Los pordioseros luchan suplicando infernalmente
a Dios Santander,
la lid en que ya nadie es derrotado.
Al sufrimiento antiguo
danse, encarnízanse en llorar plomo social
al pie del individuo,
y atacan a gemidos, los mendigos,
matando con tan solo ser mendigos.

Ruegos de infantería,
en que el arma ruega del metal para arriba,
y ruega la ira, más acá de la pólvora iracunda.
Tácitos escuadrones que disparan,
con cadencia mortal, su mansedumbre,
desde un umbral, desde sí mismos, ¡ay! desde sí mismos.
Potenciales guerreros
sin calcetines al calzar el trueno,
satánicos, numéricos,
arrastrando sus títulos de fuerza,
migaja al cinto,
fusil doble calibre: sangre y sangre.
¡El poeta saluda al sufrimiento armado!

V

imagen española de la muerte

¡Ahí pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!
¡Ahí pasa la muerte por Irún:
sus pasos de acordeón, su palabrota,
su metro del tejido que te dije,
su gramo de aquel peso que he callado ¡si son ellos!

¡Llamadla! Daos prisa! Va buscándome en los rifles,
como que sabe bien dónde la venzo,
cuál es mi maña grande, mis leyes especiosas,
mis códigos terribles.
¡Llamadla! Ella camina exactamente como un hombre,
entre las fieras,
se apoya de aquel brazo que se enlaza a nuestros pies
cuando dormimos en los parapetos
y se para a las puertas elásticas del sueño.

¡Gritó! ¡Gritó! ¡Gritó su grito nato, sensorial!
Gritará de vergüenza, de ver cómo ha caído entre las plantas,
de ver cómo se aleja de las bestias,
de oír cómo decimos: ¡Es la muerte!
¡De herir nuestros más grandes intereses!

(Porque elabora su hígado la gota que te dije, camarada;
porque se come el alma del vecino`

¡Llamadla! Hay que seguirla
hasta el pie de los tanques enemigos,
que la muerte es un ser sido a la fuerza,
cuyo principio y fin llevo grabados
a la cabeza de mis ilusiones,
por mucho que ella corra el peligro corriente
que tú sabes
y que haga como que hace que me ignora.

¡Llamadla! No es un ser, muerte violenta,
sino, apenas, lacónico suceso;
más bien su modo tira, cuando ataca,
tira a tumulto simple, sin órbitas ni cánticos de dicha;
más bien tira su tiempo audaz, a céntimo impreciso
y sus sordos quilates, a déspotas aplausos.
Llamadla, que en llamándola con saña, con figuras,
se la ayuda a arrastrar sus tres rodillas,
como, a veces,
a veces duelen, punzan fracciones enigmáticas, globales,
como, a veces, me palpo y no me siento.

¡Llamadla! ¡Daos prisa! Va buscándome,
con su cognac, su pómulo moral,
sus pasos de acordeón, su palabrota.
¡Llamadla! No hay que perderle el hilo en que la lloro.
De su olor para arriba, ¡ay de mi polvo, camarada!
De su pus para arriba, ¡ay de mi férula, teniente!
De su imán para abajo, ¡ay de mi tumba!

VI

cortejo tras la toma de bilbao

Herido y muerto, hermano,
criatura veraz, republicana, están andando en tu trono,
desde que tu espinazo cayó famosamente;
están andando, pálido, en tu edad flaca y anual,
laboriosamente absorta ante los vientos.

Guerrero en ambos dolores,
siéntate a oír, acuéstate al pie del palo súbito,
inmediato de tu trono;
voltea;
están las nuevas sábanas, extrañas;
están andando, hermano, están andando.

Han dicho: "Cómo! Dónde! . . .", expresándose
en trozos de paloma,
y los niños suben sin llorar a tu polvo.
Ernesto Zúñiga, duerme con la mano puesta,
con el concepto puesto,
en descanso tu paz, en paz tu guerra.

Herido mortalmente de vida, camarada,
camarada jinete,
camarada caballo entre hombre y fiera,
tus huesecillos de alto y melancólico dibujo
forman pompa española, pompa
laureada de finísimos andrajos!

Siéntate, pues, Ernesto,
oye que están andando, aquí, en tu trono,
desde que tu tobillo tiene canas.
¿Qué trono?
¡Tu zapato derecho! ¡Tu zapato!

VII

Varios días el aire, *compañeros*,
muchos días el viento cambia de aire,
el terreno, de filo,
de nivel el fusil republicano.
Varios días España está española.

Varios días el mal
moviliza sus órbitas, se abstiene,
paraliza sus ojos escuchándolos.
Varios días orando con sudor desnudo,
los milicianos cuélganse del hombre.
Varios días, el mundo, camarada,
el mundo está español hasta la muerte.

Varios días ha muerto aquí el disparo
y ha muerto el cuerpo en su papel de espíritu
y el alma es ya nuestra alma, compañeros.
Varios días el cielo,
éste, el del día, el de la pata enorme.

Varios días, Gijón;
muchos días, Gijón;
mucho tiempo, Gijón;
mucha tierra, Gijón;
mucho hombre, Gijón;
y mucho dios, Gijón,
muchísimas Españas ¡ay! Gijón.

Camarada,
varios días el viento cambia de aire.

VIII

Aquí,
Ramón Collar,
prosigue tu familia soga a soga,
se sucede,
en tanto que visitas, tú, allá, a las siete espadas, en Madrid,
en el frente de Madrid.

¡Ramón Collar, yuntero
y soldado hasta yerno de tu suegro,
marido, hijo limítrofe del viejo Hijo del Hombre!
Ramón de pena, tú, Collar valiente,
paladín de Madrid y por cojones; Ramonete,
aquí,
los tuyos piensan mucho en tu peinado!

¡Ansiosos, ágiles de llorar, cuando la lágrima!
¡Y cuando los tambores, andan; hablan
delante de tu buey, cuando la tierra!

¡Ramón! ¡Collar! ¡A ti! ¡Si eres herido,
no seas malo en sucumbir; ¡refrénate!
Aquí,
tu cruel capacidad está en cajitas;
aquí,
tu pantalón oscuro, andando el tiempo,
sabe ya andar solísimo, acabarse;
aquí,
Ramón, tu suegro, el viejo,
te pierde a cada encuentro con su hija!

¡Te diré que han comido aquí tu carne,
sin saberlo,
tu pecho, sin saberlo,
tu pie;
pero cavilan todos en tus pasos coronados de polvo!

¡Han rezado a Dios,
aquí;
se han sentado en tu cama, hablando a voces
entre tu soledad y tus cositas;
no sé quién ha tomado tu arado, no sé quién
fue a ti, ni quién volvió de tu caballo!

¡Aquí, Ramón Collar, en fin, tu amigo!
¡Salud, hombre de Dios, mata y escribe.

IX

pequeño responso a un héroe de la república

Un libro quedó al borde de su cintura muerta,
un libro retoñaba de su cadáver muerto.
Se llevaron al héroe,
y corpórea y aciaga entró su boca en nuestro aliento;
sudamos todos, el hombligo a cuestas;
caminantes las lunas nos seguían;
también sudaba de tristeza el muerto.

Y un libro, en la batalla de Toledo,
un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver.

Poesía del pómulo morado, entre el decirlo
y el callarlo,
poesía en la carta moral que acompañara
a su corazón.
Quedóse el libro y nada más, que no hay
insectos en la tumba,
y quedó al borde de su manga, el aire remojándose
y haciéndose gaseoso, infinito.

Todos sudamos, el hombligo a cuestas,
también sudaba de tristeza el muerto
y un libro, yo lo vi sentidamente,
un libro, atrás un libro, arriba un libro
retoño del cadáver ex abrupto.

X

invierno en la batalla de teruel

¡Cae agua de revólveres lavados!
Precisamente,
es la gracia metálica del agua,
en la tarde nocturna en Aragón,
no obstante las construídas yerbas,
las legumbres ardientes, las plantas industriales.

Precisamente,
es la rama serena de la química,
la rama de explosivos en un pelo,
la rama de automóviles en frecuencia y adioses.

Así responde el hombre, así, a la muerte,
así mira de frente y escucha de costado,
así el agua, al contrario de la sangre, es de agua,
así el fuego, al revés de la ceniza, alisa sus rumiantes ateridos.

¿Quién va, bajo la nieve? ¿Están matando? No.
Precisamente,
va la vida coleando, con su segunda soga.

¡Y horrísima es la guerra, solivianta,
lo pone a uno largo, ojoso;
da tumba la guerra, da caer,
da dar un salto extraño de antropoide!
Tú lo hueles, compañero, perfectamente,
al pisar
por distracción tu brazo entre cadáveres;
tú lo ves, pues tocaste tus testículos, poniéndote rojísimo;
tú lo oyes en tu boca de soldado natural.

Vamos, pues compañero;
nos espera tu sombra apercibida,
nos espera tu sombra acuartelada,
mediodía capitán, noche soldado raso...
Por eso, al referirme a esta agonía,
aléjome de mí gritando fuerte:
¡Abajo mi cadáver! ... Y sollozo.

XI

Miré al cadáver, su raudo orden visible
y el desorden lentísimo de su alma;
le vi sobrevivir; hubo en su boca
la edad entrecortada de dos bocas.
Le gritaron su número: pedazos.
Le gritaron su amor: ¡más le valiera!
Le gritaron su bala: ¡también muerta!

Y su orden digestivo sosteníase
y el desorden de su alma, atrás, en balde.
Le dejaron y oyeron, y es entonces,
que el cadáver
casi vivió en secreto, en un instante;
mas le auscultaron mentalmente, ¡y fechas!
lloráronle al oído, ¡y también fechas!

XII

m a s a

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: "No mueras, te amo tanto! "
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
"No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida! "
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: "Tanto amor y no poder nada contra la muerte! "
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: " ¡Quédate hermano! "
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar. . .

XIII

redoble fúnebre a los escombros de durango

Padre polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.

Padre polvo que subes del fuego,
Dios te salve, te calce y dé un trono,
padre polvo que estás en los cielos.

Padre polvo, biznieto del humo,
Dios te salve y ascienda a infinito,
padre polvo, biznieto del humo.

Padre polvo en que acaban los justos,
Dios te salve y devuelva a la tierra,
padre polvo en que acaban los justos.

Padre polvo que creces en palmas,
Dios te salve y revista de pecho,
padre polvo, terror de la nada.

Padre polvo, compuesto de hierro,
Dios te salve y te dé forma de hombre,
padre polvo que marchas ardiendo.

Padre polvo, sandalia del paria,
Dios te salve y jamás te desate,
padre polvo, sandalia del paria.

Padre polvo que avientan los bárbaros,
Dios te salve y te ciña de dioses,
padre polvo que escoltan los átomos.

Padre polvo, sudario del pueblo,
Dios te salve del mal para siempre,
padre polvo español, padre nuestro.

Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro.

XIV

¡Cuídate, España, de tu propia España!
¡Cuídate de la hoz sin el martillo,
cuídate del martillo sin la hoz!
¡Cuídate de la víctima apesar suyo,
del verdugo apesar suyo
y del indiferente apesar suyo!
¡Cuídate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!
¡Cuídate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cuídate de los nuevos poderosos!
¡Cuídate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuídate del leal ciento por ciento!
¡Cuídate del cielo más acá del aire
y cuídate del aire más allá del cielo!
¡Cuídate de los que te aman!
¡Cuídate de tus héroes!
¡Cuídate de tus muertos!
¡Cuídate de la República!
¡Cuídate del futuro! . . .

XV

españa, aparta de mí este cáliz

Niños del mundo,
si cae España –digo, es un decir–
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestas;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Si cae –digo, es un decir– si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!
¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!

¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aún
el de las sienes que andan con dos piedras!
¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla! . . .

apuntes biográficos sobre césar vallejo

GEORGETTE DE VALLEJO

No pensaba tener que reiterar "Apuntes biográficos...", (Abr. 1967), que redacté para la edición de Obra poética completa, *(Lima 1968). Los he ampliado, sin embargo, para la edición de "Mosca azul", pues lamentablemente, hay que repetir mucho y siempre una vez más antes de ser oído —como lo decía el mismo Vallejo que lo había aprendido y experimentado en la Unión Soviética.*

Aquí, no "ajusto cuentas" ni "polemizo" con nadie. Aquí, he de dejar sentado que Vallejo, quien no necesitó de la crítica ni de los críticos, tiene derecho, muerto, a que éstos no se apoderen hoy de su vida que no les interesó cuando vivía, tergiversándola y proyectándola a través de su criterio personal, siempre parcial, erróneo y limitado.

Duodécimo y último hijo de la familia, César Abraham Vallejo nace en marzo de 1892 en Santiago de Chuco (3,115 metros de altitud), gran aldea más bien que pequeña ciudad del departamento de La Libertad, en la cordillera peruana *

1910

Alumno notable, será muy brillante estudiante.

Se va a Trujillo (cuatro días de viaje a caballo) y se inscribe en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Libertad.

1911

La intención de hacerse médico lo conduce a Lima, la capital. Pronto renuncia a la carrera y deja Lima. Lo encontramos de preceptor de los hijos de un hacendado del departamento de Huánuco.

1912

Entra como ayudante de cajero en la Hacienda "Roma" (producción azucarera), de la que saldrá profundamente marcado. Y es que si el joven Vallejo está favorecido por un trato reservado a los empleados superiores y un sueldo satisfactorio, no puede, sin embargo, no ver y no oír, cuando apenas aún apunta el alba, llegar los peones (cerca de 4,000) al inmenso patio; ponerse en fila a medida que se les llama, y partir para los campos de maíz, en los que se extenuarán hasta el sol poniente, con un puñado de arroz por todo alimento. Tampoco puede no saber que todas es-

* "Eramos 12, me decía Vallejo. A los cuatro primeros, se les llamaba los viejos. A los cuatro siguientes, los mayores. Y a los cuatro últimos, nos llamaban y nos llamábamos nosotros mismos, los pequeños" Nombres de los hermanos Vallejo : María Jesús, Víctor Clemente, Francisco Cleofé, Manuel María, Augusto José, María Encarnación, Manuel Natividad, Néstor P. María, Agueda María, Natividad Victoria, Miguel Ambrosio, César Abraham.

tas pobres criaturas han sido salvajemente capturadas por siniestros "enganchadores", y cobardemente retenidas *por vida* con el alcohol que, dominicalmente y con deliberada intención, se les vende a crédito. Irremediablemente endeudados, haciéndose insolventes en pocas semanas —cubriendo rápidamente su deuda, un número de años superior al que van a vivir— habrán los peones de garantizarla con esto que sólo les queda: *sus hijos, nacidos o por nacer.*

Se comprende que *el recuerdo de la Hacienda "Roma" haya sido durable* en un ser como Vallejo a quien ya alteraba la injusticia social.

1913 - 1914

Ha renunciado a su empleo y retorna de nuevo a Trujillo. Con parte de los ahorros que trae, se inscribe por segunda vez en la Facultad de Filosofía y Letras. Consigue además un empleo de preceptor en el "Centro Escolar de Varones". Aquel año publica sus primeros versos, de carácter didáctico, en el Boletín Cultural Infantil de ese Centro.

1915

Tercer año de Letras y simultáneamente el primero de Derecho. Deja su puesto en el Centro Escolar de Varones para trabajar en el Colegio Nacional de San Juan.

En el mes de agosto, muere su hermano Miguel compañero de juegos (A mi hermano Miguel, LOS HERALDOS NEGROS).

El primer éxito que obtiene César Vallejo con su tesis EL ROMANTICISMO EN LA POESÍA CASTELLANA es completo.

Muy rápidamente es adoptado por los intelectuales y artistas quienes, muy activos y numerosos, forman un grupo inquieto, turbulento y audaz, cuya bohemia no es en Vallejo sino un hábito. Antenor Orrego, director de "La Reforma", y Eulogio Garrido encabezan el grupo, y de él forma parte también Víctor Raúl Haya de la Torre, futuro fundador y jefe del partido político A. P. R. A.

Vallejo se impone pronto por el dinamismo y los rasgos humorísticos de su fuerte personalidad de poeta y de autor que van a revelar dentro de poco tiempo sus primeras publicaciones.

1916

Segundo año de Derecho. Colaboraciones en "La Reforma" y "La Industria". Vallejo entra en relación sentimental con María Rosa Sandoval. Joven, atrayente, fina, culta, percibe la intensidad angustiada de sus poemas. Apenas principiado el año 1918, morirá María Rosa Sandoval, a la edad de 24 años, dejando "Diario y recuerdos", escrito en francés.

"Aldeana" aparece en *Balnearios,* revista de Lima, y, en octubre, el poeta Parra del Riego elogia a Vallejo en un artículo sobre el ambiente literario de Trujillo.

1917

Vallejo, que se ha aventurado a mandar un poema a la revista limeña *Variedades*, recibe la siguiente contestación, de la que reproducimos unos párrafos:

> "... Nos remite usted un poema titulado El poeta a su amada, que en verdad le acredita a usted para el acordeón o la ocarina más que para la poesía.
> *Amada: en esta noche tú te has sacrificado*
> *sobre los dos maderos curvados de mis besos*
> *Amada: y tú me has dicho que Jesús ha llorado*
> *y que hay un viernes santo más dulce que mis besos.*
> ¿A qué diablos llama usted los maderos curvados de sus besos? ¿Cómo hay que entender eso de la crucifixión?... Hasta el momento de largar a la canasta su mamarracho, no tenemos de usted otra idea sino la de deshonra de la colectividad trujillana, y de que si descubriera su nombre, el vecindario le echaría lazo y lo amarraría en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril..."

La nota esta, no firmada, traía una ilustración de las más realistas. Por su parte, "La Industria" había publicado el más hilarante artículo, titulado: "La Justicia de Jehová":

> "Ese hombre (Vallejo), señor, entona himnos a la verde alfalfa, tal vez el instinto arranque de regresivo apetito familiar... asegura con la mayor frescura que "las carretas van arrastrando una emoción de ayuno encadenado", Quiere también ser panadero y llevar en su corazón un horno... Quiere vivir tocando todas las puertas, y dice que sus huesos son ajenos y que él es un ladrón..."
>
> Firmado: J. V. P. (Julio Víctor Pacheco)

Vallejo conoce a una joven, a la que llama "Mirtho". Pero el corto idilio se rompe bruscamente a consecuencia de un incidente en el que Vallejo trata de hacer uso de un revólver cargado con una sola bala —como se verá luego— el que, por sorprendente circunstancia, se malogra.

En los últimos días de diciembre, Vallejo se embarca para Lima, dejando en Trujillo un vacío y un recuerdo profundo, mezclados con un sentimiento de frustración. Un cuaderno de poemas constituye su equipaje.

1918

Llegada gris y solitaria a Lima. En febrero escribirá:

> "... Pensaba partir de aquí y aborrecí esta vida, y sentí como un deseo de desarraigarme, de no estar, de no rozarme con nada, de escurrirme, de espiritualizarme totalmente acaso..."

Rehusando toda idea de economías, los pocos recursos traídos de Trujillo rápidamente se van agotando. No obstante, un tanto conocido ya —en enero ha tenido una entrevista con Abraham Valdelomar; en febrero, con José María Eguren y, en marzo, con González Prada— entra en contacto con las pocas revistas (entre estas *Nuestra época* que dirige José Carlos Mariátegui) y diarios que hay por entonces en Lima, en los que logra publicar algunos poemas y artículos. Por suerte, trabaja, además, de preceptor de enseñanza primaria en el Colegio Barrós, establecimiento privado.

Julio: muerte de González Prada, a quien Vallejo ha visitado varias veces.

Agosto: en Santiago de Chuco, muere su madre, de 68 años de edad, sin poder Vallejo atenderla en sus últimas horas. Poemas no a "su" madre, sino a *"la" madre, una, universal.*

Aunque impreso ya, su primer libro de versos queda estancado largos meses en la imprenta en espera del prólogo que le ha ofrecido el poeta Abraham Valdelomar, por entonces muy en boga, quien ha elogiado en un reportaje concedido a "La Reforma" de Trujillo, "... al gran poeta César Vallejo, poeta de la ternura, para su bello y raro libro de versos".

Es sin embargo sin prólogo que aparece finalmente LOS HERALDOS NEGROS, no en 1918 como lo indica el mismo libro sino en julio de 1919, a consecuencia del prólogo vanamente esperado.

Contrariamente a lo que se ha publicado demasiado a menudo

> "... los más importantes diarios de Lima, y algunos de provincias por lo menos, comentaron en forma comprensiva, estimulante y aun entusiasta, por órganos de prestigiosos escritores (sic.), el libro primogénito del poeta. Se ofrece testimonios probatorios de esta afirmación"

según expresa Alcides Spelucín, amigo trujillano de Vallejo.

Por otra parte, entre estos diarios de provincia figuraban "La Reforma" y "La Industria", en los que aparecieron las vibrantes críticas de Antenor Orrego, el amigo más nombrado por Vallejo, y de Eulogio Garrido.

Pese a su luto, Vallejo conoce a "Otilia" y se prenda de ella. En setiembre, muere el fundador y director del Colegio Barrós. Los miembros docentes del establecimiento (emparentado uno de ellos con Otilia) solicitan y logran obtener licencia para asegurar su funcionamiento, bajo la dirección de César Vallejo, quien, muy cortés, ha redactado la petición, pero no posee la más mínima virtud en materia de cuentas y dirección económica. En poco tiempo, la situación colectiva —en la que se encuentran mezclados: dinero para repartir, funciones respectivas, intimidades de orden privadísimo, violencias y reproches recíprocos pues Vallejo se niega al matrimonio— se complica y va agravándose hasta quedar desmembrada la empresa. Otilia abandona la ciudad. Vallejo se ve obligado a desocupar el alojamiento que su función de di-

rector le otorga en el colegio. Es además el tiempo de las vacaciones, circunstancia en la que no ha pensado Vallejo que se encuentra sin empleo, sin techo, y completamente desprovisto de dinero. Depresión y angustia bien naturales *. Un amigo, León Guzmán, fraternalmente lo acoge en su casa.

1919 - 1920

En abril, consigue un puesto en el Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe.

> "El 3 de noviembre —nos refiere Juan Espejo— en el atardecer, apareció en mi casa César, en un estado de agitación y de angustia, repitiendo en forma insistente esta frase: ¡Abraham Valdelomar ha muerto!... ¡Abraham Valdelomar ha muerto!... así dice la pizarra de "La Prensa". Su estado emocional era intenso y sólo comparable a los momentos que siguieron al recibir la noticia del fallecimiento de su madre. Pero mientras ésta le llevó a un estado de llanto y de abandono, la noticia del fallecimiento de Valdelomar, que él tanto estimaba, le produjo un estado de agitación dolorosa. Un tanto calmado, se sentó en la mesa del comedor y escribió: "Abraham Valdelomar ha muerto..."

---

* El director del Aula (llamada) Vallejo (Córdoba, Argentina) ha dicho y repetido, en términos poco menos que peyorativos, que Vallejo volvía siempre a caer en "su peregrinaje por la pobreza" o "miseria" y "de hotel en hotel". Cito dos testimonios:

a) el de Juan Espejo en **César Vallejo**; Mejía Baca, Lima, 1965:

> "Recopiladores de datos han recurrido a gentes que no lo conocieron o mintieron por ese afán mezquino de apocar a sus semejantes. Queda sentado que en las fiestas, en los paseos, distracciones y en el diario correr de los días, a César Vallejo, la ciudad lo vio transitar por sus calles, siempre con la corrección, la decencia y atildado esmero con que supo presentarse a través de toda su vida".

Y en otro momento:

> "... Vallejo continuaba dictando clases ... y esta actividad que requiere necesariamente la dura disciplina de estar en el pupitre frente a sus alumnos a las 8 de la mañana todos los días, **"libera a César Vallejo de la ligereza con que más de uno de sus biógrafos le han presentado como hundido en una bohemia de alcohol y de vagancia".**

b) en un artículo aparecido en "El Comercio" de Lima, el Sr. José Torres Vidaurre, expresa entre otras cosas:

> "... Tropiezos y dificultades, claro que César Vallejo los tuvo, y muchos, al sobrevivir en la turbulenta metrópoli europea. Los tuvo, **pero sin que significara, en lo más mínimo, detrimencias en su prestancia física y moral. Vallejo no fue un bohemio en el sentido lastimoso de la palabra... Vestía con pulcritud, no burguesa, pero sí, con el señorío de los inkas ..."**

[Subrayados míos]

Vallejo resuelve irse a Europa, pero quiere ver a los suyos y la tumba de su madre. Parte para Santiago de Chuco. Llega sólo para verse mezclado en un sangriento conflicto que ha degenerado en incendio. En un arrojo muy propio de él, se dirige como conciliador a los lugares del drama: su sola presencia le denuncia al juicio de las autoridades, parciales e incompetentes. Acusado como incendiario con diecinueve más, es buscado y finalmente detenido el 6 de noviembre de 1920 en la pequeña casa de campo de Antenor Orrego. Pese a las numerosas campañas en contra de la detención de Vallejo organizadas en Lima y en varias ciudades del país por escritores, artistas, intelectuales, estudiantes y amigos, no será liberado sino el 26 de febrero del año siguiente: 112 días de cárcel.

> "Aquella noche (la de su liberación) —nos informa Juan Espejo— no hubo en sus labios un solo reproche ni una queja ni una frase que delatara odiosidad contra sus detractores..."

La Municipalidad de Trujillo ha convocado a un concurso con ocasión de la Proclamación de la Independencia nacional y Vallejo, que no ha cesado de leer y escribir en su celda, se lleva el segundo premio: 500 soles, (el primero ha sido declarado desierto) en diciembre.

1921

En noviembre, se lee en la revista madrileña *Cosmópolis*, citado por primera vez en Europa, por Alberto Guillén, el nombre de César Vallejo.

En el curso del mismo mes. "Entre nous" organiza un concurso de cuentos. Vallejo, que ha presentado "Más allá de la vida y de la muerte", gana el primer premio. El cuento será publicado en junio de 1922 por *Variedades*, con tres ilustraciones y un retrato del autor, publicación que reviste las características de una verdadera rehabilitación.

1922

El premio ganado permite a Vallejo editar su segundo libro de versos, muchos de los cuales han sido escritos en la cárcel de Trujillo. TRILCE* aparece en el momento mismo en que Chocano

---

* Se ha inventado las anécdotas más banales sobre el origen del título "Trilce". Sospechando que no había salido de un prosaico conjunto de cifras o cálculos, le hice la pregunta a Vallejo.
Entonces, pronunció sencillamente: tttrrriiil ... ce, con entonación y vibración tan musicales que hubiera forzado a comprender a quien le oyera, y dijo: "Por su sonoridad..." y volvió a pronunciar:
tttrrriiil ... ce ...
No es inútil señalar que, a veces, y digamos a menudo, Vallejo no estaba exento de una secreta malicia, contestando modestamente y manifestando

culmina —según sus propios términos— como "el Walt Whitman del Sur". Un solo pero gran testimonio a favor: el del autor del prólogo, el entrañable Antenor Orrego, el amigo más nombrado y recordado de Vallejo después de Garrido.

Por otra parte se puede leer:

> "Contrariamente a lo que alguien habría expresado, "Trilce" fue recibido con desconcierto por unos y con una hostilidad cerril por otros —escribe L. A. Sánchez en *Mundial*. Y he aquí, ahora, a un poeta brujo. A un poeta, con cuyo libro lucho en vano, cada línea me desconcierta más, cada página aumenta mi asombro. ¿Por qué ha escrito "Trilce" Vallejo?"

En otro de sus párrafos:

> "... después de haber gustado el sabor de la prisión, por obra de una calumnia infame, después de haberse emborrachado de exotismo, de amargura y de vino, César Vallejo ha lanzado un libro incomprensible, y estrambótico: Trilce".

Y vuelve a preguntarse:

"Pero por qué habrá escrito "Trilce" Vallejo?"

Años más tarde, el mismo Vallejo dirá, imperturbable: TRILCE cayó en el más completo vacío". "Pero..." —querrán interrogar. El ya sabe y contesta: "Ello no me ha sorprendido ni afectado". Sorprendentes, casi anormales, eran su apacible abstracción, su total ausencia de rencor.

Y es que Vallejo, ante aquel vacío, había escrito: "Me siento superior a mi libro".

1923

Aparición de ESCALAS MELOGRAFIADAS y de FABLA SALVAJE. En junio, Vallejo, que proyecta su evasión desde 1920 y, más particularmente, desde la edición de TRILCE, se embarca para Europa. Una moneda de 500 soles —un águila de oro— prendida en una esquina de su pañuelo. Va con él Julio Gálvez, sobrino de Antenor Orrego.

---

su acuerdo con todo lo que le decían. Un día que se encontraba en la Legación de su país en París, un general le saludó y aproximándose a él, "Trilce" en mano, le preguntó qué cosa había querido decir en un poema que señalaba con el dedo, y del que hasta leía en voz alta ciertos versos que le parecían aún más oscuros. Vallejo tomó el libro y, frunciendo las cejas, se hundió en su propio poema ... y, finalmente, levantando un rostro desconcertado, contestó: "Francamente ... no veo en absoluto lo que he querido decir!". Y el general : "Ve usted! Es exactamente lo que había pensado!". Seguramente, algo parecido ocurrió con los "tres soles" siempre mencionados, haciéndose "trilce" ... Vallejo, riéndose por dentro.

Ignorando el idioma, sin recursos de ninguna suerte, sin relaciones, sin perspectivas próximas o lejanas, Vallejo llega en julio a París, un viernes 13.

Durante dos años, vivirá días extremadamente duros, hasta escapando de la muerte a consecuencia de una hemorragia consecutiva a una intervención quirúrgica: "Que es verdad que sufrí en aquel hospital que queda al lado..."

Sabemos y se lee: "¡La miseria, el hambre! ¡La única camisa de Vallejo que lavaba y planchaba de noche su abnegada esposa! etc." Esto no sólo *es falso*, sino, además, literatura banal y muy gastada.

Ante la falta de dinero, Vallejo por supuesto sufre, pero *no cede*. ¡Qué iba a naufragar por tan miserable extremidad! El sufrimiento de Vallejo es, ante todo, el de sus semejantes, sintiéndose impotente ante la sensiblería hipócrita, la fláxida compasión cristiana, propias del burgués de toda escala. Al recordar aquel hospital, no recuerda lo suyo. Recuerda una sala de *espera*... Los enfermos *están esperando* al interno de servicio... Traen en camilla a un hombre cubierto de sangre. ¿Hemorragia interna?... ¿Accidente de trabajo?... Se espera al interno... Los minutos pasan... En esto, bruscamente el hombre arroja por la boca una gruesa cantidad de sangre. El interno no asoma... Como los demás, el hombre espera... aparentemente con calma... El interno no llega... Y, otra vez, el hombre arroja sangre y sangre hasta que, enderezándose como puede, los ojos locos, busca recuperar su sangre lamiendo sus manos, sus brazos, la sábana y, en un paroxismo de desesperación, se esfuerza violentamente por recogerla hasta del mismo suelo... De aquel hospital en el que ha sufrido, guarda Vallejo el recuerdo de este hombre, de esa concreción sublevante de la injusticia social.

1924

En marzo, sobreviene en Santiago de Chuco la muerte de su padre, a los 84 años de edad.

Apenas menos angustiosos serán los rigores que sufren Vallejo y Gálvez cuando el escultor Max Jiménez, de Costa Rica, les deja su taller de la calle Vercingétorix...

A fines de setiembre conoce, entre otros, a Vicente Huidobro y a Juan Larrea*.

---

* El Sr. Larrea pasa el año 1925 en España. Vuelve a ver a Vallejo en 1926, 1927 y algunos meses de 1928 y 1929. En los años 1930 y 31, J. L. radica en el Perú. En 1932 regresa a París y permanece allí hasta 1934. En 1935 deja París, hasta junio de 1937. Durante sus estadas en París tiene ocasión de tratar con Vallejo. Entre junio del 37 y abril del 38, se ven poco y espaciadamente. Cuando J. L. acude a ver a Vallejo unos minutos antes de su muerte, han transcurrido muchos meses sin que ambos se reencontraran. Se hace esta puntillosa relación por cuanto J. L. funda

Vallejo que ha emprendido la traducción al español de "En el Perú: en torno al continente latino con Jules Michelet", por el Gral. Mangin, la termina en diciembre. El dinero que recibe no sirve más que para pagar deudas.

1925

A principios de 1925, Vallejo tiene la oportunidad de conocer a Maurice de Waleffe, Presidente de "La Prensa Latina", hombre de gran afabilidad, quien le facilita la obtención de la carta de periodista que da acceso a los actos periodísticos, sociales y culturales de este organismo. Con ello se extienden sus relaciones.

Entra en contacto con un escultor para el cual posa, José de Creeft, quien expone tres perfiles de su modelo, "clou" del Salón del año. Conoce a Juan Gris, estableciéndose entre ellos una grata amistad que tajará, en 1927, la muerte prematura del pintor, a la edad de cuarenta años.

Más tarde, conoce al hijo de Jongkind y a Waldo Franck. Y más luego, entre otros, al azar de los años y más o menos de paso: a Marcel Aymé, Jacques Lipchitz, Unamuno, Antonin Artaud, Jean Cassou, Jacques Copeau, Jules Supervielle, Torres Bodet, Jean Louis Barrault, Charles Dullin, Robert Desnos, Moussinac, Tristan Tzara, Benjamín Crémieux, René Blech, Claude Aveline, Ilia Ehrenbourg, Vaillant Couturier, Portinari... (mas entrevistas con personalidades como el cirujano Gosset, Maiakovski, Max Reinhardt, Meyerhold, entre otros, como lo indica su labor periodística).

En mayo, se funda en París, en la Avenida de la Opera, "Los Grandes Periódicos Ibero-Americanos". Vallejo entra como secretario de la empresa.

Poco después, tiene lugar la Exposición de las Artes Decorativas de París y Vallejo inicia, para la revista *Mundial* de Lima, una serie de artículos y, al año siguiente, una segunda serie para *Variedades*, también de Lima.

Con el objeto de estar alojado cerca de su empleo, se ha ido a vivir al Hotel Richelieu, sito en la calle Molière, primera trasversal de la Avenida de la Opera, a una cuadra de la Comedia Francesa. En octubre, su amigo Pablo Abril de Vivero, le obtiene una beca en Madrid (unas trescientas pesetas mensuales) y Vallejo viaja por primera vez a España.

1926

En el "Café de la Régence", frente a la "Comédie Francaise", conoce a Henriette Maisse, quien viene a vivir con él y de la que se separará en octubre de 1928, en víspera de su primer viaje a la Unión Soviética.

---

gran parte de la autoridad que se confiere como biógrafo de Vallejo en una supuestamente larga e íntima amistad. La relación entre ambos —que no tuvo mayor gravitación en vida de Vallejo— cobra, así, una singular importancia años después de su muerte.

En julio, aparece el primer número de *Favorables*, pequeña revista que financia Juan Larrea, y que muere en su segundo número. Vallejo colabora en esta empresa con más buena voluntad que real entusiasmo. Obvio es agregar que Juan Larrea se felicita de haber, una vez más, ayudado a Vallejo, abriéndole las páginas de su mínima revista.

Por asegurada que esté su situación material —muy relativamente ya que son dos ahora— Vallejo experimenta un estado persistente de inestabilidad y de descontento de sí mismo cuya causa no reside en su temperamento, en extremo angustiado y apenas diferenciable en realidad del estado de crisis permanente a grado variable, sino en alguna laguna personal de orden moral.

Vallejo, quien como periodista tiene entrada a los teatros, conciertos, exposiciones, y frecuencia por lo demás los cafés en boga, exclama en el primer semestre de 1927: "Tout ca, ce n'est ni moi ni ma vie!" (Todo esto no es ni yo ni mi vida).

1927

Sería difícil admitir que, en aquella época, Vallejo, quien va a tener 35 años aún se busca y se busca para sí solo. No.

En abril, renuncia a su empleo de secretario de "Los Grandes Periódicos Ibero-Americanos".

En setiembre, renuncia a su beca del gobierno español, escribiendo a Pablo Abril: "Tengo 34 años y me avergüenza vivir todavía becado".

Vallejo reflexiona, se interroga. ¿Hacia dónde va? ¿Cuál es su contribución a la vida de los hombres? Inquietud indefinida y primeros síntomas de la profunda crisis que pronto le afectará gravemente (1927/28). Crisis moral y de conciencia indubitablemente, ya que es a raíz de ella que Vallejo entrevé haber detectado la causa de su agudo malestar: el alejamiento y la ignorancia de los problemas que más atormentan a la humanidad avasallada y sufrida en la cual vive. No obstante, se resiste a ver en el marxismo la solución a tan numerosos males, secularmente pretendidos insolubles e irremediables, aunque, por otra parte, sospecha y presiente que un sistema enteramente nuevo, y no por azar unánimemente rechazado por los explotadores y los prepotentes, ha de implicar necesaria e ineluctablemente algún mejoramiento por primera vez real, palpable, fundamental para las masas trabajadoras y frustradas. Y Vallejo empieza a estudiar la realidad social y el fenómeno marxista: asiste a charlas y reuniones en las que se exponen y discuten problemas socio-económicos, lee folletos y libros que tratan de la lucha de clases, de la organización socialista del trabajo, se interesa en los autores y en los filmes soviéticos, y asiste, entre otros, a la presentación de "El acorazado Potemkin", que le revela una dimensión desconocida de este mundo.

1928

El año no se abre con gratas perspectivas. El mismo, con una lucidez conforme a su ética, ha destruido el mínimo de seguridad material duramente conseguido y cuya duración ha sido menor que el tiempo del doloroso esperar.

El 18 de abril, escribe a Pablo Abril:

> "... A medida que vivo y que me enseña la vida... voy aclarándome muchas ideas y muchos sentimientos de las cosas y de los hombres de América. Me parece que hay la necesidad de una sola gran cólera y de un terrible impulso destructor de todo lo que existe en esos lugares. Hay que destruir y destruirse a sí mismo. Eso no puede continuar; no debe continuar. Puesto que no hay hombres dirigentes con quienes contar, necesario es, por lo menos, unirse en un apretado haz de gentes heridas e indignadas, y reventar, haciendo trizas todo cuanto nos rodea o está a nuestro alcance. Y, sobre todo, *hay que destruirse a sí mismo* (que subraya Vallejo) y, después, lo demás. Sin el sacrificio previo de uno mismo, no hay salud posible".

Como lo leemos, Vallejo no anduvo nunca lejos del marxismo.

Pronto muy seriamente enfermo, tiene que retirarse a los alrededores inmediatos de París (Ris Orangis), a fines de junio, para poder restablecerse, físicamente, al menos.

Transcurre el verano. Más o menos está respuesto en vísperas del otoño.

Ha recibido cincuenta libras, suma que otorga el Perú a todo peruano deseoso de regresar a su país. Provisto ya de un mínimo de conocimientos marxistas, Vallejo viaja de frente a la Unión Soviética (oct. 1928), guardando la secreta esperanza de fijarse en Moscú...

Es necesario aclarar aquí, de paso, que Vallejo —contrariamente a ciertas aserciones— no tiene intención de volver al Perú; pero, ya leninista, no vacila en pedir su pasaje de regreso, lo que le representa cincuenta libras que nos recuerdan el tren blindado de Lenin.

El 19 de octubre, día de su partida, escribe a Pablo Abril:

> "... Me doy cuenta de que mi rol en la vida no es éste ni aquel y *que aún no he hallado mi camino*... Quizá en Rusia lo halle ya que en este otro lado del mundo donde vivo, las cosas se mueven por resortes más o menos semejantes a las enmohecidas tuercas de América..." (subrayado mío)

Y el 29, de Moscú mismo:

> "No creo que podré quedarme en Moscú. Lo del idioma es terrible. Volveré a París dentro de pocos días y de allí le escribiré".

El 13 de noviembre está de vuelta en París.

No disimula el impacto que le ha causado la realidad bolchevique, de la que había dudado —confiesa— casi por entero. Vallejo, quien creía que la belleza en la mujer de la sociedad burguesa es más nociva que constructiva, quedó muy impresionado por la mujer soviética "toda dedicada a su trabajo social, sin el menor índice de flirt o de intención sexual en la mirada".

Primeros apuntes y observaciones.

Al regresar de la Unión Soviética, y de nuevo radicado en París, Vallejo, primero, va a poner orden en su vida y en sus originales, los que tiene reunidos bajo un título: "Código civil". Son unas 45 páginas muy aproximadamente, de diferentes formatos; algunas, ya entonces, en mal estado por el tiempo transcurrido. Estas páginas, Vallejo las ha escrito entre julio de 1923, fecha de su llegada a París, y noviembre de 1928, sin descartar que haya podido iniciarlas ya en Lima, es decir, antes de embarcarse para Europa. Al recordar que, a su arribo a París, Vallejo carece absolutamente de todo, podríamos pensar que, en semejantes circunstancias, y por optimista que fuere, él se haya visto en la imposibilidad material de escribir. Sin embargo, HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS, fechado por él mismo: 1924-1928, nos indica que ni siquiera en 1924 Vallejo ha dejado de escribir.

El folder, que lleva como único título "Código civil", encierra *tres obras independientes:* dos en prosa, la primera HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS ya mencionada, y la que Vallejo titulará CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL. La tercera obra son catorce poemas en prosa que integrarán POEMAS EN PROSA. [Catorce en la Edición Original (París, julio de 1939) por omisión inevitable de "En el momento en que el tenista..." que, a la publicación de los versos póstumos de Vallejo, no figuraba en el conjunto de los poemas en prosa dejado por el autor. Es sólo más tarde que advertí en CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL una nota *manuscrita* del autor indicando "pasado en verso". A POEMAS EN PROSA se añaden, por ser de la misma época y misma etapa, los poemas en verso: "Me estoy riendo..." (julio 1926), "He aquí que hoy saludo..." (Oct. 1926) y "Lomo de las sagradas escrituras" (Nov. 1927), que han sido reintegrados a la obra poética completa de César Vallejo. "Altura y pelos", versión ulterior de "Actitud de excelencia", aunque publicado en 1927, ha sido colocado por Vallejo mismo en POEMAS HUMANOS.]

En cuanto al título: "Código civil", es lógico, creo, suponer que Vallejo tuvo sus motivos para suprimirlo definitivamente.

Por otro lado, hemos visto que Vallejo y Víctor Raúl Haya de la Torre estaban ligados por aquellos tiempos de Trujillo y asimismo y en cierta medida siguen unidos en el partido político que Haya ha fundado y dirige: el A.P.R.A.

Al regresar de la Unión Soviética, surge inevitablemente ante Vallejo el paralelo entre las dos realidades sociales, el que lo lleva a separarse del A.P.R.A. El 28 de diciembre, queda constituida la célula marxista-leninista peruana de París. Está compuesta de seis miembros (entre ellos, Vallejo) quienes repudian terminantemente al partido aprista por la nueva orientación contrarrevolucionaria que le insuflan las nuevas teorías de Víctor Raúl Haya de la Torre, su jefe.

En el Perú, José Carlos Mariátegui ha constituido, ya desde el 7 de octubre, el partido comunista peruano.

Al abrirse 1929, se inscribe, con HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL y POEMAS EN PROSA, la segunda etapa de la trayectoria del poeta y del escritor; y, con su primer viaje a la Unión Soviética en octubre de 1928, emerge y se determina su ideología revolucionaria marxista.

1929

Prosigue sus colaboraciones periodísticas en *Mundial* y *Variedades* Aunque de modo irregular, hojea sus originales, revisando HACIA EL REINO DE LOS SCIRIS, CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL, POEMAS EN PROSA, quedando más o menos definitivos POEMAS EN PROSA. Pero, ante todo, medita su nueva orientación. Ha establecido una correspondencia con la V.O.K.S. de Moscú, fuente de documentación internacional. Mensual, cuando no semanalmente, se dirige a la librería "L'Humanité" del mismo nombre del diario marxista, y vuelve con un mes de lectura, más exactamente, de arduo estudio.

En julio, viaja a Bretaña (provincia del oeste de Francia) donde pasa doce días: únicas vacaciones de Vallejo hasta el fin de su existencia. Pronto proyecta un segundo viaje a la Unión Soviética. En setiembre, sale para Leningrado y Moscú, deteniéndose en Colonia, Varsovia, Praga, Viena, Budapest, Venecia, Florencia, Roma, Pisa, Monte-Carlo, Cannes y Niza.

Cuando noviembre entra en su segunda quincena, Vallejo está en París. Segundos apuntos y observaciones. Reanuda su estudio del marxismo y sus lecturas de los autores soviéticos.

1930

En febrero, la revista madrileña *Bolívar*, que crea y dirige Pablo Abril, a quien ya conocemos, publica "Un reportaje en Rusia —Historia de una militante bolchevique— 1", el que veremos luego en RUSIA EN *1931*.

Con el año 30, Vallejo, que ha reanudado su labor creativa, aborda otras formas de expresión. Inicia lo que llama "su libro de pensamientos": EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN. Emprende obras de teatro: "Mampap" (o "La cerbera") que destruirá totalmente años después; "Varona Polianova"; sucesivamente "El juego del amor y del odio", "Moscú contra Moscú" y, definitivamente, ENTRE LAS

DOS ORILLAS CORRE EL RÍO, y LOCK-OUT, escrita en francés, sobre las huelgas.

En mayo, viaja a España, con ocasión de la reedición de TRILCE que Juan Larrea ha dado a conocer a José Bergamín y Gerardo Diego. La edición madrileña aparece en julio, con prólogo de Bergamín y un poema —salutación de Diego. En Madrid, Vallejo conoce a Corpus Barga, Marichalar, Alberti, Pedro Salinas, entre otros. Viaja a Salamanca donde conoce a Miguel Unamuno. Visita Burgos, León, Toledo. Pasa una semana en San Sebastián y regresa a París en los primeros días de junio.

"Coemedia" de París, al comentar la reedición de TRILCE, expresa entre otras cosas: "Vallejo à inventé le surréalisme avant les surréalistes".

A raíz de su primer viaje a la Unión Soviética (Oct. 1928) y con más razón al regresar del segundo (Oct. 1929), Vallejo trabaja como un presidiario en su iniciación, casi de profesional, al marxismo. 1929 y 30 son los años en que se cristaliza de modo trascendental y definitivo su evolución revolucionaria, afirmándose en adelante el militante.

Al ser censurado el nuevo tono de sus artículos, renuncia a sus colaboraciones en *Mundial* y *Variedades*, iniciadas, como lo recordamos, respectivamente en 1925 y 1926.

Dos viajes a la Unión Soviética, reuniones y entrevistas sospechosas, lector asiduo del diario L'Humanité y de su librería, han señalado a Vallejo a la policía, desde tiempo ya, como "indeseable". En diciembre, Vallejo es expulsado del territorio francés (Decreto del 2/12/30). Se le concede plazo hasta el 29 de enero de 1931 para salir de Francia. *Por viajar con sus propios medios* (aquellos tiempos y el mismo Tardieu de ultra-derecha, tenían sus ventajas) *es en calidad de hombre libre*, cuyo nombre no figura en ninguna "lista negra", que Vallejo entrará en España. Sin esperar el 29 de enero, Vallejo sale el 29 de diciembre y llega a Madrid en víspera de Año Nuevo *.

---

* Al ser expulsado de Francia, Vallejo deja sus libros en París, los que son todos (salvo unas muy contadas excepciones) estudios y ensayos marxistas y, por ende, revolucionarios, que él ha comprado, hemos visto, a medida que los necesitaba para su estudio del marxismo, al regresar de la Unión Soviética y a lo largo de 1929 y 1930. ,

Cuando Vallejo regresa a París el 12 de febrero de 1932, es decir 14 meses más tarde, sus libros han desaparecido. La policía secreta los ha confiscado. Han escapado a la **razzia** policial unos cuantos libros por encontrarse fuera de la biblioteca. Sus títulos son los siguientes:

Archipenko - Maurice Raynal - Ed. du Valori Plastice - Roma - 1923

Zadkino - Maurice Raynal - Ed. du Valori Plastici - Roma - 1924

L'Art précolombien - Les Beaux - Arts - autores div. - sin fecha

Légitime défense - André Breton - Ed. surréalistes - Septembre 1926

Al respecto, Larrea, dice:

a) "El temor de ser prendido de nuevo le obligó a salir precipitadamente de Lima para Europa. Después de sus viajes a Rusia, 1928 y 1929, *posibles porque las circunstancias* le proporcionaron los medios, a fines de 1930 el *azar violentó profundamente su vida, una vez más*, haciéndole salir contra su voluntad de Francia a España, a consecuencia de un injustificado decreto de expulsión".

b) "Al ser expulsado de Francia, Vallejo tuvo que abandonar el territorio francés en el perentorio plazo *de 3 días*... llega a Madrid en los primeros días de enero con carácter de *refugiado político*".

c) "Al ir a despedir con otros cuatro peruanos a un delegado sindical de su país que regresaba a su patria después de haber asistido a un Congreso Internacional celebrado en Moscú, el grupo fue abordado a la salida por la policía secreta. *Vallejo se insolentó, alegando su condición de periodista.* El 29 de diciembre, *a consecuencia del incidente*... César Vallejo y J.L. Velázquez Bazán, son notificados *de una orden que les impone abandonar el territorio francés*". [Subrayados míos]

Como ya se sabe, no hubo tal plazo perentorio de 3 días, ni llegó Vallejo a España con carácter de refugiado político, por la razón expuesta.

En cuanto al primer párrafo, el Sr. Larrea está mal informado. Importa despejar este error por cuanto al tergiversar los hechos y su encadenamiento se alteran la personalidad moral y la realidad vital de Vallejo. El viaje de Vallejo a España basta, según él, para *violentar profundamente* su vida; y este viaje, tan dramático en sí, se debe al *"azar"* de un "injusto" decreto de expulsión.

No cabe aquí recordar ampliamente las condiciones y circunstancias en que Vallejo (que estuvo, hemos visto, inicuamente encarcelado en el Perú) salió de Lima para Europa en 1923. No obstante, se ha de saber al menos *que no fue de ninguna manera en forma precipitada y menos improvisada*, puesto que Vallejo proyectaba su *evasión* desde 1920 y, sobre todo e indiscutiblemente, desde la publicación de TRILCE (1922), dando a conocer su proyecto a varios amigos, tiempo antes de embarcarse. Y si se sabe que manifestó cierta inquietud en cuanto a sus futuros medios de subsistencia en París, sé personalmente —y no creo que nadie

---

Etat du cinéma - auteurs divers - Rev. Fedéraliste - Novembre 1927
La révolution et les intellectuels - Pierre Naville - Gallimard 1927

Más dos pequeños libros sumamente baratos de una colección económica:
Le folklore - Arnold Van Gennep - La culture moderne - Librairie Stock,
Civilisations négro - africaines - M. Delafosse - La Cult. M. - Librairie Stock.
Ocho libros, comprados entre 1923-24 y 1929, deja Vallejo a su muerte en abril de 1938.

ya lo ignore— que este viaje a Europa, lejos de violentar su vida, lo tuvo, hasta que por fin se realizó, en un estado de intensa impaciencia. Si algo en 1923 hubiera podido violentar a Vallejo y su vida, era, sí, no lograr embarcarse para el viejo continente.

Respecto a su salida de Francia (29/12/30) puedo afirmar, por haberlo vivido, que pocos han salido con tan poca cara de expulsados y con más alegría que Vallejo y yo —como lo recordaba el poeta y escritor Juan Luis Velázquez, también expulsado unas dos o tres semanas después. No sólo esta expulsión no violentaba la vida de Vallejo, sino que nos llegó como un milagroso pretexto racional para viajar.

Sobre lo "injustificado" del decreto de expulsión, veamos lo que establece en aquella fecha el expediente de Vallejo, ya fichado en la Prefectura de Policía de París desde su primer viaje a la Unión Soviética.

En dicho expediente están registradas sus diversas detenciones en manifestaciones públicas y sus consecutivas estancias en comisarías de la capital; su presencia y actuación en reuniones clandestinas en varios barrios de la misma; sus entrevistas, en su propia casa, con "individuos que visitan a los bolcheviques"; sus idas y vueltas a la librería del diario "L'Humanité"; y registrados, desde luego, sus propios viajes a la Unión Soviética: "Así que usted hace sus viajecitos a Rusia, ¿no?"

A Vallejo, por supuesto, nada le sorprende su expulsión.

1931

En España, Vallejo va a trabajar en forma nunca antes tan intensa.

A partir de marzo, la situación material es ya de lo más precaria, y para vivir Vallejo recurre a traducciones: "Elevación" de Henri Barbusse, "La calle sin nombre" y "La yegua verde" de Marcel Aymé. En marzo publica EL TUNGSTENO, novela en la que revela las incalificables condiciones de existencia y la crueldad del trato que se inflige a las masas indígenas del Perú.

* * *

Se ha pretendido que Vallejo hubiera escrito EL TUNGSTENO sobre unos relatos de su hermano Manuel, quien trabajaba en un centro minero, hecho que Vallejo nunca mencionó. Parece muy dudoso que Vallejo hiciera realismo de segunda mano. Transcribe lo que ha presenciado, oído, visto y padecido, en forma directa o como fuere.

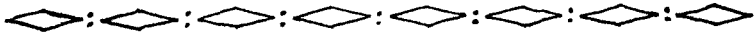
En relación con este libro, el director del aula llamada Vallejo expresa que "Código civil" habría encerrado apuntes escritos sobre EL TUNGSTENO y agrega luego inexplicablemente:

> "Seguramente Vallejo no tenía en Madrid el texto a mano, pero lo tenía in mente. En los años 1926/27, me ha-

bía hablado de él en varias ocasiones. Ello no quiere decir que no existan en EL TUNGSTENO nuevos aportes *de acuerdo con la posición política adoptada por Vallejo en ese mismo año de 1931 en que escribe dicha novela*".

[Subrayado mío]

No vemos bien cómo Vallejo hubiera podido reproducir de memoria en EL TUNGSTENO, que escribe en febrero de 1931, apuntes "escritos" en 1926/27... En Madrid, Vallejo tenía a mano *"Código civil" que era sólo un título escrito en medio de un folder* que encerraba, como ya lo hemos visto, tres obras independientes y sin la menor relación con EL TUNGSTENO. Vallejo, repito, no tenía apuntes "escritos" ni en el folder "Código civil" ni en ninguna parte, pues de tenerlos, los hubiera aprovechado. Lo que Vallejo tenía in mente, sí, y ya desde 1913 seguramente, eran los *recuerdos* que guardaba de la Hacienda "Roma" que él además relataba frecuentemente y no sin obsesión, y ansiaba transcribirlos no sólo desde 1926/27, sino desde tiempo antes. La existencia de "Sabiduría", —publicada en 1927— que alegan Larrea y otros, no constituye ninguna prueba a favor de su tesis, por el hecho siguiente. Cuando Vallejo ideaba una nueva obra, su estado de euforia lo llevaba a principiarla en el acto, escribiendo el primer capítulo o cuadro de la obra acabada de concebir. Es así por ejemplo, como "¡Alemania despierta!" y "El sueño de una noche de primavera" o "Suite et contrepoint" cuyo tema —escribe Vallejo— representa gráficamente esta figura al infinito:



quedarán en su primer y único cuadro o capítulo.

En "Sabiduría" tañe una nota que se diferencia de la tonalidad general de EL TUNGSTENO. Por lo demás no se puede dejar de admitir que, de realizarse la primera obra proyectada, Vallejo, aún no marxista, no hubiera sido formulando una acusación pasiva, denunciando los hechos que él había presenciado en la Hacienda "Roma", sólo movido por un sentimiento humanitario. En 1931, Vallejo, plenamente responsable desde 1929 de su nueva ideología y orientación política, construye, consciente y deliberadamente, una obra revolucionaria marxista, una sentencia de justicia militante uniéndose a la lucha proletaria mundial, no pudiendo además poner en paralelo lo humano que expresa aquel que ignora o teme saber que la injusticia social está creada, fría y cínicamente organizada y mantenida por el explotador, y por consiguiente sufre en forma personal y resignada, con lo humano que surge en aquel que mide lúcidamente la injusticia social y sabe que es perfectamente arrancable y eliminable; consecuentemente experimenta para él y la colectividad un sentimiento permanente de impotencia desesperada. Por el término "aportes" se ha de en-

tender estos *recuerdos* que Vallejo ha guardado de la Hacienda "Roma". Al ser estos aportes o recuerdos permanentemente idénticos en 1913, 1926/27, 1931 o en cualquier otra fecha, resulta impropio expresar que son "nuevos". En EL TUNGSTENO *no son los aportes lo nuevo,* sino *nueva la manera de enfocar y exponer estos aportes o recuerdos permanentemente idénticos en sí.*

Por último, en este informe, Larrea expresa además que Vallejo *"Hubiera adoptado* la posición política de *acuerdo a la dicha novela en ese mismo año de 1931 en que la escribió";* es decir, como quien escoge tal o cual traje para tal o cual circunstancia... no recordando que acaba de afirmar que Vallejo ha escrito EL TUNGSTENO *sobre unos apuntes escritos desde 1926/27 con el título de "Código civil"* ¿En qué quedamos?

Es obvio que Vallejo no esperó escribir EL TUNGSTENO para *adoptar* dicha posición política, la que tenía adoptada desde 1929 y, en realidad, a raíz de su primer viaje a la U.R.S.S. (Oct. 28), pudiendo hasta deducir que es más bien y precisamente su nueva orientación ideológica que le hubiera llevado o decidido a escribirlo.

Notemos esencialmente al respecto que, desde 1930, Vallejo inicia EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN prueba palpable del orden cronológico de los hechos en esta adopción de posición política.

En abril (14), se proclama la República en España, hecho que Vallejo no acoge ni "providencialmente" ni como "admirable oportunidad" como, a través de su director, lo publica el Aula llamada Vallejo, sino con total indiferencia. "Una revolución sin efusión de sangre —y la experiencia lo demuestra, decía Vallejo— no es una revolución". Las represiones de 1934 lo confirmarán. Sin embargo, la profunda convicción de Vallejo lo lleva a inscribirse en el partido comunista español. Enseña, por otra parte, las primeras nociones de marxismo a estudiantes simpatizantes. Un editor le pide un cuento para niños. Vallejo escribe y le lleva PACO YUNQUE. El editor lo rechaza por "demasiado triste".

Durante 1931, Vallejo ve mucho a García Lorca, Fernando Ibáñez y Pablo Abril.

Vallejo e Ibáñez se han conocido en París años atrás, y juntos han hecho París-Madrid, Madrid-París más de una vez. Una profunda amistad los une, pero más hondamente los une la angustia, la que, muy diferentemente, los atormenta a los dos. Tal era la de Ibáñez que lo tenía a veces como sumergido en una somnolencia en la que él parecía refugiarse. Muy a menudo, nos reuníamos en la terraza de un café de la Castellana, a donde yo iba sólo en realidad para acompañar a la mujer de Fernando, pudiendo así ellos conversar en voz baja, como quienes se comunican secretos inestimables. El respeto que se manifestaban mutuamente era impresionante.

Es Fernando Ibáñez quien le dirá a Vallejo: "Hermano César, con TRILCE ya uno puede morir". Un día de calor sofocante estábamos los cuatro sentados en la terraza del café de la Caste-

llana, cuando, de pronto, alguien se puso delante de Ibáñez, quien, muy distraído, siguió conversando con Vallejo que se encontraba a su izquierda, hasta que, dándose cuenta de esta presencia, levantó los ojos, teniendo un gesto de horror desesperado. Un muchacho de unos quince años seguía ahí, sin palabra, inmóvil. Con sus dos globos increíblemente blancos parecía mirar a Ibáñez, como si hubiera pesado sobre él alguna implacable sentencia. Ibáñez cubriéndose los ojos con una mano, buscó con la otra unas monedas que cogió otro ser que nadie había visto y los dos se alejaron en dirección de otras mesas... Fernando Ibáñez morirá durante la guerra civil, perseguido en un cementerio y ahí mismo fusilado...

En abril, Vallejo empieza y escribe RUSIA EN 1931 que aparece en junio. Luego va una semana a Astorga, donde lo esperan el poeta Leopoldo Panero y su hermano.

El 15 de octubre, viaja por tercera y última vez a la Unión Soviética, llegando hasta los Urales, y, por segunda vez desde su llegada a Europa, roza la muerte a unos escasos metros de un grave accidente de trabajo. El 31 está de vuelta en Madrid. Terceros apuntes y observaciones.

Diciembre, enero y los doce primeros días de febrero van a ser para Vallejo durísimas semanas de amargas decepciones.

En grave situación material, Vallejo, para resolver su problema económico, procurará colocar una de sus piezas de teatro. Es, ante una eventual representación de LOCK-OUT, entonces escrita en francés, que Vallejo la traduce al español. Al regresar a Francia, olvidará recoger su traducción, quedando de nuevo sólo la versión en francés.

Vallejo revisa y completa EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN. Rechazado.

Consigue la lectura de MOSCÚ CONTRA MOSCÚ (hoy día: ENTRE LAS DOS ORILLAS CORRE EL RÍO). El espíritu conservador y rutinario que subsiste por entonces en el teatro español no corresponde evidentemente a diálogos de tal violencia ideológica.

Pese a la calurosa ayuda de García Lorca que acompaña a Vallejo en la mayoría de sus gestiones, terminan fracasando todas las tentativas.

Vallejo propone la publicación en un solo volumen de ENTRE LAS DOS ORILLAS CORRE EL RÍO y LOCK-OUT. Rechazado.

Propone RUSIA ANTE EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL. Rechazado en plena preparación, pese al éxito reciente aún de RUSIA EN 1931.

Vallejo que había esperado mucho de su teatro, está desconcertado. Ni piensa en proponer POEMAS EN PROSA de aceptación mucho menos problemática. Parece haberse olvidado de sus obras pasadas. Y es que Vallejo, compenetrado de su ideología revolucionaria, la ha integrado a su moral de hombre y de autor con valor y sello sacramentales.

El año 1931 tampoco ha despertado nuevos poemas en Vallejo, con excepción sin embargo de unas estrofas escritas allá, en el

curso de su tercer viaje a la Unión Soviética y que él ha traído hasta Madrid.

En febrero de 1932, sale de España, de regreso a París.

* * *

Refiriéndose a este regreso, veamos lo que el director del Aula escribe y *publica:*

> "En febrero o marzo *consigue* entrar a Francia y regresar a París, gracias al permiso que por intermedio de Clara Candiani, *amiga íntima del Prefecto de Policía,* le consigue Georgette. *Para permitirle ese retorno se le ponen como condiciones* que prescinda de su militancia política y que se presente mensualmente a la Prefectura". [Subrayado mío]

a) En febrero de 1932, *ni conocía a Clara Candiani.*

b) Clara Candiani, esposa de Pierre Dominique, *no era amiga, ni íntima ni lejana, del Prefecto de Policía de París,* (Juan Chiappe, por entonces, o: Juan-nalgas), *ni nadie de nosotros lo era.* Cuando conocí a Clara Candiani, era amiga del ministro Chautemps a quien debimos, meses después, al ser visitado Vallejo por la policía, el poder quedarnos en territorio francés, comprometiéndose él a presentarse mensualmente a la Prefectura. Olvidé en mis apuntes biográficos de 1959, aclarar que Vallejo, por intervención del mismo ministro Chautemps, fue *exento de dicha obligación.* Sólo tuvo que presentarse tres veces, en las fechas siguientes: 12 y 20 de agosto de 1932 y un año más tarde, el 20 de agosto de 1933.

c) Hemos visto que se quiere presentar el decreto de expulsión como *"injustificado"*, lo que equivale a decirnos que Vallejo *no había militado políticamente.* Entonces, ¿cómo se explica que pongan como condición al regreso de Vallejo a París, que prescinda de "su" militancia política, puesto que —según se pretende hacer creer— ni existe ni jamás existió tal militancia?

Me han acusado de atribuir falsa y abusivamente a Vallejo un papel político exagerado. Se puede leer, por ejemplo:

> "... la viuda del poeta confirma no pocas veces la participación de Vallejo en la militancia comunista entre 1929 y 1938. Sin embargo, nos preguntamos si Georgette de Vallejo no confunde o poetiza (sic) de un modo un tanto "romanesco" (sic) —por los acostumbrados mecanismos del recuerdo— la actividad militante del poeta".

Aunque entre Vallejo y yo no se mencionó nunca palabras como "felicidad conyugal" o "personal", es para leer ahora tal inepcia que él ha cancerizado su vida cuando podía haberla colmado. (Por mi parte, disculpen o perdonen, he visto pasar mi existencia sin una hora de vida propia).

* * *

Hay quien también pretende hacerme responsable del marxismo de Vallejo. Esto revela un total desconocimiento de la mentalidad del pequeño burgués en Francia. En mi familia, por ejemplo, nadie ha oído jamás hablar de Marx, ni de Lenin o Trotski, pero todos saben que "comunismo" significa: "¡Quítate de aquí para que me ponga yo!"; y, naturalmente, este criterio tenía que ser el mío.

Es siendo yo radicalmente anti-comunista, que viajamos a la Unión Soviética. Desembarcamos en Leningrado. Nos esperan unos miembros de "Relaciones Culturales Internacionales" y una mujer de unos cuarenta años, de aspecto humilde y de mirada triste. Hechas las presentaciones y salutaciones, me doy cuenta que no hay automóvil. En 1929 en la Unión Soviética aún faltaba de todo. Fue entonces que vi a la mujer, quien no había dicho palabra, coger nuestras dos valijas y encaminarse hacia el hotel donde nos conducían los miembros de Relaciones Culturales. Muda, seguía yo a la mujer, hasta que no pudiendo callar más, dije, dirigiéndome a Vallejo: "¿Esto es un país socialista? ¿Son las mujeres las que tienen que cargar con los baúles y las valijas?" No dije más. No era el momento para tal tema. Vallejo no había dicho palabra. Seguimos caminando hasta el hotel. Otro día, delante del intérprete, Vallejo, duramente irónico, me dice: "Habías pensado encontrarte con un paraíso. ¡No hay paraíso! Ni aquí, ni en ninguna parte. Se trata de encontrar justicia, justicia social y económica".

Cuando al día siguiente, tomamos el tren para Varsovia, había yo empezado a comprender.

En el "Boletín cultural peruano" (4-1959) puede leerse:

> "El documento (Apuntes biográficos —1959) trata de defender la absoluta dedicación de Vallejo a la política, cosa perentoriamente desmentida por su libro de versos póstumos POEMAS HUMANOS.

Una cosa es *dedicarse la política*, y otra, *abrazar abiertamente una causa, caso del escritor* y, por ende, de Vallejo, habiendo por consiguiente que diferenciar *dedicación de político* y *dedicación de autor*.

En dichos apuntes, sólo constaté objetivamente que *esta dedicación existía en Vallejo*. Y no traté de probar que fuera absoluta, no habiendo, por entonces, ni motivo ni necesidad de establecer que POEMAS HUMANOS lo desmiente perentoriamente o perentoriamente lo demuestra.

Pero si se trata ahora de probar una y otra aserción, digo que sólo el hecho en *sí de haberse negado Vallejo a instalarse en puesto o sinecura que fuera, prueba, sí, que en él esta dedicación era patente*.

¿Era o no era absoluta? A partir del momento en que Vallejo permanece inmutable en su ética humana e ideológica, —y no creo tener que insistir en una inmutabilidad que a Vallejo lo llevará a la tumba— *esta dedicación era en su esencia, sí, absoluta.*

Hasta en el mismo instante de su traslado a la Clínica Arago, sólo posible merced a la intervención de la Legación de su país, Vallejo, a quien le quedan 22 días de vida, se niega, participándome, angustiado: "¡Pero si esto me compromete!..." Le interrumpo: "Por ahora, Vallejo, ni hablar de este problema. Alguna solución se ha de encontrar. Algo tiene que suceder cuando tengamos que pagar esta clínica. Por el momento, paz. ¡Paz, Vallejo, te suplico!".

* * *

Veamos las obras que Vallejo escribe a partir de 1929, es decir después de su primer viaje a la Unión Soviética (oct. 1928):

EL ARTE Y LA REVOLUCION	a favor del marxismo.
MOSCU CONTRA MOSCU	título y lugar de acción hablan de por sí.
LOCK-OUT	luchas de los huelguistas.
EL TUNGSTENO	trato salvaje de los peones en el Perú
RUSIA EN 1931	
RUSIA ANTE EL 2º PLAN	reportajes a favor de la URSS.
QUINQUENAL	niño sirviente del hijo del patrón
PACO YUNQUE	de su madre.
COLACHO HERMANOS	tema EL TUNGSTENO ampliado
LA PIEDRA CANSADA	un siervo asciende a Inka.

Todas estas obras están suscitadas por la solidaridad de Vallejo con la humanidad explotada y avasallada, y *salvan la obra poética de Vallejo de caer en la poesía de propaganda,* inevitablemente fabricada a base de una retórica ampulosa, barata y vacua. En Vallejo, esencialmente despojado de apetitos individuales y de conceptos interesados, el revolucionario marxista nos lega: artículos, reportajes, ensayos, una novela, obras de teatro, y hasta un cuento para niños y una leyenda, en los que, adecuada e independientemente, sin proclamaciones estrepitosas o fáciles insultos e improperios, estudia y analiza los problemas socio-económicos y políticos que él se propone exponernos. Así expresada, en los más urgentes e importantes de sus aspectos, esta dedicación tiene sutil e ineluctablemente que integrarse espiritualmente y ya sin necesidad ni riesgo de alterarse, a su misma obra poética, pudiendo entonces explicarse en POEMAS HUMANOS y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ un lenguaje tan sintético y orgánicamente expresivo, tan intensamente humano, de tónica universal *.

---

* Vallejo, aunque se haya afirmado varias veces, **no** "lucha a brazo partido con el idioma". No fabrica giros audaces **por oficio.** Naturales son sus audaces estructuras poéticas por ser audaz su sentir. Es con la emoción que se lucha; el idioma, que es un medio, obedece.
Y contrariamente a lo expresado por José María Arguedas, todo es expresable en cualquier idioma para quien, como Vallejo, maneja y domina su idioma.

Aunque afirme el director del Aula:

> "Varias veces oí decir a Vallejo en 1932 y 1933 que los poetas no debían militar en política"

citamos de Vallejo mismo, quien militó sin embargo quizás por sentirse algo más que un poeta, unos pocos párrafos de EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN, siendo obvio hacer observar que *Vallejo es ante todo su obra,* no sus cartas de circunstancia o sus conversaciones de visita:

- El espíritu de heroicidad y sacrificio personal del intelectual revolucionario es, pues, esencial característica de su destino.
- El tipo perfecto del intelectual revolucionario es el del hombre *escribiendo y militando simultáneamente.*
- Nuestra tarea revolucionaria debe realizarse en dos ciclos *sincrónicos e indivisibles.* Un ciclo centrípeto, de rebelión contra las formas vigentes de producción de pensamientos, sustituyéndolas por disciplinas y nódulos nuevos de creación intelectual y un ciclo centrífugo doctrinal y de propaganda y agitación sobre el medio social.
- Nuestra táctica criticista y destructiva debe marchar unida inseparablemente a una profesión de fe constructiva, derivada científica y objetivamente de la historia. Nuestra lucha contra el orden social vigente entraña, según la dialéctica materialista, un movimiento tácito y necesario, hacia la substitución de este orden por otro nuevo. Revolucionariamente, *los conceptos de destrucción y construcción son inseparables.* [Subrayados míos]

* * *

Respecto a las obras en prosa de Vallejo a partir de 1929/1930, el citado director escribe:

> "La genialidad reprimida en él por su personaje sociológico —autor de páginas bastante inferiores— explotó ex abrupto y por fin" (aunque no expresado, leamos: explotó, por fin, a fines de 1937).

El quiere ignorar así al ser revolucionario social y, por consiguiente, al militante marxista y, con criterio parcial, arbitrario y abusivo, se propone demostrar que *el ser revolucionario social no existe en Vallejo,* ni existió nunca.

Ante todo, hay genialidad o no hay genialidad. Si hay genialidad es que nada ni nadie ha podido reprimirla o impedir que exista. Por otra parte y que sepamos, no puede ser ni determinado ni controlado el momento en que ha de manifestarse esta genialidad. Sin embargo se nos dice que la genialidad de Vallejo explotó "ex abrupto" y sólo "por fin". Ni uno, ni otro. No es,

en todo caso, el "personaje sociológico" de Vallejo que reprimiera en él la genialidad, sino su encuentro, a raíz de su primer viaje a la Unión Soviética, con una realidad social radicalmente nueva y otra, y ella significa un lapso de desconcierto, de estudio, de toma de contacto, y, en el dominio poético, hasta otro lenguaje. Por consiguiente, no se puede decir que en los años 1929, 30 y 31, está "reprimida" la genialidad de Vallejo, sino que *está en gestación.*

Durante este periodo vemos que, en Vallejo, por entonces en plena evolución ideológica, se manifiestan el periodista y el ensayista, surgen el novelista y el dramaturgo, resurgiendo sólo en octubre de 1931, y al último, el poeta. Y como consecuencia legítima de su emoción social, ya en el periodista aparece el ser revolucionario que implica al militante; no el "personaje" sociológico: "personaje" supone una máscara, y Vallejo, al menos en tanto que revolucionario, no llevaba máscara. Es de agregar que Vallejo no obedece a un "personaje", sociológico o no. *Vallejo abraza una causa,* hecho capital que no merece ni la atención ni el respeto de quien se pretende biógrafo de Vallejo.

Que la genialidad de Vallejo salga no *por* sino *en conformidad* con su ser revolucionario es, como lo vamos a ver, un hecho probado por su obra misma. Cuando el mencionado director expresa que la "genialidad de Vallejo reprimida por su personaje sociológico explotó ex abrupto y por fin", es decir, repito, sólo en setiembre de 1937, demuestra, en forma flagrante, que él desconocía, hasta que yo lo aclarara, la trayectoria poética de Vallejo aunque no fuese más que en sus grandes líneas, puesto que no sólo ignoraba que POEMAS EN PROSA pertenece a la etapa (como lo demuestra la escritura en sí) 1923/24-1929, sino que hasta ignoraba también que POEMAS HUMANOS se extiende desde octubre 31, o, al menos febrero 32, hasta el 21 de noviembre de 1937. Singular nocividad de este "personaje sociológico" de Vallejo, paradójica fuerza reprimidora que le infunde a Vallejo, volviendo de la Unión Soviética, nuevos impulsos creativos y mayor grandeza que vamos a ver culminar en POEMAS HUMANOS y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ.

En cuanto a las páginas *"bastante inferiores"* de este "personaje sociológico", responden al propósito de Vallejo y son obviamente adecuadas al tema tratado y asequibles a las masas para quienes las escribió. Lo prueban las tres ediciones sucesivas de RUSIA EN 1931, tiradas en cuatro meses, y el mayor éxito editorial en España después de "Sin novedad en el frente" de Erick Remarque.

Sabemos que el director del Aula blande una carta del propio Vallejo con fecha del 29 de enero de 1932, en la que leemos principalmente:

> "... En cuanto a la política, he ido a ella por el propio peso de las cosas y no ha estado en mis manos evitar-

lo... Sin embargo, pienso que la política no ha matado totalmente el que era yo antes. He cambiado seguramente, pero soy quizás el mismo. Comparto mi vida entre la inquietud política y social, y mi inquietud introspectiva y personal y mía para adentro. ¡Qué quieres, hermano!".

En este mismo día, 29 de enero, Vallejo me escribe (traduzco del francés):

> "Estoy corrigiendo EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN. Me parece que es un libro muy, muy bien".

y en una carta ulterior:

> "Acabo de corregir EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN. Ya con las correcciones y modificaciones que he hecho, el contenido, el alcance y el valor sustantivo del libro —como pensamiento y acción revolucionaria— son ahora de lo más logrado".

En poder de la carta del 29 de enero de 1932, el director del Aula se siente autorizado a deducir y publicar que Vallejo se ha hecho marxista a pesar suyo y que, en el fondo, él es el mismo de siempre; y el final de la carta le permite —como inadvertidamente— divulgar que Vallejo es su deudor.

Se puede observar que, en esta carta hecha pública y sórdidamente aprovechada en todos sus aspectos, Vallejo evita ir gratuitamente en contra de las ideas de J. L., las del "intelectual *liberal* de siempre". Vallejo escribe: "Los intelectuales son rebeldes, pero no *revolucionarios*".

Calificamos de sórdido el aprovechamiento que J. L. hace de las cartas de Vallejo, pues resulta curioso, por decir lo menos, que quien no escribió una línea sobre Vallejo cuando él vivía, se convierta luego en su más empeñoso intérprete. Siete meses después de la muerte de Vallejo, J.L. suscita en la mente de José Bergamín la publicación de ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ, pretexto para un prólogo: el suyo. Y unos años más tarde, y hasta la fecha, le vemos dedicado, palabra y pluma, a la autopsia y disección no de César Vallejo, sino de un Vallejo propio y suyo, un Vallejo sistemáticamente vuelto a traer y limitado deslealmente hasta su primer viaje a la URSS (Oct. 1928), sacando a lucir una correspondencia que no significa ni prueba nada para quienes conocieron el hermetismo polifacético de Vallejo, bóveda de su ser introspectivo, al que se agregaba un serio escepticismo acerca de los "amigos" y de los "no amigos" a quienes indistintamente escribía "hermano", u otro término similar, impensado desde luego. Es sólo después de su muerte, pues nunca abrí o leí las cartas de Vallejo, que vine a enterarme de ello, quedándome desconcertada.

Expresa J. L. que en su carta del 29 de enero parece como si Vallejo "se disculpara" de haber abrazado una nueva orientación,

la que se hubiera apoderado de él "por el propio peso de las cosas", y ello "no estando en sus manos evitarlo".

Concesión, indiscutiblemente, de Vallejo que no se diculpa ni tiene por qué disculparse ante el amigo antagónico de sus más caras convicciones ya *indeleblemente concretadas*, lo sabemos, en:

EL TUNGSTENO (Madrid, *marzo* de 1931)
RUSIA EN *1931* (Madrid, *junio* de 1931)

Y aunque inéditas, también en:

EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN (comenzado en París en 1930)
PACO YUNQUE (escrito en Madrid en *abril* de 1931)
MOSCÚ CONTRA MOSCÚ (asimismo comenzado en París en 1930)
LOCK-OUT (también iniciado en París en 1930)
RUSIA ANTE EL 2° PL. QUINQ. (empezado en Madrid en diciembre de 1931)

obras todas que, al 29 de enero de 1932, fecha de la carta que exhibe J.L. han sido rechazadas y reprobadas abiertamente por su violencia ideológica revolucionaria. Prescindiendo con todo impudor de la existencia de estas obras probatorias y decisivas en la trayectoria de Vallejo, pretende imponer como definitivas sus deducciones y aserciones esencialmente mutiladas.

Concesión hemos dicho, mas, al mismo tiempo, inconfundible reafirmación de Vallejo en la orientación que él ha elegido: por más circunstancial que sea, de toda evidencia, esta carta del 29 de enero del 32, no por azar en ella invoca Vallejo el "propio peso de las cosas" en que, como se ha de leer, trasciende toda verdadera evolución. ¡Qué evolución más auténtica, más ineluctable, la que dicta a las conciencias el "propio peso de las cosas", no estando, en adelante, en las manos de uno evitarlo! —agrega Vallejo. Pero, por decisivo que esto sea para Vallejo, no constituye prueba válida ni encierra revelación alguna para J.L., a quien sólo mueven conceptos rígidos y por la gran mayoría reconocidos y aceptados. Es este señor el que pretende imponer su juicio consciente y premeditadamente despistador y destructor sobre un Vallejo movido por inagotable emoción humana y urgencia de justicia social, y cuyos conceptos renovadores en constante efervescencia esperan con ansia toda posibilidad de mejoramiento, cualquier grado de superación real para la mayoría de sus semejantes. Dos mundos esencialmente opuestos y hasta tácitamente adversarios.

Unas líneas antes, Vallejo expresa:

> "... Comparto mi vida entre mi inquietud política y social y mi actitud introspectiva, y personal y mía, *para adentro*". [Que subrayamos].

¿Qué significa este "*para adentro*" con fecha del 29 de enero de 1932 cuando para él todo ha girado alrededor de su inquietud político-social, y cuando a lo largo del año 1931, Vallejo, recién

llegado de su *tercer* viaje a la Unión Soviética (oct. de 1931), se ha entregado en cuerpo y alma a sus convicciones revolucionarias marxistas, como lo prueban sus obras ya mencionadas, habiéndose inscrito incluso en el partido comunista español?

¿Cómo en el poeta esencial y el hombre estricto, inseparables en Vallejo, iban a convivir dos actitudes, una para afuera otra para adentro, combatiendo y destruyéndose? ¿Por qué motivo, por qué incoherente empeño, y en vista de qué meta o resultado iba Vallejo a escribir obras justamente revolucionarias, y consiguientemente impublicables, y no otras de éxito y provecho personales, si no era por propia y profunda convicción? ¿Por qué, en aquel momento, singular coincidencia, vuelve a surgir en Vallejo el poeta?

Al regresar de su primer viaje a la Unión Soviética (oct. 1928), ya sabe hondamente Vallejo hacia dónde encaminarse y lo hace con plena conciencia, aunque no sepa lo que le reserva el camino lúcidamente escogido.

Si Vallejo concede aparentemente a J.L. la existencia en él de dos actitudes pretendidamente divergentes es porque ni por concesión en una carta accidental y de circunstancia que él juzga sin importancia ni consecuencias (no pudiendo desde luego sospechar y prever el uso que de ella haría algún día "su amigo"), se resuelve a sacrificar ninguna de las dos, prueba salomónica de que son *indisolublemente una.*

En aquellos días y desde aquel mismo Madrid, Vallejo me escribe: "Tout revient au fond au monde moral" (Todo pertenece, en el fondo, al mundo moral).

¿Y qué otra meta tiene la revolución social marxista que ha abrazado Vallejo, si no es la de devolver el mundo moral a la humanidad, al explotado como también al explotador quien, éste, tendrá que reaprender a vivir en un mundo moral en la misma medida en que él nos ha impuesto su actual mundo amoral e inmoral?

Ante la humanidad inicuamente sacrificada, estará Vallejo hasta en peligro de arriesgar la vida de su propia obra poética. Varias veces se le oye citar y hacer suyo un pensamiento de Marcel Proust quien, respecto a los bombardeos de las catedrales durante la guerra de 1914/1918, expresa:

> "¡Las piedras sólo son piedras! ¡No sacrifiquéis hombres a piedras!"

Al expresar reiteradamente Vallejo por su parte:

> "¡Todo es pálido al lado de la realidad!"

no habrá terminado deduciendo: "Las palabras sólo son palabras"?

No se puede negar que pese a la carta del 29 de enero de 1932, Vallejo, ya marxista y desde hace más o menos tres años, empeñado en esta primera y gigantesca tentativa de la transfor-

mación y regeneración de la humanidad, va a profundizar hasta que le sorprenda la muerte esta inquietud político-social, siempre suya por convicción humanitaria, hasta adherirse filosóficamente al materialismo en el que ha reconocido la herramienta sola capaz de remediar los problemas del hombre: la ciencia. Entre otros versos, Vallejo escribe:

".....volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales"

Entreviendo inclusive que la misma incógnita de Dios pudiera ser algún día resuelta quizás por la ciencia, Vallejo observa la actitud del silencio.

Es preciso aclarar que, al escribir Vallejo "... volverán / los niños abortados a nacer..." no se refiere, por supuesto, a los de su mujer, como lo concibe el doméstico criterio del director del Aula.

En el curso de una sesión, un estudiante pregunta al director del Aula:

"¿No tuvo (Vallejo) algún hijo con esa u otra mujer?"

Siendo que aquí tocan a un aspecto de la vida privada y hasta rigurosamente íntima del autor revolucionario marxista César Vallejo, vamos a conocer y apreciar un nuevo y extraño género de debates.

El director del Aula contesta:

"Vallejo padeció durante algunos años una angustia muy fuerte en virtud de los frecuentes malogros de su mujer". (sic)
Y esta mención conduce a una nota en que se cita un verso de Vallejo que dice: "... volverán / los niños abortados a nacer..." En efecto no tuvieron ningún hijo no obstante que ocho o nueve (sic) veces, si no me equivoco, se encontraron en la posibilidad de tenerlos. Esto fue, yo creo, uno de los motivos de angustia de Vallejo (sic) en sus últimos años".

De haber sido el mencionado director —quien una vez más se equivoca— nuestro mayordomo, no podría hoy demostrar más repugnante impudicia.

Obvio es decir que ni Vallejo ni yo hubiéramos cometido la grosería de dar a conocer públicamente informes (falsos además) sobre los hijos aceptados o abortados del matrimonio Larrea, sobre la conducta de su mujer, o sobre tal o cual singularidad de su intimidad. ¡Qué decir cuando —como en el Aula llamada Vallejo— vida privada, cuerpo y familia de un autor son pretextos para afirmaciones radical y totalmente falsas!

Pero el director del Aula prosigue:

"Bueno. Decía que el asunto que considerábamos constituyó durante varios años una de las fuentes de angus-

tia de Vallejo. Tenía el temor de que le ocurriese una catástrofe a su mujer. Y por otro lado también *lo ponía en presencia de un principio negador de la vida, de un corte constante de su hilo, que no cejaba. Acabó por producírsele una angustia tan grande que yo le he visto no pocas veces venir a mi casa a pedirme ayuda moral, llorando a lágrima viva, diciendo:* "Me encuentro en una situación lamentable..." [Subrayado mío].

y en otro momento:

"... él me dice las 'imprudencias', pero yo sé de qué se trata. Me escribe a medias palabras porque me encuentro al tanto. Yo la llevé a ella alguna vez al hospital y sé las graves angustias de Vallejo en ese aspecto porque me las manifestó en diversas ocasiones contándome detalles que lo escalofriaban. Lo que sucede es que él no dominaba a su mujer. Su mujer era dueña siempre en estas cuestiones y hacía lo que estimaba oportuno. Por eso me dice las 'imprudencias' de ella".

Primero: Quien así habla *nunca me llevó a ningún* hospital. En 1932, me llevó a la "Maison Carrée" de Chantilly, casa de reposo para recién operadas, en la que permanecí un mes a consecuencia de una intervención quirúrgica importante aunque sin gravedad, *sin relación ninguna con un malogro* y, por consiguiente, con este debate.

Segundo: ¿Qué detalles pudieran *escalofriar a Vallejo que no me escalofriaran a mí?*

Tercero: Ha de saber el citado director que César Vallejo, marxista-leninista, se negaba terminantemente a tener hijos, por ser ellos, para todo militante revolucionario, las más graves trabas, pues son trabas *humanas, inculpables* e *indefensas.* No todos los padres pueden contar con dinero y coche y pocos los que pueden dejar a sus hijos, apenas nacidos, en la falda de una nodriza.

Cuarto: No pudiendo dudar de que Vallejo cree honradamente que el revolucionario militante (siempre militan en alguna forma) que tiene hijos, actúa en contradicción directa con su labor revolucionaria, es a sabiendas que el director del Aula pretende, enseña y publica *falsamente* que Vallejo "se viera ante un principio negador de la vida". Para Vallejo, —y todos lo sabemos— hay legiones de matrimonios para salvar el "principio negador de la vida". Por el contrario, son muy pocos los que afrontan las duras disciplinas que implica la acción revolucionaria, entre las que figura la de no tener familia, debiendo asumirla el hombre y la mujer por igual.

¿Por qué, contradiciéndose, el citado director habla de "angustias de Vallejo por verse ante un principio negador de la vida que no ceja", si él mismo reconoce que "las pérdidas no fueron na-

turales"? Si Vallejo sufre angustias es sólo al pensar que podría nacernos un hijo. Es consiguientemente de un comediante hablar de "imprudencias de mujer", censurándolas además, aunque así las llame el propio Vallejo, quien por más revolucionario que sea, no se libra de angustias *momentáneas*, teniendo que incurrir solidariamente en tales imprudencias.

Insidiosamente le hacen observar al director del Aula:

> "¿Cómo concilia la angustia con algo deliberado que ha determinado esas pérdidas? Entonces, esa angustia es una angustia mentirosa, fingida?"

contesta:

> "A ver... tengo *por aquí* una carta de Vallejo en que hace referencia a esta cuestión". Leyendo: "15 de agosto de 1932. La sola novedad es que Georgette recayó como era de temer y que ha vuelto al hospital. Esto debido a sus imprudencias..."

A falta de pudor añade la falta de seriedad fingiendo no comprender que las "imprudencias" alegadas por Vallejo, son gravísimos problemas que tienen que ser resueltos por él o por mí.

¿Qué pretenden estos docentes de literatura hispano-americana con sus turbios y seniles escarbos en problemas desesperadamente debatidos por científicos especialistas de la materia en innumerables partes del mundo?

En medio de los debates, hay quien opina:

> "... En este caso, los conflictos espirituales íntimos y los problemas físicos de Vallejo aclaran sus adhesión a las protestas sociales e iluminan aspectos muy característicos de su poesía".

para cualquiera es obvio que tales conflictos no "iluminan" ni aclaran su adhesión a la causa revolucionaria.

En "Apuntes biográficos" de 1959, ya he expresado, además, que de tener Vallejo una conciencia menos excesiva (y no puede nunca ser excesiva la conciencia), él también, como innumerables otros, se hubiera "instalado" en la vida, no faltándole los medios para lograrlo.

Hemos visto que, según el director del Aula, Vallejo iba *"no pocas veces"* a llorar a *"lágrima viva"* a su casa, pidiéndole ayuda *"moral"*. Las angustias de Vallejo —y el propio director lo repite hasta la saciedad— no eran por cierto *literarias* sino todas de *orden económico*. Pero, admitiendo que Vallejo hubiera pedido ayuda *moral*, no eran brillantes los regresos de Vallejo de la casa de J.L., quien por entonces ha heredado y vive lejísimos de nosotros, con sus muebles dibujados por él, su teléfono, su auto, "gozando como un chancho" según dice a su mujer, quien me lo

repite, condiciones que no disponen a conmoverse por unas lágrimas, por vivas que fueran y admitiendo que Vallejo hubiera ido verdaderamente tan lejos para llorar.

No se tiene más que recordar aquel día en que Vallejo, regresando precisamente de una visita de esas, ante la mesa lista ya para el almuerzo rompe a sollozar, diciendo: "Y tú, siempre con tu mesita puesta..."

Interpreta, deduce y afirma mucho el director del Aula. Ni un padre, las manos llenas de cartas de su hijo, puede tener permanentemente respuesta a toda pregunta, y el hijo suyo no es un Vallejo.

El periodista A. Sux relata:

> "Vallejo era un ser extraño, con quien resultaba difícil comunicar; un hombre que rescataba su intimidad; callaba sus necesidades; parecía frío y distante..."

Ya se ha expresado en otras oportunidades que Vallejo era un ser enigmático, un caso insólito, una naturaleza misteriosa... Pero no hay enigma ni misterio que el Aula no aclare y resuelva, y el director de la misma contesta:

> "Posiblemente el temperamento fácil de Sux no se avenía bien con el de Vallejo. Vallejo sentía con él la necesidad de afirmar sus defensas".

No vemos en absoluto por qué Vallejo hubiera sentido la necesidad de afirmar sus defensas *por ser fácil el temperamento de Sux.*

Con fecha febrero de 1932, estando yo en París, Vallejo me escribe de Madrid, *sabiendo que no veo a nadie, sino a J. L.* y a su mujer:

> "No seas tan franca *con ningún amigo, con ninguno. Nuestras intimidades son nuestras intimidades, hasta en el terreno económico y político*".

Se observa, por una parte, que Vallejo no le diferencia *de cualquier otro amigo,* y, por otra, *determina inequívocamente los límites de la confianza que le tiene por entonces.*

Cada aserción biográfica o en relación con la personalidad de Vallejo, lleva a la conclusión de que el director del Aula habla como un automáta. En varias oportunidades, expresa, por ejemplo:

> "... a él tan anárquico por naturaleza"

demostrando ignorar totalmente que para Vallejo el término *anárquico* es puramente peyorativo, se refiera a hombres o lo que fuere. Y ni anárquico, sino *"tan* anárquico *por naturaleza"*. Vallejo, por naturaleza, *es ante todo disciplinado,* como lo prueba su forma de vida desde 1929 hasta su muerte. Toda su persona, rostro, frente, manos, escritura, incluyendo la de sus borradores, reflejan el rigor del equilibrio y disciplina del ancestral Chavín.

En otra parte, afirma J.L. "cada vez más sordo y más ciego" según escribe y publica Coyné:

> "(Vallejo) era muy abierto y muy cerrado. Era muy cerrado en algunas circunstancias y frente a algunos, y muy abierto en cambio en otras circunstancias y para todos. Aquel a quien le daba él su confianza, incluyéndole en su círculo personal, tenía acceso a sus intimidades más profundas"

refiriéndose a Vallejo "extraño", "enigmático", "insólito", "misterioso". ¿Es posible hablar para expresar tan lamentables sandeces?, "es para llorar —diría Percy Gibson— sentado calato, en el batán de la cocina"...

Luego, Vallejo *no tenía círculo personal* y si tenía intimidades "profundas" —sabemos por Sux, quien no hablaba para lucirse— *no las daba a conocer.*

Pero aún, agrega:

> "Vallejo era como un niño (sic), no tenía con frecuencia (sic) nada que ocultar; en cambio, con otras personas, en efecto, se colocaba en una situación defensiva, huraño, impenetrable".

¿A quién quiere convencer de que *sólo con él* "Vallejo era como un niño no teniendo con frecuencia nada que ocultar"? ¿Comunica a sus alumnos y a sus colegas que Vallejo no le leía, ni le participaba, versos antiguos o "nuevos", ni capítulo o cuadro de ninguna de sus otras obras?

Hubiera convenido al director haber visto y oído a Vallejo leer, en su primera versión, MOSCÚ CONTRA MOSCÚ. Vallejo leyó sin la más mínima concesión de texto o de tono. Educadamente, las personas presentes escuchaban calladas pero no sin ocultar una expresión de reprobación. Imperturbable, Vallejo seguía leyendo. Las escenas se sucedían en un silencio de instante en instante más estrangulador. Terminada la lectura, Vallejo con el folder apretado por la mitad en la mano, lo dirigió hacia los asistentes mudos y, lapidario, les dijo: "Esto no existe al lado de lo que ha sucedido y sigue sucediendo aún en Moscú, y en todas partes en absoluto del mundo". La frente demasiado blanca de la señora de casa se enrojeció violentamente. Vallejo tuvo una leve sonrisa que me golpeó como alas de fierro...

* * *

En vano observé más de veinte años el silencio debido a la memoria de César Vallejo ante ciertas de sus actitudes y determinaciones en circunstancias particularmente ásperas de su vida cuyas causas nos son casi todas desconocidas y que no nos es grato ni posible averiguar o juzgar, siendo hasta desleal toda investigación, juicio o sentencia cuando la muerte ya no permite ni aclararlas ni justificarlas.

A) En enero de 1932, viajo yo a París y Vallejo, que se queda en Madrid en la esperanza aún de colocar alguna de sus obras, me encarga solicitar en su nombre un préstamo a J.L., recién llegado a dicha capital después de una estada de dos años en el Perú. La primera visita que él me hace, acompañado de su mujer, me deja desconcertada. Entre otras cosas, escribo a Vallejo: "¡Larrea está irreconocible! Aunque mucho me cueste, pediré este préstamo. Con decirte que él y su mujer ya no se tratan de tú sino de usted.."

Respecto a este préstamo, J.L. escribe en el Boletín Cultural Peruano, oct./dic. 1959: "Pero cuando salí de su casa, no se quedó la señora Vallejo con las manos vacías". Por este modo, poco elegante, de decir las cosas, podríase creer que él, por entonces en situación muy holgada como ya se ha visto, nos ayudó con una suma de consideración, liberándonos al menos de los apuros más urgentes. Por cierto no. Le pedí escasamente 1,250 francos, antiguos por supuesto, es decir un trimestre de alquiler, haciéndose indispensable aclarar que el contrato de dicho alquiler remontaba al año 1912.

Al agradecer a J.L., Vallejo le escribe:

> "... entre tanto, te pongo cuatro líneas para agradecerte *cuanto* has hecho *por mi mujer*. Ella, muy agradecida, me escribe, y yo me uno a ella para decírtelo. Gracias, hermano".

"Por mi mujer", dice Vallejo (aunque sabe que de no ser por él, nada hubiera yo pedido). Es evidente y no creo posible expresar más explícitamente la aversión que en este momento y circunstancia experimenta Vallejo respecto al fatal préstamo. De estas cartas, nada me dice Vallejo quien —repito— está lejos de sospechar que algún día, él muerto, el "fraternal" J.L. las sacará una tras otra.

B) Una semana después del entierro de Vallejo, encuentro a J.L. quien se aproxima e insiste para que suba un instante a su casa*. Mi primera reacción fue negarme, pero mi estado espiritual no me permitió rechazar su invitación en la forma enérgica que se imponía y, finalmente, nos encaminamos hacia su depar-

---

* Ha expresado el director del aula que

> "... la viuda de Vallejo **vino del cementerio a mi casa para allí terminar de recibir el duelo"**

Absolutamente falso.

Cuando termina la ceremonia en el Cementerio Montrouge, voy directamente a recoger las obras completas de Vallejo a la Clínica Arago donde me despido de su cuarto.

Cuando encuentro a J.L. y me ruega subir a su casa para conversar, agrega: " ... estamos a unos pasos de mi casa ... " ¿A qué este informe, si ya la hubiera yo conocido?

tamento, a unos pasos, donde nos recibió su mujer. Pasamos al living para conversar... si se puede decir, pues yo, obsesionada por la muerte de Vallejo, más bien monologaba, recordando sin poder evitarlo los tormentos de su vida. Pese a mi abstracción. de pronto me llamó la atención la mirada de J.L. quien además se había puesto de pie sin que recordara ni supiera en qué momento. Y sólo entonces me di cuenta de que me hablaba, y oí textualmente: "¡Pero naturalmente! Si él iba contra las instituciones (aquí dijo una palabra que nunca pude luego recordar) ¡Iba contra el orden establecido! ¡Contra... (aunque aún contenida, su cólera no le dejaba encontrar contra qué más iba Vallejo). Y con súbita e incontenible violencia, rompió en un grito: "¡Y me debía plata! ¡Mucha plata!"

Demasiado tarde venía a enterarme de una situación que aclaraba su actitud con Vallejo.

En el Boletín ya citado, J.L., quien no pierde una ocasión de colocar a Vallejo en condiciones eventualmente censurables (y que él abiertamente o no censura), prosigue: "Claro que no me pagó nada, ni cuando le dieron por entonces el billete de regreso al Perú, cuyo monto se gastó..." En otra oportunidad, él no escribe que "gastó" sino que "dilapidó" Vallejo.

A sus ojos todo es dilapidación al tratarse de Vallejo: pagar el hotelero, "comprar un buen periódico", un traje que "se habrá acabado", "comer algo agradable"... Y este notable "amigo" concluye: "... ni me pagó en sus días de bonanza, ni se lo reclamé nunca ni indirectamente".

Sin embargo, el 15 de abril precisamente, de 1957, en que J.L. pronuncia una conferencia, no ha olvidado el dinero que le debe el muerto Vallejo, y a 19 años de su muerte le cobra, cartas en mano, hasta en la tumba.

C) En 1939, la señora Berta de Lipchitz, el conocido escultor ruso, (los Lipchitz y los Larrea son íntima y estrechamente unidos y llaman a su cuarteto "Le radeau") me relata que, estando ella y su marido presentes, Vallejo, a punto de irse, pide un momento en particular a J.L. quien, por supuesto, no se niega, pero no sin un movimiento de quien piensa: "¡Ah!, sé de qué se trata" —y así, desde luego, lo entendieron los Lipchitz. Vallejo se despidió de ellos y J.L. y él pasaron a otra habitación. Pocos instantes, después, volvió J.L. a sus visitantes, exclamando: "¡Este siempre pide plata!"

Sin embargo, Vallejo, en esta circunstancia, no pide dinero prestado, sino la remuneración por un trabajo de mecanografía que el mismo J.L. le ha encargado. Es de agregar que no se lo abona espontáneamente sino que lo pone de hecho y cada vez en la humillante obligación de pedirlo. ¿Es entonces de extrañarse que, un cierto día, Vallejo ni quiera pedirle para su billete de regreso (0.70 céntimos), volviendo a pie, caminando una hora y media bajo el sol?

J.L. imputa el comportamiento de Vallejo (Boletín ya mencionado) al remordimiento que le causa su deuda hacia él. No. Pero, en adelante, se explican y justifican las cartas de circunstancia que le escribe Vallejo. Y a la fecha, se nos hace evidente cómo J.L. veía por entonces a César Vallejo... *Y tal lo ve, tal lo trata.*

En su conferencia del 15 de abril de 1957, luego publicada hemos dicho, el director del Aula no puede más tiempo disimular que no ha perdonado la pérdida de su "plata", y tanto menos cuanto que aparece inexplicable que Vallejo "en sus días de bonanza" no se haya librado de esta primera deuda hacia él. El citado director tiene toda la razón, si se sabe además que Vallejo ha dado dinero prestado a varios "amigos" los que, por supuesto, no se lo han devuelto nunca, y que la suma global de dichos préstamos no era menor que la suma que Vallejo le adeudaba. Pronto tendrá su revancha.

En México, donde se ha refugiado después de la guerra de España, J.L. *suscita en la mente de José Bergamín la publicación fraudulenta de "España, aparta de mí este cáliz"*, con prólogo suyo. La edición pirata sale el 9 de febrero de 1940, siete meses después de la edición original (París, julio de 1939), de la que recibo *"2"* ejemplares, con una tarjeta que *aclara* y aún conservo: *En obsequio* (?) Dudo que el director del Aula haya ignorado que, Vallejo sepultado por la mañana, me encuentro por la tarde en la calle con sólo en los brazos, 10 obras inéditas, entre éstas los versos póstumos...

En adelante, J.L. es dueño de la vida, del cadáver y de la muerte de Vallejo. Para ilustrar su conferencia luego publicada, se apodera de 2 poemas de POEMAS EN PROSA, 14 de POEMAS HUMANOS y de las 2 terceras partes de ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ, *erratas comprendidas*, y *expresa al editor Losada, igualmente pirata, "sus más expresivas gracias por su gentileza"*, teniendo el impudor de escribir en el último párrafo de su resumidísimo ensayo cronológico de Vallejo, acribillado de errores:

> "El 9 de febrero de 1940 se termina de imprimir en México, ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ, precedida (sic) por el ensayo "Profecía de América, de Juan Larrea".

En dicho ensayo, J.L. saluda el arribo de César Vallejo a París con estas palabras:

> "Pronto comenzará su largo *peregrinaje por la miseria*". [Subrayado mío]

Lo repite tantas veces que hace deducir que a él le parece sensacional su hallazgo literario.

Más adelante:

> "... su taller de la rue Vercingéterix, centro de *tenaces bohemias...*"

Equivocándose en un año (pero ¿qué más le da?) repite en 1933:

"En 1932, se reinicia su peregrinaje por la pobreza..."

Aquí, dice "pobreza". Un personaje de Dostoiewski expresa: "Se sale de la pobreza. Nadie sale de la miseria".

Y aún agrega:

"Se afana (sic) en diversos trabajos literarios, *ninguno de ellos dentro del género poético*". [Subrayado mío]

¡POEMAS HUMANOS no está dentro del género poético!

Un día surgirá Gerardo Diego. Ha cruzado un océano para venir a leer en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos del Perú unas cartas en las que Vallejo le pide dos veces un préstamo. La compañera de Vallejo, quien ha presentido al personaje, se ha colocado muy cerca del conferencista. Se levanta y avanzando hacia él le dice: "Aquí tiene usted su dinero". G.D. rehusa el sobre —*él ha venido a dañar*— y prosigue su lectura: "... Juan Larrea le dio a Vallejo para que lo copiara a máquina un manuscrito suyo, *libro que tuvo mucha influencia sobre la obra de Vallejo*". Al proferir tal disparate, hasta su propia voz se ha hecho imperceptible como si, encogiéndose, el órgano vocal se hubiese estremecido de estupor y de vergüenza.

Dos veces rechazará G.D. el reembolso de la deuda de Vallejo: no ha venido sólo a dañar. Obedece a otro cálculo. Va a entregar las cartas de Vallejo a su viejo amigo y cómplice Juan Larrea, quien las juntará con las suyas, constituyendo los *archivos del Aula llamada Vallejo.*

En el momento en que Vallejo pide dichos préstamos, la editorial Ulises a quien las tres ediciones seguidas de RUSIA EN 1931 han salvado de la quiebra, no le ha pagado sus derechos de autor. "Ulises" (así llamaremos al editor) aunque perfectamente enterado de la precariedad material en la que se debate el autor de RUSIA EN 1931, no los pagará. No obstante, un día invita a Vallejo a un café para conversar. El café resulta ser un semi "cabaret danzant". Más recostado que sentado ante un copioso cocktail, "Ulises" discurre delante de Vallejo, no sin dirigirse al mismo tiempo a las "entraineuses" y a unas mujeres que consiguen de los clientes su subsistencia no cotidiana. Entre sonrisas, manoseos y guiños, les distribuye con gesto indolente unas monedas llamadas "duros" (cinco pesetas, pagando Vallejo 10 por día en la pensión en la que se aloja).

Vallejo, callado, lo observa... ¿Está pensando en cuántos duros *suyos* ya ha distribuido "Ulises"? ¿O está el "personaje so-

---

* Contrariamente a lo que ha escrito otro de obtusa imaginación, no se verá jamás a Vallejo "deambular de café en café".

ciológico" de Vallejo pensando en esta sociedad en la que a él le toca sucumbir?

Si G. Diego hace mención del trabajo que su amigo J.L. ha dado a Vallejo, es, como se ha visto, para hacer remarcar que él deseaba "ayudar" y "ayudaba" a Vallejo, pero no se sabe si es refiriéndose en particular a ello que el director del Aula escribe (conferencia ya citada):

> "Vallejo gozó siempre de simpatías, y no pocas gentes se hallaron dispuestas a ayudarlo y lo ayudaron...

Ayudas que aseguran, mal que bien, unos escasos meses —cuando no semanas— de tregua en lo más urgente, pero que habrá que pagar durante decenas de años después de muerto.

> "Tuvo positivas oportunidades para iniciar un camino conducente a una vida de tipo común en el corro de la literatura..."

En otro momento, escribe el director del Aula: "¿Por qué Vallejo ha dejado su patria donde se encuentra su natural y *proporcionado* escenario..."

> "Pero cierto impulso *contradictorio, más fuerte que su deseo de bienestar,* le inducía a dar pasos que habían de sumirlo en la desgracia"... [Subrayado mío]

Aquel impulso "más fuerte que su deseo de bienestar" ¿no habrá sido estoico antes que contradictorio?

> "Hay en todo ello detalles que sobrecogen para quien los conoce siquiera en parte como yo los conozco".

¡Qué se puede decir sino, y una vez más, que estos "detalles" *recién* le "sobrecogen" al director del Aula —quien tiene la facultad de determinar *el momento en que debe él sentirse sobrecogido*—, pero siempre que haya muerto Vallejo.

1932

Etapa de POEMAS HUMANOS (oct. de 1921 — 21 de nov. de 1937), "libro mal llamado" dice el director del Aula que ignora naturalmente que *es al propio Vallejo a quien conviene increpar por tan mal título, efectivamente.*

Al publicar los versos póstumos de Vallejo, el Dr. Raúl Porras y yo quedamos muy perplejos. En 1931, Vallejo había mencionado "Arsenal del trabajo", título que le había suscitado evidentemente su tercer viaje a la Unión Soviética. Unos años más tarde, menciona "Poemas humanos", no atreviéndome a decirle que nada me agrada.

El Dr. Porras y yo nos vimos en la obligación de quedarnos con POEMAS HUMANOS que nos disgustaba a ambos. Ni dudar por lo demás que Vallejo hubiera terminado por descartar uno y otro.

Sólo hoy, 3 de enero de 1973, observo que los poemas en prosa no tenían título, y como ni el Dr. Porras ni yo íbamos a permitirnos ponerles uno, fue su propia naturaleza que dio lugar a su título: POEMAS EN PROSA. Y es sólo hoy, repito, al recordar que para Vallejo había sus poemas y sus "versos nuevos", que veo demasiado tarde que debíamos haber puesto no menos sencillamente "Versos nuevos".

Al respecto se ha escrito:

> "... su título "Poemas humanos" fue escogido por sus editores y no por César Vallejo. Es de pensar razonablemente que fue Porras quien sugirió este título que corresponde *perfectamente*..."

Es de pensar "razonablemente", sin embargo, que una persona de la calidad cultural del eminente historiador Raúl Porras Barrenechea, no se permite poner un título, por "perfecto" que le parezca, a una obra que no es suya.

Creemos útil reproducir aquí las dos primeras páginas de la segunda libreta de notas de Vallejo que él mismo fecha a mano: "Paris, le 20 Septembre 1929".

En la página 1 de esta libreta leemos (subrayados o tachados por el autor):

1)		Del Vaticano al Kremlin
2)	1ª línea:	Contra el secreto profesional
	2ª línea:	Libro de pensamientos
3)	1ª línea:	La confusión de las lenguas
	2ª línea:	Nuevo tratado del hombre
	3ª línea:	Libro de *poemas humanos*
4)	1ª línea:	Descubrimiento del mundo
	2ª línea:	El espíritu proletario (viaje a Rusia, etc.) Viaje a Rusia (?)
5)	1ª línea:	Pesadilla del potencial
	2ª línea:	Libro de poemas socialistas (a hacer)
6)	1ª línea:	Instituto Central del Trabajo
	2ª línea:	Libro de poemas proletarios (a hacer)
7)		Nuevo tratado del hombre

En la página 2, figura nuevamente el título "Contra el secreto profesional", visiblemente añadido al borde extremo de la hoja cuando ya han sido escritos todos los capítulos del "libro de pensamientos" que Vallejo titula finalmente EL ARTE Y LA REVOLUCIÓN.

Este esbozo o borrador aclara y hasta prueba entre otros, varios puntos:

Primero: que Vallejo había meditado su nueva ideología al regresar de su primer viaje a la Unión Soviética, es decir a lo largo del año 1929.

Segundo: nos es revelado que Vallejo pensó seriamente en poner el título "Contra el secreto profesional" a su "libro de pensamientos", aunque ya afectado a una obra anterior.

Tercero: Nos entera patentemente de la diversidad de los títulos que habitaban el cerebro de Vallejo, entre estos: *poemas humanos...*

Cuarto: se nos recuerda que el director del Aula de Córdoba afirma que Vallejo salió de París para la Unión Soviética el *19* de setiembre. Vallejo, sin embargo, compra su libreta el *20* en París, y si escribe: "20 Septembre", (20 de setiembre), *20 de setiembre ha de ser.*

Demos a meditar a los llamados "biógrafos" de Vallejo la lección que se desprende de estas líneas de puño y letra del mismo autor.

* * *

En cuanto al título: "Nómina de huesos" (lanzado no sé por quién) ¿es siquiera sensato pensar y admitir que Vallejo iba a escoger como título de los poemas que implicaban algo nuevo en su vida y en su ética, un título por entonces con diez años de vejez?

Al publicar los versos póstumos de Vallejo, se cometió en primer lugar el error de confiar su edición a una imprenta que, imprimiendo sólo en francés, carecía de los signos puntuativos del idioma español, imprescindibles en el caso de una obra en verso, resultando mutilada en su expresión gráfica la edición original.

En segundo lugar, los poemas en prosa, al aparecer sin su propio título: POEMAS EN PROSA y al ser unidos a POEMAS HUMANOS como si ambas obras formasen una sola, habían perdido su carácter de unidad independiente.

En tercer lugar, aunque ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ figurase, sí, con su título en página aparte (Pág. 119) se hallaba, sin embargo, disminuido en su calidad de obra principal al haberse impreso dicho título en tipos *menores* que los de POEMAS HUMANOS. ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ, además, no ha sido escrito en 1937-1938, sino en set./oct./nov. de 1937.

En cuarto lugar, mi excesiva fidelidad a los originales me llevó a respetar ciegamente el estado en que Vallejo había dejado sus textos poéticos, aunque dicho estado denunciaba inequívocamente dos lagunas fundamentales, cuyas consecuencias iban a ser deplorables: por un lado, la ausencia total del orden cronológico, y, por otro, lo erróneo de las fechas que deja indicadas Vallejo en la casi totalidad de sus poemas.

En lo que se refiere al orden cronológico, Vallejo, que revisaba necesariamente sus poemas, aunque con irregularidad, los te-

nía, como se entiende, en el orden indeterminado en que los dejaba a cada nueva revisión, después de haberlos revisado, modificado u hojeado al azar.

Esto se hace obvio al considerar que POEMAS EN PROSA (1923/24-1929) se hallaba colocado entre POEMAS HUMANOS (oct. 31-21 de nov. 1937) y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ (set./oct./nov. 1937), figurando así como posterior a POEMAS HUMANOS y directamente anterior a ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ.

Mis escrúpulos, no exagerados sino mal comprendidos, me impulsaron a respetar asimismo las fechas, sin aclarar que corresponden no a la fecha de creación del poema sino *a alguna fecha de revisión* y *no forzosamente la última,* dando lugar a que se originara la bárbara creencia de que Vallejo hubiera escrito la totalidad de sus versos póstumos: POEMAS EN PROSA, POEMAS HUMANOS y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ, en ni siquiera 3 meses, —si nos atenemos a las fechas indicadas por Vallejo. No se trata de negar la autenticidad de estas fechas, pues es indiscutiblemente Vallejo quien las ha indicado, sino de identificar el momento al que pertenecen dichas fechas, las que implicarían que de 1923/24 set. de 1937, o sea durante unos 13/14 años, *Vallejo hubiera dejado de ser poeta.*

En resumen:

a) POEMAS EN PROSA (1923/24-1929) es anterior a POEMAS HUMANOS.

b) POEMAS EN PROSA, POEMAS HUMANOS y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ son obras igualmente *capitales* e *independientes.*

Siendo cada una de las dos etapas: POEMAS EN PROSA y POEMAS HUMANOS relativamente corta (5 a 6 años) y *perfectamente definida, el orden cronológico de los poemas no constituye en sí ningún problema de importancia. El problema capital reside en el orden cronológico de estas dos últimas etapas de la trayectoria poética de Vallejo que, al ser invertidas, han dado lugar a estudios totalmente errados.* Leamos entre otros ejemplos lo que se escribe en relación respectivamente con "El buen sentido", "Las ventanas se han estremecido..." y "Cuatro conciencias...":

> Vallejo, en "El buen sentido", uno de sus monólogos *finales* dirigido a su madre..."
> "*En la víspera de su muerte, en el hospital donde va a morir* el poeta..."
> "Oigamos cómo se expresa César Vallejo en *uno de los últimos* poemas de su estado semidelirante..." [Subrayados míos]

"El buen sentido" no es solamente uno de los *primeros* POEMAS EN PROSA, (es decir de 1923 ó 24) sino que deja además sospechar fuertemente que Vallejo lo escribió en el mismo barco que le llevaba del Perú a Europa.

En "Las ventanas se han estremecido...", Vallejo se refiere sin discusión posible a su estancia en el hospital donde acababa de

escapar de puro milagro a la muerte, tras una hemorragia consecutiva a una intervención quirúrgica en el invierno del 25 —me contó Vallejo. En "Las ventanas se han estremecido...", Vallejo *no se encuentra en la víspera de su muerte":* se morirá unos 13 años más tarde. Y, por lo demás, no se morirá en ningún hospital, sino en la Clínica Arago, como ya se sabe desde tiempo atrás.

Si sabemos del último de estos tres casos, que "Cuatro conciencias..." no es de ninguno de estos tres meses (set./oct./nov.) de 1937, sino, repetimos, de la etapa 1923/24-1929, y es, además, *sustraído de* CONTRA EL SECRETO PROFESIONAL, nos preguntamos: ¿quién se halla en estado "semidelirante", Vallejo o el crítico?

En POEMAS EN PROSA, Vallejo es todavía el Vallejo de Trujillo y de Lima.

Hubo quien, sin embargo, detectara el error general:

> "No es verdad —me pregunta a fines de 1964, el Dr. Carlos Urquijo, médico argentino que acababa de pasar dos años en Lima, en misión oficial— que Vallejo ha escrito todos los poemas póstumos en tres meses, ¿no? ¿Y tampoco que los poemas en prosa son posteriores a POEMAS HUMANOS?"

¡Evidentemente no! Tales fallas en críticos, profesores o biógrafos nos revelan *la fragilidad del criterio de unos y otros.*

Parece que no le preocupara a Vallejo el orden cronológico de sus poemas, y, si no ¿cómo explicar que no lo haya cuidado con el mismo rigor de sus textos? Al sutituir sin reparo la fecha de creación de un poema por la de una primera revisión (muy lejana a veces una de la otra), y a ésta de revisión por la de otra ulterior, sustituyéndose ya hasta las mismas fechas de revisión, aparece evidente que *lo esencial para Vallejo fue lo que deseaba dejar expresado, no el momento en que lo fue.*

A esa "renovación" de las fechas se liga algo sutil no exento de tristeza. Cuando Vallejo corregía un poema, pasándolo luego en limplio y poniéndole la fecha del día, Vallejo se daba la ilusión de haber escrito un nuevo poema, el que, a la vez, perdonaba el tiempo ya transcurrido y justificaba el tiempo presente, aliviándole, aunque en ínfima medida e ilusoriamente, de cierta angustia que le atormentaba al ver pasar los días, las semanas, los meses, los años, sin publicar, "sin desahogarse":

> "... la tinta en que me ahogo..."

* * *

En un comentario se expresa:

> "... a petición de algunos amigos, entre los que se encontraba Raúl Porras Barrenechea, su viuda Georgette de

Vallejo *prometió* copiar fielmente los poemas inéditos de su marido".

Cuando se ha caminado, no teniéndo dónde pasar la noche, cargando en los brazos las obras —entonces diez inéditas— de Vallejo, extraño es leer esto.

¿De dónde sacan los "intelectuales" semejantes inepcias, las que repiten y publican de estudio en estudio, de libro en libro, como loros descerebrados?

Dos semanas después de la muerte de Vallejo empecé a copiar a máquina, en cinco ejemplares, todas sus obras inéditas. Las guardaré 35 años. Poco antes de la invasión de Francia por las fuerzas nazis alemanas, cediendo en un momento de debilidad a un sentimentalismo que iba en contra de la voluntad de Vallejo, me dirijo a la Legación del Perú en París, y expongo a estos señores: "Van a bombardear. Convendría trasladar, me parece, los restos de César Vallejo, al Perú..." No sin altivez y desprecio, oigo que me contestan: "Esto... se verá en momento oportuno". Por ingrata coincidencia, esta contestación es la que me *diera textualmente la familia* de Vallejo a quien he escrito en el mismo sentido: "Eso se verá en momento oportuno". Y es la misma familia que escribe a la Legación de París preguntando si *"esta persona con quien vivía Vallejo es su mujer legítima"*.

Más tarde, al hacerse más inminente el peligro de invasión, regreso por segunda vez a la Legación peruana a la que llego con un paquete pesado bajo el brazo. "Aquí, señor —digo— está la obra en prosa completa e *inédita*, como usted sabe, de César Vallejo. Entrados los alemanes en París, dudo que el expediente de comunista que tengo en la Prefectura haga muy firme mi cabeza sobre los hombros. Si, la guerra terminada, aún estoy viva, usted me la devolverá. Si he desaparecido usted sabrá qué hacer con ella... Con fe se la entrego y la deposito en sus manos". Recibo naturalmente todas las más amables garantías y me retiro.

Pronto, los alemanes están a las puertas de la capital cuyos habitantes queman en los depósitos todas las reservas de alimentos en conserva. Llueve y el viento lleva y cubre todo de un hollín mojado y aceitoso. Teniendo que recoger no recuerdo qué documento en la Legación del Perú, ahí regreso por tercera vez. Está vacía: todos los diplomáticos han huído a Bordeaux. Sólo queda el portero, un español, don José, a quien Vallejo le estrechaba la mano ante el mayor asombro de sus compatriotas. "Suba, por favor, —me dice— suba y le traigo ahora mismo su papel". Subo y entro al salón que ya conozco y donde sobresale la gran chimenea de mármol blanco. Veo, asombrada, que está cubierta de kilos de azúcar, de tallarines en paquetes, velas, sal, botellas de aceite, sardinas en lata... y, mezcladas a todo ello, páginas escritas a máquina... páginas y páginas... Por la ventana dejada abierta, el viento ha penetrado y están también salpicadas de hollín y medio mojadas. Distraída me acerco, maqui-

nalmente tomo una de ellas... Lo que veo es apenas creíble: todas estas páginas son las obras inéditas de Vallejo. Ni siquiera olvidadas, al último momento, en la huida, en el cajón de algún mueble. No. Están aquí, tiradas, manchadas, sucias, inservibles... Cuando el portero aparece, ya he recogido la obra de Vallejo. Tomo el papel que me tiende don José: ¡Muchas... muchas gracias, don José... Don José, adiós!

Aquí tienen los hacedores de anécdotas, el testimonio imborrable de lo que representaba César Vallejo a los dos años de su muerte, hasta para los peruanos de la Legación peruana.

* * *

En otro comentario se lee:

> "... nos preguntamos si la viuda del poeta no contribuyó pues a fijar algunas fechas de las indicadas en la primera edición. Quizá explique que después pudo decir que no eran ciertas. La edición Moncloa ha confirmado cuán válida era nuestra pregunta; de hecho algunas fechas de la edición princeps fueron indicadas por Georgette de Vallejo y no por el mismo Vallejo".

No se trata de fechas "ciertas", pues nunca dije que no fueran "ciertas".

Al mecanografiar las páginas destinadas a la imprenta, anoté a mano y para mí, sin cuidado y rodeándolas inclusive de un círculo, unas pocas e imprecisas fechas, olvidándome luego de borrarlas. Es sólo al recibir el libro editado ya, que vi que habían sido impresas, pese a que fechas semejantemente anotadas no podían hacer parte de un texto que indicaba las fechas *a máquina, al pie del poema, y muy precisas.*

Diferencias observadas en las fechas indicadas en la Edición Original (1939) y "Obra poética completa" (1968).

	Páginas:	
1) Salutación angélica	17 - 291	Hacia 1931 No figura en O.P.C. Hay que leer **1932** **errata**
2) Los nueve monstruos	33 - 321	3 de nov. del 37 6 de nov. en O.P.C. Hay que leer **6** de nov. **errata**
3) Y no me digan nada ...	93 - 377	Hacia 1937 No figura en O.P.C. Aunque impresa por error, **esta fecha no es inexacta.**
4) Alfonso ...	39 - 403	9 de oct. 1937 No figura en O.P.C. **Fecha tomada del mismo manuscrito**
5) Traspié ...	48 - 405	11 oct. 1937 No figura en O.P.C. **Fecha tomada del mismo manuscrito**
6) Dulzura ...	57 - 431	Hacia 1937 No figura en O.P.C. En "Apuntes biográficos sobre **POEMAS EN PROSA y POEMAS HU-**

		MANOS - P.O.C. 1968) se explica claramente que este poema está formado con unas estrofas de oct. 1931 escritas en la Unión Soviética y con otros versos escritos en oct. o nov. del 37.
Conclusión :	**Un solo error (7)**	Fin de noviembre o primera semana de diciembre 37. Fecha que no figura evidentemente en O.P.C. **lo que es un error, no pudiendo explicármelo. Este poema es el primero de los 25 últimos de POEMAS HUMANOS, y el único sin fecha,** de estos 25 últimos poemas.

Un error en la edición de toda una obra poética no autoriza a nadie, a formular una acusación de gravedad *. Es además evidente que las fechas en cuestión son visiblemente diferentes a las que indica Vallejo, quien no pone ni iba a poner "Hacia..." pues, él sí, sabe en que día escribe o corrige su poema.

Declaro categóricamente: *nunca he agregado, quitado, o cambiado, ninguna de las fechas indicadas por Vallejo, y no se puede hallar en sus manuscritos u originales la más mínima intervención mía.*

Por el contrario, cuando al haber entregado espontáneamente en 1952 ó 53, a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos del Perú, los originales de Vallejo en vista de su exposición, *hubo algún bárbaro que escribió en ellos con tinta.* Y la misma barbaridad ha vuelto a producirse en OBRA POÉTICA COMPLETA al revés de gran parte de los mismos *y hasta en el derecho,* como puede comprobarse en los facsímiles reproducidos en dicha edición.

En relación con estas fechas, hay quien opina:

> "Larrea, en cambio, estimaba que las fechas de la edición princeps son auténticas".

¿Qué crédito puede darse a quien, *durante años,* escribe, publica y enseña que *Vallejo en 1936* (fines de 1936 como ha de entenderse) *tiene 14 años de silencio poético casi absoluto?*

---

* Es edificante encontrar en el texto autorizado por autor tan exigente, los errores siguientes :

"que suda para adentro su secreción de sangre rehusada..."

en lugar de :

"que suda **hoy** para adentro su secreción de sangre rehusada ..."

Y luego :

"La vida se ha dado ahora en toda mi muerte"

en lugar de :

"La vida me ha dado ahora en toda mi muerte"

A la muerte de Vallejo, él se presenta de improviso en casa con un amigo suyo. Los poemas póstumos, precisamente, están en la mesa.

De pie, con una imperceptible sonrisa de escepticismo, J.L. lee un verso aquí... un verso acá... otro más allá... "¡Ah!... —se sorprende de pronto— ¡Mira esto! (Lee, persistiendo su sonrisa): "En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte..."

Estaba tan penetrado por la visión de un Vallejo fatal e irremediablemente malogrado, tan convencido de que no le dejaba más que el "definitivo partir" que en aquel día mismo no sentía interés, ni curiosidad siquiera, de leer *un solo poema al menos por entero.* Para él, la muerte de Vallejo era ya del pasado.

Parece que sólo al encontrarse un año después con el libro editado hubiera salido de su obnubilación. En el mes de febrero siguiente, 1940, le vemos apadrinar la publicación fraudulenta de ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ.

El editor Losada, quien no conocía ni de nombre a Vallejo cuando César Miró le fue a proponer su "recopilación" de todos los versos de Vallejo editados desde años atrás, ha juntado, ni más ni menos, un poema de 1932, "Epístola a los transeúntes", con otro del 22 de setiembre de 1937.

En una carta notarial que dirige, y de la que subrayo unas palabras, el editor Losada escribe:

> "... en cuanto a la errata que (la Sra. de V.) alega, dígale usted que tenga a bien darnos una lista de ellas para corregirlas *si son tales,* pero advirtiéndole que nosotros hemos hecho nuestra edición de acuerdo con las ediciones originales de cada libro, respetando las *anomalías* (!) o irregularidades ortográficas que hay en ellas, *por muy extrañas que parezcan y son efectivamente.*

Fuera de los puntos interrogativos o suspensivos *(más de 400)* y *demás erratas de puntuación por equívoco, omisión o adición* unas veces, observamos:

> múltiples erratas de letras o palabras equivocadas, sustituidas por otras que carecen totalmente de sentido. Más de *50 errores,* algunos garrafales.
> 9 palabras omitidas
> 5 agregadas
> 5 frases omitidas
> 12 blancos agregados
> 7 omitidos
> 4 poemas formando sólo 2
> ¡o sea unas 600 erratas y errores!

Errores todos estos *que no figuran en la Edición Original de 1939.*

He de aclarar que en la edición Moncloa nadie ha intervenido en lo más mínimo en la ordenación de OBRA POÉTICA COMPLETA DE VALLEJO. Soy quien la he ordenado enteramente y diagramado además.

Por haberse tirado sin que me fueran sometidas las pruebas, POEMAS HUMANOS y ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ presentan visibles desperfectos y varias erratas.

Pese a ello y a cierta incidencia de orden económico, hase sin embargo de reconocer y expresar que la edición de OBRA POÉTICA COMPLETA después de 30 años de la muerte de su autor, se debe al nivel y a la amplitud de vista de Francisco Moncloa y de Francisco Campodónico, quienes han originado el único verdadero homenaje que pudiera corresponder a César Vallejo.

En relación con esta edición, el hondureño Milla Batres, ha expresado bajo mi techo que Francisco Moncloa y yo habíamos "explotado" a Vallejo. Es curioso que tal opinión saliera de un editor tan indicado para callarse.

Ha de hacerse observar que esta edición con facsímiles y de singular categoría, *se justifica altamente por treinta años de ediciones piratas del más venal género,* tanto en el Perú como en el continente latino-americano y en el mundo entero, cuyos libr*"itos"* plagados de erratas y errores de todo calibre se venden de 30 a 60 soles el ejemplar por un precio de costo de 3 a 5. En otros países ello constituiría un *delito* castigado por los tribunales.

Obvio es agregar que para tales publicaciones, *nadie jamás ha solicitado* ver los originales del autor Vallejo, *autor sin derechos de autor.*

1932

El 12 de febrero, Vallejo llega a París, a las cinco y media de la mañana, sin equipaje.

Con el Gobierno liberal de Camille Chautemps, el reencuentro con la "Seine" y los barrios tan recorridos en años anteriores, Vallejo experimenta como una convalescencia. Además, se acerca la primavera, hecho anualmente trascendental para Vallejo, profundamente conmovido por el despertar de la gran naturaleza, atisbando el menor índice de la próxima aparición de las yemas en los árboles y en las plantas.

POEMAS HUMANOS emerge a fines de octubre de 1931 con unas estrofas que nacen en la inmensa y lejana Unión Soviética, las que Vallejo unirá a unos versos de oct. o nov. de 1937, formando el poema: "Dulzura por dulzura corazona..." aunque es solamente con su llegada en febrero a París que surgen los primeros poemas de su cuarto tomo de versos.

Del entusiasmo de su tercer y último viaje a la U.R.S.S., aunque inextricablemente asociados con reminiscencias de la tierra natal, aparecen "Salutación angélica", "Los mineros salieron de la mina...", "Telúrica y magnética", "Gleba", y, entre otros, "Fue domingo...", "Pero antes que se acabe...", "Piensan los viejos asnos", "Hoy me gusta la vida mucho menos..."

"Para ayudarlo" —como ya se ha visto— el director del Aula le da una obra suya para pasar a máquina. Una mañana, Vallejo está copiando en una habitación contigua a la mía, la puerta ligeramente entreabierta. De pronto, siento que Vallejo se levanta bruscamente, exclamando con tono escandalizado: "(Una interjección que no comprendo, y) ¡Este se cree un mesías!" Pero, pasando de inmediato a donde estoy, me dice, agitado: "Oh... sabes... Larrea me ha pedido que no diga nada a nadie de su libro. Tú no has..." Le interrumpo: "Oí que hablabas pero ¿qué...?" Tranquilizado, Vallejo reanuda su trabajo.

En la primavera, recibe la visita de Henry Holmes, profesor en la Universidad municipal de New York, muy aficionado a las letras hispano-americanas. Vicente Huidobro, dice Holmes, le ha hablado mucho de su gran amigo César Vallejo y le ha regalado un ejemplar de TRILCE. Interview y entrega de material literario por parte de Vallejo.

En otro aspecto: RUSIA ANTE EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL ha quedado terminado.

1933

Vallejo publica en *Germinal*, revista semanal de izquierda, un largo reportaje escalonado por varias semanas: "¿Qué sucede en el Perú?"

A principios del cuarto trimestre, Vallejo se separa para siempre de la calle Molière.

* * *

En relación con lo precedentemente expresado. el director del Aula escribe:

> "En 1932, la precariedad de su situación económica les obliga a vender el departamento que durante largo tiempo ocupara su mujer en la calle Molière cerca de la Av. de la Opera y van a vivir *de nuevo* al Hotel Garibaldi". [Subrayado mío].

¿No acaba de escribir: "el departamento que durante *largo* tiempo ocupara su mujer"? Por siguiente, vamos a vivir *por primera vez* (yo, al menos) al hotel.

No hubo "venta" del departamento, y se ha visto que no es en 1932 sino en 1933 que tiene lugar la mudanza, no la venta, repito.

La calle Molière no está "cerca", sino que es la primera transversal de la Avenida de la Opera viniendo de la Comédie Française.

No se "reinicia su peregrinaje por la pobreza", expresión que, en él, se ha hecho letanía. Por lo demás, el Hotel Garibaldi no es precisamente un hotel para quienes están en la pobreza. Tiene ascensor, teléfono desde luego, y todos los cuartos tienen gabinete de toilette y una pequeña entrada. Da al boulevard del mismo nombre, ancho y con cuatro hileras de árboles. En varias oportunidades, pudimos tener dos habitaciones. Yo trabajaba por entonces en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

El director del Aula trata despectivamente la precisión biográfica al referirse a Vallejo, juzgándola secundaria y hasta innecesaria. Tampoco le parece suficiente que, una vez más como tantas otras desde hace siglos, un hombre con genialidad muera joven tras una existencia dura y perseguida: tiene él, por su parte, que "afanarse" en describir calculadamente con fría perversidad cuadros en los que deja a Vallejo ni siquiera automáticamente apocado sino desfigurado, cuando no caricaturizado. Fijémonos en el prefacio de la edición pirata de ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ (9/2/40) en su visión de Vallejo en Europa, la que podría en cierta medida justificarse en 1923/24 y primeros meses de 1925, y que el citado director (¿por qué motivo anormal o placer patológico?) se complace en generalizar y extender hasta su muerte:

> "... (Vallejo) ha muerto en París, después de *lentos años* de vida difícil, *inaparente, miserable*... Desde la ventana de su cuarto de hotel, durante muchos años, Vallejo ha contemplado París con una voluntad encendida de amor y *todas* las mañanas encontrábase con un alba *usada, de segunda mano, vivida y revivida*, impropia a todas luces para satisfacer su anhelo". [Subrayado mío].

Podría aclararnos el director del Aula por qué tenía que ser "durante muchos años" y "todas las mañanas", el alba de París "usada, de segunda mano, vívida y revivida"? ¿Qué significa, al referirse a Vallejo tan poderosamente renovador, esta excecrable literatura a lo Eugéne Sue, haciéndose a cada línea más melodramática y lúgubre?

> *"Subió y bajó, repetidas* veces, los escalones *todos* de la pobreza. Fue acumulando cotidianismo civil... esa suma de desvalimientos que constituyen el ritual obsesivo de la *miseria*... [Subrayado mío].

("Niño bien cansado de estar bien", el director del Aula, quien, además, se soñó mesías, es sencilla pero perfectamente inapto para diferenciar *pobreza* de *miseria*.)

> "... de la miseria cuando *ésta se convierte en el eje de la vida*, en algo así *como el alfiler que inmoviliza a la mariposa y del que nunca, por más que aletee, podrá*

libertarse... Su vena poética cuyo nivel había acusado, desde su llegada a Europa, *muy graves disminuciones*, se dirigía a pasos de crepúsculo hacia una extinción que parece cada vez más ineluctable". [Subrayado mío].

Es a este indigente que el director del Aula habrá asimilado durante 14 años a César Vallejo, llegando hasta identificar su destino con la agonía del insecto inmovilizado por el alfiler, palabras que aquilatan la ayuda *"moral"* que él dice haber dispensado por entonces a Vallejo.

* * *

Veamos a qué grado de estupidez coagulada, como diría Antonin Artaud, pueden llevar los informes del director del Aula. Un glosador suyo escribe en "Aproximaciones a César Vallejo":

> "1933-1935. La situación económica de Vallejo empeora. Después de vender el departamento de Georgette, se mudan al hotel *donde habían vivido antes*, y luego a *otros* cada vez más modestos. *Envejecido* por el *hambre*, esquiva la salud y el dinero escaso... Cuando *la miseria le atenaza* en exceso se recluía *durante meses* en un *lóbrego cuarto de hotel de última categoría*... comiendo *en silencio* la *media* (sic) ración de arroz y papas que Georgette preparaba en una lamparilla de petróleo. Sólo algunos *íntimos* le oyeron *suspirar* en una ocasión: "¡Ay! cuánto dinero cuesta el ser pobre". [Subrayado mío].

1) Al dejar el departamento no vamos a vivir en el hotel donde vivíamos antes porque "antes" vivíamos en el departamento.
2) No comíamos por entonces en casa.
3) En nueve años que estuve a su lado, ni una vez se enfermó Vallejo. A fines de 1937, le preguntan: "¿Es usted estudiante?" Su cabello espléndido es negro como tinta. Completos sus dientes blanquísimos.
4) ¿De qué *medio* cerebro sale esta *media* ración?
5) El verso de Vallejo dice:

> "la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre"

Vallejo no tenía "íntimos" que le oyeran "suspirar", invención grotesca de un grotesco*. Además, si Vallejo cita, es con humor, no para quejarse, y cita sólo ínfimos fragmentos en los que

---

* Otro comentario de no menos horripilantes adjetivos nos da una idea de las históricas banalidades que, entre otros, Coyné escribe ¡y en qué estilo! :

> "En medio de un **montón** de dolencias: crisis **nerviosas**, angustias **incurables** ... en octubre lo operan de una **hemorragia** (sic) intestinal, pasa semanas **horribles** en el hospital de la Charité, teme por su vida y padece **dolores físicos** y abatimientos espirituales **increíbles** ... etc." [subrayado por mí].

nadie va a sospechar uno de sus versos: y los demás me las pelan... qué cosa cosa... allá los ingleses (o las putas)... cuya o cuy para comerlos fritos... —Vallejo no tiene por entonces mayor compasión y sensibilidad para los animales, maltratados cuando no supliciados por el hombre. Es al caer en cama, que empieza a comprender (demasiado tarde) hasta qué punto es indefenso el animal, e inculpable, al igual que la criatura humana, de haber nacido en tan horrenda creación.

* * *

1934 - 1935

Vallejo inicia HERMANOS COLACHO O PRESIDENTES DE AMÉRICA (Latina, se comprende), sátira teatral que raya con la farsa.

Paralelamente y peso a su condición de ex-expulsado sólo tolerado en territorio francés, en ningún momento se desliga de los acontecimientos socio-políticos. Tomará parte en la manifestación más señalada y más peligrosa del momento, la de "Las cruces de fuego" arriesgando ser herido de bala o reexpulsado de Francia, irremediablemente esta vez.

* * *

Pero surge el informe del director del Aula, cuyos términos (que subrayamos) no pueden ser más despectivos:

> "Vallejo regresó a París, renunciando para ello a *toda* actividad política. Iba a *permanecer en silencio, rumiando vagos infortunios, en espera de no sabía qué novedad*".

O sea: VALLEJO ESPERANDO A GODOT.

¿Cómo puede Vallejo renunciar a "toda actividad política" si no existe ni existió? ¿Y cómo puede "permanecer en silencio" más especialmente a partir de 1932 puesto que nunca ha dejado de permanecer en silencio —según se nos dice— hasta en los años que han precedido el "injusto" decreto de expulsión?

¿Es posible que el director del Aula, quien en aquella época está pasando su tiempo en las orillas de la Loire tejiéndose pullovers, divulgue impunemente que un autor que escribe de febrero de 1932 hasta diciembre de 1937:

1) Rusia ante el segundo Plan Quinquenal
2) Colacho hermanos
3) Poemas humanos
4) España, aparta de mí este cáliz
5) La piedra cansada

permanece en silencio?

Vemos que, para el citado director, *sí, es posible.*

En cuanto a los "vagos" infortunios que está "rumiando" Vallejo, son, antes que los propios suyos, los de la humanidad consciente y premeditadamente sacrificada. Consecuentemente, no fal-

tan a Vallejo, ni faltan a nadie razones y motivos para "rumiarlos". Por mucho tiempo todavía, son condenadas a "rumiarlos" legiones y legiones de humanos, y no creemos que por ser más visibles en una guerra —civil o no— se atenúen sensiblemente en tiempo de paz. Para Vallejo, la realidad objetiva es que son permanentes y hórridos los "vagos infortunios" que él "rumia", y "rumia" con él la humanidad mártir. Unos dos años antes que muriera, ha escrito:

> "ya que, en suma, *la vida es*
> *implacablemente*
> *imparcialmente horrible, estoy seguro*"

En su conferencia ya citada, J.L., quien si pudiera regresaría a Vallejo a la matriz maternal, dice:

> "La vida es, por fortuna, infinitamente más rica aún en significaciones que las que puede explicar, cadaverizándolas, la perspectiva sociocéntrica tan deformadora como la antropocéntrica de antaño. Conviene dejar esto bien sentado. El mismo Vallejo que estaba ganado por el materialismo histórico en uno de sus sectores vitales, confesaba repetidamente en el seno de la confianza (sic) que las teorías sociológicas sólo resolvían ante su persona los problemas relativos a la organización de la sociedad. Pero que en cambio sus problemas, los íntimos, los que atañían a su razón de ser, es decir, los correspondientes al Sujeto, el marxismo no se los resolvía en modo alguno".

Vallejo no puede, sin embargo, dejar de admitir que tampoco los ha resuelto ningún otro sistema filosófico. Y, luego, ¿qué tiene que ver "el seno de la confianza" para un hombre que, como Vallejo, no dejó jamás de manifestar sus ideas y opiniones con la más absoluta libertad de expresión?

Sin poseer aún bases precisas de marxismo y de revolución social, ya entrevé por naturaleza propia que la vida es "infinitamente más rica aún" en atrocidades y, aunque suceda ello cuando haya muerto, inferirá que la vida es ante todo cadáveres (hornos crematorios), cadáveres (Biafra), cadáveres (Vietnam) y cadáveres...

El 18 de abril de 1928, escribe a Pablo Abril de Vivero:

> "*Hay que destruirse a sí mismo* (que él mismo subraya). Sin el sacrificio previo de uno mismo, no hay salud posible"

A su regreso de la Unión Soviética (nov. 1928), duda en él no subsiste. Primero: la causa social. Ante todo: instauración de la justicia social universal.

Se sabe que a toda pregunta que se le haga al director del Aula, en desacuerdo con el personaje de Vallejo que pretende ar-

bitrariamente imponernos, se limita a contestar: "Vallejo solía decirme..." Al fin y al cabo, *¿Vallejo es o no es Vallejo?*

* * *

Transcurre el tiempo. De año en año, Vallejo ve acumularse sus poemas en el cajón donde están ya POEMAS EN PROSA y otras obras. El verano de 1935 principia...

—¿A qué escribir poemas" —exclama un día Vallejo. ¿Para qué y para quién? ¿Para el cajón?

Años después, se leerá en "Los nueve monstruos":

"y / ya no puedo más con tanto cajón..."

Aunque ya sepa su reacción, cito el caso de Valéry.

—¡Sí! —vuelve a exclamar. Pero una cosa es *no querer* publicar, y otra *no poder*!

Finalmente hojea sus poemas y escribe a Madrid —probablemente a la C.I.A.P., editora de TRILCE, en 1930. Propone como puede suponerse, POEMAS EN PROSA más unos 25/30 poemas que Vallejo llama, no sin una sonrisa llena de humor, mis "versos nuevos", parte del futuro tomo POEMAS HUMANOS. Extraña adversidad, la respuesta afirmativa del editor no llegará a manos de Vallejo —quien no insiste. En adelante, Vallejo a quien no se habrá ofrendado más que silencio en tiempo de su vida, no volverá jamás a expresar su ardiente y legítima aspiración de autor.

Es mucho más tarde y ya empezada la guerra civil en España que Vallejo se enterará que el editor había aceptado su proyecto, no recibiendo su contestación por las siguientes circunstancias.

Vivíamos entonces en el Bd. Raspail, frente a la librería de Pierre Seghers (futuro editor de Vallejo al francés) y a media cuadra del "Dôme", de "La Rotonde" y de "La Coupole", en un cuarto que nos alquilaba una cierta condesa de Lizot, viuda de gran edad. Estando el edificio excepcionalmente bien situado y el boulevard lleno de árboles, pronto fue transformado en hotel para turistas. Pero si los propietarios lograron expulsar a todos los inquilinos, nada pudieron en contra de la Sra. de Lizot, viuda de un senador y de edad, repito, muy avanzada. En la obligación de conservar a esta señora quien no pagaba más que un miserable alquiler y, para colmo, ocupaba el segundo piso del hotel, los dueños no vacilaron en hostilizarla cuantas veces les fuera posible y asimismo a sus inquilinos, sustrayendo, entre otras provocaciones, las cartas del segundo piso, y entre éstas, más que probablemente, la del editor de Madrid a Vallejo.

Entre paréntesis, es a aquella tentativa de publicación a la que el director del Aula llama "fraternalmente" *"El poemario fantasma"*.

* * *

En el curso de aquel año, Vallejo ha dado unas pocas clases de lengua y literatura castellanas. Siempre en busca de una solución a su problema económico, ha escrito dos esbozos de guiones cinematográficos: uno sobre su pieza teatral COLACHO HERMANOS y otro sobre "Charlot contra Chaplín", también titulado "Vestiaire" o "Dressing-room".

A los años 1934-1935 pertenecen entre otros poemas: "Al cavilar en la vida...", "Los nueve monstruos"*, "Considerando en frío...", "Parado en una piedra..." "Va corriendo..."

Escribe también algunos cuentos cortos, que no colocará.

1936

Vallejo escribe comparativamente más poemas en 1936 que en los años anteriores. Entre otros: "Poema para ser leído y cantado", "De disturbio en disturbio...", "Calor, cansado voy...", "Palmas y guitarra", "¡Y si después de tantas palabras...", "Despedida recordando un adiós..."

En setiembre, publica "El hombre y Dios en la escultura Inca" en Beaux-Arts.

Hemos visto que ya en España, Vallejo había en vano esperado mucho de su teatro; no que buscara fama, sino que esperaba remediar su situación material, más insegura de año en año. En París, revisa y modifica ENTRE LAS DOS ORILLAS CORRE EL RÍO, el amor sustituyéndose a la vehemencia revolucionaria de la primera versión.

Trabajará LOS HERMANOS COLACHO O PRESIDENTES DE AMÉRICA cuyas modificaciones no presentan problemas de consecuencia. En cuanto a LOCK-OUT, no sufre mayores cambios.

En París, Charles Dullin, cuya acogida es tan amistosa, como íntima por su real benevolencia, y con quien Vallejo va demasiado raras veces a conversar gratamente de teatro, le expresa su deseo de conocer una pieza suya. Por efecto de una reacción más inverosímil aún que enigmática, que él mismo no podría seguramente explicar, Vallejo no lleva nada... ni volverá jamás a visitar a Charles Dullin...

Pero, por otro lado, un cualquier otro día, al azar, irá a proponer "Moscú contra Moscú" (por entonces) a Gastón Baty, no exento de pretensiones y, por lo demás, totalmente ajeno y has-

---

* En relación con "puede uno orar ... " se ha escrito :

"Durante **largo tiempo** nos preguntamos si los **tres últimos** puntos suspensivos debían atribuirse o no a César Vallejo ... La fotocopia de O.P.C. comprueba que sí se deben a la mano de César Vallejo y no son **fruto casual** ...

¡Preguntarse, largo tiempo, si atribuir o no atribuir a Vallejo estos puntos suspensivos cuando sin estos tres puntos desaparece la tragedia de estas tres palabras!

ta hostil a todo tema relativo a la URSS. Será, en París, su única tentativa con un director de teatro.

Respecto a su actividad política, ha tenido que resolverse a un reposo "forzado" —diremos— debido a la intransigencia que él opone a lo que llama "las medias tintas". Entre otras divergencias ideológicas, Vallejo no podrá admitir un "frente popular", que no es *marxismo* sino, en aquel momento histórico, *stalinismo* y por otro lado, *socialismo;* prototipo cabal: Blum.

Bajo el gobierno del "Frente popular", hemos visto a los refugiados españoles, al entrar en Francia con la derrota final, desvalijados de lo poco o ínfimo que habían logrado salvar en su huida. Hemos visto cómo se robaba la leche de las criaturas, muriéndose muchas de ellas. Hemos visto adolescentes con los párpados inferiores descolgados de uno y hasta poco menos de dos centímetros, dando escalofrío mirarlos. Hemos visto jóvenes alcanzar, tras años de sufrimientos, 20-22 años a lo más. ¿A qué continuar? Ya no se trata de hacer el juicio de Blum, de los socialistas y del Frente Popular.

Surge la guerra civil de España (18 de julio 36). Ante la magnitud del acontecimiento, Vallejo depone toda discrepancia. Vuelve a su militancia marxista incondicional, colaborando de inmediato en la creación de "Comités de Defensa de la República". Ayuda en las colectas de fondos, en mítines cuyas repetidas actuaciones y pasión no se hubiera sospechado. Consulta a cualquiera hora del día o de la noche los cables que llegan de España y son publicados en la Estación de Ferrocarriles Montparnasse. Inicia una serie de artículos de llamamiento a favor de la causa revolucionaria de España, en los que denuncia la política de *no-intervención*, sólo provechosa al fascismo, no tan franquista como internacional. "Quien no está conmigo está contra mí".

Al iniciar dichos artículos, Vallejo mismo los envía, mas luego, en razón de su situación material particularmente difícil, los entrega al Comité especialmente encargado de difundir cuanto se escribe a favor de la causa de la República. Un día, Vallejo llega al Comité y no encuentra a nadie en la oficina habitual. Después de unos segundos de vacilación, abre un cajón, el que está más a su mano, para dejar el artículo en un sitio al menos cerrado, pero queda estupefacto: ahí, acumulados, están sus artículos... No han sido enviados. Pablo Neruda los ha retenido en este cajón, "su" cajón... ¿Desde cuánto tiempo? Pálido, Vallejo sale: ni lo averiguará.

* * *

Refiriéndose a estos artículos, el director del Aula expresa a sus oyentes y lectores (conferencia ya citada):

> "Vallejo escribió por su propia cuenta unos *pocos* artículos que envió a la prensa latinoamericana, de los que ni siquiera *me parece* fueron publicados todos. ¿Para

qué seguir? Poco menos que inútil era aquello ante la inmensidad de la tragedia". [Subrayado mío].

Miembro él mismo de uno de estos Comités de Defensa, le "parece" que dichos artículos "no fueron siquiera publicados todos". ¿Por qué motivo? El "defensor" de la República española, quien se mantiene a buena distancia de Vallejo, lo ignora o finge ignorarlo.

Al llegar a París en 1937, muy avanzado ya el año pues es fines de junio, él y Vallejo, después de muy contadas entrevistas, dejan de verse, no subsistiendo en realidad conexión entre ambos. Durante el resto del año, el más doloroso que haya vivido Vallejo, el director del Aula no sabrá de su existencia sino por lo que le cuentan otros que no saben más. De haber existido entre los dos *vínculo alguno ¿es siquiera pensable* que Vallejo hubiera dejado de comunicarle que Pablo Neruda no había enviado sus artículos y que seguían en su cajón pues ahí los había descubierto, tales los había dejado Vallejo sin proferir palabra, ni mientras, ni después, ni jamás?

"¿Para qué seguir?" —pregunta el defensor de la República que concluye: "poco menos que inútil era aquello ante la inmensidad de la tragedia".

A pesar de la inmensidad de la tragedia, Vallejo, quien creía por entonces en la perfectibilidad del hombre y de la humanidad, no juzgaba "un poco menos que inútil" dar a conocer al mayor número de hombres (humanos todavía) la hórrida hecatombe que se hacía con la juventud de España, para la mayor dictadura de los Hitler del presente y del futuro. Vallejo pensaba que de semejante mayor número de hombres no podía menos que surgir una fuerza de acción que permitiera erguirse ante los destructores de la humanidad. Y pese al "¿Para qué seguir?" de J.L., quien parece ignorar que con capitulaciones racionales y huidas a tiempo estudiadas se amasan los Vietnams por venir, siguió Vallejo como han de seguir los defensores y los revolucionarios.

Pero al director del Aula *no* le "parece" un poco menos que inútil, pese a la inmensidad de la tragedia, viajar a París, no a España, un año después de estallar la guerra civil en su país, ya provisto por correo de un puesto de "defensor de la República" (¿Cuál república? —exclama violentamente Vallejo). Y no menos provisto del sueldo no poco excesivo que automáticamente se otorgan a sí mismos los miembros defensores. No cree un poco menos que inútil *aparentar defender* una causa que él mismo, como lo vemos, pronostica perdida e indefendible, *cobrándole al pueblo asesinado su defensa fantasma.* Y no cree poco menos que inútil *"seguir" en su puesto de "defensor"* (ya Vallejo ha muerto hace varios meses) *hasta la agonía consumada de España, hasta la huida final* a las "Américas, *también pagada.*

Es este impostor quien, durante años, va a perorar sobre César Vallejo muerto y sobre su vida.

* * *

Proyectando un volumen sobre la guerra civil de España, Vallejo toma notas y, por otra parte, reanuda la iniciación de obreros simpatizantes a las primeras nociones de marxismo *.

Al transcurrir las últimas semanas de 1936, Vallejo no duda que el horizonte de la República se vuelve alarmante. Va agudizándose su inquietud y no pudiendo contener más tiempo su incertidumbre, sale, en diciembre, para Barcelona y Madrid, vía Port-Bou. Está de regreso en París el 31 del mismo mes.

Fundados se revelaban la angustia y el temor de Vallejo.

El informe que nos hace el director del Aula de este viaje es desconcertante cuando no incoherente:

> "Vallejo fue en *Enero* de 1937 a España *de donde regresó al punto, quizá por haber percibido en algún sector sentimientos para él no demasiado tranquilizadores.* Cuando en París pretendió trabajar a favor de la República en los campos para los que se encontraba especialmente preparado, intervinieron gentes advenedizas de sus convicciones propias. *Se le dejó al margen, agravando su miseria*". [Subrayado mío].

En primer lugar, Vallejo fue a España en diciembre de 1936, no en enero de 1937.

Al saber que el citado director insiste hasta la letanía en el "peregrinaje por la pobreza" de Vallejo, podríase entender que, por no tener los medios de viajar y menos de permanecer allá —como así era evidentemente— él se vio efectivamente forzado a regresar a París "al punto", —10 días en todo. Pero no. A esto no va: de pronto nos sustituye al Vallejo "injustamente expulsado... que prescindiendo de toda actividad política... que permanece en silencio y rumia vagos infortunios en espera de no sabe qué novedad", por un Vallejo no menos ajeno, un Vallejo que regresa "al punto" quizá (¡feliz quizá!) por haber percibido en algún sector —de la República antifranquista pues ahí se encuentra— sentimientos para él "no demasiado tranquilizadores" (?)

¿Quién por entonces no sabe con absoluta certeza que, en el curso de su viaje, Vallejo —quien como marxista es automáticamente antifascista y por ende antifranquista, como lo demuestran

---

* Un comentarista hace observar que durante el frente popular **no** había células **clandestinas** (según expresé en "Apuntes biográficos sobre "Poemas en Prosa" y "Poemas humanos", F. Moncloa, Lima, 1968). Y, por supuesto, tiene razón. Pero tal inadvertencia es sin embargo explicable cuando durante años seguidos, han sido inseparables los dos términos.

sus mismas obras y su labor periodística desde 1929— es objeto de atenciones sólo otorgadas a personalidades especialmente consideradas, quedando probado por documentos aún existentes y palpables que él ha circulado en incondicional libertad por todo el territorio en lucha contra Franco.

Es además haber desconocido por completo a Vallejo expresar que, por percibir dichos sentimientos o peligro, él iba a regresarse dócilmente "al punto".

"Cuando en París (lo que significa: "con nosotros, los del Comité") pretendió trabajar a favor de la República..." J.L., recién llegado a fines de junio de 1937 de las orillas de la Loire y, por consiguiente, recién incorporado a los "defensores" de la República, omite un matiz: Vallejo no "pretendió" trabajar sino que trabajó efectivamente; no "pretendió" trabajar con los miembros de los Comités, no teniendo ninguna necesidad de ellos ni de nadie.

Al ser Vallejo uno de los primeros en haber ideado y ayudado —en la medida que corresponde a un extranjero— a la creación de "Comités de Defensa de la República de España" cuyo objeto y misión eran recoger y unir los dispersados esfuerzos de todos, él había ofrecido, desde luego en forma desinteresada, los suyos propios. Pero surgieron y pulularon los "defensores" de siempre aunque accidentalmente revolucionarios, que "le cortaron el paso a Vallejo en los campos para los que él se hallaba especialmente preparado" —nos dice el mismo J. L.

Es entonces que Vallejo retiró de los "Comités de Defensa" no su labor independiente y desinteresada, pero sí, su presencia.

Al formular por otro lado que había en París (es decir, repite, en los mismos Comités) "gentes advenedizas de las convicciones no digamos propias sino antifascistas y antifranquistas de Vallejo" es hacer más evidente aún que dichas gentes no eran tan sólo advenedizas de las convicciones de Vallejo sino de las, en bloque, del mismo pueblo español sacrificado y de la misma causa antifascista mundial. Y reconocer además (y es a sabiendas que él habla y escribe) que estas mismas gentes pudieron intervenir "cortándole el paso a Vallejo" *es denunciar inequívocamente la complicidad criminal de todos los miembros-defensores de la República.*

"A Vallejo se le dejó al margen..." prosigue el director del Aula. ¡Dato este por fin exactamente exacto! Es obvio decir que Vallejo correspondió con sarcástica altivez a esta cuarentena de carnaval a la que se integró desde luego el director del Aula llamada Vallejo.

Transparente queda hasta la fecha que no convenía que Vallejo, trabajando independientemente "al margen" de ellos, viera palpablemente lo que se hacía dentro de los mismos Comités de Defensa de la República antifranquista, del oro del pueblo español, *desvalijado por sus propios defensores.* Vallejo que no concebía

cobrar a España —y cobrar además una ayuda que aniquilaban como tiburones dando vueltas al barco las políticas de los demás países— no tuvo jamás, lógicamente, intención de solicitar o aceptar puesto alguno.

En cuanto al último dato de este judaico informe: "se le dejó al margen *agravando sus miserias*": ha de saber el director del Aula —quien ya no sólo omite imprescindibles matices sino, repetimos, confunde singularmente las biografías— que, para Vallejo, *cero agregado* a la suma X que él pudiera tener por entonces para vivir, o, *cero sustraído* de la misma, dan en buenas matemáticas *lo mismo*, por cuya consecuencia *le acuso de cometer con Vallejo un acto de difamación caracterizado.*

J.L. tiene toda latitud para expresar sus más diversas críticas sobre las publicadas y públicas obras de Vallejo. Pero no habiendo Vallejo dejado publicada tras de sí su vida privada, está obligado, en el dominio biográfico, a observar el principio al menos de la lealtad, no pudiendo discurrir a todo renglón, a la ligera y a su antojo, sobre hechos y datos de los que tiene recuerdos imprecisos o borrosos, cuando no inexistentes.

1937

Se abre y avanza el año 1937, el más doloroso —hemos dicho— en la existencia de Vallejo quien, al regresar de España, no ha podido reanudar su labor poética.

En junio, se habla de un Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. ¿Quién, por entonces, no se dice antifascista?

Vallejo va a representar al Perú. Quedan designados para Chile Vicente Huidobro y Pablo Neruda, quien trabaja solamente para él, quedando naturalmente anulada la designación de Vicente Huidobro. El 2 de julio, el Congreso sale de París para España. Itinerario principal entre otros pueblos: Barcelona, Valencia, Jaén, Madrid y otra vez Barcelona al regreso.

¿Vale recordar que aquel congreso, que arrasa inevitablemente con los escasísimos alimentos que aún quedan, no tendrá más resultado que el de contribuir a empobrecer un poco más a la República antifranquista?

Visitando el frente de Madrid, nos encontramos de pronto al descubierto. "¡Bájense!" —grita una voz. Una bala silba. No me muevo. Vallejo, quien tampoco se ha movido, fijamente me mira y dice: "Sé lo que buscas. ¿Qué se soluciona con esto? (el suicidio) Es absurdo". Un periodista polaco muy joven y extrañamente simpático (será matado pocos meses después) de un salto ha llegado hasta nosotros: "¿Qué les pasa? ¡Bájense, se les ha dicho!" y los tres avanzamos callados...

El 12 del mismo mes, el Congreso, salvo y sano, está de vuelta en París.

Lo siguen los restos de Gherda Taro, frágil periodista-fotógrafa de 23 años, atropellada por un tanque franquista en el frente de Teruel, cuyo retorno han estado esperando sus padres...

—"¿Mi cámara fotográfica?" —pregunta ella. Un gesto le responde que se ha perdido.

—"¡Es la guerra!" —contesta.

* * *

Refiriéndose a Vallejo-Neruda, y dado que el director del Aula presume de informado en todo, se reproduce lo siguiente:

> "Por esto digo que cuando se trataron fue en 1937. (...) Neruda tendía a adoptar una actividad político-doctrinal que nunca había mantenido hasta entonces y lógicamente se encontraba en ese aspecto cerca de Vallejo que sí la había mantenido positiva y clara (...) El seguía con los hábitos adquiridos en su bohemia de Santiago, bebía tarde y noche rodeado de amigos a los cuales quería *alistar* a Vallejo. *Este* se encontraba en la pobreza. mientras que Neruda no carecía de fondos. Neruda se empeñaba en invitarle a Vallejo a pasarse la noche de trago en trago, mas cuando eso sucedía, Vallejo sentía al día siguiente un profundo desagrado no exento de remordimiento. Sobre todo que Neruda adoptaba ante Vallejo *un aire protector, como de superioridad* que a César no le hacía ninguna gracia por lo visto. El caso es que las relaciones en vez de arreglarse entre ellos tendieron a descomponerse. Un poco después Vallejo *logró* alejarse del grupo. En sus cartas me dice: *"Neruda y Delia siguen aquí,* pero los veo muy poco". En otra carta me dice: "Acerca de los amigos", refiriéndose a los mencionados así como a otro poeta español de renombre que estaba con ellos, "nada qué contarte". (...) Así es como se produjo un distanciamiento progresivo entre Neruda y Vallejo, motivado además por las grandes reservas que César tenía sobre el modo de comportarse que él creía ligero, demagógico e interesado de Neruda frente a la tragedia española. Para Vallejo *llegó este asunto a adquirir caracteres casi patológicos.* En realidad César no se expresaba nunca mal de nadie. La mejor prueba es que ni siquiera habla mal de Franco en su libro sobre la guerra española (!) (...) Neruda acabó por convertirse en un tema obsesivo en ese año 1937. Cuando nos encontrábamos no podía dejar de criticar acerbamente a Neruda y lo que César consideraba sus ambiciones e intrigas. *Yo mismo tuve que intervenir personalmente en algún momento para cortar situaciones que se tornaban molestas para ambos".* [Subrayado mío].

Primero: Vallejo, Neruda y González Tuñón se tratan los tres por primera vez en 1935.

Segundo: Es importante recordar que J.L. regresa a París en junio de 1937, viajando Vallejo a los pocos días a España, con el Congreso Internacional Antifascista. A su regreso, el 12 de julio, ambos se distancian más o menos por completo, transcurriendo prácticamente el segundo trimestre de 1937 y los primeros meses de 1938 sin verse.

Tercero: Terco y desleal es el paralelo de Vallejo muerto y Neruda vivo que establece el director del Aula, quien desde años atrás explosiona en contra de Neruda, y proyecta a través de Vallejo sus rencores personales, arma que no es de las de Vallejo, a quien se ha visto enmudecer en medio de una conversación por haberse expresado algo hiriente para una de las personas presentes.

¿Quién más que el director del Aula quiso "alistar" en Vallejo a su Juan Bautista, si no es el mesías que él se creía?

Se sabe que Neruda, habilísimo, no iba a cambiar sus costumbres por decirse él comunista, "bebiendo tarde y noche y no careciendo de fondos", cuya fuente no averigua el director del Aula, aunque no dejaría de escarbarla si se tratara de Vallejo.

En España, muerta Gherda Taro, El Congreso Internacional de Escritores Antifascistas ya en el camino de un regreso sin esperanzas, se ve al voluminoso Neruda tratar laboriosamente de hacerse fotografiar materialmente abrazado con un burro, sin lograr conseguir la posición soñada por su mente. A unos 7 u 8 metros, sentado en el suelo, Malraux, con su "béret basque", mira en la dirección de Neruda, aunque —como se supone— cavilando en el problema que en aquel momento ocupa el pensamiento de todos los presentes.

En París, no es menos sorprendente y hasta intolerable oír a Neruda decir a las 3 ó 4 de la mañana, con su voz doliente y arrastrada de siempre: "Quiero ir a comer *mi* sopa 'á l'oignon' (que él pronuncia "ua-gnom") porque si no *me* como *mi* sopa 'á l'oignon' no soy feliz"...

Pero de ahí a lo que cuenta el citado director, hay amplio margen. En primer lugar, a partir de su regreso a París (fines de junio de 1937) y sobre todo a partir del regreso del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (12 de julio) no se encuentran reunidos Vallejo, Neruda y Larrea.

Luego, tenemos por un lado a Neruda que, por entonces, ya se ha otorgado el Premio Nobel y, por el otro lado, a Vallejo, quien no es (como lo son J.L. y Neruda) ningún asalariado a la zaga de un sueldo malamente extirpado al pueblo español, circunstancias que nos hacen muy inverosímil que estuvieran ambos dispuestos a recibir lecciones de tan insignificante fuente.

Por lo demás, he visto a Neruda cogido de fuerte y visible malestar ante Vallejo, no descartando ello que haya visto a Vallejo,

aunque menos veces, molesto por Neruda, mas nunca les oí hablarse acerbamente ni exteriorizar algún enfado. Más que el oportunismo político evidente de Neruda, molestaban las nulidades que pululaban por entonces alrededor de él. Vallejo, a quien poco importaba firmar un poema pésimo a cambio de uno suyo, no sentía rivalidad alguna con Neruda a quien él presentaba con toda naturalidad como el mayor poeta de América Latina.

En las frases "Neruda y Delia siguen aquí, pero los veo muy poco" y "Acerca de los amigos, nada que contarte" *buscamos vanamente los caracteres "patológicos"* que hubieran afectado a Vallejo, como lo pretende el director del Aula quien, además (¿y por qué?) hace secreto de otro amigo (Rafael Alberti) y prosigue:

> "... Precisamente, éste del Boletín de Nuestra España es uno de los *pequeños* dramas de que fue víctima Vallejo en sus últimos tiempos. Porque tal vez debiera de haber sido el director de dicho boletín, pero ciertas maniobras interesadas que se efectuaron dentro del grupo latinoamericano, *a que Vallejo pertenecía,* impidió que así fuese". [Subrayado mío].

Volvemos a encontrar los diminutivos que el director del Aula no deja de emplear al referirse a Vallejo: uno de los "pequeños" dramas...

En la mente del dicho director, Vallejo es un niño y posiblemente el Aula una escuela primaria.

Con éste (uno de los "pequeños" dramas de Vallejo) tenemos un ejemplo de los innúmeros chismes que originaban los revolucionarios de ocasión que gravitaban alrededor de Neruda, formando efectivamente el grupo "latino-americano" al que, obvio es decirlo, *no pertenecía Vallejo.*

Al reconocer el director del Aula que *Vallejo nunca se expresaba mal de nadie,* convendría que reparara en los informes que él propala irresponsablemente en contra de la realidad *objetiva.*

Por otra parte, agrega *inexplicablemente* que Vallejo "ni siquiera habla mal de Franco en su libro sobre la guerra civil de España. ¿Qué significa esto, cuando —como ya se sabe— *Vallejo muere antes de poder escribir, empezar siquiera, el libro sobre la guerra civil de España?*

¿Fantasma el poemario de 1935 o fantasma el libro sobre la guerra de España? *

Al regresar de España, Vallejo, convencido de lo peor, no puede sin embargo defenderse de una irreductible esperanza. Junta sus últimos apuntes a las notas ya acumuladas desde 1936. Observa cómo se cierra sobre la República antifranquista la red de la no-intervención. Por otra parte, y aunque lo entienda sólo quien

---

* Agregamos: entre los oyentes del Aula y de los simposios, no hay quien proteste, aclarando tan errado informe.

se ve acorralado en las mismas condiciones, Vallejo sufre y se queja de que no lo dejen trabajar en paz. "Si voy al café —dice— no falta alguno que pasa, entra y ¡es fantástico! viene a sentarse *a la mesa donde él ve que estoy trabajando.* ¿Cómo no comprenden que tengo que escribir? ¡Que no tengo tiempo para conversar!" Si se queda en casa, tocan de pronto a la puerta, Vallejo dando un salto hasta detrás del biombo... ¿Cómo negarse si se vive en un solo cuarto?

Aunque, una tras otra, se suceden las derrotas, Vallejo no ha escrito ni escribe palabra sobre España.

¿Habrá un lenguaje para semejante desastre?

El mes de agosto transcurre, pasa setiembre...

Y bruscamente surge de Vallejo el monólogo de meses interminables. En 80 días escribe los últimos 25 poemas de POEMAS HUMANOS y dirige a España misma su ruego y su exceso de desesperación: ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ (3set./oct./nov. de 1937).

La última semana de noviembre empieza y va a terminarse. Durante estos 80 días, nada ha cambiado en la actitud exterior de Vallejo aunque haya ampliado en una tercera parte POEMAS HUMANOS y creado ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ *.

Luego e inexplicablemente, Vallejo inicia LA PIEDRA CANSADA.

No el libro más vivido que proyectaba desde 1936 sobre la guerra civil de España...

Ni "Charlot contra Chaplín", que más hubiera podido haber logrado, teniéndolo, además, prácticamente hecho mentalmente.

El 31 de diciembre, ha terminado LA PIEDRA CANSADA.

Se levanta el primero de enero de 1938: extrañamente hase quebrado en Vallejo la trayectoria del poeta, del escritor, del autor de teatro...

1938

Cuando en junio de 1923, Vallejo se embarca para el viejo continente, le preguntan por cuánto tiempo se va. Vacilando pero con intuitivo acierto contesta:

—No sé... por mucho tiempo... 15 años por lo menos.

Al salir del Perú, Vallejo no obedece a un rencor personal ni huye de algún peligro, aunque esto se haya afirmado sin fundamento. Es por vuelo natural que Vallejo se siente impulsado hacia otras fronteras. Si nace Vallejo en Santiago de Chuco, no se ha de olvidar que en sus venas corre la sangre de dos abuelos

* Como ya decía en Apuntes biográficos de 1959, "Masa" está en germen ya desde 1929 en que Vallejo escribe: "La piedad y la misericordia humana de los hombres. Si, a la hora de la muerte de un hombre, se reuniera la piedad de todos los hombres para no dejarle morir, este hombre no moriría".

españoles y por españoles fue fundado su pueblo natal. Un pintor peruano, Sabogal, me decía una vez: "Vallejo, como Garcilaso, no es sólo peruano ni mucho menos. Voy a escribir algo aclarando esto".

Al llegar a París, Vallejo no sufre el cambio ambiental y espiritual. Pronto no concibe otro lugar para vivir y trabajar —teniendo Vallejo el derecho inajenable de vivir donde se desarrollara más su facultad creativa. Ineluctable era su arribo a Europa. Demasiado poderosas eran sus raíces ancestrales para que no crecieran sin límites apenas trasplantadas, haciéndose hasta imposible su retorno al Perú.

* * *

Al respecto, el director del Aula informa:

> "De cuando en cuando, Vallejo pensaba regresar al Perú, *salvarse* por la *huida como en ocasiones previas*. Pero se lo impedía algo... siempre algo lo mantenía a su *columna*".

('columna' que nos recuerda: *"algo así como el alfiler que inmoviliza a la mariposa..."*)

> "Y cuando ya no quedaba impedimento real, se lo estorbaba la nimiedad de un sueño. Porque su mujer, quien contribuyó no poco en la modulación de su suerte, había tenido hacia 1929 un sueño en el que había visto a Vallejo caído y ensangrentado en una revuelta callejera en Lima, agonizante. Fue este elemento irracional que a Vallejo, muy supersticioso, se le interpuso siempre que pretendió volver sus pasos al Perú".

Lo deplorable es que se "conozca" a Vallejo a través de cantidad de informes de esta categoría e índole.

No sabemos a la salvación y huida de quién se refiere él y, para colmo, agrega "como en ocasiones previas". La vida de Vallejo en sus aspectos capitales es ya suficientemente conocida para que sepamos al menos que jamás adoptó la huida como medio de salvación, *no habiendo además tratado de salvarse.*

¿Tales aserciones son siquiera coherentes cuando ya está enterado y advertido Vallejo que, en el Perú, le espera "un suplemento de investigación" en relación con los acontecimientos de Santiago de Chuco por los que él ha sufrido inicuamente 112 días de cárcel? Vallejo, por su misma inocencia, está tanto menos dispuesto a responder a este suplemento de información por cuanto el hombre nuevo que ya se ha perfilado en París se niega a comparecer ante tribunales y jueces que ya por entonces no reconoce.

Veamos la "nimiedad" del sueño que, en la mente del director del Aula, cobra singulares proporciones.

En 1924|25 *(no en 1929)*, por circunstancias banales aquí sin importancia, una señora me dice la suerte. Relato estrictamente lo esencial, es decir sólo aquello que iba más tarde a relacionarse con Vallejo:

> "El viene de lejos, —dice. Ya ha cruzado los mares. Un hombre feo... pero un ser luminoso. Será usted siempre la primera en su mente" (Luego de un cierto silencio) "Veamos la segunda parte de su vida..."

En el acto he comprendido, pero fingiendo interpretarla mal, interrumpo:

> "Cómo ¿un divorcio?"
> "No, —contesta ella— usted enviuda".

Me siento palidecer:

> "¿Será por accidente?"

Ella vacila como quien sufre un ligero vértigo:

> "... es decir... veo... veo como una revolución..."

Insisto:

> "¿Será aquí?"
> "Sí... aquí" —confirma.

Al salir, había olvidado una última pregunta:

> "¿Cuándo será?"

Hasta que se cumpliera la predicción de esta señora, no me dejó tregua alguna sino y sólo cuando, al ser expulsados de Francia, nos fuimos a España.

Ante todo, vemos que una predicción no es un sueño. Luego, en ningún momento veo a Vallejo caído, ensangrentado y agonizante, ni calle alguna de Lima, ciudad en la que aún no había pensado en mi vida. Además, constatamos que, en esta predicción, no es en Lima, *sino precisamente en París*, que va a morir Vallejo.

¿Cuál otra deducción cabía entonces si no es la de que Vallejo no debía seguir viviendo en París? Y consiguientemente ¿cómo iba yo a influir para que Vallejo *no* regresara al Perú, teniendo yo el motivo más grave para desear este retorno?

Por último, ¿qué joven no siente pasión por viajar?

No obstante, tanto por tratarse al fin y al cabo de una predicción (la que racionalmente debía apartar por completo de mi mente) como por no influir en las encrucijadas de su destino, no expresaba a Vallejo la angustia de mi deseo, presentándolo sólo como una de las diversas perspectivas que él pudiera enfocar para su futuro.

Fue entonces que empecé a sospechar y comprender poco a poco que, en realidad y en definitiva, Vallejo rehuía su regreso al Perú.

Cuando en febrero de 1932, Vallejo decide salir de España y regresa a París, renaciendo mi temor y mi angustia, un día le digo: "Diríase como si no quisieras volver al Perú. ¿Por qué, dime?" Serio, lentamente contesta: "Sabes... esa risita de Lima..." No dijo más, pero, aunque no pudiera yo ni suponer lo que significaba esa "risita de Lima", comprendí que aquella "risita" constituía uno de los motivos esenciales de su oculta pero bien decidida resolución de no volver al Perú *.

Vallejo de regreso en el Perú, no hubieran faltado motivos y hasta pretextos para enjaularlo de nuevo. ¿Acaso se hubiera callado ante la revolución de Cuba? ¿Ante la cárcel y la persecución de Hugo Blanco y de quienes lucharan por la misma causa? ¿Hubiera callado ante los asesinatos de Javier Heraud, Lobatón, de la Puente Uceda, Guevara, y muchos otros compañeros, cuyos nombres, algún día, no lo dudemos, habremos de levantar en alto, si sobrevive esta humanidad?

Que Vallejo haya ocultado su resolución de quedarse en Europa y que haya hasta dejado entender y escrito lo contrario, es cuestión suya y suyas sus razones, las que el director del Aula pretende naturalmente asemejar a "influencias de su mujer" a un elemento "irracional" como lo es la "nimiedad de un sueño de ella" (elemento no tan irracional como él aparenta juzgarlo, cuyas propias debilidades en materia de oráculos más de una vez hicieron sonreír a Vallejo). Ha de confesar lealmente que él ignoraba, no menos que quienquiera, que Vallejo, secretamente, no tenía en absoluto intención de volver a su país. Lo confiesa, en realidad, en forma inadvertida, con sólo reconocer que las razones de las que se vale Vallejo para justificar su no-regreso al Perú, son fútiles *"pretextos"*, los que, por ser justamente y sólo pretextos, reeditan en Vallejo y en su destino el mismo impedimento.

A principios de 1937, Vallejo quien, a consecuencia de su primer viaje a España sufre gran angustia al presentir el desastre español, manifiesta cierta idea de volver al Perú. (Sólo ansía subconscientemente alejarse de este desastre.) Empero, al iniciar las primeras gestiones para ello, *no es en vano ni por azar que él pone como condición al regreso proyectado la de poder trabajar libremente.* Y al mismo tiempo me participa *"Desde luego, este viaje no puede realizarse antes de 8 ó 10 meses mínimo. Este regreso tiene que ser preparado literariamente. Además, tú comprendes, tampoco podemos irnos mientras dure la guerra civil de España"*.

Vemos cómo Vallejo, primero, se reserva una puerta de salida que le permite al menos postergar aquel retorno y, luego, cómo to-

---

* En otra oportunidad, recordará el "manoseo" de Lima, no menos enigmático para mí por entonces. Manoseo del que ni muerto se librará Vallejo.

ma sus precauciones de antemano, *imponiendo él una condición, la única desde luego, inaceptable:* no vamos a admitir, en efecto, que Vallejo confía en que el gobierno peruano le va a contestar: "Conforme: ¡Venga usted a hacer la revolución en el Perú!" Llega la contestación, la que es desde luego sin alternativa: o una vida sin política o sus ideas revolucionarias marxistas. (Pero una vez más él escribe a J.L.: "Se me puso a escoger entre el gobierno y mis ideas. *Naturalmente opté por mis ideas.* Resultado: ya no puedo volver al Perú. *¡Qué te parece!* Exclamación que explota por supuesto el director del Aula diciendo: "Fue cuando, *me parece,* estaba en relación con sus viejos *amigos* apristas" ¿Por qué, si le "parece", formula él una vez más meras suposiciones? Debe aclararse que Vallejo no tenía *"amigos"* apristas y—*menos* durante la guerra de España—, sino *relaciones* apristas.

A fines de 1937, le sondeo: "Dime, Vallejo: si te propusieran una gran situación social y económica, con una gloria de éstas... muy relativas, como sabes; y una situación aún más difícil que la que tenemos ahora, con la posteridad... lo que se llama la posteridad. ¿Cuál escogerías tú?

—¡Pero la posteridad!

Insisto: ¿Aceptarías, digamos, la miseria con la posteridad?

—¡Ni se pregunta! —contesta Vallejo.

Por último, no influí, adrede o que sepa, en el destino de Vallejo. Si hubo una mujer que se preocupara por dejar entera libertad a su cónyuge, creo haber sido esa mujer. Hasta respecto a sus versos, los que sólo en parte entendía, medía con verdadera angustia mis palabras. Un día entre otros, Vallejo me lee "Cae aguas de revólveres lavados..." aún sin título, y, extrañamente insiste: ¿Qué te parece? Aún más cohibida yo por la seriedad de su expresión —vive por entonces su mayor soledad— le digo con gran tristeza: "Dime, Vallejo ¿tu poema responde profundamente a lo que has ansiado expresar? ¿Sientes hondamente que te satisface?" "Sí", contesta, triste a su vez. "Esto necesitaba saber porque, si para mí es un gran poema, ante todo ha de satisfacerte a ti tu poema. Creo... que sólo tú puedes juzgarlo".

Años después, la revista de Dom Angélico Surchamp, marzo de 1951, publicaba:

> "El mejor juez de su obra, es el artista mismo; sólo él mismo puede pronunciarse sobre las bellezas y los defectos que encierra su obra en virtud de la inspiración a la que él obedeció al crear y realizarla". (San Juan Chrysostome —Hacia 380)

* * *

Es menester recordar que en la creencia de que, por una parte, POEMAS EN PROSA fuera posterior a POEMAS HUMANOS y, por otra, que ambas hubieran sido escritas entre el 3 de setiembre y el 8 de diciembre de 1937, se ha deducido que Vallejo "presentía su muerte cercana y hasta inminente". Según los ejemplos ya citados: en "Las ventanas se han estremecido..." Vallejo *se encuentra en víspera de morir.* Es "El buen sentido" uno de sus monólogos *finales.* Y "¡Cuatro conciencias!..." *uno de los últimos poemas* de Vallejo, *en estado semidelirante* y a quien no le queda *sino el definitivo partir*".

Restablecidas las fechas respectivas de las etapas de POEMAS EN PROSA (1923/24-1929) y de POEMAS HUMANOS (oct. 31/feb. 32-21 de nov. de 1937) habría que concluir entonces que Vallejo, desde 1924 hasta 1937, es decir casi durante *14 años, no sólo ha dejado de ser poeta* —como ya lo hemos hecho observar— sino y además, ha presentido durante el mismo lapso su muerte, cercana y hasta inminente.

Muy sorprendentes resultan estos datos si se sabe que Vallejo tenía el sentimiento de que iba a vivir mucho, enseñando como prueba, medio en serio medio en broma, su impresionante línea de vida, o citando una frase de su tío Daniel: "No creas, mocito, la vida es larga... ¡muy larga!"

Para Vallejo, la muerte no representaba un momento —determinado y limitado, cercano o lejano. Para Vallejo, la muerte es permanente. Permanente como la vida. Y es así como él vive conjuntamente una y otra. Asimilar la muerte prematura de Vallejo a la muerte permanente, presente en sus poemas, que vive Vallejo como vive su vida, es esencialmente erróneo.

No cree Vallejo su muerte cercana o inminente, ni tampoco le viene a la mente entre el 3 de setiembre y el 21 de noviembre de 1937, que no le queda más que el "definitivo partir" —como muy errónea e inconscientemente escribe el director del Aula.

No la presiente siquiera en 1938. En los últimos días de febrero, o sea un mes y medio antes de morir, Vallejo dice a su alumna, una egipcia a quien dicta clases de lengua y literatura castellana: "Nada ha terminado. (Se refiere a España.) ¡Queda aún mucho que decir! ¡Queda aún mucho que hacer! Además, ... estoy joven todavía, soy fuerte. Mi mujer... ¡una niña! quiero tener un hijo. Yo quiero que tengamos un hijo".

Palabras, no tergiversables, que demuestran netamente que Vallejo está lejos de presentir su muerte y el "definitivo partir..." Vallejo, al contrario, ya se orienta hacia una labor mayor, renovada, ardua y larga.

En estos mismos días, me dice en tono contenido, no sin algo de amenaza: "Por ahora, sólo cabe aguantar y callar, pero... espera que todo esto termine (el drama español)... ¡Entonces!..." Se puede suponer que no proyecta callarse Vallejo.

Luego revela que quiere tener un hijo... Palabras desconcertantes si se sabe que en todo momento él se ha negado a tener familia.

Desde cierto tiempo ya, Vallejo sufre de una fatiga general que él lamentablemente no toma en consideración. El primero de febrero, el radiólogo, Dr. García Calderón, compatriota suyo, le toma una radiografía de los pulmones. (Esputos con muy ligera reacción inflamatoria. Flora microbiana banal. BK, cero.) Vallejo queda completamente tranquilizado. Los días se suceden hasta que llega el 13 de marzo, un domingo...

Al terminar de almorzar, Vallejo se tiende contra su costumbre "un momento —dice— a descansar un poco"...

Al día siguiente, tiene fiebre... carece de apetito... Amigos médicos, compatriotas suyos, le visitan, recetándole una que otra pastilla, sin llegar a tratarlo propiamente. Cuando les expreso que Vallejo está *mucho más grave de lo que ellos creen*, interiormente se impacientan. Paternal, el Dr. Max Arias Schreiber, entre ellos, exclama: "¡Nunca se hubiera visto morir a un hombre que *sólo está cansado!*"

Alertado por el Dr. R. Porras Barrenechea, por entonces delegado del Perú ante la Sociedad de las Naciones, el ministro F. García Calderón gestiona el traslado de su compatriota a una clínica y propone su médico, el Dr. Lejard, quien acepta tratar a Vallejo —quien, visiblemente no le cae bien— sólo por no perder su prestigio a los ojos de su eminente paciente. Considerando que ello lo compromete, Vallejo durante dos días declina dicho traslado, y Lejard, su único médico ejecutivo, siempre apurado como entre dos compromisos más urgentes, y cuya incapacidad se hará más palpable a medida que corren las horas, *tampoco atribuye mayor gravedad al estado de Vallejo.* El jueves 24 de marzo Vallejo es trasladado a la Clínica Arago. Cuando llega el Dr. Lejard no estoy: he tenido que regresar a nuestro cuarto para recoger las obras de Vallejo que no hemos traído.

Francisco García Calderón viene a visitar a Vallejo. Circula entonces el rumor de que "Vallejo se ha vendido a los García Calderón".

Tendido en su último lecho, no habrá quien se sienta lo suficientemente garantizado por la "genialidad" de Vallejo, *la que nacerá póstuma,* como para arriesgar 2 ó 3,000 francos antiguos para salvarle la vida.

Al día siguiente, Lejard no aparece... Pasa el segundo día, nadie... Y Vallejo dice: "Los médicos son duros, vanidosos, cobardes, crueles, vindicativos..." Desesperada, al tercer día doy parte al Dr. Arias Schreiber de este inconcebible comportamiento, quien a su vez, dado el tiempo transcurrido, demasiado tarde está también invadido por una seria inquietud, y exclama, indignado: "¡Cuatro días sin ver a un enfermo que necesita de una y

hasta de dos visitas diarias! ¿No será que el gobierno quiere deshacerse de Vallejo?"

¡Cuatro días enteros desaparece Lejard!

El 29 de marzo, son aproximadamente las tres de la tarde. Vallejo me mira, intensa su expresión, dice: "Escribe". Y dicta:

> "Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios"

"Los médicos son duros, vanidosos, cobardes, vindicativos...": Lejard, en efecto, hasta le toma cólera a Vallejo. Cuando el miércoles 13, intenta hacer la punción lumbar que él "aconseja", no logra hacerla, y Vallejo lanza un grito sordo a cada una de sus dos abortadas tentativas. Lejard entonces deja brutalmente en manos de la enfermera que lo sostiene, a Vallejo, sentado semimuerto al borde la cama, al borde de su agonía, de sus dos últimos días de vida...

El jueves 7 de abril, han llamado al eminente Lemiére, quien declara: *"todos los órganos son nuevos"*, agregando como para sí mismo: "¡Ojalá que encontráramos uno en mal estado!... Veo que este hombre se muere... pero no sé de qué..."

Y a última hora, Lejard y los médicos peruanos firman juntos: "Aconsej*amos*..."

¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde han llamado a Lemiére! ¡No han podido ni llamar a tiempo a nadie!

* * *

Años después, esta fatal derrota será pasto de los "hippokratés de circo" del Aula llamada Vallejo y de sus enconadas polémicas, publicadas a costa de los que siempre han de pagar. No ha habido dinero para el Vallejo vivo, pero hay dinero, mucho dinero, para las sesiones de estos profesores y seudo-biógrafos que han ignorado que 22 días, más una agonía, dejan en una clínica huellas *indelebles*.

* * *

En relación con el último pensamiento dictado por Vallejo, se ha escrito:

> "Sobre un texto apócrifo atribuido a Vallejo en los últimos momentos por un alma caritativa... Sobre este punto traté en cierta ocasión con Juan Ríos a quien inquirí y demandé por el original tras lo cual me aseguró *irónico y sin convicción* alguna, que no existía por haber sido dictado".

1) Decir y publicar que es texto apócrifo el último pensamiento dictado por Vallejo mismo y a él atribuido por un alma caritativa (yo), demuestra terminantemente, una vez más, como ya he

dicho, la *fragilidad de criterio* de ciertos críticos y profesores de literatura.

2) Juan Ríos, quien me conoce, *sabe que el último pensamiento de Vallejo es de Vallejo.* Pero padece, como se advierte apenas se le trata, de la "risita de Lima", la que años después y hasta en París, aún recordaba Vallejo.

3) Dudo que se pueda ser más violentamente atea que yo.

* * *

Al respecto, se lee en otro comentario:

> "O.P.C. reproduce meramente —sin fotografía— la declaración que Vallejo *habría* hecho el 29 de marzo de 1938, de modo que quedan confirmados nuestros temores; ahora podemos estar seguros de que no se podrá dar un paso más en esta *desagradable* discusión". [Que subrayamos].

No muy compatibles "temores" y "desagradable".

Siento no haber podido fotografiar la voz de Vallejo.

Asimismo se ha de sentir que la palabra de la propia compañera de Vallejo hasta la fecha, no pueda disipar estos "temores".

Soy la única persona que ha presenciado día y noche, desde el primer minuto hasta el último, la enfermedad y la muerte de Vallejo (no pudiendo tomar en cuenta la llegada de dos personas 20 minutos antes de que expirara). Por último, *no tengo ningún motivo para mentir.*

Si el eminente Lemiére, ante los órganos nuevos de Vallejo vivo y en posesión de su historia clínica, no pudo sin embargo determinar de qué se muere, no faltará en el futuro y en el Aula llamada Vallejo, los siempre —bien— informados quienes, ellos sí, saben de qué ha muerto Vallejo. Según uno, *de tuberculosis;* según otro de cáncer; según un tercero, de hambre; y hasta de sífilis, según un sifilítico, al segundo grado, en su criterio. Para corroborar su tesis, éste *aclara:*

> "... los prejuicios están tan arraigados... determina que se oculten las enfermedades como algo vergonzoso. Esto puede haber ocurrido en el caso de Georgette por tratarse... de una bretona bastante supersticiosa en todos los órdenes. Ella debe haber tenido especial interés en que no trascendiera el tipo de enfermedad de Vallejo. Lo cual es ridículo. Muchos casos han habido como el de Baudelaire..."

a) No se ha visto, que sepamos, caso de sífilis, al segundo grado, sin aparentes síntomas, apoderarse de una persona y matarla en 33 días en forma tan enigmática.

b) ¿Qué relación puede haber entre la "superstición de una bretona" y el "especial interés en que no trascienda el tipo de enfermedad"?

c) Si se sabe que los médicos ignoraban de qué se moría Vallejo, ¿cómo iba yo a pensar en la sífilis?

d) La "bretona" no es bretona. La "bretona" ha nacido en París, como lo prueban sus documentos de identidad.

e) ¿Qué puede pensarse de un hombre (Vallejo, en este caso) que se casa ocultando una enfermedad de tan funestas consecuencias para su cónyuge y eventualmente para sus hijos?

f) ¿Cómo explicarse que la mujer de dicho hombre no haya contraído el mismo mal?

g) Si es ridículo tener especial interés en que no trascienda el "tipo de enfermedad", es decir la sífilis, ¿por qué aboga por la sífilis de Baudelaire y no por la suya propia?

El director de los debates, un Sr. Montenegro, expresa:

> "No se puede pedir al escritor X una rectificación de cosas que él afirma bajo su *responsabilidad*" [que subrayamos].

¿Ha dicho el citado Montenegro responsabilidad o irresponsabilidad? Singular Aula en la que el director de los debates se permite expresar su *personal* aprobación y su *plena confianza* hacia la persona que tiene la palabra.

Mucho más tarde se sabrá que Vallejo ha sucumbido a un paludismo muy antiguo. El eminente Dr. Carlos Urquijo que hemos encontrado ya en páginas anteriores de estos apuntes, a quien había expuesto los síntomas que presentaba Vallejo, me escribió luego, de Buenos Aires:

> "Debo decirle que cuanto más medito sobre la enfermedad misteriosa que acabó con la vida de Vallejo, sobre la que tuvimos oportunidad de intercambiar nuestras coincidentes impresiones, más me convenzo de que se trató de un viejo paludismo, reactivado como consecuencia de factores exteriores desfavorables actuando sobre un organismo debilitado. Si tiene usted entre sus amigos algún joven médico, aconséjele que realice una investigación sobre el tema, que puede resultar de interesante publicación científica..."

Un corto estudio ha sido realizado por un médico peruano, el Dr. Silva; pero, publicado en un órgano periodístico, no ha tenido la difusión adecuada a su género.

* * *

Hemos visto que Vallejo y J.L. no se ven desde tiempo atrás. Este reaparece cuando Vallejo está ya en la clínica. Vallejo no

lo recibe. Buen calculador, es *por teléfono* como él seguirá a Vallejo "hasta tenerme a los pies de su lecho en el momento de su muerte", palabras que hacen creer que Vallejo hubiera muerto en sus brazos. Ciertamente no.

Avisado por la habitual llamada telefónica, ha caído a la Clínica Arago instantes antes de que muriera Vallejo, y es en forma *impuesta* que asiste a los últimos 20 minutos de su vida. Al llegar, abre la puerta del cuarto donde agoniza Vallejo y, *dejándola abierta*, ahí se queda parado, los brazos cruzados. *Y es frente a esta puerta abierta de par en par*, entre esta presencia *impuesta*, repito, y la de un cantante de cabaret, *que ha de morir Vallejo.*

* * *

> "Así murió Vallejo, *en presencia* de su mujer y de sus dos amigos Juan Larrea y Cutto Oyarzún"

escribe el director del Aula cuyo impudor ignora que un hombre muere en sí, no *"en presencia de..."* y menos "en presencia de su mujer".

En cuanto al Sr. Oyarzún: estamos en la segunda quincena de diciembre de 1937. Hemos, no ahorrado, sino guardado de hecho, no sé cómo, doscientos francos (unos doscientos soles de hoy) por la superstición de no entrar al Año Nuevo en pobreza total. Un lunes por la mañana se presenta Oyarzún. El y su mujer cantan en una *boite de nuit.* Me pide, por ironía, doscientos francos. Jura sobre su palabra de "honor" que los devolverá el miércoles. Le entrego los doscientos francos que tenemos guardados. Pasa el miércoles. Oyarzún no aparece. Llega el 31. Son las nueve de la noche. Vallejo, recordando los doscientos francos, me pregunta, haciéndose el contento: "¿Qué hacemos, coneja mía?" Y he de contestar: "Ya no tengo los doscientos francos, Oyarzún me los ha pedido prestados..." Vallejo cogido de una verdadera desesperación ha juntado las manos que levanta hacia mí: "¡No me digas, amor mío, que has dado los doscientos francos!" "¡Sí!, pero los hubieras dado tú también, como yo" Caigo en una silla, sollozando, y Vallejo, abrazándome, repite: "¡No, amor mío! no llores... no llores..." Pero no puedo ya dejar de sollozar, no por los doscientos francos, no sé por qué... y casi gritando, digo: "¡Oh, Vallejo, este año va a ser muy bueno o terrible!"

Son diez para las doce, sigo sollozando. Estamos aplastados de pena, una pena inmensa...

"¡Sanguijuela!" exclama Vallejo.

Al respecto, el director del Aula expresa:

> "Georgette se los dio no obstante ser lo único que poseían. Cuando Vallejo se enteró más tarde le reconvino: "Pero cómo has dado el único dinero que teníamos".

Claro que a *renglón seguido* se queja Georgette de que su *marido* se murió de hambre. Yo desconozco la veracidad del *cuento*. Pensará el profesor Sosa que *la contradicción íntima que encierra descubre un mundo muy extraño*... Pero no puedo aclarar nada. No tengo dato ni recuerdo ninguno acerca de estos *pobres* doscientos francos". [Subrayado mío]

Primero: Nunca he dicho que Vallejo muriera de hambre.

Segundo: un Vallejo no se muere de *"hambre* de *comer"*.

Tercero: Dos palabras nos revelan la naturaleza del afecto que él tiene para Vallejo: la veracidad del "cuento", esos "pobres" doscientos francos.

Cuarto: Dice desconocer la veracidad del "cuento". Entonces, ¿cómo sabe que Vallejo me "reconvino"? No conoce más "la veracidad del *cuento*" que la retención de los artículos de Vallejo por Pablo Neruda. Además Vallejo y él, por entonces, ya no se veían.

Quinto: "la contradicción íntima que encierra descubre un mundo muy extraño". Descubre, ante todo, la crapulosidad de aquel a quien el citado director tiene la osadía de llamar el "amigo" de Vallejo (siendo él, el otro).

Respecto a similares aseveraciones, veamos dos hechos más:

1) Un tal Mossisson —que el director del Aula sitúa igual y naturalmente entre los "amigos" de Vallejo— tenía máquina de escribir y Vallejo, por entonces, no. Le pregunta por qué, teniendo él máquina de escribir, no va a trabajar a su cuarto. Vallejo, quien no hubiera podido por supuesto escribir poemas o cualquier otro trabajo creativo al lado de Mossisson, piensa que puede al menos pasar en limpio los que tiene, y acepta. El primer día, todo va muy bien. El segundo día, Mossisson le pide unos cuantos francos. El tercero, le pide más que la víspera. Y asimismo el cuarto, quinto y siguientes días... Vallejo deja de ir. Muy poco tiempo después, estando nosotros en la calle, nos damos de pronto con Mossisson, quien se aproxima inmediatamente a saludarnos. Aquel día teníamos 25 francos que Vallejo llevaba en el bolsillo de su camisa. Observo, un tanto irritada, que Mossisson se coloca frente a frente y muy cerca de Vallejo. El rostro todo tendido en alto (Vallejo es bastante más alto que él), agresivo le mira y le dice duramente: "Préstame 25 francos". Sus gruesos labios se han puesto a temblar imperceptiblemente y fija a Vallejo con un desafío poco menos que intolerable. Sin una palabra, Vallejo saca del bolsillo de su camisa, los 25 francos que tenemos y se los entrega. Despidiéndose con la mano, le lanza: "¡Adiós! Que te vaya bien".

25 francos nos permitían vivir tres y hasta cuatro días. Ahí mismo, fui donde un dentista y le pedí que me arrancara una

funda de oro que él, muy amablemente, me compró sin cobrar consulta.

2) Unos dos o tres meses antes de lo que llama el "cuento" el director del Aula, pasa por París un cierto Eudocio Ravines, ex-secretario del A.P.R.A., y, por entonces, secretario del Partido Comunista peruano, pasándose unos años después de la muerte de Vallejo al fascismo. Con el dinero que él, desde años atrás, nos adeuda (préstamo que es obra de Vallejo, no mía), puede salvarse la vida de Vallejo. Hundido en su buena situación, Ravines, *no tiene un gesto* y nosotros, *ni una palabra...*

Se ve que "la contradicción íntima que encierra descubre un mundo muy extraño".

* * *

En lo que se publica en relación con Vallejo enfermo, no se observa ni más exactitud, ni más consideración y respecto, ni menos desorden.

Increíblemente, leemos publicado:

"Los críticos no están de acuerdo sobre su muerte"

¿Es acaso esa una función de la crítica literaria?

El director del Aula, entre otros, escribe:

> "Un día cayó enfermo, no se sabe de qué. Decaimiento, un poco de fiebre y de *desarreglos gástrico-intestinales.* Su mujer *se asusta* y gracias a que se asusta su mujer, le internan en una clínica, *por cierto muy buena.* Allí la temperatura empieza a subir más y más. Llega a 39 grados, a los 40. Mientras y *a lo largo de varias semanas* le someten *diariamente* a exámenes *de toda especie...* Al principio, sus síntomas *corresponden al sector de lo gástrico* y en esa dirección. Después le hacen *todos los análisis habidos y por haber, incluso de enfermedades tropicales* con los correspondientes hemocultivos". [Subrayado mío]

Lo que expone este informe puede corresponder a cualquier enfermo, *pero aún así es falso.*

El director del Aula que se da también de médico —no careciendo de colegas, como ya se ha visto— nos entera en su incongruente estilo, que su mujer *"se asusta"* y gracias a que *"se asusta"* le internan en una clínica "por cierto, muy buena", —"por cierto", a lo más, decente.

Lo que no dice —ni osa decir quizá— el director del Aula (reproduciendo en su conferencia publicada una carta de G. More que lo dice por él), es que, al verme *"asustada"*, los médicos diagnostican que *soy loca.*

Por desgracia, los hechos son los hechos: Vallejo no sufre —ni "al principio" ni luego ni jamás— de desarreglos gastro-intestina-

les, ni presenta síntomas correspondientes "al sector" de lo gástrico "y en esa dirección" (sic).

Desde la una, más o menos, de la tarde del 24 de marzo hasta el 5 de abril (muriendo Vallejo el 15, a las 9 y 20 de la mañana), los "diarios" exámenes de "toda especie", análisis "habidos y por haber", "incluso de enfermedades tropicales", son *tres:*

1) examen completo de sangre (21 de marzo)
2) examen completo de orina (29 de marzo)
3) examen completo por 2ª vez de sangre (5 de abril)

a los que se juntan las recetas de Lejard, quien receta a ciegas...

En extremo sorprendente es, al final del informe, este *"incluso de enfermedades tropicales"*. Al ser tratado un paciente *peruano*, ¿no debían lógicamente los médicos *peruanos* haber empezado por ahí? Aquello constituye lo que merece, en la opinión del citado director, ser llamado *"los recursos totales de la ciencia"*.

* * *

A fines de 1967 o principios de 68, había leído una carta que Gonzalo More escribe el *19* de abril de 1938 (según dice), pensando que había sido reproducida en toda su extensión. Es sólo en mayo de 1971, al recibir "Aproximaciones a César Vallejo" que la leí entera, quedándome estupefacta y con una indignación que yo sola puedo medir.

Creo imprescindible glosarla, subrayando los errores —que no son en realidad errores sino formas de reacciones propias de Gonzalo More quien era eminentemente desordenado, exagerado y hasta comediante. Leí de casualidad un comentario en relación con él del que recuerdo estas pocas palabras: "Gonzalo More tuvo la misma trayectoria *limpia* y generosa de César Vallejo, con quien hizo el viaje del Perú a París".

El informador, según se observa, está muy mal informado pues Gonzalo More no hizo el viaje del Perú a París con César Vallejo. Cuando llega en *1930* a París con Helba Huara y la hija de ella, se ve una sola vez con Vallejo que está ya desde hace 7 años en Europa, saliendo poco después para España, a consecuencia de su expulsión del territorio francés. Es sólo en 1932 que comienzan las relaciones de amistad de los Vallejo con los More, siendo Gonzalo un amigo, digamos, relativo de Vallejo. Es inteligente, agudo, sarcástico, y en cierto modo divertido, pero totamente amoral por no decir inmoral. Cuando More necesita de algunos francos se los pide a Vallejo que se los da si los tiene. Mas la *sola* vez que Vallejo, desprovisto de papel para escribir, le pide *cuatro francos*, le contesta sin el menor reparo: "No tengo".

Lo raro no era que More no tuviera cuatro francos, lo raro es que los tenía: Helba ha dado la víspera un recital de danza y el espectáculo ha terminado a las once de la noche... Aunque poco gratos, estos detalles no alteran las relaciones existentes.

Se alterarán cuando Gonzalo More, orgánicamente mucho más de derecha que de izquierda, se proclama revolucionario comunista, logrando colocarse en uno de los puestos de defensores de la República. Ello, y muchos otros aspectos, autorizan a pensar y expresar que nada permite unir su trayectoria a la de Vallejo.

Dice More:

> "Georgette, *como de costumbre, se arregló* para *disputarse con Lejard durante la primera consulta.* No sé lo que pasó, pero el hecho es *que Lejard se negó* durante varios días a asistir a Vallejo, dando como razón que su mujer era loca".

No tuve ninguna "disputa" con Lejard. Pero conviene recordar aquí que fue en relación a él que Vallejo me dijo: "Los médicos son duros, vanidosos, cobardes, crueles, vindicativos..." Gonzalo More, aunque no lo advierta posiblemente su mente desordenada y excesiva, formula categóricamente las más graves acusaciones contra Lejard, único médico ejecutivo de Vallejo, ligado profesionalmente por juramento: El médico que deja de atender, por motivo *que fuere,* (sin avisar ni mandar quien lo reemplace) *a su paciente, no pudiendo además ignorar y hacer abstracción del estado de gravedad de quien se muere a los 22 días, comete, a sabiendas, un acto criminal.*

> *"Cada vez se hundía más,* y lo *veíamos* perder terreno *con una velocidad tremenda.* Entonces Georgette, desesperada, apeló a una serie interminable de magnetizadores, astrólogos, magos y brujos, que le fatigaban horriblemente. Jorge Seoane, lleno de rabia, tuvo un día una disputa de órdago con Georgette que le había obligado a estar sentado mientras le hacían los pases magnéticos".

¿Cómo podía saber Gonzalo More que "cada vez (Vallejo) se hundía más" si no había visto a Vallejo desde antes de su entrada a la clínica y estando terminantemente prohibidas las visitas?

Aquí tenemos la medida del descontrol de Gonzalo More, manifiesto hasta en sus cartas. Tal enumeración es tan inadecuada como indecorosa en semejante momento, siendo fechada esta carta el *19* de abril: Vallejo ha sido sepultado la misma mañana. En este párrafo tenemos al Gonzalo More que hemos conocido, al Gonzalo More quien, armado de un cuchillo de cocina muy regular, perseguía a la hija de su mujer, bramando: "¡Te voy a degollar! ¡Ahora mismo te tiro por la ventana!", etc. Agregando, una vez calmado, con todas sus letras: "¡Esta h... de p... me vuelve loco!"

No sé si una persona que pasa 33 días de pie día y noche es compatible con aquélla de quien habla Gonzalo More. No se podía de ninguna manera pedir el menor esfuerzo ni el más míni-

mo cansancio a Vallejo. Sin embargo, al tentar la punción lumbar ya mencionada no impedirá que el Dr. Lejard siente a Vallejo medio cuerpo desnudo y semimuerto al borde de la cama sin preocuparse de su cansancio no "horrible" *sino mortal...*

El 8 de abril, por primera vez (y la única) la fiebre ha subido hasta 41. Desde hace dos días, Vallejo tiene hipo... —tanto más temido por cuanto ningún médico puede siquiera aliviarlo. ¿Quién no pretende haber visitado a Vallejo en la clínica? *Pero ¿quién ha mencionado jamás el hipo de Vallejo?*

Una amiga mía que acaba de enviudar de su marido de 24 años, me habla de Pierre Pain. Practica la acupuntura y ejerce en casos excepcionales su don de magnetizador. Aunque en forma particular, solicitan sus servicios en el Hospital de la Salpêtrière. A los 21 años ha tenido los pulmones quemados por los gases durante la guerra de 1914-1918. El solo se sostiene en vida. Tras vacilar mucho me decido y le llamo.

Obvio es decir que Vallejo no debe ni sospechar su presencia pudiendo sufrir un shock al creer que se ha tenido que acudir a otro médico. Cuando llega Pierre Pain, el viernes 8, por suerte Vallejo duerme. Pierre Pain pasa de inmediato a la cabeza de la cama, detrás de Vallejo. Durante dos horas, concentrándose, mantendrá una mano en el aire a unos 40 centímetros de la cabeza de Vallejo, quien, en un delirio no bien determinado, pronuncia de cuando en cuando una que otra palabra y vuelve a cerrar los ojos como si dormitara. Cuando Pierre Pain se desliza para salir, diciéndome: "Hay una esperanza", *el hipo ha cesado,* Vallejo duerme y dormirá toda la noche un sueño regular sin interrupciones. Pierre Pain queda en venir a las tres del día siguiente.

El sábado al mediodía, entra el Dr. Max Arias Schreiber y apenas ve a Vallejo exclama: "¡Pero, amigo mío, está usted mejor! ¡Está usted mejor! Y sólo repite: "¡Está usted mejor! ¡Está usted mejor!"

A las tres debe regresar Pierre Pain. Es en vano que le esperaré... *¡Sin avisarme, le han impedido entrar!* Sólo lo sabré muerto Vallejo... Hoy día, como entonces, tengo que decir: voluntaria o involuntariamente, *han hecho lo que había que hacer para matar a Vallejo.*

El hipo que había cesado el viernes muy avanzada la tarde, ha vuelto el domingo por la mañana... El lunes 11 entra Vallejo en agonía...

> "El 14 de abril —prosigue More—víspera de su muerte, llegué yo a la clínica a las nueve de la mañana y y desde afuera oí unos gritos desgarradores, los médicos habían decidido hacerle una punción lumbar... en el estado de debilidad suma que se encontraba César, la punción no pudo réussir (lograrse)... Cuando terminó la punción entró en agonía... La fiebre había subido a 41.5..."

Como ya se ha visto, Vallejo lanzó un grito sordo a cada una de las dos tentativas abortadas de Lejard.

No es desde luego por el "estado de debilidad" de Vallejo que no pudo hacerse la punción, sino por la torpeza de Lejard.

Tampoco ha subido a 41.5 la fiebre. Una sola vez, repetimos, el 8 de abril, sube a 41. El 13, es de 40.2 por la mañana, 40.6 por la tarde y 40 por la noche. El 14, la única toma indica 40.6 (que no es 41.5).

> "A las diez de la noche, regresé y el estertor se oía desde afuera... Llegué a la clínica minutos antes de las nueve de la mañana... la puerta del cuarto de César se abrió y la mujer de Oyarzún salió corriendo, pero antes pude entrever la cama de César y lo vi rígido y con la cabeza para atrás. Hacía cinco minutos que había muerto. Estaban en el cuarto Juanito Larrea que también acababa de llegar y Georgette".

Es lamentable tener que desmentir cosas tan penosas, pero, por la ubicación misma del cuarto, cuya ventana estaba cerrada no era posible oír desde afuera el estertor de Vallejo, y ello por dos razones: por haberse presentado el estertor muchísimo más tarde y ser débil. No sé, además, de estertores que atraviesen paredes y recorran semejantes distancias.

Si More hubiera llegado unos minutos antes de las nueve, no hubiera encontrado a Vallejo muerto, pues expira a las 9.20.

No puede abrirse la puerta que, al llegar, ha abierto ya J.L., quien la ha dejado abierta y ahí mismo se queda.

No puede salir la señora de Oyarzún que no se encuentra en el cuarto.

More, en cambio, no ve a Oyarzún, quien, él sí, está sentado no lejos de la cama.

No tiene la cabeza para atrás Vallejo, sino un tanto inclinada hacia el pecho.

Tampoco puede estar rígido Vallejo que acaba de morirse al instante. ¿Quién no sabe ésto?

> "Las enfermeras nos hicieron salir del cuarto para vestirlo. En el cuarto se sentía ya el olor de la muerte".

Gonzalo More que teme a los muertos y a la muerte no ve ni cuenta en forma objetiva sino como alucinado. Las enfermeras tardan una media hora antes de entrar para vestir a Vallejo. ¿Cómo en tan corto lapso va a sentirse el olor a la muerte?

> "Cuando salimos con Juan*ito*, entraba un cura que no sé quien tuvo la idea de llamar. De ahí la leyenda de "El Comercio"... te explicaré toda la intriga que aquí se tejió para hacer aparecer que él se había confesado y co-

mulgado. Pero, y en nombre de la memoria de César, te doy mi palabra de honor de que César ni pensó en curas ni vio a ninguno".

¡Memoria de Vallejo! ¡Palabras de honor! ¿Qué sabe Gonzalo More de lo que pensó o no pensó Vallejo a quien ni vio?

> "La mujer de Oyarzún que pasó toda la noche junto a la cabecera, cuenta que llamó a su madre y que media hora antes de morir dijo: "España, me voy a España". Estas fueron sus últimas palabras... Vivió y murió con una clara conciencia política, como un verdadero comunista".

La señora Oyarzún no pasó toda la noche junto a la cabecera. En su última noche, del 14 al 15, ya va a clarear el alba, Vallejo, la cabeza derecha resposando en dos almohadas, pronunció con timbre singularmente claro: "Palais-Royal" *. *Es la última palabra que Vallejo ha pronunciado,* entrando luego en coma.

No sé de enfermos que hablen en estado de coma, particularmente "media-hora" cronometrada antes de morir. Haber estado presente a la última media-hora de vida de Vallejo autoriza a concluir la insensatez de quien afirme cosa tan tristemente absurda.

Por lo demás, en los 33 días que estuve a su lado día y noche, *nunca oí que Vallejo llamara a su madre,* u otra persona de su familia, ni a nadie *.

Se ha de saber que, entre los muy contados papeles que deja Vallejo, no figura el más mínimo recuerdo de su madre o de su padre. Doy a conocer este dato a título estrictamente biográfico, el que hace dudar por completo de la aseveración de la mujer

---

* **Palais - Royal**: Palacio - Real: jardín histórico a media cuadra de la calle Moliére y al lado posterior de la Comédie - Française.

* J. L. escribe, él también, que Vallejo "lo llamaba **a gritos**" (como si Vallejo **hubiera podido gritar**). Es de aclarar que es su mujer quien se lo ha dicho.

En otro comentario se puede leer :

"Monguió da la versión siguiente ... quien se apoya en Iduarte."

"Allí ... pronto ... navajas ..."

Monguió se apoya en Iduarte (con quien no teníamos ningún vínculo), quien se apoya en un tercero ... "Allí ... pronto .. navajas .. " es absolutamente falso.

Agrega el mismo comentario :

"La versión de Coyné cuenta que a las cinco de la mañana llamó a su madre y media hora antes de morir ha gritado "España, me voy a España" y luego, nada."

También **grita** Vallejo en la versión de Coyné, la que estriba en el testimonio de More, quien entra por primera vez en la habitación de Vallejo cuando ya está muerto y se funda en el relato de la Sra. Oyarzún.

¿Qué versiones, pueden pretender gentes que tienen la osadía y el cinismo de relatar lo que no han presenciado?

de Oyarzún. Por otra parte, no sé de hombres —ni digamos hombres con cerebro fuera de lo común— que al morirse a los 45 años, llamen a su madre.

A partir de su tercer viaje y desde antes inclusive, Vallejo ya no hace alusión afectiva a su familia o a su pueblo. Recuerda Raúl González Tuñón que, cuando conoció a Vallejo en París, en 1935, *"daba la impresión de haberse olvidado de su país"* (Homenaje a Vallejo — *Hoy en la Cultura*, Bs. Aires, 1966). Tiene y no tiene razón Tuñón, porque si Vallejo no menciona ni a su pueblo ni a su familia, menciona en cambio a menudo y, por su misma ideología, al Perú en tanto que fenómeno socio-económico y político típico que más conociera.

> "Durante cuatro días estuvo expuesto en el cuarto de la clínica. Cada día el olor de la descomposición del cadáver se hacía más violento".

En otra parte, dice que tal era el olor que volvió a su casa, se duchó, se friccionó desesperadamente con no se sabe cuántos alcoholes y aguas de colonia y que seguía sin que pudiese desprenderse de aquel olor (fragmento que se asemeja a la frenética enumeración que hace de magos, astrólogos, brujos, etc.) Veamos los hechos.

Toda clínica desea y procura ocultar no sólo la muerte de sus pacientes sino, y sobre todo, sus consecuencias. Vallejo murió a las 9.20 de la mañana del viernes 15. El sábado 16, el escultor efectúa la toma de la mascarilla. Por la tarde, llevan el cuerpo al laboratorio *para proceder al embalsamiento.*

Al día siguiente, 17, son las once u once y media. Sin tocar, abre la puerta, irrumpiendo el director del Aula en el cuarto donde estoy sola con Vallejo muerto: "¡Usted ha ordenado funerales religiosos!" Voy a contestar y explicar que no "¡No la creía tan bestia!", lanza este señor cortándome la palabra. Y, cerrando la puerta, desaparece.

El término "bête", en francés, implica, como las lenguas de Esopo, lo mejor y lo peor, y por consiguiente tiene la más extensa gama de matices, lo que no justifica la intervención de la "semántica" que arguye el citado director: el tono de la voz y la intensidad de la mirada sitúan y determinan la intención de dicho término.

A eso de las doce del mismo día 17, bajan a Vallejo *embalsamado* a la capilla ardiente de la clínica.

> "El día 17, me enteré... la legación peruana estaba en momentos de arreglar los detalles para hacerle un entierro religioso. Funerales en la *iglesia, curas, monaguillos y todo el bazar.* No sé si con razón o sin ella creí que el gobierno trataba de traficar políticamente con la muerte de César. Nos pusimos de acuerdo Juan*ito* Larrea y

> ... a fin de que se pidiera *oficialmente* a la Legación del Perú el *derecho de enterrar a Vallejo* ... y el 19, a las 6 de la mañana, trasladamos el *cadáver* a la Maison de la Culture... Naturalmente, la Legación *no pudo negarse* ... ese día, sin exageración, los más grandes escritores de Francia asistieron al entierro... En el cementerio tomó la palabra Aragón ... y a continuación yo, a nombre del P.C. ... Yo tuve que hablar así por varias razones: primero *por poner en su lugar la posición* de César y *hacer constar que había vivido y muerto como un revolucionario.* Segundo: porque el P.C. francés lo creyó necesario". [Subrayado mío]

Notamos, sin insistir, la tercera enumeración relativa a los funerales religiosos apenas menos frenética que las dos anteriores. Omite Gonzalo More informar que, al salir de la Maison de la Culture, el convoy emprende bruscamente el camino a toda velocidad. "¿Por qué esta carrera?" —pregunto yo al conductor. "Hemos cobrado hasta las doce, señora. Tenemos que llegar a 10 para las doce al cementerio". Aniquilada, no tengo la más leve iniciativa de protesta. Llegamos efectivamente a 10 para las doce a la puerta del cementerio". "¡Era tiempo!", exclama el hombre satisfecho y secándose el sudor.

Ha de agregarse que era semana santa: casi todos los escritores se encontraban fuera de París.

Luego observamos que Gonzalo More no concluye: "Por supuesto, la Legación no iba a negarse", sino "Naturalmente, la Legación *no pudo* negarse", matiz en el que transparenta un cierto desafío sin lugar y deja sospechar una cierta resistencia u oposición por parte de la Legación que no hubo ni había razón para haberla. Por una parte, la Casa de la Cultura de París abarcaba, al menos en el campo de las palabras, escritores de las más diversas ideologías políticas. Por otra, la Legación peruana, consecuente con su papel, no pretendía reivindicar *el derecho de enterrar a Vallejo,* sino que lo asumía en virtud de su misma función.

Es curioso que Gonzalo More, último en colarse entre los "defensores de la República", recién nacido del stalinismo del frente popular, tome la palabra, siendo *peruano,* en nombre del Partido comunista *francés* y sea *quien garantice que Vallejo ha vivido y muerto en revolucionario,* mientras el propio Aragón se revela, hasta en el campo de las palabras, de una reserva sin igual cuya ambigüedad no escapa a nadie:

> "En él (Vallejo) se articulaban el lenguaje de los conquistadores y las tradiciones incaicas y el milagro consistía en que hallasen su síntesis en esta *fe moderna* en un mundo *mejor* que había hecho de Vallejo no sólo un poeta sino también un *combatiente* del ~~*socialismo*~~".

"fe moderna", "mundo mejor", "combatiente", "socialismo" por entonces encarnado por León Blum, cancerbero de la no-intervnción.

Si sabemos: a) que "se había dejado a Vallejo al margen cuando en París había pretendido trabajar a favor de la República"; b) que aquellos que lo habían puesto al margen habían sido los mismos en tacharlo de trotskista, no sintiéndose manchado Vallejo (*Hoy en la Cultura*, ya mencionado, ver González Tuñón) quien por disciplina no participaba del trotskismo y por no ser oportuno debilitar las filas revolucionarias del momento; pero no por ello dejaba de reconocer la valentía y el acierto de sus directivas decisivas e irremplazables en el terreno de la acción revolucionaria vencedora; c) que Vallejo no admitía "frente(s) popular(es)" ni creía en "Casa(s) de la Cultura" aunque igualmente por disciplina callara sus objeciones contra ambos y hasta fuera secretario de la sección peruana en la misma Casa de la Cultura de París; d) y por último, si nos atenemos a las propias reticencias del mismo Aragon en el cementerio, *no poco sorprende, desconcierta e indigna que, en repentino acuerdo, "Juanito" Larrea, reaccionario inveterado y Gonzalo More, revolucionario marxista ocasional, pretendieran salvar la memoria de Vallejo póstumamente insultada por un entierro religioso, cuya religiosidad, como en otros innumerables casos, se limitaba a lo ritual.*

Para quienes ven, sistemáticamente y ante todo, lo autobiográfico en los poemas de Vallejo, recordamos los siguientes versos suyos:

> Ten presente que un día
> ha de cantar un mirlo de sotana
> sobre mi tonelada desnuda

No poco desconcierta e indigna, repetimos, que, con la mayor naturalidad, "Juanito" Larrea y Gonzalo More, igualmente reaccionarios, igualmente oportunistas e igualmente inmorales en la circunstancia de la guerra civil de España, *salven la memoria de Vallejo con un entierro de tartufos.* ¡Qué fácil resulta pedir, *"oficialmente, el derecho de enterrar a Vallejo!"* pero *"corriendo naturalmente con todos los gastos la Legación peruana"* cuyos fondos no tenían olor a la hora de *recuperar post mortem a Vallejo puesto, ayer no más, al margen.*

Y termina la carta:

> "Felizmente ahora gano lo suficiente para cubrir todos *mis gastos* y los de *Helba* y los de *Elsa* con *holgura*, pero comeremos una buena "canca" de carnero a tu nombre e invitaré al negro y a Mossisson..." [Subrayado mío]

Una ganga, la guerra civil de España. Un pretexto para comer, la muerte de Vallejo.

* * *

"Aproximaciones a César Vallejo" señala:

> "Georgette (de Vallejo, por favor) señala las inexactitudes, *—según ella—* de esta carta".

Esta carta ("histórica", según dice quien la recibió) ha sido reproducida a título de "conmovedora" por el director del Aula llamada Vallejo en su conferencia publicada, entre otros testimonios de la misma índole.

Los seudo e improvisados biógrafos de Vallejo —muchos de ellos habiendo ignorado hasta su existencia— han presentado y siguen presentando en sus trabajos sui géneris las más graves inexactitudes, los más intolerables errores, viéndose finalmente y a pesar mío en la más impostergable obligación de poner orden cronológico y auténtico a los hechos (Apuntes de 1959 y 1967). Cambiando de método, con todo impudor y sin indicar por supuesto su fuente, mencionando a lo más: O.P.C., AV., VP., etc., ellos han incorporado a sus trabajos, escandalosamente adulterados y hasta difamatorios, la mayor parte de los datos de los mencionados "Apuntes..." nueva y distintamente redactados por ellos, publicando luego estas mixturas, las que biográfica, artística y moralmente, no tienen relación con el autor.

Si, por excepción, tienen que referirse a dichos "Apuntes...", es para llenarse de sospechas y de dudas, aunque rigurosamente desprovistos de fundamentos o base.

El caso presente (¡dos palabras!) confirma lo que expreso, pero, sobre todo, confirma el género y naturaleza de la mentalidad de quienes, en las universidades y publicaciones, se encargan o están encargados de "biografiar" a César Vallejo.

* * *

Pese a las declaraciones del director del Aula, obvio es decir que, en ningún momento, se me consultó sobre el género de funerales que había que hacerle a Vallejo. Para ello, la Clínica Arago se dirigió a quienes iban a asumir los gastos, es decir, a la Legación peruana, en todo consultada desde que Vallejo había ingresado a dicha clínica. Consecuentemente no tuve que decidir, ordenar o *prestarme* a ningún género de entierro. Tampoco expresé el deseo de que Vallejo tuviera un entierro de "cierta pompa" o "lo más ostentoso posible". Dadas las reticencias ambientales, habré manifestado cuanto más, quizá sí, que sea *digno*... Al respecto de dicho entierro religioso, pretendidamente pedido por mí, el director del Aula exclama:

> "De ahí la indignación de los *"amigos"* y *"compañeros"* de Vallejo, sobre todo en aquellos momentos en que el catolicismo adoptaba una actitud en extremo beligerante *contra la causa por la que Vallejo había ofrendado su vida. Me pidieron que les ayudara"*. [Subrayado mío]

Todos le piden ayuda: ¡Vallejo! ¡Los amigos de Vallejo! ¡Los compañeros de Vallejo! ¡Y hasta Pablo Neruda! Y llevado por su ira, hasta *reconoce* J.L. y lamenta jesuíticamente "... contra la causa por la que Vallejo había ofrendado su vida", pero sin especificar que, desde 1929, Vallejo había ofrendado su vida, no a la República de España en particular, sino a la causa *social-marxista universal.* Y ¿quién que fuera revolucionario no había que no temiera que, de terminar la guerra civil española con el triunfo de la República, esta misma República volviera a ser lo que han sido y son todas las *repúblicas*? Esto mismo precisamente es lo que esperaba el director del Aula.

Pero y por el momento, ¿a qué "amigos" y "compañeros" de Vallejo se refiere él? ¿Quiénes son? ¿Negará, negándose a sí mismo, que Vallejo "puesto al margen" ha muerto en perfecta cuarentena —la que desde luego le honra? ¿Negará que Vallejo ha replicado pasando por alto a estos póstumos indignados cuya indignación no explotaba al sacar sueldos no poco abusivos de un pueblo ya desangrado? En la Clínica Arago, Vallejo me ordena: *"No vuelvas a ver a nadie". Yo digo: a na-die.* ¿Negará que una enorme mayoría de las clases sociales católicas: intelectuales, escritores y artistas, eran al menos antifascistas y, consiguientemente, abiertamente a favor de la República antifranquista? ¿Negará que la acción política del catolicismo (en el año 1938 ya nadie se hace ilusión sobre la total derrota final) no era entonces ni había sido, ni podía ser más inicua que la acción adoptada, desde julio de 1936, por los agentes y adeptos de la no-intervención? Ni tampoco podía ser más nefasta que la del mismo Frente popular, cuya primera medida había sido eliminar a los revolucionarios demasiado revolucionarios (disolución de la C.G.T.U. que pretende unir a la C.G.T.) mutilando a la causa española antifranquista con toda premeditación (no ceguera, aunque ya no se sepa cuál de las dos es peor) una ayuda revolucionaria esencialmente leal.

El director del Aula nos da la medida de la confusión (o cinismo) ideológica de los pretendidos "amigos" y "compañeros" que él tiene la osadía de atribuir a Vallejo, al informarnos con seriedad, al parecer, que le pidieron, *a él,* que les ayudara, afirmando por otra parte, aparentemente con la misma seriedad: "Pero faltaba el consentimiento de 'la' viuda".

Si tal pretendida importancia hubiera tenido 'la' viuda, hubiera yo exigido, el mismo 13 de marzo, que Vallejo fuera atendido en forma radicalmente distinta —aunque infinitamente menos onerosa, *salvándose su vida:* "Nunca se hubiera visto morir un hombre que sólo está cansado" había exclamado el Dr. Arias Schreiber.

En ningún momento, he dicho, se me consultó, hasta que surgió algo hasta entonces impensado: ¿Dónde se iba a enterrar a Vallejo?

Ahí, sí, me consultaron. Y no es que acudieron a mi "consentimiento", sino a la solución que en este serio problema pudiera quizás ofrecer...

Contesté que, aunque Vallejo no pensara morir, había expresado en uno de sus acostumbrados paseos en el Cementerio Montparnasse en el que había escrito muchos versos: "¡Qué grato será descansar en este cementerio!" Agregando: "Me gustaría descansar aquí". Podríase, por consiguiente, adquirir, como lo había hecho a la muerte de mi madre en el Cementerio Montrouge, un treintenario para Vallejo en el Cementerio Montparnasse. Debo decir que vi pintarse los rostros de un evidente asombro muy parecido a la más visible reprobación. "Pero... ¡Sería muy costoso! ¿Por qué un treintenario? Si tres años era lo correcto, lo usual y *lo suficiente...*" A la fuerza iba a tener que aceptar cuando reflexioné que, transcurridos los tres años, no tendría, más que probablemente, ni con qué renovarlos... y opté por hacer inhumar los restos de Vallejo en la concesión de mi madre, compuesta de tres nichos.

* * *

Apenas sepultado Vallejo, será Gonzalo More, cuyo terrible desorden es conocido, quien viene a pedir los originales, en nombre de "Paz y democracia" que resuelve editar los versos póstumos de César Vallejo. Sin la menor objeción los entrego a More, quien los lleva sin recibo, no teniendo yo ni copia de ellos.

Después de un tiempo *mucho más que regular,* fracasado el flamante proyecto de "Paz y democracia" por haberse acabado el oro del pueblo español para cosas secundarias como lo es la publicación de unos versos... More me los devuelve sin explicación —la que no pido. Cuando ya están seriamente en vías de publicarse dichos originales, More declarará: "Yo, cuando vi los poemas de Vallejo en manos de *esta gente,* dejé de ocuparme del asunto". "Esa gente" significa el Dr. Raúl Porras, quien ofreció en nombre de ocho personas y en el suyo, la edición de los versos inéditos de Vallejo. More, por entonces, había dejado precisamente, desde tiempo atrás, de "ocuparse del asunto".

* * *

En una de las sesiones del Aula llamada Vallejo, se discute un tema que, en primer lugar, no se hubiera sospechado que pudiera ser movido por personas desprovistas de los elementos científicos requeridos en semejante caso y, por consiguiente, *incompetentes.*

En segundo lugar, confirman un hecho de cuya autenticidad no poseen la más mínima prueba. Tercero, dicho hecho, seriamente perjudicial en sí, *es falso,* y tomado de un vulgar relato que su autor se permite titular "Biografía novelada".

El director del Aula habla:

> "... César Vallejo —Dolor y poesía". Su autor, el escritor peruano, un *buen amigo de Vallejo,* Armando Bazán, debía sesionar con nosotros. Pero sus quehaceres en Lima no le han permitido venir". [Subrayado mío]

No son sus quehaceres en Lima que han impedido a dicho autor y "buen amigo" de Vallejo, sesionar con los miembros del Aula sino el temor, al ser interrogado, de tener que contestar.

> "Si aquí estuviera, me hubiera gustado hacerle unas preguntas. Pues bien, este libro, muy valioso en no pocos aspectos, tiene desde el punto de vista que ahora nos importa un defecto reconocido por él mismo, puesto que en su solapa se autocritica de "Biografía novelada" de César Vallejo"

No se trata aquí de "reconocer un defecto". Una biografía *novelada* es una cosa y una biografía malamente inventada por un irresponsable, es otra.

> "He aquí lo peligroso cuando se mezcla la fantasía del biógrafo, se siembra inevitablemente no pocos gérmenes de distorsión que luego se transmiten de libro en libro, acabando por deformar la fisonomía del héroe... el libro de Bazán contiene algunas *inexactitudes* que estimo *conveniente corregir a* causa de su significación".

Loables palabras que no inculcan prudencia ni a su autor ni a los miembros del Aula que tratan de la vida de Vallejo como de algo descifrado de alpha a omega.

> "Una de ellas, por ejemplo, es la relación que Vallejo tuvo con Vicente Huidobro. Dice Bazán con frecuencia que eran ambos muy amigos, buscándose mutuamente... Se veían de cuando en cuando y al pasar en la Rotonde o cualquier otro café de Montparnasse... Precisamente conocí a Vallejo en casa de Huidobro en setiembre de 1924. Vallejo llegó una tarde, *no sé si* con la esperanza de alguna ayuda económica..." [Subrayado mío]

¿*Si no lo sabe,* por qué formula tal suposición? —la que luego se revela errada. Vicente Huidobro, amigo o no amigo, no era hombre de suposiciones ofensivas arbitrariamente formuladas, ni acerca de la memoria de Vallejo ni de nadie.

> "... Quizá por aderezar su obra y hacer más interesante la figura de su héroe sostiene Bazán..."

"*Aderezar*", término que sitúa la clase literaria y el nivel moral del autor Bazán.

> "Son varios los detalles con que adorna Bazán la biografía de Vallejo que merecen aclararse. Por ejemplo, di-

> ce Bazán que Vallejo portaba un anillo más que precioso, sobre el que se ha hecho bastante literatura y no de la buena. He leído incluso en algún libro que podía ser obsequio misterioso de una mujer. Era en efecto un anillo grande, con un *ágata* de color oscuro. Se lo regaló *sencillamente* Fernando Ibáñez, un español amigo en 1926. Era de plata y de bastante bulto" [Subrayado mío]

Siento rectificar. Primero: no era un ágata, sino una *cornalina*, y muy propio es el color de la cornalina. Un óvalo de cornalina, repito, de dos centímetros y medio de largo por dos de ancho. Segundo: No era "sencillamente" Fernando Ibáñez quien se lo había regalado.

Una noche del verano de 1928, cruzábamos Vallejo y yo por el bar de la Rotonde de Montparnasse, cuando se detiene Vallejo exclamando: "¡Hombre!" cambiando fuertes palmadas con un amigo con quien, por lo que viera, tenía el más evidente gusto de encontrarse. Dirigiéndose luego a mí y enseñándome su mano izquierda, me dice: "Aquí ves a Antonio Riquelme que me regaló este anillo que te gusta demasiado". Muy delgado y poco alto, Riquelme, muy simpáticamente ríe y ríe. Desde tiempo ya conocía de nombre a Riquelme y sabía que al levantar su vaso, decía con convicción sacerdotal: "Buvons pour être meilleur" (Bebamos para ser mejores).

> "Bueno, luego, muchas de las cosas que dice Bazán sobre Georgette no son exactas. La presenta como si fuera descendiente de Napoleón y de Luis XIV, como si fuera posible serlo de cualquier manera de los dos. Es decir Bazán refiere que la madre de Georgette se daba mucha importancia, que poseía cuadros de Renoir... No. No tenía unos Renoir. Era *propietaria* de dos cuadr*itos* de André Lhote que Georgette vendió, lo que desde el punto de vista artístico tanto como el económico es bastante diferente".

Según lo expuesto por el mismo director del Aula, ya se hace más que evidente que el autor de esta biografía "novelada" de Vallejo presenta síntoma patológicos.

Luego, se observa el empleo de diminutivos por el director del Aula, los que van a repetirse en determinados casos en las siguientes páginas.

Mi madre, enferma, era la persona más discreta y *modesta* que hubiera. No era "propietaria" de dos cuadr*itos*, sino que teníamos dos cuadros de André Lhote, un Dignimont, un Juan Gris (en la habitación de mi madre cerrada después de su muerte) y un cuadro chino del siglo XVIII. No eran unos Renoir, sin embargo, quisiera haberlos tenido aún en estos últimos años!

El director del Aula no relata menos inexactitudes que Bazán. Dice, por ejemplo: "Picasso no vio nunca a Vallejo". Totalmente

falso. *Picasso vio a Vallejo e, inclusive, Picasso y Vallejo se hablaron.* ¿Cómo iban a "no haberse *visto nunca*" dos personas quienes, a lo largo de 13 ó 14 años, van a las mismas exposiciones de pintura? En 1932 ó 33, la pintora española Maruja Mallo expone en París. Cuando llega Vallejo a su exposición, Picasso ya está en la sala. Habiendo poco público, Vallejo ve a Picasso y Picasso ve a Vallejo. Digo: *ve.*

En 1936, estamos en el 2º piso de la galería de Pierre Loeb, el "marchand de tableaux", amigo de Gertrude Stern, entre otros personajes internacionalmente conocidos, y de la mayoría de los pintores de fama, descubridor además de muchos de ellos. Loeb y Vallejo hablan de arte negro, del que Pierre tiene una colección de lo más selecta. Llama la secretaria por el teléfono interior y anuncia desde abajo: "El señor Picasso" —quien, por supuesto, sube, haciendo Pierre Loeb las presentaciones, *y la conversación se reanuda.*

Picasso y Vallejo —pero esto es otro tema— no se atraían.

En cuanto a los 3 dibujos de Vallejo por Picasso, el de frente *es una infame y siniestra deformación del original.* y el que ha sido reproducido por todas partes únicamente por ser de Picasso, *no tiene nada de Vallejo.*

Una buena fotografía, aunque sin firma de ninguna clase, como es —de puro azar— la de Córdoba, *es un tesoro.*

El director del Aula prosigue:

> "Desde otro punto de vista, se plantean en el libro de Bazán *un par de temas...*

(Chocamos nuevamente con la terquedad estilística propia del autor: *un par de...*)

> *"un par de temas de la mayor importancia, trascendentales incluso, a los que no se hace referencia en ningún otro sitio.* Son difíciles de considerar en público por ser temas correspondientes a la vida amorosa de Vallejo. Ahora bien, si se desea realmente comprender lo que es un poeta y no queremos quedarnos en la superficie sino ahondar un tanto, creo que es imposible eludirlos"... [Subrayado mío]

Inventado o no, pero, sí, falsamente atribuido a Vallejo, es muy explicable que no figure en "ningún otro sitio". En todo otro sitio, se ha dudado, sana y racionalmente, que un hombre de la categoría de Vallejo, relate aventura semejante. Pero el director del Aula quien, lógicamente, no oyó ni supo de un hecho sin vínculo con Vallejo, comprende que le conviene aparentar creer en el relato de Bazán, teniendo así y una vez más —como se va a observar— la oportunidad de comentar e interpretar este nuevo dato biográfico de Vallejo, no exento de ridícula morbosidad.

En esta sesión, como en otras, se ha malgastado tiempo en considerar realidades de lo más superficiales, pero que poseen al menos una existencia. El hecho que va a debatirse ahora, hasta carece de existencia —en relación con Vallejo, repito. Siendo yo la segunda persona en este pretendido hecho, estoy particularmente autorizada para denunciar en el mismo, el producto barato, bajo y patológico de una ficción fabricada en vista de resultados ni siquiera enigmáticos.

Al haber hecho de nuestra vida —la mía empezando y terminando con Vallejo— la plaza pública que ha hecho el director del Aula llamada Vallejo, haré "las correcciones del caso" a los culpables errores o rencores de este mal señor.

No creyendo en Dios, no tengo para deponer mi juramento más altar que el de mis ojos, no pudiendo pensar sin estremecerme que, sola en esta tierra, pudiera volverme ciega. Es sobre mis ojos, digo, que juramento que estas líneas que estoy *escribiendo, no encierran la más mínima alteración de la verdad.*

Un día de agosto de 1929, alrededor de las tres de la tarde, Vallejo y yo estamos leyendo una obra de teatro en alta voz. Todas las habitaciones separadas de las escaleras por una entrada guardan plena independencia. De pronto suena el timbre... "Sigamos" —dice Vallejo. La tarde transcurre. A las seis, tenemos que salir. Cuando abrimos la puerta, nos encontramos con un hombre sentado ahí mismo en la escalera. Es Bazán. Ha estado sentado en la escalera desde las tres de la tarde, esperando que Vallejo vuelva o salga. Advierto su frente estrecha y, en su rostro, algo de un cierto y trivial triunfo. Me parece más cerca del enfermo que del hombre sano.

Cuando vivimos en 1931 en Madrid, Bazán está también ahí, sin tener qué hacer y siempre solo. "¿Es su costumbre de vivir solo?" —pregunto a Vallejo, quien me contesta veladamente. Creo comprender que Bazán sufre de impotencia sexual.

Flaco, las orejas sucias, el terno arrugado y con olor a húmedo y a moho, nos acompaña por las calles, los bolsillos llenos de pedazos de pan que se hacen migas irreconocibles y negras. Con sus manos como untadas de grasa extrae de rato en rato pequeñas raciones que él come, caminando y discurriendo de marxismo. Un cierto día trata a Vallejo, quien ha hecho ya dos viajes a la Unión Soviética, de "menchevik". En adelante, oigo a Vallejo puntuar de "hom... hom... hom... hom..." los monólogos a Bazán. Regresará a Lima y será encontrado, como su compatriota Mossisson, suicidado en su cuarto.

El director del Aula:

> "La presencia de la mujer, que hoy es su viuda, constituyó uno de los grandes factores que intervinieron en el desarrollo de su vida. No se puede por lo tanto prescindir de ella para comprender la obra de Vallejo y su significación. Esta persona, Georgette Vallejo, vivía en la

"*estrecha*" rue Moliére, donde vivía también Vallejo, en un "*hotelito*" que conocí perfectamente, desde mi llegada a París, en febrero de 1926. La ventana de su cuarto daba... a las de un apartamento en el que solía verse... a una muchacha muy joven y a su mamá. Como buen peruano... Vallejo empezó a sentirse fascinado por aquella muchacha que veía evolucionar a pocos metros". [Subrayado mío]

Como había de ser, el director del Aula dice la "estrecha" rue Moliére, la que tenía tres pistas, más las veredas respectivas, lo que da una *distancia de ventana a ventana bastante distinta a la distancia que representan los "pocos metros"* que él refiere.

En lo que se relaciona con el "hotel*ito*" en que vivía Vallejo, hay que precisar que la rue Moliére es transversal de la Avenida de la Opera (la que conjuntamente con la rue de la Paix fueron hasta 1925/28 las arterias más elegantes de París e inclusive de Europa, guardando, aunque desplazadas por los Champs Elysées, su elegancia y distinción de fama internacional), y, por lo demás, está situada a una pequeña cuadra de la Comédie Française y a tres del teatro de la Opera. Tal calle, quiero decir, no puede tener el "hotelito" de barrios bajos que por el contexto y el diminutivo sugiere el director del Aula.

"Hay que tener presente que al mismo tiempo Vallejo vivía *una bohemia de aspectos muy crudos*".

Siento rectificar categóricamente: en 1926 y 1927, Vallejo *no pasa* (sin hablar de bohemia o no-bohemia) *por momentos muy crudos*. Tiene tres fuentes de entradas regulares: su empleo de secretario de "Los grands journaux ibero-americain*s*", y sus dos colaboraciones periodísticas de las revistas *Mundial* y *Variedades* de Lima. El obsesivo "peregrinaje por la miseria o la pobreza" nos demuestra que el citado director no puede ya ni abordar objetivamente ningún aspecto biográfico de Vallejo.

"En ese mismo cuarto, sin embargo, *Vallejo estuvo conviviendo con otra muchacha* un poco menos joven, *cosa que no dificultó ni interrumpió* sino relativamente *las relaciones de ventana a ventana;* relaciones platónicas, de coqueteo, de flirt, ya que aquella era una muchacha de familia y muy jovencita... Lo cierto es que llegó un momento en que, no recuerdo si porque la encontró en la calle... trabaron relaciones directas. Lo cuenta Bazán y a mí me consta. *Se pusieron en relaciones directas, y por este motivo Vallejo se desprendió de la compañera* con que vivía". [Subrayado mío]

Agregaré que no recuerda tampoco cuándo y cuánto tiempo "trabamos relaciones directas", *siendo ello de la mayor importancia dadas las extrañas afirmaciones* que él formula con absoluta se-

guridad, como la de las "relaciones de ventana a ventana" pese a que Vallejo "conviviera con otra muchacha", etc. Los hechos son los siguientes:

Conozco a Vallejo cuando viene a vivir en el Hotel de Richelieu —de vista, desde luego. Cuando Henriette Maisse viene a convivir con él (en mayo de 1926, según dice el director del Aula), *nunca me ha hablado Vallejo. Ni siquiera ha buscado hablarme.* Es en febrero de 1927 que Vallejo se presenta por primera vez. Son las 6 de la tarde, ya de noche por ser este mes en Francia pleno invierno. Estamos en la calle Montpensier que bordea al histórico jardín del "Palais-Royal" (última palabra que ha pronunciado Vallejo) a media cuadra de la casa donde mi madre y yo vivimos. Vallejo quitándose el sombrero me saluda y veo una gran luminosidad blanco-azul alrededor de su cabeza...

Todos los lunes, voy a cenar con una tía, hermana de mi padre. En aquellos tiempos, la madre sabe a cualquiera hora dónde encontrar a su hija y hasta a su hijo. A un cuarto para las siete, tomo un carro a la misma puerta de casa, el que me lleva en 12/15 minutos máximo a la de mi tía que vive en la calle Rívoli. A un cuarto para las 10, mi tía que ha bajado conmigo, me pone en otro coche que me regresa en las mismas condiciones a la puerta de mi madre. Por otra parte, voy los miércoles o jueves, a un mercado especial situado a unas tres o cuatro cuadras de nuestra calle, del que regreso a las 10 y media. Vallejo manifiesta el deseo de acompañarme los lunes. Los miércoles o jueves, propone esperarme en un café de la Avenida de la Opera: "Le Carillon". Vallejo acostumbra venir con un libro o dos. Me traduce poemas de "Los heraldos negros". Habla de su vida, de sus proyectos, volviendo a menudo sobre su ansiedad de emprender una gran obra que no ha podido ni puede principiar todavía. "Como lo habrá visto usted —dice— tengo aún que organizar mi vida".

En mayo, tiene que viajar a España, cuestión de tres o cuatro días.

Es entonces que Henriette Maisse se presenta intempestivamente. Sabe —dice— que Vallejo me espera en "Le Carillon" y, no sin hacer alusión a ciertos ácidos, desea conocer mis intenciones. "Señora —le digo—, el Sr. Vallejo no puede haber pensado en una situación como la que usted expresa, y yo, menos". "¿Desde cuándo se conocen?". "Tres meses". "¿Y qué le dice a usted entonces?" "Habla de lo que piensa escribir, me traduce a veces poemas suyos y de otros". Nos despedimos.

Volverá de España Vallejo sin que lo sepa siquiera. Asimismo se mudan y desaparecen de la calle Moliére.

Anteriormente, el mismo director del Aula ha escrito en su citada conferencia:

> "1926. En mayo, asiduo concurrente del Café de la Régence, conoce allí a Henriette (leer Henriette Maisse).

Con ella de compañera, vivirá alrededor de dos años y medio, primero en su cuarto del *Hotel* Richelieu, y bastante después, en el Hotel Garibaldi en el Bd. del mismo nombre".

He aquí que la calle Moliére no es ya la *"estrecha"* rue Moliére, y el Hotel Richelieu no es el "hot*elito*" donde vivía Vallejo.

Más de un año después, encontraré a Vallejo a media cuadra de nuestro edificio. Me saluda y se acerca. Su aspecto es el de una persona en mal estado de salud. Me impresiona su expresión de intensa tristeza. Siento que él quisiera decirme algo. No se resuelve... y nos decimos adiós.

> "Mas lo extraño, *según cuenta Bazán,* es que cuando se encontraron por completo a solas (Bazán lo refiere en forma embozada, modificando las circunstancias del suceso que sitúa en el Bosque de Bolonia, cuando *en realidad ocurrió en privado*), cuando *extendida* y en un rapto de entrega le echó los brazos al cuello, Vallejo, dice Bazán, sufrió un choque *fortísimo* casi de enloquecimiento al sentir en ella algo como la presencia de su madre. Se echó a llorar *hondísimamente* y con ello regresaron. *El mismo Bazán* me ha *revelado* por carta detalles *exactos* que recuerda por haberlos oído a Vallejo. Creo que a mí en cambio no me los refirió por no encontrarme en este momento en París. *El hecho es fundamentalmente cierto, según cuenta Bazán. Quiere decir:* que situado en un momento determinado y *crítico* de su vida ante una mujer joven y atractiva no pudo sentirse varón. Al contrario. Fue presa de una llorera angustiada que sólo le permitió comportarse como un niño en relación con su madre. Creo que este episodio *es de interés sumo* para ver cómo va a desenvolverse después la psicología de Vallejo. Quizás nos permita establecer algunas conexiones con sus experiencias primeras". [Subrayado mío]

¿Cómo no sentirse penetrado de la más desesperada indignación ante semejante y degradante incoherencia de quien explica *psíquicamente* a Vallejo sobre referencia de una anécdota "novelada" sin relación con él, y producto evidente de un cerebro desequilibrado, corroborando el director del Aula su estudio *psíquico* con detalles que él juzga y declara *"exactos" pues proceden de la misma fuente:* Bazán.

Acaba de precisar que conviene hacer las "correcciones del caso *a causa de la significación de las inexactitudes"* pero al llegar al "Bosque de Bolonia (donde pretendidamente está) *extendida* la futura compañera de Vallejo", olvida las "correcciones del caso" y confirma en la forma más arbitraria y hasta contra toda verosimilitud "el par de temas" tratados en el libro de Bazán y

que no figuran en ninguna otra parte —*sorprendentísima unicidad que (aparentemente)* no despierta en él ni sospechas ni dudas:

> "... cuando *en realidad ha ocurrido en privado*
> ... el hecho es *fundamentalmente cierto, según* cuenta Bazán
> ... *El mismo Bazán* me ha escrito detalles *exactos*"

En la opinión del director del Aula que se agita al sólo oír nombrar a Vicente Huidobro en relación con Vallejo, no se ha de discutir siquiera la palabra de quien desfigura o deja a Vallejo en mala postura. Tiene la pretensión y la ingenuidad ya muy madura (incluso sus colegas) de explicar psíquicamente a César Vallejo, así sencillamente como explicaría él su propio yo. El solo hecho en sí (ya probado) que el director del Aula se asemeja y tenga puntos comunes con seres como G. More y Pablo Neruda, nos convence una vez más que carece de capacidad y altura moral, al dar crédito, publicidad y difusión a semejantes insanias no teniendo de las mismas los más mínimos datos de autenticidad.

Para coronación, el citado director, quien participaba a Vallejo, delante de su mujer y yo, que los balazos y detonaciones de Madrid le provocaban deseos sexuales, agrega las increíbles siguientes palabras:

> "De aquí que estos datos de *su* experiencia *no se pueden ocultar ni suprimir. Hay que tratarlos con la caridad natural, con el respeto con que se deben manejar estas cuestiones...* son cosas *reales, existentes*". [Subrayado mío]

Parecen que estamos aquí ante un caso irremisiblemente más "existente" e incurable que el de Vallejo, el que, ciertamente, no honra ni el Aula ni la Universidad de Córdoba: ¡Jamás se ha visto autor más impúdicamente escarbado, más patológicamente disecado y triturado, más vorazmente comercializado que el autor Vallejo!

* * *

A principios de 1968 o últimos días de 1967, leo las siguientes palabras que Vallejo mismo ha escrito en mayo de 1927:

> "5 (o 25?) de mayo de 1927
> Peleé con Georgette y he hecho volver a Henriette"

Desconcertada, trato de comprender. Luego, sólo trato de apartar de mi mente esto que he leído.

En mayo de 1971, recibo "Aproximaciones a César Vallejo", —dos volúmenes de artículos— más una biografía, conglomerado de elementos sacados de las anteriores, publicados por el recopilador Flores, en la que vuelvo a encontrar lo mismo, aunque más extenso:

"5 (ó 25?) de mayo de 1927:
"En cuanto a zorrillas, peleé con Georgette y he hecho volver a Henriette. Así son las cosas inesperadas. En todo caso estoy más tranquilo porque, además, me he venido al Hotel Garibaldi para evitarme complicaciones mujeriles"

Vallejo, injustamente, se expresa en forma poco menos que injuriosa de una adolescente. Digo adolescente con el significado absoluto del término, explicándose, quizás... que en la Clínica Arago sintiera hacia mí remordimiento y desesperación.

Es, sin embargo, y pese a todo, este mismo Vallejo quien, en 1929, me habla de la *"injusticia universal"* y me une a su dolor solidario, sufriendo idénticamente a dos este dolor hasta separarse alma y cuerpo.

* * *

Pasan varios años. Un día se presenta a la puerta un portador. Me tiende, bastante sucio ya, un papel semi cuadrado de unos 12/14 centímetros: "Firme". Le han mandado a recoger los restos de Vallejo... Cosa extraña (parece pensar el hombre), el conservador del Cementerio de Montrouge le ha dicho que "se acostumbra advertir a la señora viuda, quien debe dar su consentimiento para proceder a la exhumación"...

En 1953, Luis Loli escribe entre otras cosas:

"Anteayer se reactualizó en el Senado, *con la curiosa propuesta de que se aproveche el viaje del transporte "Rímac"*, como quien dice, *para que el traslado resulte gratis.*

* * *

18/6/1950. Se lee en "El Comercio" de Lima:

"... La tumba de Vallejo yacía abandonada. Ni siquiera una lápida indicaba el nombre del ser que allí descansaba... Sabemos que el martes 6 presente la Embajada peruana en Francia ha colocado una *lápida de mármol* y ha rendido un sencillo homenaje".

Cuando levantan la bandera peruana que cubre la *"lápida"* anunciada, aparece por el suelo un miserable pedazo de mármol, apenas, de unos 40 centímetros sobre 30, no llegando a 10 su espesor, en el que brillan escandalosamente unas letras de oro que indican:

CESAR VALLEJO
(6-6-1893—15-4-1938)

* * *

1960: "A LA FOSA COMUN LOS RESTOS DE CESAR VALLEJO", clama un cierto Dr. Izaguirre a los diputados del Perú, haciendo coro los periódicos. Adelantándose a la fecha de renovación, la Embaja peruana de París se ha permitido asumir los gastos de renovación en el Cementerio de Montrouge. Antes de lograr yo reembolsarla, por intermedio del Ministerio de Relaciones Exteriores, pasaré un año de múltiples mortificaciones.

Transcurridos veinte años de privaciones cotidianas de toda suerte, el día 3 de abril de 1970, hago exhumar del Cementerio de Montrouge donde han reposado durante 32 años, *los restos de César Vallejo que hago trasladar e inhumar en la concesión a perpetuidad del Cementerio Montparnasse de París,* (12ª división —4ª ligne du Nord— Nº 7), muy próxima a la de Baudelaire.

* * *

En mi carta publicada, entre otros, en "El Comercio" (3-11-71), "Oiga" (3-11-71), "Ojo" (9-10-71), digo en los dos primeros puntos que siguen reproducidos:

> "Ante la creencia general de que recibo una subvención (y muy buena, por supuesto) del Estado, aclaro públicamente:
>
> PRIMERO: No recibo la más mínima ayuda del gobierno desde 1968.
>
> SEGUNDO: En 1957 ó 58, el Dr. R. Porras Barrenechea obtuvo que el Ministerio de Educación me entregara una modesta mensualidad **vitalicia,** la que no llegaba a 33,000 soles anuales. En 1964 ó 1965, y sólo por un año, dicha mensualidad fue elevada a 4,000. Mas inmediatamente al año siguiente, me fueron desquitados 700 soles al mes; luego, 450 más; luego, 250 más aún, hasta que, en 1968, **sin comunicación alguna o aviso previo,** me fue sencillamente suprimida la mini-mensualidad **vitalicia** de 2,703 soles —más exactamente: 2,650 soles **netos** que cobraba mensualmente.
>
> TERCERO: ...

He de hacer observar que esta llamada "subvención" —*vitalicia,* además— no podía tener en todo caso y decentemente más apelativo que el de restitución, y no presenta consecuentemente ni significa en absoluto *ninguna deuda que tenga yo hacia el gobierno o el país,* siendo al contrario el Perú que, desde hace gran número de años atrás, tiene hacia mí una deuda, la que por su misma naturaleza y por estar yo en víspera de desaparecer, *no puede ya ser saldada.*

Hase también de agregar que, al perder mi empleo en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, *aunque Vallejo fuera considerado elemento subversivo sólo tolerado en territorio francés,* nos fue sin embargo noblemente otorgada una ayuda económica por el Fondo de Socorro municipal, modestísima ciertamente, pero de imborrable recuerdo.

* * *

"Murió en la mañana del viernes santo de 1938 y, como él lo había querido *"llovía tenuemente sobre París"* —escribe el Dr. Raúl Porras Barrenechea.
"Asistí a su entierro, una mañana fría y húmeda. *"Caía una llovizna persistente"* —escribe el poeta cubano Nicolás Guillén.
"Caía una lluvia fina, obstinada, la que cesó más o menos a las once y media" —escribe Georgette de Vallejo.

Ninguno de nosotros tres se equivoca. Pero irrumpe el informe del director del Aula:

"Contra lo que se ha afirmado, hacía una mañana *raramente esplendorosa"* —agregando que podíase consultar el Boletín meteorológico de aquella fecha.

Los editores de "Mosca Azul" habiendo comprobado su autenticidad, reproducen el siguiente documento: "Bulletin quotidien d'études de l'office national metéorologique de France, 15e. année, 1938. 15 avril, N° 5.310.

"Analyse de la situation:
L'anticyclone du NW de l'Europe s'est éloigné lentement vers l'Ouest et la soudure de ce dernier avec l'anticyclone centré au Sud du Groénland, commencée le 14, est devenue plus étroits (cartes 1, 2, 9, 12). Malgré ce déplacement, le flux d'air de NE qui intéresse la France depuis plusieurs jour persiste sur tout le pays. *Lo flux apporte sur la majeure partie de la France des masses d'air trés humides originaires de la Mer du Nord; il leur correspond une vaste zone brumeuse L qui n'épagne que les régions méditerranéennes (carte 11). Cette zone L est constituée en partie par les résidus de la zone pluvieuse. Se qui s'est affaiblie en liaison avec la hausse H (carte 10). Une étroite zone pluvieuse S 1 (liée a la faible baisse B 1) (cartes 10 et 11) intéresse le 15 au ma-6 tin le Nord de l'Europe.*

Lima, febrero de 1973
Georgette de Vallejo

---

* En Francia, se llama al mes de abril "Jean qui pleure et Jean qui rit" (Juan que llora y Juan que ríe) por ser éste sumamente caprichoso, habiendo largos y tremendos chaparrones seguidos en el acto de cortas apariciones del sol, viéndose además, y corrientemente en los campos, graciosos fenómenos como es el que llueva en un campo y no en el que es contiguo. A J. L. cuyo temperamento es por entonces tan inconsecuentemente por no decir tan absurdamente optimista, le bastó que el sol apareciera durante una hora al medio día para borrar terminantemente con la lluvia del resto del día, no habiendo visto más que "una mañana raramente esplendorosa".

OBSERVACIONES SOBRE LA FECHA DE NACIMIENTO DE CESAR VALLEJO

Cuando Vallejo viaja a Europa en junio de 1923, su pasaporte indica que ha nacido *el 6 de junio de 1893.* Se entiende que él no se ha preguntado si esta fecha era o no su fecha propia de nacimiento.

Veamos la fe de bautismo de Vallejo en el libro parroquial de Santiago de Chuco:

> "Nº 722 ... CESAR ABRAHAM VALLEJO
>
> En esta Santa Iglesia Parroquial de S. de Chuco, a los diez y nueve días del mes de Mayo de mil ochocientos noventidós, Yo el Cura Compañero bauticé, exorcicé, puse óleo y crisma según el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia a un niño de sexo masculino, de dos meses, a quien nombré César Abraham, hijo legítimo de Francisco de P. Vallejo y de María de los Stos. Mendoza, naturales d'ésta. Fueron sus padrinos... etc"

Por esta fe de bautismo, es evidente que Vallejo ha nacido en 1892, no en 1893. Y en marzo, no en junio. En cuanto a su día de nacimiento, este mismo documento *no deja posibilidad alguna de determinarlo con absoluta certitud.* ¿A qué, entonces, deducciones incomprobables, las que, a su vez, desembocan incontestablemente en la misma incógnita, ya presente en la misma fe de bautismo de Vallejo?

Sin embargo, Coyné escribe:

> "En el informe que escribió (el Dr.) Raúl Porras para la edición de "Poemas humanos" se da el 6 de junio de 1893, como fecha de nacimiento del poeta. El dato erróneo, *fácil de explicar, en este caso, dadas las peculiares circunstancias de la publicación,* ha sido *sin embargo* reproducido en casi todos los estudios escritos desde aquella fecha..." [Subrayado mío]

Ante todo, cuando publiqué los versos de Vallejo, aún ignoraba naturalmente que la fecha de nacimiento de Vallejo pudiera ser errónea.

Luego, primero: "se da" el 6 de junio de 1893 porque *sencillamente es la fecha que tenía como suya y "daba" el mismo Vallejo.*

Segundo: no vemos por qué el dato, erróneo o no, "es fácil de explicar dadas las peculiares circunstancias de la publicación", no teniendo dicho dato ninguna relación con estas últimas.

Tercero: Tampoco vemos en qué fueron "peculiares" dichas circunstancias.

Cuarto: ¿Por qué este "sin embargo" cuando, lógicamente, los autores de "todos los estudios" posteriores a la edición original de los versos póstumos de Vallejo, no podían sino basarse en este primer estudio póstumo, nadie habiéndose interesado, antes de que muriera, en la fecha de nacimiento de Vallejo?

Por su parte, el Sr. Larrea escribe, sin detenerse en lo que expresa:

> "... hasta que André Coyné descubre el acta de bautismo, la fecha de nacimiento de Vallejo *era completamente imprecisa...*" [Subrayado mío]

En primer lugar, Coyné no *"descubre" ningún acta de bautismo,* sino que le permite el cura de Santiago de Chuco hojear el libro parroquial.

Tampoco era esta fecha "completamente imprecisa" puesto que el 6 de junio de 1893 es fecha precisa y completa; y esta fecha no se hubiera vuelto varias otras tan fantasiosas como infundadas, si no se presentara siempre gente con pretensión de ser bien y mejor informada que nadie.

A continuación Coyné añade:

> "... creo por mi parte ofrecer más precisión..."

Basándose por un lado en la costumbre cristiana de bautizar al niño por el nombre del santo que se celebra el día en que nace y por otro, en que César Vallejo se llamaba *también* Abraham, deduce y concluye:

> "Vallejo ha nacido el 16 ... y es cosa sabida en la familia del poeta que cuando niño se le llamaba por su nombre de Abraham y no por el de César".

Precisamente no. Y esto lo sé del propio Vallejo quien, desde luego, me hablaba de su madre, contándome entre otros recuerdos: "Mi Cesarcito... mi Cesarcito que roba *azúcar*", dato irrefutable a mi parecer porque, al fin y al cabo, no se va a imaginar y alegar, supongo, que hasta *el propio Vallejo pudiese no saber cómo su propia madre le llamaba de niño.* Si se pretende admitir eso, más vale entonces renunciar de antemano a todas las aclaraciones, en bloque. Por otra parte, nos sorprende y hasta nos es *difícil admitir que Vallejo al reducir o simplificar* su firma a un solo nombre en lugar de dos, haya escogido justamente suprimir el nombre con el que le llamaba su misma madre... (por mi parte, y aunque fuera de tema, cuánto lamento la supresión de Abraham a favor de César.)

Jesús, hermana mayor de los *doce* hermanos Vallejo, recordándolo a él durante los tres días que estuve a su lado en Santiago

de Chuco, también dice: "Nuestro Cesarcito". Habría entonces que aceptar además que la misma Jesús (como segunda madre de Vallejo por la edad y su cariño por el último hermanito) tampoco sabe cómo la madre de ambos llamaba al "más mimado" de sus hijos, no recordando además cómo ella misma lo llamaba. Sin embargo, repito, durante los tres días consecutivos que pasamos juntas, ni por distracción la oí decir una sola vez: "nuestro Abraham o Abrahamcito", sino "nuestro César", "nuestro Cesarcito".

Además, vemos que es el primer nombre el que está determinado por el santo que se celebra el día en que nace el niño. El primer nombre de Vallejo es César, no Abraham; y se puede suponer que su segundo nombre, Abraham no tuviera mayor importancia para él pues en "LOS HERALDOS NEGROS" (1918) ya firma César A. Vallejo, y en Europa no hablaba nunca de su segundo nombre.

Si quisiéramos por nuestra parte, entrar en más y ociosas polémicas ¿quién o qué nos garantiza que este niño que en su fe de bautismo nos presentan de dos meses de edad —cuando por ley debe aclararse el día y la hora— *tiene exactamente dos meses*, y no un poco menos: digamos... 7 semanas; *o, un poco más:* 9... pongamos? No entraremos, repito, en más argucias, pero ello no significa que no estuvieran tan fundadas como lo alegado por Coyné. No obstante, observamos que los parientes o amigos —cercanos o íntimos— que llevaron al niño Vallejo a la pila de bautismo, ignoraban el día que él había nacido, puesto que le presentan, según acabamos de ver de dos meses de edad... Si, hasta cierto punto, no es de extrañarse mayormente que hubieran olvidado que este día había sido el 16 (como pretende imponerlo Coyné) nos es, al contrario, difícil de admitir, dada precisamente la costumbre cristiana que él alega, que *todos* hubieran también olvidado *por completo* que el niño Vallejo había nacido el día de San Abraham. El hecho que nadie en absoluto lo recordara, autoriza a sospechar del alegato y lleva a concluir que San Abraham no tuvo tal papel en el nacimiento y bautismo del niño Vallejo.

Personalmente, me parece lamentable el "hallazgo" de Coyné, pues con ello no se ha conseguido otro resultado que comentarios de la índole del siguiente, en el que Monguió [1], careciendo de la más elemental educación, escribe:

> "Puede así pensarse que ni la propia mujer de Vallejo sabía su edad exacta y hasta comienza a dudarse que el propio Vallejo la supiese"

1. Antenor Orrego, de cuya palabra no se puede dudar, dice, refiriéndose a Monguió:

> "Monguió ha tejido toda una fantasía de disipación y de cosas que no han existido"

¿No será muy hiperbólico el desconcierto de ese hombre? ¿Hase preguntado alguna vez Monguió quién de nosotros puede saber por sí solo su fecha de nacimiento? ¿Ha sabido por sí solo Monguió cuando ha nacido: año, mes, día y hora?

En cuanto a lo que a mí me toca en este risible comentario, ¿cómo iba yo, nacida en París unos 16 años más tarde que Vallejo, a tener la posibilidad de saber la edad, "exacta" además, de Vallejo nacido 16 años antes y a medio mundo de distancia de dicha capital? En la opinión de Monguió, si un hombre casado no sabe su edad, al menos tiene que saberla "su propia mujer".

Contrariamente a lo que "comienza a dudar" Monguió, Vallejo sabía perfectamente su edad, basándose, lógicamente, en la fecha de nacimiento que a él le habían dicho ser la suya (uno de sus hermanos mayores muy probablemente). Y como todo el mundo, vivió con esa "su" fecha de nacimiento del 6 de junio de 1893, que hemos recordado como los demás matrimonios a cada uno de sus cumpleaños.

En otro aspecto, cuando el director del Aula deduce la edad de Vallejo sólo por estos dos versos que él cita:

> "Habiendo atravesado
> quince años; después, quince, y, antes, quince..."

comete al menos una imprudencia porque los interpreta de hecho y a priori como si fuesen autobiográficos, y ello no está tampoco probado ni es comprobable. Un conferencista, Higgins, refiriéndose a "Aniversario" (¡Cuánto catorce ha habido en la existencia!), aclara que Vallejo habla de "su" aniversario y concluye sorpresivamente: "Vallejo ha nacido el 14". Formula unos confusos comentarios y rectifica: "Pero Vallejo no ha nacido el 14. Ha nacido el 16. Pero —agrega— como Vallejo no puede lograr poéticamente con el 16 lo que sí logra con el 14, se queda con el 14 que suena, pues, mejor".

Una vez más, ¿cómo sabe este señor que Vallejo no ha nacido el 14, sino, "sí", el 16? ¿Quién, además, ignora ya que para Vallejo no hay palabra que suena bien y palabra que suena mal? A cualquiera, él la hace sonar bien. Luego, ¿qué tiene que ver el 14 (que reencontramos en: "los catorce versículos del pan") y el 16 con "su" aniversario, pues sabemos y hemos visto que Vallejo vive y muere con esa "su" fecha de nacimiento: 6 de junio de 1893, sin dudar desde luego de su autenticidad? Si en "Aniversario" Vallejo hubiera querido hablar del suyo propio, hubiese escrito en todo caso: ¡Cuánto seis ha habido en la existencia! ¿O habrá ahora que suponer y concluir que a Vallejo tampoco le sonaba bien el 6?

Una cosa es que la realidad biográfica de Vallejo esté posiblemente presente en ciertos poemas; y, otra, verla sistemáticamente en todos y tomarla además al pie de la letra, llegando a conclusiones erróneas y hasta opuestas a las reales.

A esos dos versos que cita el mencionado director, podemos por nuestra parte oponer no con menos validez dos otros versos de la misma obra:

> "Qué te diré ahora quince feliz, ajeno, quince de otros?..."

¿"feliz"?... ¿"ajeno"?... ¿"de otros"?...

Al deducir por sólo dos versos que Vallejo, en 1937, tiene 45 años, es por casualidad que el director del Aula da con la edad del registro parroquial, edad real de Vallejo. Pero esta realidad por real que sea *no es la realidad de Vallejo.* La realidad de Vallejo, vivida, es que en 1937 y según la fecha de nacimiento del 6 de junio de 1893 con la que vive y vivirá hasta su muerte tiene él 44 años (realidad, Sr. Monguió, que se extiende a "su propia mujer"). Aquí no deja de ser significativa esta nota de Vallejo:

> "Yo quiero que mi vida caiga por igual sobre todas y cada una de las cifras (44 kilos) de mi peso..."

Es obvio decir que Vallejo, midiendo 1.72, no pesaba 44 kilos.

Cuando en marzo de 1938, se hace imprescindible la hospitalización de Vallejo, me dirijo a una de las clínicas que nos han recomendado, en busca de más amplios informes. La enfermera me enseña el único cuarto disponible. Lleva en la puerta el Nº 44... No sin nerviosidad, le pregunto: "Pero ¿cuántos cuartos tiene esta clínica aparentemente tan exigua?". "Hay 13 cuartos —contesta— pero, por consideración a los pacientes supersticiosos, los hemos numerado así, no reposando en nada los números". Al regresar a casa y sin saber cómo presentar estos hechos a Vallejo, evidentemente muy supersticioso, quien puede luego enterarse que el número de cuarto es de 13 además de tener el suyo Nº 44, exclamo al entrar: "¡Imagínate, una clínica minúscula y el único cuarto disponible tiene nada menos que el Nº 44!" Y Vallejo, como hablándose a sí mismo, articula lentamente: "44 ... mi edad..." *Esa es la realidad viva de Vallejo y esa su edad palpable,* no la del registro parroquial siquiera. La fecha de nacimiento se impone por ser estrechamente ligada al camino de nuestra vida. Pero, para Vallejo, ¿qué significa a lo largo de su vida el día X de marzo de 1892, no significando más el mes de marzo y el año 1892? Día que no ha podido ni podrá jamás ser determinado. Día solo de importancia para los astrólogos, como ya he dicho y repito.

En el registro de la cárcel de Trujillo, la edad de Vallejo, al entrar, es de *27 años.* Sin embargo, Spelucín (o Samaniego) dice haber festejado la salida de Vallejo y sus 29 años el 16 de marzo. Es decir, Vallejo, al festejar su salida de la cárcel, no sabe que también son sus 29 años que se festeja, y no sabe tampoco que es el 16 de marzo, y tampoco sabe que, cuatro

meses antes, tenía él 27 años! ¿O era Vallejo un comediante? Y ello no es verosímil.

Por último, ¿es coherente erigir interpretaciones, suposiciones y deducciones *basándose a la vez en* POEMAS HUMANOS *y en una fecha de nacimiento póstuma* que Vallejo ni conoció y, por consiguiente, *totalmente ajena a sus poemas y a él mismo?*[2]

* * *

[Entre otros casos, de versos ajenos a la realidad del poeta citamos los siguientes ejemplos:

"... está muy sucia y rota mi camisa..."

(Dudo, sin embargo, que se haya visto a Vallejo con una camisa sucia y, menos, rota)

"... ¡cómo toso'!'

(La sola vez que oí toser a Vallejo, se fue directo a un radiólogo, quien sonrió)

"Mis anteojos se han parado" (como un reloj).

(Vallejo tenía una vista a toda prueba. Nunca necesitó lentes de ninguna clase).

Y citaremos estos dos últimos casos en los que han hecho intervenir, con criterio totalmente errado, hasta un "conflicto de personalidad[3] que en Vallejo no existe. En los versos siguientes, no sólo Vallejo no habla de él mismo en ningún sentido pensable, sino que habla de otra persona nada enigmática:

"Sé que hay una persona
que me busca en su mano..."

en lugar de expresar banalmente:

"Sé que (mi mujer)
me busca en su mano..."

Y:

"De disturbio en disturbio
subes a acompañarme a estar solo..."

---

2. Vallejo tenía un particular cariño a su fecha de nacimiento (6 de junio de 1893). "Eramos 12 hermanos —decía— dos veces 6. Yo nací un 6, la mitad de 12. En junio, sexto mes del año. En 93, 80 más 13. Llegué a París un 13. Y 6 más 7, mi día de nacimiento y el tuyo, 13".
3. "The conflict of personality in César Vallejo's" "Poemas humanos" de Higgins, donde entre otras *equivocaciones, vemos repetida la* errónea interpretación de "Poema para ser leído y cantado". Nos es además particularmente brutal encontrarnos con la significación sexual que Higgins atribuye plebeyamente a "Palmas y guitarra" **tan esencialmente ajeno a ella.**

Vallejo no va jamás a escribir:

"De disturbio en disturbio
(tú, mi mujer) subes a acompañarme a estar solo..."

que anularía el margen poético debido al lector.

Es preciso agregar esta nota de Vallejo mismo:

"... Pienso luego en Verlaine, y en su poema, en su "yo". ¿Es mejor decir "yo"? ¿O mejor decir "el hombre" como sujeto de la emoción lírica y épica? Desde luego, más profundo y poético es decir "yo", *tomado naturalmente como símbolo de "todos".*]

Notamos además: "Palmas y guitarra*s*", errata que aparece igualmente en los textos del director del Aula, en lugar de "Palmas y guitarr*a*" que sugiere y significa otra atmósfera.

Por último, aunque fuera del texto, el sólo suponer, aunque sólo fuese en cierta forma, que el "bolchevique" (como lo emite Higgins) *pudiera haber entrañado para Vallejo un "nuevo Cristo"* debe ser radicalmente descartado.

INDICE

7 Advertencia

HERALDOS NEGROS

11 Los Heraldos Negros

Plafones Agiles

15 Deshojación sagrada
16 Comunión
17 Nervazón de angustia
18 Bordas de hielo
19 Nochebuena
20 Ascuas
21 Medialuz
22 Sauce
23 Ausente
24 Avestruz
25 Bajo los álamos

Buzos

29 La araña
30 Babel
31 Romería
32 El palco estrecho

De la Tierra

35 ¿.....
36 El poeta a su amada
37 Verano
38 Setiembre

39 Heces
40 Impía
41 La copa negra
42 Deshora
43 Fresco
44 Yeso

Nostalgias Imperiales

47 I Nostalgias imperiales
47 II
48 III
49 IV
50 Hojas de ébano
52 I Terceto autóctono
52 II
53 III
54 Oración del camino
55 Huaco
56 Mayo
58 Aldeana
60 Idilio muerto

Truenos

63 En las tiendas griegas
64 Agape
65 La voz del espejo
66 Rosa blanca
67 La de a mil
68 El pan nuestro
69 Absoluta
70 Capitulación
71 Desnudo en barro
72 Líneas
73 Amor prohibido
74 La cena miserable
75 Para el alma imposible de mi amada

76 El tálamo eterno
77 Las piedras
78 Retablo
79 Pagana
80 Los dados eternos
81 Los anillos fatigados
82 Santoral
83 Lluvia
84 Amor
85 Dios
86 Unidad
87 Los arrieros

Canciones de Hogar

91 Encaje de fiebre
92 Los pasos lejanos
93 A mi hermano Miguel
94 Enereida
96 Espergesia

TRILCE

101 I
102 II
103 III
104 IV
105 V
106 VI
107 VII
108 VIII
109 IX
110 X
111 XI
112 XII
113 XIII
114 XIV
115 XV

116 XVI
117 XVII
118 XVIII
119 XIX
120 XX
121 XXI
122 XXII
123 XXIII
124 XXIV
125 XXV
126 XXVI
128 XXVII
129 XXVIII
130 XXIX
131 XXX
132 XXXI
133 XXXII
134 XXXIII
135 XXXIV
136 XXXV
138 XXXVI
139 XXXVII
140 XXXVIII
141 XXXIX
142 XL
143 XLI
144 XLII
145 XLIII
146 XLIV
147 XLV
148 XLVI
149 XLVII
150 XLVIII
151 XLIX
152 L
153 LI
154 LII

155 LIII
156 LIV
157 LV
158 LVI
159 LVII
160 LVIII
162 LIX
163 LX
164 LXI
166 LXII
167 LXIII
168 LXIV
169 LXV
170 LXVI
171 LXVII
172 LXVIII
173 LXIX
174 LXX
175 LXXI
176 LXXII
177 LXXIII
178 LXXIV
179 LXXV
180 LXXVI
181 LXXVII

POEMAS EN PROSA

185 El buen sentido
187 La violencia de las horas
188 Lánguidamente su licor
190 El momento más grave de la vida
191 Las ventanas se han estremecido
195 Voy a hablar de la esperanza...
196 Hallazgo de la vida
198 Nómina de huesos
199 Una mujer...

200 No vive ya nadie...
201 Existe un mutilado...
203 Algo te identifica...
204 Cesa el anhelo...
205 ¡Cuatro conciencias...
206 Entre el dolor y el placer...
207 En el momento en que el tenista...
208 Me estoy riendo
209 He aquí que hoy saludo...
210 Lomo de las sagradas escrituras

POEMAS HUMANOS

213 Altura y pelos
214 Yuntas
215 Un hombre está mirando a una mujer...
216 Primavera tuberosa
217 Terremoto
218 Sombrero, abrigo, guantes
219 Hasta el día en que vuelva de esta piedra...
220 Salutación angélica
222 Epístola a los transeúntes
224 Los mineros salieron de la mina...
226 Fue domingo en las claras orejas de mi burro...
227 Telúrica y magnética
229 Gleba
231 Pero antes que se acabe...
232 Piensan los viejos asnos
233 Hoy me gusta la vida mucho menos...
234 Confianza en el anteojo, no en el ojo...
235 Dos niños anhelantes
237 Otro poco de calma, camarada...
239 Esto...
240 Al cavilar en la vida, al cavilar
241 Quisiera hoy ser feliz de buena gana...
242 Los nueve monstruos
245 Me viene, hay días, una gana ubérrima, política...

247 Sermón sobre la muerte
249 Considerando en frío, imparcialmente...
251 Guitarra
252 Aniversario
253 Parado en una piedra...
255 Va corriendo, andando, huyendo...
256 Por último, sin ese buen aroma sucesivo...
257 Piedra negra sobre una piedra blanca
258 Poema para ser leído y cantado
259 De disturbio en disturbio...
261 Intensidad y altura
262 De puro calor tengo frío...
263 Un pilar soportando consuelos...
264 Calor, cansado voy con mi oro, a donde...
265 Panteón
266 Quedeme a calentar la tinta en que me ahogo...
267 Acaba de pasar el que vendrá...
268 La rueda del hambriento
270 La vida, esta vida...
272 Palmas y guitarra
274 ¿Qué me da, que me azoto con la línea...
275 Oye a tu masa, a tu cometa, escúchalo, no gimas...
276 ¡Y si después de tantas palabras...
277 París, octubre 1936
278 Despedida recordando un adiós
279 Y no me digan nada...
280 En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte...
282 Los desgraciados
284 El acento me pende del zapato...
285 La punta del hombre...
286 ¡Oh botella sin vino! ¡Oh vino...
287 Al fin un monte...
288 Quiere y no quiere su color mi pecho...
289 La paz, la abispa, el taco, las vertientes...
290 Transido, salomónico, decente...
291 ¿Y bien? ¿Te sana el metaloide pálido?
292 Escarnecido, aclimatado al bien, mórbido, hurente...

294 Alfonso: estás mirándome, lo veo...
296 Traspié entre dos estrellas
298 A lo mejor, soy otro...
299 El libro de la naturaleza
300 Tengo un miedo terrible de ser un animal...
301 Marcha nupcial
302 La cólera que quiebra al hombre en niños
303 Un hombre pasa con un pan al hombro...
304 Hoy le ha entrado una astilla...
306 El alma que sufrió de ser su cuerpo
308 Ande desnudo, en pelo, el millonario
311 Viniere el malo, con un trono al hombro...
312 Al revés de las aves del monte...
314 ¡Dulzura por dulzura corazona!
316 Ello es que el lugar donde me pongo...

ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ

321 I. Himno a los voluntarios de la República
327 II. Batallas
332 III. Solía escribir con su dedo grande en el aire...
334 IV. Los mendigos pelean por España...
335 V. Imagen española de la muerte
337 VI. Cortejo tras la toma de Bilbao
338 VII. Varios días al aire, compañeros
339 VIII. Aquí, Ramón Collar,
341 IX. Pequeño responso a un héroe de la República
342 X. Invierno en la batalla de Teruel
344 XI. Miré al cadáver, su raudo orden visible
345 XII. Masa
346 XIII. Redoble fúnebre a los escombros de Durango
348 XIV. ¡Cuídate España de tu propia España!
349 XV. España, aparta de mi este cáliz
350 APUNTES BIÓGRÁFICOS SÓBRE CÉSAR VALLEJO

Impreso en los talleres de INDUSTRIALgráfica S.A.
en setiembre de mil novecientos setenta y cuatro.